

MAKARIOS ZOYDES

POBREZA Y DESCONTENTO

(SU CAUSA Y REMEDIO)

LA CONDICIÓN DEL TRABAJO

POR HENRY GEORGE



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10. — VALENCIA

POBREZA Y DESCONTENTO

(SU CAUSA Y REMEDIO)

Relación presentada por el Doctor IATROS MAKARIOS ZOYDES, Encargado de Negocios en Wáshington, por orden del Ministro de Educación en Atenas, Anthony H. Molinas.

Traducción de la tercera edición griega, y á la vista de muchas ediciones inglesas, por el Doctor BIOS.



*Señor Conde Doctor Makarios Zoydes, Encargado General de
Negocios de Grecia en Washington.*

Por iniciativa de mi colega de Gabinete, Doctor Anthony Herófilos Molina, Ministro de Educación, se ha acordado en reunión plena del Ministerio ordenar á nuestros representantes diplomáticos en el exterior para que, prescindiendo de las acostumbradas relaciones de estadísticas, movimiento comercial, de emigración, etc., informen los conceptos de su próxima Memoria inspirándose en los criterios de las cuestiones siguientes:

El fermento que agita toda la Europa está desde hace varios años repercutiendo en Grecia.

Sacudido el yugo de Turquía en 1829, á pesar de algunas revoluciones, el país pareció entrar en un lento, pero sólido período de paz y de prosperidad. La población aumentaba poco, pero progresivamente; las industrias manufactureras tenían infima importancia, pero los productos de nuestra romántica tierra alcanzaban á responder al cambio con Inglaterra, Alemania y Francia. Sea por un cierto instinto de raza, sea por optimismo innato en los hijos de nuestro país, la melancolía, la tristeza, no ensombrecían el rostro de nadie. El suicidio parecía desconocido; las enfermedades mentales, la locura, eran ignoradas; la vida era apreciada, y quizás en esto influían las condiciones climatológicas y todos los dones naturales que la hacían agradable. A pesar de la gran producción vinícola, la ebriedad no se conocía más que en algunos extranjeros; la moralidad era respetada; los nacimientos ilegítimos eran rarísimos; las relaciones intersexuales se mantenían sagradamente, sin que en ello influyera ninguna ley especial de carácter civil ó religioso. El afecto á ciertas regiones donde el campesino griego había establecido su casa; la espontaneidad en arriesgar su vida para defenderlas; el celo en proteger los intereses de su país de nacimiento: tales eran los rasgos principales del carácter nacional. El amor á la libertad tomaba las mismas formas democráticas que en la antigüedad. Los grie-

gos buscaban ser libres siendo iguales, y ningún otro pueblo sentía más profunda antipatía por las artificiales distinciones sociales, resintiéndose amargamente de cualquier idea de superioridad, ya proviniera ésta de la riqueza, de la aristocracia de la sangre ó de cualquier otra causa. La sed de educación era grandísima de tal manera, que no había obstáculo que no superasen los individuos de las clases bajas para instruirse. Arraigados á sus propias casas y á sus rientes aldeas, sólo emigraban para volver ricos ó en condiciones desahogadas. La emigración, que á causa de la miseria aleja á los hombres de su propia patria, era hace veinticinco años desconocida. La vida era casi patriarcal, pero alegre y serena. Se apelaba á las armas sólo para defender heroicamente, hasta la muerte, la propia tierra...

Más tarde vino el progreso. La población aumentó en cincuenta años á más del doble; algunas industrias comenzaron á nacer, y para proteger las ya nacidas y estimular la organización de otras, el Estado se rodeó de impuestos protectores, impuestos que á la vez contribuían á los gastos públicos. Cier to es que algunas fábricas se fundaron, pero á pesar de toda la protección que recibían del Estado, no podían rivalizar con las extranjeras por la bondad de sus productos, que hoy los habitantes pagan tres veces más caros. Grandes máquinas á vapor fueron introducidas para uso de la agricultura y de los trabajos fabriles, y el gobierno alentaba tal progreso con un proteccionismo *a ou trance*, en la seguridad de que, aumentada por una parte la eficacia del trabajo y aumentada también la producción, todos estos medios aumentarían la riqueza y tenderían á dar mayor descanso al que trabaja, mayores oportunidades de emplear sus fuerzas á quien busca trabajo y más sólido bienestar á todas las clases sociales, desde la más ínfima hasta la más alta. Sin embargo, en Atenas, Patras, Corfú, Syra y Tarento, y después, á través del Atica y la Beocia, Argolín, Corinto, Mesina, etc., se ha obtenido un resultado exactamente al revés. La vida de todos aquellos que del trabajo viven, se ha hecho antes que más fácil más dura. El precio de lo necesario para vivir es mayor, y la ansiedad en la vida ha aumentado. Las fábricas se llenan de niños que trabajan catorce y quince horas por día, y en nuestros puertos de mar, un número extraordinario de niños y niñas de diez á catorce años están empleados como cargadores de carbón á cambio solamente de la comida, que es escasa y pésima. Dado el número mucho mayor de varones que de mujeres, haría creer que éstas debían de gozar de mayores comodidades... Sin embargo, en los campos como en las ciudades, las mujeres

están obligadas á trabajar para ayudar á sus maridos á ganarse lo estrictamente necesario para la vida; y en los campos, las pobres mujeres, con criaturas apenas vestidas, trabajan con el arado y con la zapa. Y de tanto en tanto, cuando las cosechas son escasas, los pequeños agricultores se encuentran sin ninguna reserva á que recurrir, salvo á las de los préstamos usurarios, con los cuales se sobrecargan de mayores gravámenes, de mayores incertidumbres y de infinidad de necesidades para el año siguiente. Tal malestar no se encuentra solamente entre los trabajadores llamados manuales. El fácil acceso á las escuelas helénicas y á las universidades, ha creado una numerosa clase de profesionistas y de hombres de letras, los cuales, no pudiendo obtener con su propia carrera ni siquiera lo necesario para la vida, se acumulan en las oficinas públicas y en el ejército, á fin de procurarse un empleo.

Las entradas, entretanto, no son suficientes para satisfacer siquiera las necesidades de aquellos que ocupan en la actualidad puestos públicos, y la deuda del Estado aumenta año por año, sin que el país pueda comprobar de una manera real los beneficios. Existe esta misma inquietud en la propia clase manufacturera y mercantil. El negocio para la lucha por la existencia es la única preocupación; la moral decae visiblemente, el vicio está en auge, la cifra de los nacimientos ilegítimos crece día á día y la falta de afecto hacia el país nativo ha deprimido los ánimos hasta el punto de dar los resultados que todo el mundo ha visto en la última guerra contra nuestro implacable enemigo, la Turquía.

En fin, el progreso, con sus máquinas, con las facilidades aumentadas de producción, de cambio, de transporte, parece que produzca inevitablemente daño entre los trabajadores, repercutiendo este daño en las otras clases sociales. Y es de temer que el espíritu de concurrencia, cada día más feroz, apague algún día hasta el sentimiento moral, el sentimiento estético, y la veneración sagrada hacia nuestras antiguas glorias, hacia nuestras tradiciones y cuanto existe de pintoresco y encantador en nuestra hermosa Grecia. El campesino, que se deleitaba con la poesía de sus montes y el fragor de las innumerables é imponentes cascadas, hoy emigra sombrío y harapiento para ganar en lejanas tierras un centenar de dólares, exponiéndose noche y día al frío y al sol, arrastrando un miserando carro de frutas por las calles de Nueva York. A pesar de que el abismo que separa al rico del pobre no sea tan profundo como de los otras naciones europeas, es indudable que la distinción de clase aleja y divide cada vez más á aque-

llos que hacen ostentación de su fausto y sus riquezas, de los que deben luchar la terrible batalla de la vida...

Mientras tanto, el descontento cunde, y si no existiera la válvula de desahogo—la emigración—, quién sabe en qué forma habría estallado, sobre todo después del grave desastre de la guerra con Turquía. La facilidad de las hipotecas ha llenado de deudas al 80 por 100 de los pequeños propietarios. Y todos responsabilizan al gobierno de este malestar que nos invade, de estas frecuentes crisis industriales, mirándolo, no como un legítimo administrador y representante de la nación, pero sí como un ladrón que reparte, entre un limitado número de favoritos, el sagrado patrimonio de los contribuyentes.

Los 207 miembros que componen nuestro *Boulé* (Parlamento) se dividen en una mayoría que obedece ciegamente las indicaciones del ministerio, una minoría que está bajo el mando de algunos jefes que desearían ser ellos el ministerio, y un grupo de radicales que combaten á los unos y á los otros. Todos juntos forman un verdadero caos de ideas y de proyectos. Algunos querían abolir la monarquía, otros mantenerla; unos quieren abolir las tarifas aduaneras, otros reforzarlas... Hemos querido hacer una prueba, disolviendo algunos regimientos de nuestro pequeño ejército, y el resultado fué: aumento de bandidos en las montañas, vagos y mendigos en las ciudades, y crecimiento de emigración para los Estados Unidos del Norte, Australia y República Argentina. Un pequeño grupo parece que hubiera puesto el dedo en la llaga, indicando el factor económico como causa de los males que amenazan hasta la integridad de nuestra nacionalidad y de nuestra independencia, pero ninguno ha sabido formular un programa práctico que pudiera traducirse en una reforma benéfica. Algunos que se titulan socialistas, pretenderían la ingerencia del gobierno hasta en el banquillo del remendón, y otros, á la inversa, quieren abolir esa ingerencia, destruyendo toda forma de gobierno. Pero de dónde se ha de comenzar una ú otra reforma—que acusan ambas en sus teorías al sedicente sistema capitalista y á la burguesía—, no lo sabemos aún.

En una Asamblea parlamentaria, S. E. A. H. Molinas, imitando á Bismark, les ha preguntado cuál era la fórmula para destruir esos dos fantasmas—capital y burguesía—, pronto á contribuir con su influencia para eliminar la monarquía y demás instituciones que se creyeran ruinosas para la nación.

El proyecto terminó, en la tercera reunión de los radicales, con un sangriento pugilato.

No hay que esperar gran cosa de la falange de los economistas, que inundan á nuestro *Boulé* con el diploma de abogados. Henchidos de ideas bebidas en la enorme serie de escritores de economía política, sin ninguna idea propia, presentan los más absurdos proyectos de reformas, y como conclusión, van en busca del artículo de consumo más general y seguro, para gravarlo con un impuesto. Después de todo, ellos dicen: «El hombre ha nacido descontento, la Naturaleza ha establecido diferencias enormes, inmutables, entre individuo é individuo, entre clases y clases; la riqueza es el premio de la inteligencia y de la buena suerte, y no hay más remedio que adaptarse y esperar el proceso de evolución que eduque al hombre y lo transforme, á través de una larga serie de cambios lentos é imperceptibles.» «En efecto—ellos agregan—, la civilización está avanzada, la condición de todos se ha mejorado, y el más pobre de hoy puede obtener comodidades que un Crespo de hace tres siglos no habría ni siquiera soñado. La única razón que los economistas griegos no han podido aducir, es la de la famosa doctrina de Malthus, que dice que el aumento de la población se ha producido en progresión geométrica, mientras que los medios de subsistencia sólo se han aumentado en proporción aritmética. Y esto es porque la Grecia de 1827 ha llegado apenas á poco más de dos millones (y 148.000), y es por tanto la menos densamente poblada de Europa, y los medios de subsistencia *per capita* aumentaron en más del triple.

Pues bien; por indicación de S. E. Molinas, se ha decidido encargar á V. E., que ha representado á la Grecia y ha residido tantos años en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, que visite de nuevo estos grandes países, donde, por medio de las maravillas del maquinismo moderno, la riqueza ha aumentado extraordinariamente, y que estudie cuáles métodos han sido adoptados para llevar cierto *comfort*, paz y bienestar á las masas en general, para la felicidad de las cuales aquellas máquinas extraordinariamente productoras fueron inventadas. Al compilar tal trabajo, nosotros rogamos á V. S. que se aleje del árido campo de la economía política, como se presenta aquella que nosotros conocemos, haciéndolo, cuando V. S. lo crea oportuno, accesible á la masa, que dotada del poder del sufragio, podrá formular un día más concreta y conscientemente sus necesidades á aquellos á quienes manda á representarla en nuestro *Boulé*.

Cualquier gasto que V. S. deba realizar á causa de la compilación de tal trabajo, por viajes y otras investigaciones, quedará á cargo de mi ministerio del Exterior, deseando que

V. E. estudie todas las clases sociales, desde la más rica á la más pobre, sin ninguna preocupación por las ideas dominantes en nuestro ambiente político, y con toda la independencia de un sabio y exacto observador.

Saluda á V. E. con toda consideración,

B. S. DELYANNIS,

Ministro de Relaciones exteriores.

Atenas 24 de Enero de 1899.

POBREZA Y DESCONTENTO

*Á S. E. el Ministro de Educación Anthony Herófilos
Molinas.*

Atenas.

Excelencia:

Cumpliendo las órdenes y las instrucciones recibidas por V. E., he visitado de nuevo la Inglaterra y todo el continente Europeo. Con criterio uniformado á aquel que dominará la presente relación, he recogido exactas noticias del Japón y de la China, gracias á mi colega el doctor Tentearo Makato, y de las naciones sudamericanas gracias á los datos de algunos comerciantes y nativos de la América del Sur. Al concluir expondré las razones que me han inducido á elaborarla, representándome *in mente* los países que he visitado, aquí en los Estados Unidos del Norte, y especialmente en Nueva York, que yo considero como el altísimo observatorio desde el cual se puede largar una mirada sobre la humanidad entera, como lo demostraré á su tiempo.

La labor que se me encomendó no me ha resultado difícil. El problema que V. E. me propone se agita aquí desde hace muchos años (sin las tergiversaciones inútiles é ilusorias con que se ha presentado al mundo desde hace tantos siglos) en el púlpito, en la cátedra, en la imprenta, en los clubs. Habiendo encontrado ya el camino libre de obstáculos, no he tenido más trabajo que comparar y observar—en el choque de las ideas más avanzadas con las más retrógradas—los acontecimientos

que nos enseña la historia pasada, con los que se desarrollan en un ambiente tan vasto como el de la civilización anglo-sajona, en un país donde el progreso material ha llegado á un nivel que nosotros los europeos apenas podemos imaginar. Y me he puesto con buena voluntad á la obra, porque estaba alentado, no sólo por las órdenes de V. E., sino también porque mi responsabilidad quedaría á salvo por el apoyo que V. E. daría á esta relación, si mereciere ser publicada. Entiendo la responsabilidad en este sentido. V. E. es persona acaudalada, ha ocupado cargos elevados en nuestra política, sea por su inteligencia ó por la posición en que lo han colocado sus bienes de fortuna. En la reacción que nace de la evidente injusticia de las condiciones presentes, retóricos, demagogos y reformadores superficiales han propuesto los más violentos planes de reformas, que yo tendré ocasión de examinar y someter á una crítica serena. Si bien en mi posición personal yo haya gozado de un cierto bienestar, esto no es suficiente para disculparme de una acusación que me lanzarían los que se colocan entre la gente seria y conservadora del orden y de la ley. Se creería que al buscar las causas del fermento que crece, yo también estuviera por pedir que el rico fuese despojado de su fortuna en beneficio del pobre; que al ocioso sin ganas de trabajar se le presten todas las comodidades que en realidad debe gozar el laborioso, y que se cree una igualdad falsa é imposible, la cual, reduciendo á todos al mismo nivel, destruiría todo estímulo de distinción y detendría el progreso.

I

Fermento é inquietud reducidos á la más simple expresión, significan pobreza y necesidad, y más—como causa agravante—el miedo de la pobreza y de la necesidad. El pobre tiene constantemente ante sí el espectro de la miseria y el aun más espantable del miedo á la

miseria. Los que viven en condición más desahogada, excepción quizás de los archimillonarios, no se libran del segundo. Y como la civilización avanza por todas partes, las necesidades y las aspiraciones humanas crecen más rápidamente que las condiciones é instituciones que antes eran suficientes. Y por lo tanto, los males que V. E. deplora no son peculiares de la Grecia. Ellos son mucho más intensos en los países donde el progreso marcha más velozmente; antes bien, donde el progreso tiende á aumentar la producción de todas aquellas cosas necesarias, para satisfacer las necesidades humanas, para refinar las costumbres, para suavizar las asperezas del trabajo, es precisamente allí donde la paradoja se verifica, la lucha por la existencia se hace más amarga.

En los otros países de la vieja Europa, desde tiempo indeterminado, una clase que se llama la culta, la mejor, está habituada á creer que el resto de la humanidad ha sido creada inferior y destinada á servirla, mientras otra clase numerosa, habituada á creerse inferior, pasa sus días con lo estrictamente necesario para la vida. La una y la otra no se dan cuenta de la paradoja, la primera encuentra natural esta división, la otra no puede deducir á términos más simples la subsistencia, porque yendo más allá, sólo la muerte por hambre encontraría. Pero en nuestra Grecia, como en los países del continente americano, el progreso no sólo no ha disminuído el malestar, sino al contrario, parece que lo ha producido.

En una época cercana, no había millonarios, pero el hambre era casi desconocida: la emigración afluía, huyendo de la miseria que en Europa la acosaba, y aquí prosperaba.

Vuecencia me encarga que estudie el problema en los países que en el mundo tienen fama de ser los más ricos. Yo ante todo me apresuro á hacer notar que en el sentir popular, sea por culpa de los economistas, sea por culpa de los literatos, se habla en general del bienestar de una nación en términos vagos, que confunde muy fácilmente una cierta prosperidad en la nación con el bienestar de todos sus habitantes, así como se confunde la idea de la cultura artística, literaria y científica de un

ambiente limitado de un país, con la cultura general de los habitantes de ese país. Se mira, por ejemplo, la estadística de importación y exportación, el movimiento comercial y bancario, el desarrollo inmenso de la marina mercante, etc., y los economistas, los literatos, los hombres de Estado, indican la Gran Bretaña como el país más rico; á la Alemania como el país manufacturero, cuyas industrias están inundando el mundo para reportar mucho oro y muchas comodidades á todos los ingleses y teutones.

Sin embargo, los nuevos países están llenos de alemanes é ingleses que la miseria hace emigrar todos los años, y que pobres é ignorantes, huyen de su patria llena de industrias y ciencias. En Londres no solamente hay quien se muere literalmente de hambre, sino que la inmensa mayoría vive—digámoslo así—de las manos á la boca con la nueva subsistencia al día y con la terrible incertidumbre de que también ésta puede faltar de un momento á otro. En Escocia, la miseria y la degradación avergonzarían á un salvaje: niños raquíticos y muertos de hambre por falta de buena nutrición; mujeres obligadas á hacer trabajos propios de irracionales; jóvenes que deberían ser aptas para el matrimonio y la maternidad, están obligadas á la labor monótona de los talleres, mientras otras cuya suerte es aún más triste, vagan por las calles en busca de las más inmorales aventuras. Y mientras muy pocos escoceses poseen castillos y palacios, más de una tercera parte de las familias viven en una sola habitación, y más de dos terceras partes en dos únicamente.

Yo me congratulo con V. E. porque es el primero, en nuestra Grecia, que ha puesto el dedo en la llaga, y el lector no crea que sea ésta una adulación al ministro á quien debo mi carrera. Todos los hombres de Estado creen que ven de muy cerca las necesidades del pueblo antes de subir al poder. Apenas han ocupado una poltrona ministerial y hecho pasar algunas leyes, se enorgullecen del gran bien que ellos hacen... al país. Vucencia, aun en el poder, es el único que, si no conoce ni puede adivinar en un ambiente tan limitado la causa

del malestar, lo siente, sin embargo, y lo toca. En Europa, en general, salvo algunos fugaces lampos de democracia, que mucho se asemejan á la del pueblo francés que abatía una dinastía de sangre para *deificar* á un emperador militar, no se comprende, por la división de las clases, que la sociedad es una pirámide cuyo vértice no puede sostenerse si la base no es bien sólida. Es difícil, aun para los interesados, comprender que el bienestar de todos está fundado sobre el bienestar de aquella capa social más vasta que la clase de los privilegiados, que forma el vértice, cree nacida y creada para su beneficio. Y así, economistas, literatos, antropólogos y abogados, han considerado el pauperismo como fenómeno necesario, más difundido é intenso en los países latinos y menos extendido y más ligero en los países llamados más ricos—Inglaterra, Estados Unidos—, donde representaría una planta exótica, y que sólo prospera entre los inmigrantes. Y la gran masa de aquellos que no piensan y que siguen á las autoridades, «vaga, pero sinceramente consciente de la *injusticia* de las condiciones existentes, sintiendo que ellos están heridos y atormentados de algún modo, sin saber qué es lo que los *hiere* y los *atormenta*, dan la bienvenida á las verdades presentadas por mitad y elevan al rango de ciencia conceptos que justifican *tal injusticia*, beatifican el egoísmo circundándolo de la aureola de la utilidad, presentando como benefactor típico de la humanidad á un Herodes (*con la matanza de los inocentes*), más bien que á un San Vicente de Paúl (*con la protección de los huérfanos*)». A pesar del vasto aumento de los conocimientos; á pesar de la enorme revolución hecha por la industria y el comercio; á pesar del enorme aumento del poder productivo de todas las comodidades necesarias á las humanas necesidades; á pesar de los prodigios de la mecánica, no hay profesión, arte ú oficio donde la vida sea realmente fácil y estable. Médicos, abogados, ingenieros, profesores, ministros, religiosos, comerciantes, etc., encuentran que ellos son ya muchos, con el mismo lamento de parte de la clase puramente manual. Cada uno querría la supresión de una parte de

sus iguales de oficio ó de profesión, así como se desea limitar los nacimientos.

Vuecencia comprende por qué, entre los varios países de Europa, yo tomo como punto de partida la Inglaterra. Ninguno desconoce—ni siquiera los franceses—la superioridad del progreso material de los ingleses sobre las otras naciones y de las libertades políticas de que se enorgullecen. Y los ingleses mismos, todo considerado, están satisfechos, pensando sinceramente que ellos son el pueblo más libre del mundo; tanto es así, que cantan: «Los bretones jamás serán esclavos», persuadidos de que los esclavos no respiran aire del suelo inglés.

Dejo aparte el resto de la Europa continental, donde el descontento está dando alarmantes resultados. Bier es verdad que la inquietud y la anarquía siempre creciente de las masas son atribuidas por muchos á insinuaciones y enseñanzas de demagogos. Pero estos últimos, aunque escriban libros, hablen desde las cátedras y prediquen desde los púlpitos, no piensan. «Atribuir el descontento al demagogo, es como atribuir la fiebre á la frecuencia de las pulsaciones. Es el nuevo vino que fermenta en viejos odres. Poner en un navío á vela la potente máquina de un trasatlántico de primera clase, sería lo mismo que despedazarlo. Y así las nuevas fuerzas, cambiando rápidamente todas las relaciones de la sociedad, deben romper las organizaciones sociales y políticas que no son aptas para afrontar la tensión.» Y si es verdad que el progreso nos ha aportado comodidades, desconocidas para el más rico de hace dos siglos, éstas, sin embargo, son inaccesibles á una gran clase. Ni esto prueba un mejoramiento de condiciones, desde que *la posibilidad para obtener lo necesario á la vida no ha crecido*. El mendigo de París, de Londres, de Nueva York, goza de infinidad de cosas desconocidas para el *estanciero* de la América del Sur. Pero esto no prueba que la condición del mendigo de las ciudades sea mejor que la del *estanciero* independiente. Ni es tampoco cierto que la civilización haya llegado hasta todas las clases. Esto es falso aun allí donde es más avanzada. Los ha-

bitantes del highland escocés cultivan la tierra con instrumentos que se usaban hace mil años, y en sus chozas, cuando encienden el fuego, dejan pasar el humo por entre las pajas del techo para utilizar lo más posible la cantidad de calor y economizar así la leña que tanto sudor les ha costado. Ni quiero hacer comparación de sufrimientos, ni medir miserias. Las carestías de Irlanda, de la India, de Italia, no tienen nada de especial, porque ellas en más ó menos grande escala suceden constantemente y persisten en las épocas llamadas de prosperidad. Estas son ahogadas, ó por lo menos no muestran la peor de sus fases, porque se instituyen casas para los pobres, asilos, beneficencia privada y vastas organizaciones de caridad; y serpean y roen así de un modo latente, mientras las casas bancarias rebosan de millones, los graneros y depósitos de artículos están llenos, los banquetes luculianos llenan las columnas de los diarios y en los mercados se amontonan las cosas más suculentas. Pero más que en las formas espasmódicas, es la forma crónica de estas carestías la que mata y pervierte millones de seres humanos. Los médicos atenúan estas carestías con nombres menos espantosos, pero la enfermedad mata siempre. La insuficiencia de alimentos y de vestidos, el ambiente malsano, precisamente en los centros de riquezas y de abundancia, son los que hacen las estadísticas de la mortalidad más numerosas. Y estas formas crónicas son agravadas de vez en cuando por aquellos espasmos que se llaman depresiones ó crisis industriales, así que de repente, mayor suma de trabajo es condenada al ocio forzoso; el capital obligado á retraerse y consumirse por falta de circulación; aumentan las estrecheces pecuniarias entre los hombres de negocios, y los sufrimientos, la necesidad, el ansia, se multiplican entre todas aquellas clases que tienen necesidad del trabajo cotidiano para vivir. Y recorriendo estas agudas manifestaciones como epidemias de una enfermedad virulenta, espantan aun á los más contentos, los cuales se preguntan si también ellos no serán las próximas víctimas de la *crisis*. Pero diferencias entre tiempos difíciles y épocas buenas no son más

que diferencias de grados de pobreza y de personas que sufren. Para la multitud, los tiempos son siempre críticos, pero la voz de la multitud es muy débil para ser escuchada en los tiempos ordinarios por medio de la opinión pública. Cuando la pobreza ha devorado todas las diversas capas que sofocan su voz, mientras las ruedas de los negocios giran sin obstáculo, llegan con sus tentáculos á tocar á los nababs de las fábricas, á los príncipes del comercio, á los reyes de los ferrocarriles, á los grandes banqueros y propietarios, entonces la voz se hace más fuerte y todos gritan: «¡Ah! ¡los tiempos críticos!»

¿Cuál es, entretanto, el problema que se presenta ante el estadista que honestamente piensa sobre el bien que puede hacer á su patria? Ni más ni menos que éste: «¿Por qué millones de hombres—dice M. Hirsch—no pueden conseguir pan suficiente, si dos ó tres de ellos podrían producir tanto trigo, bastante para mantener á mil hombres por año? ¿Por qué millones de seres humanos, en los países más civilizados, se estremecen de frío por insuficiencia de ropas, si cuatro hombres solamente pueden producir tejidos de lana y algodón suficientes para vestir mil hombres? ¿Por qué tantos van descalzos, ó sin calzado decente, si con un año de trabajo con la maquinaria moderna un solo hombre puede producir 4.000 pares de zapatos? ¿Por qué, si el zapatero quiere pan, el sastre zapatos, el panadero ropas, esos tres, en vez de ayudarse mutuamente y satisfacer las necesidades recíprocas, están reducidos á la miseria y á un ocio involuntario y forzado?»

A estas cuestiones es necesario dar una respuesta categórica para darse cuenta y curar el descontento que agita las masas no solamente en Grecia, sino en todo el mundo. Ellas forman el enigma que se presenta como fantasma á todos los pensadores honrados, fantasma que amenaza la moderna civilización. Después de los maravillosos progresos de la ciencia, después de conquistas fabulosas del poder productivo, ¿cuál es, sin embargo, el país civilizado en que no haya necesidades y sufrimientos, donde las masas no se vean condenadas

á un trabajo sin reposo, y todas las clases empujadas por la fiebre de la ganancia que hace de la vida una innoble lucha para mantenerla? ¡Nos separan tantos siglos del estado salvaje, y aun se eleva el grito: «¡Ellos han hecho nuestra vida más penosa con más duras cadenas!», y el trabajo humano se está convirtiendo en una de las comodidades más despreciadas!

Pero aun cuando el descontento y el deseo de una reforma sean suficientes para hacer grandes cosas, «la atención, sin embargo, está distraída, y las fuerzas divididas por planes y programas de reformas que, buenos en sí mismos, son inadecuados ó desproporcionados respecto al objetivo á conquistar. Y como en la infancia de la medicina, que se tendía á creer que cada síntoma tuviera su correspondiente remedio, así cuando se piensa en los males de la sociedad, se busca una cura especial para cada mal, ó de otro modo (otra forma de las mismas superficialidades), imaginar que el único remedio es alguna cosa que presupone la ausencia de aquellos males, como por ejemplo, que todos los hombres deberían ser buenos, como cura para la abolición del vicio y del crimen; ó que todos los hombres deberían ser sostenidos por el Estado, como cura para la abolición de la pobreza». Ahora bien; como un cirujano que quiere curar una enfermedad estudia primero la lesión anatómica localizándola é investigando su naturaleza, y después propone el remedio, así en el estudio de la enfermedad social, que V. E. deplora, es necesario investigar la verdadera causa para aplicar el remedio adecuado. A V. E. y al lector á quien pueda llegar este escrito, pido sólo que me sigan sin confiar en mí, pero sí en su propia inteligencia. Y ninguno que tenga criterio se negará á seguirme, porque el problema interesa á todos. No trato de esconder las dificultades que esta relación encontrará en las clases llamadas cultas, para ser aceptada. Es la clase que, aunque no tenga opiniones propias, está embebida en las opiniones de las autoridades. Por tanto, es un ímprobo trabajo el conseguir que ella abandone ó desaprenda las superficialidades, que en forma de tradición ó de estudios filosóficos for-

man su bagaje científico. Es arduo, muy arduo hacerles entender que «el respeto por las autoridades, los preconceptos en favor de aquellos que han ganado reputación intelectual, debe mantenerse en límites razonables, prudentes y justos, pero esto no debe pasar más allá, porque hay cosas en las cuales es necesario y conveniente á todos usar nuestro propio discernimiento y mantener el cerebro libre. Aun asignando á la reputación el preconcepto en su favor, y á las autoridades el debido respeto, no humillemos y despreciemos nuestras fuerzas en lo que concierne á hechos comunes y á relaciones generales. Mientras no todos podemos ser sabios ó filósofos, todos, sin embargo, somos hombres. Recordemos que no hay superstición que no haya sido enseñada por ministros que enseñaban verdades religiosas, ni falacia económica vulgar que no se encuentre en los escritos de los profesores, ni un capricho social de moda entre *los ignorantes*, cuyo origen no puede encontrarse entre *los educados y cultos*. El poder de razonar correctamente sobre asuntos generales, no se aprende en las escuelas ni nace con conocimientos especiales, sino que resulta del cuidado en el separar, de la precaución en el combinar, del hábito de preguntarnos á nosotros mismos el significado de las palabras que usamos, del asegurarnos que un escalón es sólido antes de edificar otro sobre él, y sobre todo, del culto fiel y leal á la verdad».

II

Si la presente relación tuviera que tener un carácter puramente burocrático y ministerial, me limitaría al campo económico; discutiendo solamente el problema de la distribución de la riqueza, para probar con leyes económicas si la pobreza debe reconocerse como un hecho inevitable y si la humanidad ha sido condenada fatalmente á esta lucha indecorosa, para la cual, en la mayor parte de los hombres, la vida resulta más bien un mar-

tirio que un bien. Habiéndome ordenado V. E. hacer mi relación accesible á los lectores de cualquier clase, es deber mío disipar los errores vulgarísimos que tienen sus más fuertes raíces en las clases llamadas cultas y educadas. Estas «han sometido ya su mente á un curso especial de espasmos», por lo cual ciertas artificialidades y confusiones que hacen adaptar errores en los sistemas filosóficos, «se convierten para ellos en una evidencia aparente de superioridad, satisfaciendo una vanidad como la del *contorsionista* que con pena ha aprendido á caminar sobre las manos en vez de sobre los pies». Y apoyándose en estadísticas de números erróneas en su punto de partida, ilusorias en sus deducciones, huyen de las cuestiones sencillas, perdiéndose en vanas rebuscas sobre hechos conexos con la mente, con el organismo, con las oportunidades y con el sistema en que ellos viven. Por tanto, para ellos hay una miseria en España y en Italia, pero sólo existe un poco de pauperismo entre los inmigrantes de Inglaterra y de los Estados Unidos, un hambre en la India diversa de las carestías y del hambre de Irlanda.

Las revoluciones devastadoras de la retrógrada América latina; las huelgas colosales de la América del Norte y de Inglaterra, que en cuanto á destrucción de riquezas y paro de producción son más formidables que las revoluciones sudamericanas; el grito por el pan que surge de las provincias italianas y españolas; la prostitución que inunda las calles de París y de las otras ciudades de Francia y Alemania; la corrupción de todos los gobiernos, en forma brutal, en los países seudorrepúblicanos, corrupción cubierta de respetabilidad en el continente europeo y en Inglaterra; la espantosa emigración de irlandeses, escoceses, ingleses, alemanes, húngaros, escandinavos, italianos, etc., no son más que el síntoma de un solo mal: la miseria y el miedo á la miseria, en algunos puntos más intensa que en otros, *pero miseria en todas partes y de la misma especie*. A esta miseria estamos nosotros tan habituados, «que aun en los países más avanzados la consideramos como la suerte natural de las grandes masas del pueblo, y considera-

mos como cosa corriente que aun en la más alta civilización, numerosas clases deban carecer de las cosas más necesarias á una vida sana, y que la vasta mayoría deba vivir pobre y sufriendo con el más duro trabajo. Y hay profesores de economía, como bien dice V. E., que enseñan que este estado de cosas es el resultado de leyes sociales contra las cuales es inútil lamentarse. ¡Hay ministros de religión que predicán que esta es la condición que un Creador omnisciente y omnipotente ha establecido para sus hijos!

La pregunta que se sobrentiende en la circular de V. E., es la siguiente: ¿Es este estado de cosas inevitable, fatal y no susceptible de remedios? Si así es, digamos á las masas, á la Grecia en general, «que se resignen á pasar á través de todos los males que produce un descontento irremediable». Si vosotros, al contrario, veis la posibilidad de un mejoramiento en la vida individual y social del hombre, decidnos la causa de este descontento y nosotros aplicaremos el remedio.

Las palabras *rico* y *pobre* se han usado frecuentemente en un sentido relativo. Entre los campesinos irlandeses, mantenidos sobre el borde de la muerte por hambre, á causa del tributo que se les ha arrancado para mantener el lujo de un *land lord* lejano que reside en Londres ó en París, *la mujer de las tres vacas* será considerada rica, mientras que en una sociedad de millonarios, uno que tenga solamente 500.000 pesos será considerado pobre. Ahora bien; no podemos, bien entendido, ser todos ricos en el sentido de poseer más que los otros, pero cuando se dice que no todos podemos ser ricos y que los pobres existirán siempre, no se usan las palabras en el sentido relativo. Generalmente se entiende por ricos aquellos que tienen bastante riqueza para satisfacer todas las necesidades razonables, y por pobres aquellos que no tienen bastante. La diferencia entre ricos y pobres existirá «siempre, y sería una contradicción de términos el pretender ó significar que todos podremos tener un cortejo de sirvientes; que podremos eclipsarnos unos á otros en riqueza de vestidos, en la prodigalidad de nuestros bailes y comidas, en la magnificencia de nuestras ca-

sas». La cuestión está en ver si todos podremos tener reposo, *confort* y abundancia, no sólo de lo necesario, sino de aquello que hoy se cree elegancia ó lujo. Yo no quiero decir que la igualdad absoluta sería posible ó deseable, ni que todos tengan que desear la misma cantidad á todas las formas diferentes de riquezas. Pero yo quiero decir que todos podríamos tener riqueza suficiente para satisfacer deseos razonables, que todos podríamos poseer aquellas cosas materiales por las que luchamos: que en ninguno despierte la voluntad de robar ó estafar al prójimo; que ninguno sea atormentado diariamente, ó que pase las noches en vela temiendo caer en la miseria ó pensando cómo podría conquistar riquezas.

¿Es este un sueño de utopistas? Para responder á esta irónica pregunta de las clases superiores, ó á este grito desesperado de aquellos que desean un estado mejor, pero no ven el camino para ir hacia él, pido al lector que siga mi razonamiento sin prejuicios y sin preocupaciones, tal cómo procede un cirujano en el diagnóstico de una enfermedad.

El mal es único, universal—diverso sólo en intensidad—: la causa debe ser única, universal, diversa solamente en intensidad. Ciertas enfermedades infecciosas, por ejemplo, la tuberculosis, se atribuían antes á causas diversas: el clima, la edad, el sexo, etc. La bacteriología moderna descubrió ó supuso con fundamento microbios infinitamente pequeños que segregan venenos que producen las mismas enfermedades, los mismos síntomas, más ó menos intensos, pero de la misma especie, en todas las edades, en todos los climas y en ambos sexos. Un efecto de una sola especie, no puede ser producto de causas diversas.

Cuestión de raza.—La piedra angular de los antropólogos, de los filósofos y de los literatos que hablan de fenómenos sociales con frases brillantes.

Los primeros, con el compás y la balanza, buscan estas causas en las células cerebrales, en la conformación craneana; los otros, en la corrupción del corazón humano. Ahora bien; hay miseria en Italia, España,

Francia—pueblos latinos—; hay en los países anglo-sajones, en los germanos; hay en Rusia—raza eslava—; hay en China, Japón, India—todas razas diversas en variedad y colores.

Densidad de población.—La teoría de Malthus, dominante en Europa y América, menos en nuestra Grecia. Esta gigantesca tontería, sobre la cual, parece increíble, por el espacio de un siglo, ingenios eminentes han fundado teorías y construido sistemas, forma todavía la base de ciertas doctrinas económicas. Faltándome el espacio para probar con argumentos toda su falacia, presento al lector cifras indiscutibles para que las confronte. El Indostán es una región fertilísima, y la población de las Indias cuenta apenas 132 habitantes por milla cuadrada. La China tiene en su territorio riquezas fabulosas, y cuenta apenas 119 habitantes por milla cuadrada. El Brasil posee un terreno sumamente pródigo y una población escasísima. Toda la América del Sur es, en general, escasamente poblada. En la Escocia, en Irlanda, en Italia, extensiones inmensas de terreno son habitadas por animales que pastan. Los Estados Unidos del Norte podrían contener una población varias veces más numerosa que la que poseen. ¡Y por todas partes miseria más ó menos intensa, pero siempre miseria!

Cuestión religiosa.—En los países latinos, donde todavía se agita la lucha religiosa—y también en Grecia—, se suele atribuir la pobreza al catolicismo. Los católicos—se dice—son enemigos del progreso, y por tanto, no saben levantarse de la miseria. Sin embargo, si España, Italia y Francia son católicas, la Escocia, la Inglaterra y la mayor parte de los Estados Unidos (menos pocos millones) son protestantes. La India y la China no son ni lo uno ni lo otro... Miseria, pues, bajo cualquier forma religiosa.

Forma política.—Miseria en los países monárquicos, miseria en los republicanos.

Amor al trabajo.—Los ingleses dicen que los irlandeses no gustan trabajar, y por tanto, son pobres. Es una mentira, en la cual los han educado sus ministros religiosos y su aristocracia, que ellos, con todo el orgullo

de su individualismo, adoran como cosa sagrada. Por lo demás, es teoría corriente la de que es rico ó no sufre miseria quien ama el trabajo... Si esto fuese cierto, ¡cuán ricos debían ser los pobres italianos, que son las bestias de carga de todos los países del mundo! Del español de Galicia, se dice que Dios lo ha creado para hacer reposar á las mulas. A más de esto, ¿no es verdad que quien verdaderamente trabaja sufre hambre, y nadan en el oro muchos de aquellos que no saben producir ni un solo centésimo de las riquezas puestas á su disposición?

Alcoholismo.—Es costumbre entre los ingleses y los americanos del Norte atribuir la miseria del pueblo al abuso del alcohol, y sus ministros religiosos se afanan en formar sociedades de templanza para suprimir con la abolición del alcoholismo la miseria que, según ellos, es un síntoma de la perversión de las facultades humanas. Ciertamente que la sobriedad es una de las virtudes que puede contribuir á luchar con la miseria, y es evidente que todos los viciosos son generalmente pobres. Pero estos ministros no ven que la crápula es hija de la miseria, solamente porque algunos que no son pobres y otros asaz ricos se dan también al vicio del alcoholismo, y por tanto, confunden el efecto con la causa, sin mirar en qué capa social y en qué ambiente éstos fueron educados. De cualquier modo, si esto fuese cierto, deberían ignorar la miseria los habitantes del Indostán, que no usan bebidas alcohólicas, y muchas regiones de Italia y España que, aunque productoras de vino, no conocen la embriaguez que se nota entre algunos ingleses y americanos.

Sentimiento religioso.—Los escoceses y los neohébridos son excesivamente religiosos. Los españoles y gran parte de franceses son los hijos primogénitos de la Iglesia romana; los italianos son religiosos y supersticiosos, y muchos países de la América latina profesan el culto católico con cierto fervor. En los Estados Unidos se construyen cerca de 300 iglesias metodistas cada año.

Inmigración.—La miseria en los países nuevos es atribuida al afluir de nuevos trabajadores, y se busca,

como en los Estados Unidos, reprimirla. No debería haber entonces miseria en los países de emigración, en Irlanda, por ejemplo, de la cual han emigrado más de tres millones de habitantes. En el Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Venezuela, Colombia, etc., la inmigración es limitadísima, y sin embargo, el descontento y el malestar son continuos.

Protección y libre cambio.—Casi todas las naciones de la Europa continental son proteccionistas. Las naciones sudamericanas, que son las más ignorantes en economía política, tienen enormes tarifas de aduana. La Inglaterra, por el contrario, tiene casi absoluto libre cambio. Los Estados Unidos lo tienen entre ellos, y proteccionismo contra todo el resto del mundo. Sin embargo, miseria por todas partes...

Intranquilidad política.—Los sudamericanos, tomando el efecto por la causa, atribuyen su malestar á las revoluciones políticas, á la ambición, al odio de facciones y de partidos, que se perpetúa con tanto rencor en los pueblos latinos, sin apercibirse de que, viceversa, la miseria atiza el fuego del odio de las revoluciones. Y sin embargo, ¡es tan fácil echar una mirada más allá del Atlántico! Numerosísimos emigrantes dejan los países donde la tranquilidad política no es molestada por ninguna revolución, y van á buscar pan justamente allá... donde la tranquilidad es desconocida.

Insuficiencia de instrucción en el pueblo.—En toda la Gran Bretaña hay escuelas; en los Estados Unidos no hay casi analfabetismo. En Alemania y en Francia hay numerosísimas escuelas primarias.

Inconstancia de la circulación monetaria.—En Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, etc., el tipo de la moneda es oro.

Gastos excesivos de los gobiernos y déficit en los balances.—Es otra opinión dominante en los países latinos, y los estadistas se afanan en aparejar los balances. Sin embargo, en los Estados Unidos hay siempre superávit —y muy grande—, no sólo en el tesoro del gobierno central de la Unión, sino también en el balance de cada Estado. Diversas naciones europeas y sudamericanas

han llegado alguna vez al equilibrio. La miseria, sin embargo, no ha dado un paso atrás. Al contrario...

Sufragio popular.—Se ha adoptado casi en todas partes; el pueblo lo aprovecha tan poco, que todos deploran la indiferencia política. Es natural. Las masas no se preocupan de las formas de gobierno, pues para ellas sólo queda reservada la mera y difícil subsistencia.

Ejércitos permanentes.—Hablabamos más adelante difusamente, porque desde hace algunos años, en Europa, los literatos se agitan por la paz y por la disolución de los ejércitos. Basta mencionar solamente que en los Estados Unidos no hay ejército permanente. He recorrido los registros de enrolamiento de los llamados voluntarios de la guerra contra España, y me he asegurado de que un ejército más vasto sería una bendición para el gran número de desheredados que vagan por falta de trabajo en busca de medios de subsistencia y de empleos. Cuando se preguntaba á los voluntarios qué causa los impulsaba á enrolarse, respondían casi invariablemente: *out of work* (estoy sin ocupación).

Sin embargo, podría objetarse, no es exacto tomar estas causas aisladamente, porque la pobreza es un producto de un conjunto de ellas. Donde se ama el trabajo, la Naturaleza es avara; donde hay fertilidad de suelo, la superstición religiosa se ha opuesto al progreso; y en las poblaciones esparcidas de la América del Sur hay un conjunto de superstición, militarismo, corrupción política, y especialmente ignorancia mezclada á un orgullo que no deja vislumbrar ninguna luz en el camino de la civilización, que no puede existir sin espíritu sinceramente democrático.

Y bien; he aquí un país vasto, inmenso, con tierra amplia y rica por su fertilidad, por la variedad de su flora y de su clima, por sus minas, sus bosques, sus lagos, sus ríos; con todos los caprichos de la Naturaleza, donde el ojo del viajero caminando millares de leguas se espacia en la belleza de campiñas montuosas, como la Suiza; extravagantes y llenas de vida, como en los trópicos; rientes, como en las más bellas comarcas de

Italia. Aquí la civilización tuvo el campo más libre y el más pleno desarrollo. Hay iglesias, escuelas, diarios, ferrocarriles y cómodas vías de comunicación en cada aldea. Aquí no hay órdenes privilegiadas, ni legados de antiguas instituciones. Los países vecinos no son ni más fuertes ni más hostiles para obligarlo á mantener en pie un ejército permanente. La experiencia de las otras naciones lo ha guiado en el escoger lo que es bueno y rehusar lo que es malo. En política, en religión, en ciencias, en todo, muestra el más reciente de los progresos. La Iglesia es libre y separada del Estado: la libertad religiosa es completa, y cada ciudadano educado en la tolerancia y respeto de toda opinión religiosa; constituido en república desde su independencia, se rige en forma de república y de confederación de repúblicas; el tipo de la circulación monetaria es oro; después de haber experimentado la libertad de cambio, pasó á un proteccionismo *à ou trance* contra los otros países, dejando absoluto libre cambio entre Estado y Estado. Aunque formado por variedad de razas, es el pueblo más homogéneo, más asimilador y más activo. La instrucción pública está muy difundida; el analfabetismo, conocido solamente en los extranjeros recién llegados.

Un pueblo que piensa ser, y que realmente está á la vanguardia verdadera de la civilización. El alimento es más barato y el salario es más alto que en cualquier otra parte. El promedio de la educación, de la inteligencia, del *confort* material y de las oportunidades individuales es más elevado que en ninguna de las naciones civilizadas. Inmensa red de ferrocarriles y de telégrafos, división del trabajo llevada al nivel más alto, recursos extraordinarios para las entradas públicas; los balances de los Estados y del gobierno central presentan siempre un superávit que despierta envidias á los desgraciados balances de la vieja Europa y á los saqueados erarios de las naciones sudamericanas. «Aquí está en su punto más elevado la civilización moderna.» Y observemos una de las épocas realmente prósperas, cuando las cosechas son abundantísimas, el consumo y el cambio de artículos es numeroso, la demanda insaciable, los

trenes ferrocarrileros sobrecargados de productos, nuevos ferrocarriles en construcción, talleres que trabajan con febril actividad, las calles llenas de vehículos, las veredas pululando de gentes que caminan apresuradamente para no perder tiempo, los bancos que giran sumas enormes en 1899, por ejemplo, 94 billones de pesos; toda especie de acciones bancarias y de otras empresas aumentan en valor con una rapidez vertiginosa de un día á otro. En ninguno de los países más civilizados de Europa, he visto una producción literaria tan superabundante, un número mayor de bibliotecas públicas, de instituciones de educación y de enseñanza, y una más intensa sed de saber.

Sin embargo, cuando pensamos en la civilización tal cual debería ser, ¡cómo nos parece pobre, digna de piedad, y tan poco mejor de la más desnuda barbarie, la civilización de la cual el *americano del Norte* se envanece! También aquí la más alta y civilizada comunidad, aquí donde ella tuvo el campo más libre y el más pleno desarrollo.

Paseando por Nueva York, la segunda ciudad del mundo, donde las instituciones de beneficencia y de caridad son innumerables, ciudadanos de los Estados Unidos, nacidos y educados en la tierra que puede considerarse el *paladium* de los derechos del hombre, piden en secreto cinco ó diez sueldos de limosna.

Y aun cuando convencido de que esta caridad hace más mal que bien, no es posible sofocar el sentimiento de compasión al leer que, en esta civilizadísima y caritativa ciudad, tantos y tantos se mueren de frío, tantos son víctimas del hambre más desgarradora. El *Sun* de Nueva York refiere que más de 200.000 muchachas trabajan con un salario cuyo término medio es de cinco pesos por semana, y que casi todas están obligadas á vivir con esta misérrima merced; millares de hombres y mujeres vagan en busca de un trabajo que no encuentran; mujeres que deben coser *overalls* (pantalones de trabajo) á 60 sueldos la docena; muchachos descalzos y mal vestidos; la aglomeración en las habitaciones, tan densa, que hace envidiar la caverna del salvaje, que al menos

gozaba de aire puro é ignoraba los beneficios y la esclavitud de la moderna civilización.

Y tal estado de cosas no existe solamente en la metrópoli. En los campos y en las pequeñas ciudades la vida no es más lisonjera. Los inmigrantes deben sopor-
tar toda especie de vejámenes de sus mismos connacio-
nales, y someterse á los más duros trabajos; duermen
en galpones de madera—*shanty*—en condiciones peores
que las de algunos animales domésticos, y se alimentan
con comidas deterioradas que un lord inglés se guarda-
ría muy bien de hacer comer á sus perros. Aunque los
americanos del Norte tengan en general mejores vesti-
dos, casas más cómodas y alimentos más variados que
nuestros trabajadores, V. E. quedaría, sin embargo,
sumamente sorprendido al observar en ellos mayor ten-
sión de espíritu, mayor ansiedad que en nuestros habi-
tantes; la cifra de los locos es espantosa; el número de
suicidios por hambre son una bofetada dada á nuestra
civilización; las enfermedades por insuficiencia de ali-
mentos, de vestido y de aire por millares aumentan las
estadísticas de la mortalidad. Los delitos contra la pro-
piedad y las personas se propagan, las cárceles deben ser
aumentadas en número y ensanchadas, porque los mal-
hechores no caben en ellas. Y esto no es lo peor. Estas
son apenas las formas de aquel espíritu que en medio
de nuestra civilización obligan á cada uno á estar en
guardia. ¿Cuál es la máxima de las relaciones comercia-
les entre las clases más altamente respetables? Que si
sois víctima de una estafa, es culpa vuestra; que se debe
tratar á cada hombre con quien se tengan negocios como
á uno que está esperando la oportunidad de asaltaros y
robaros. *Caveatemptoc* (que el comprador esté alerta).
Si uno roba pocos pesos, corre peligro de descontarlos
con la prisión. Pero si por el método comercial roba un
millón, será cortejado y adulado, aun cuando robe los
pobres y pequeños ahorros que una mísera lavandera ó
una modista le han confiado, aun cuando despoje á una
viuda y á sus huérfanos de lo poco que les asegura la
vida, y por el cual los extintos maridos han sudado y
luchado tanto. Al abrir un diario, el lector que no pien-

sa no se fija en el hecho de alguna desgraciada que después de haber pasado meses y meses en la miseria más negra, con el mismo sostén de tres ó cuatro pesos por semana que el marido gana, será echada de la casa con sus hijos porque el intendente de la *tenement house* (casa de inquilinato) es responsable ante el patrón. Detiénese en cambio á leer la crónica de un banquete en el *Waldorf Astoria*, donde un millonario que parte para Inglaterra ha gastado para 80 invitados la cifra de 116.000 dólares, ó sobre las bodas de un Vanderbilt, que ha pavimentado el suelo de una iglesia con rosas de dos dólares cada una. Y así el literato superficial, que se da aires de sociólogo, eleva un himno á la riqueza de los Estados Unidos, á las estupendas excentricidades de los millonarios, que igualan á los romanos de la época clásica, olvidando infantilmente á los millares de individuos que en una condición idéntica á la del esclavo romano, sufren privaciones de toda clase para mantener en la opulencia á algunos pocos que «superan en lujo y derroche á los grandes duques de Rusia, cuyas hijas son el premio de oro á los disolutos de la aristocracia inglesa y europea; pocos ciudadanos que podrían comprar sillones en el Senado de la Unión, y dejarlos luego vacíos para demostrar su grandeza». Y esto, porque estos sociólogos, espantados de la profunda miseria europea, ignorantes de la diferencia entre riqueza verdadera y riqueza de privilegios, entre riquezas de una nación y riquezas de individuos, repiten las ideas de los magnates de los ferrocarriles, de los Napoleones de la especulación, que llegados á Nueva York con la invención de una trampa para ratones, cuentan después su riqueza en centenares de millones.

«Todos están prósperos y contentos—repiten con ellos—; hay, naturalmente, muchísima miseria en las grandes ciudades, pero miseria habrá siempre.»

Hay tanto dinero que ganar de parte de aquellos que tienen voluntad y habilidad, pero los hombres son *naturalmente* extravagantes, *naturalmente* ignorantes, *naturalmente* pródigos, *naturalmente* intemperantes é irreligiosos y viven *naturalmente* aglomera-

dos en casas insalubres, atrayéndose enfermedades y muerte precoz.

Y entre la indiferencia de los más, que levantan los hombros desesperando de toda solución ó esperando que la evolución spenceriana cumpla su ciclo, ha surgido una escuela con muchísimos prosélitos, la cual atribuye los males presentes á la clase capitalista, al capital y á la burguesía, y por tanto, como panacea, con fin más amplio y de carácter más revolucionario, propone la organización de la sociedad en un verdadero ejército; es decir, ingerencia del gobierno en la industria, en los útiles y maquinaria de la producción (incluyendo la tierra en la maquinaria) y acabar con el interés del capital y con la concurrencia. Por tanto, la ley del Estado ha de ser llevada por todas partes, y los oficiales gubernativos han de dirigir todas las industrias, como el correo, por ejemplo. Teoría ésta (si merece ó no el nombre de teoría, lo veremos más adelante) que se propaga bajo el nombre de socialismo.

Otros, partiendo más ó menos del mismo concepto de capital y burguesía, querrían al contrario la abolición de toda ingerencia gubernamental; abolición de toda ley civil, como método para acabar con la desigualdad existente entre hombre y hombre, entre una familia y otra. Teoría opuesta á la precedente, y que se sintetiza bajo el nombre de Anarquía.

Creo inútil esbozar la teoría comunista de la producción en común, sin propiedad individual. De ésta el lector encontrará una reseña bastante extensa en la segunda parte de esta relación. El nihilismo en Rusia tiene por fin abolir el gobierno autocrático para suplantarlo por uno constitucional. Ya en Europa se ha probado qué resultados escasísimos ha dado el simple cambio de forma política de gobiernos, con la llamada monarquía constitucional y también con las formas republicanas.

III

En la confusión de tantas ideas diversas que desvían las fuerzas y perpetúan el mal, yo quisiera dirigir una pregunta, no sólo á mis compatriotas, sino también á los ciudadanos de cada país. ¿Cuál es el fin último en la aspiración honesta del triunfo de vuestra idea, sea que aspiréis á la victoria de vuestro partido político ó religioso ó de un ideal cualquiera que busca el bienestar vuestro, de vuestra familia y de vuestra patria?

Este fin, yendo de deducción en deducción, no puede ser más que uno. Una paz y una tranquilidad por la cual cada uno encuentre la propia vida, la de los suyos, la de sus semejantes, fácil para procurarse lo necesario para una existencia cómoda, fácil para poder desarrollar las mejores cualidades intelectuales y morales; porque la sociedad, en vez de asemejarse—cual es hoy—á una jauría de perros hambrientos, á los cuales se echan pocos huesos descarnados, por los que se despedazarían para conquistar la mejor parte, se asemeje, en cambio, á una reunión de gentilhombres sentados á un banquete, que no sólo esperan plácidamente su turno, sino que se apresuran á cambiar gentilezas entre sí, rivalizando en cortesías y urbanidad, temiendo cada cual ser tenido á menos si no cumpliera esos caballerescos actos. Que vosotros, en suma, vuestra familia, vuestros connacionales, podáis vivir en un bienestar que os permita desenvolver la inteligencia, suavizar las costumbres, sin envidiar á otros los bienes que no son costosos para vosotros; que cada cual pueda con entera libertad dedicarse á la producción de aquellas cosas tangibles que nos exige nuestra insaciabilidad de mejorar y progresar; al cambio de ellas con toda la honradez de quien tiene un respeto profundo por los derechos individuales y para lo que legítimamente pertenece al individuo.

El hombre es un animal esencialmente social. No tiene necesidad de ser domesticado para vivir en sociedad; antes bien, á medida que la sociedad avanza y se complica, la necesidad de vivir en relación con otros se hace más fuerte. Además de esto, las aspiraciones hacia el progreso material y moral son sentimientos inherentes á la naturaleza humana que trata de elevarse y perfeccionarse. Pero es necesario tomar al hombre tal cual es; es como una planta que tiene necesidad de cierto ambiente para desenvolverse; necesita estudiar cuál es la modificación que se debe aportar al ambiente material y moral donde crece y se desarrolla esta planta, hombre para enderezarla y dirigirla hacia el bien. Desde que el mundo es mundo, se estará enseñando á los hombres que en vez de ser malos deberían ser buenos, y con tantas prédicas y libros de moral, la tierra habría debido convertirse ya en un paraíso terrenal... ¿No es bien claro que la guerra es un asesinato en forma científica? ¿No es claro que aun el sentimiento más rudo se rebela contra el robo, el homicidio y atentados de otra especie? ¿Quién no se siente destrozar el corazón, al pensar que tantas pobres madres languidecen de hambre y frío, que tantos hijos no tienen más porvenir que la cárcel ó un burdel? ¿Quién no se horroriza al observar que de un lado la acumulación de inmensas riquezas permite á algunos, no sólo todas las comodidades de la vida, sino también el derroche en el juego, en las mujeres, en toda clase de orgías, de un dinero por el cual no han dejado una gota de sudor, mientras otros, embrutecidos por la miseria, se hunden, unos en el alcoholismo, otros en los vicios más refinados, acompañados de toda suerte de crueldades, y otros, más fuertes en la lucha, trabajando de la mañana á la noche, esforzándose en conservarse honrados, tratan de educar á sus hijos para que piensen honestamente y llegan apenas á matarles el hambre y á vestirlos?

¡Doloroso es decirlo! La Naturaleza humana ha sido desconocida hasta hace poco por todos aquellos que se han dedicado á estudiarla, y por estos mismos ha sido observada por un solo lado. Los economistas, por ejem-

plo, desde Adam Smith, han formado de ella un concepto abstracto de la peor cualidad, y han afirmado que las acciones de los hombres no han tenido otro móvil que el egoísmo. Los evolucionistas esperan que el instinto humano se modifique, se perfeccione—con la perfección de la conformación cerebral—á través de los siglos, y por tanto caídos en un fatalismo musulmán, desesperando poder ver con los propios ojos y en su época un mejoramiento de este instinto, se contentan con representar la parte de Jeremías sobre los muros abatidos de Jerusalén. Finalmente los literatos, los poetas, no ven más impulso en las acciones humanas que la simpatía y el afecto de un lado, la perversión de estos sentimientos por otro, y citando los héroes, los mártires, los patriotas, el sentimiento de piedad tan fuerte en la mujer, el amor materno, etc., esperan que el reino del amor establezca el de la justicia.

El hombre es un animal, más alguna cosa que lo diferencia, aun en el estado más salvaje, de las especies más elevadas. No nos importe el averiguar el puente por el cual el hombre habrá pasado desde la especie mono hasta la humana—de este eslabón de pasaje no existe otro vestigio que una hipótesis más ó menos ingeniosa—. Pero partiendo de lo conocido á lo desconocido, único sistema lógico para darse cuenta de lo que es realmente posible, nosotros no tenemos *noticia cierta y más remota del hombre, más que como hombre, salvaje cuanto se quiera, pero siempre HOMBRE*. La hipótesis de Darwin, Haeckel, Schleicher, Büchner, Fritz Müller, Huxley, Wundt, etc., á pesar de las pretendidas bases de la anatomía y filología comparadas, no son menos metafísicas que la hipótesis que dice que la especie humana haya partido de un germen separado y diverso desde los monos. *No hay recuerdo ó traza del hombre en ninguna condición más baja que aquella en la cual es posible encontrar al salvaje...* Y entre el más bajo salvaje conocido por nosotros y el más alto de los animales, hay una diferencia enorme, diferencia no sólo de *grado, sino de cualidad*. Animales inferiores ostentan muchas características acciones y emociones del hom-

bre, pero el hombre, por más bajo que sea el grado que ocupa en la escala de la humanidad, no se ha visto jamás privado de una cosa de que ningún animal muestra la traza más leve; de un *quid* fácilmente reconocible, pero casi indefinible que da el poder de mejorar, que hace del hombre un *animal progresivo*. Por tanto, «el hombre es más que un animal». Aun cuando en sus poderes puramente físicos no supera quizás á los otros animales, y en algunos de ellos se encuentra por debajo, sin embargo, en los poderes mentales es tan superior, que lo separan de la clase animal más inteligente y lo erigen en señor y maestro de todos, hacen de él verdaderamente en todo lo que vemos «el vértice y la corona de todas las cosas». Y lo que más claramente indica el abismo profundo que lo separa de todos los otros animales, es que él solo es el productor, y en tal sentido, un *Hacedor*. En esto está la diferencia que hace de la distinción entre el animal más perfecto y el más infimo de los hombres, una distinción no sólo de *grado*, sino de *cualidad*, y que, aunque sea ligada á los animales, justifica el dicho de la hebreaica Escritura, que dice «que el hombre fué creado á imagen y semejanza del Omnipotente».

A pesar de las historias de hadas ó de canes *supernaturales* que Mr. T. Mauz Jones de Denon (*Justice, Appendix D*) sugiere nada menos que á H. Spencer para indicar que la idea del deber no es de origen sobrenatural; á pesar de ciertas semejanzas del instinto, una línea de diferencia puede trazarse, y es que el hombre es el *único animal* que tiene el poder de indagar las relaciones entre causa y efecto; de la causa suponer el efecto, ó dado el efecto, buscar su causa. La agudeza del instinto parece que suple algunas veces á esta falta de poder razonador en los animales; sin embargo, el más sagaz de ellos puede ser burlado, con un momento de reflexión, por el más simple de los hombres.

Otra diferencia absoluta, enorme, es que el hombre es el animal nunca satisfecho, diferencia originalísima y que es debida precisamente al don de la razón, que *falta en los animales*.

La tarea indicada por V. E. es la de presentar en la forma más fácil y breve, pero convincente, el problema de nuestra época; por tanto, yo no puedo reproducir extensamente las páginas de las cuales traduzco estas ideas; las indico, sin embargo, en la bibliografía, para el lector que desee darse cuenta más profundamente de sí mismo y del ambiente que lo circunda. Para el fin mío, bástame enunciar que «todas las acciones humanas, al menos las voluntarias y conscientes, son estimuladas por un deseo y tienen por fin la satisfacción de este deseo». De los deseos y sus satisfacciones relativas, algunos son primitivos ó fundamentales, y es solamente cuando éstos están satisfechos cuando nacen otros deseos. «Sin deseos, el hombre no podría existir ni siquiera como entidad física. Los filósofos orientales, de que Schopenhauer es una versión en Occidente, enseñan que el hombre prudente debería buscar la extinción de todo deseo, pero enseñan también que si se llegase á esta extinción, cesaría la existencia individual, que ellos consideran en sí misma como un mal. Pero en realidad, como el hombre se desenvuelve, elevándose á un nivel más alto, sus deseos aumentan infaliblemente, si no en número, al menos en calidad, haciéndose más altos y más amplios en la tendencia y en el fin... En la jerarquía de la vida, tal como la conocemos, lo más alto está edificado sobre lo más bajo; un piso sobre el otro, como el vértice está sobre la base. Y así, en el orden de los deseos humanos. Las necesidades vienen primero y son de importancia más amplia. Los deseos que se elevan por arriba de la esfera animal, pueden nacer y buscar satisfacción sólo cuando están satisfechos los que poseemos y que son comunes á todos los otros animales. Y aquellos que piensan que la rama de la filosofía que se refiere á la satisfacción de los deseos animales, y especialmente al modo con que los hombres deben alimentarse sin dificultad, vestirse y tener un techo, sea una ciencia innoble y secundaria, se asemejan á un general que, absorto en el movimiento y en el orden de las fuerzas, se olvidara de los víveres, del vestuario ó del reposo de su ejército, ó á un arquitecto que creyera que es

más importante el ornamento de una fachada que sus cimientos.»

Ahora bien; entre los males de las condiciones sociales contemporáneas, hay uno que no abandona jamás á ninguno, ni al pobre ni al rico. Es el *miedo á la necesidad*, la incertidumbre del mañana para satisfacer nuestros más fundamentales deseos, y con tanta supericialidad, pensamos que la voracidad es la impulsión más poderosa que hace mover las pasiones humanas, y que los sistemas de administración y de gobierno pueden con seguridad basarse solamente en la idea de que el miedo del castigo es necesario para conservar á los hombres honrados, que los intereses egoístas son siempre más fuertes que los intereses generales.

«Pero ¿de qué nace este deseo inmoderado, por cuya satisfacción los hombres pisotean lo más puro y lo más noble, al cual sacrifican las simpatías más altas de la vida, que convierte la civilización en una pretensión hueca. ¡Al patriotismo, en una impostura; á la religión, en hipocresía, y que hace de la existencia civilizada una guerra ismaelítica, cuyas armas son la astucia y el engaño!»

«¿No nace acaso de la existencia de la necesidad? Carlyle, en uno de sus escritos, dice que la pobreza es el infierno, al cual el inglés moderno tiene más miedo. Y tiene razón. La pobreza es la boca abierta, el infierno insaciable que abre sus mandíbulas bajo la sociedad civilizada. Y por sí misma, es ya un infierno. Los Vedás expresan una verdad muy sincera, cuando el sabiduro Bushando narra al poeta-águila Vrsnin que el dolor más agudo es la pobreza. Porque la pobreza o significa solamente privación; significa vergüenza, degradación; significa quemar la parte más sensible de nuestra naturaleza moral y mental, como con un hierro candente; significa la negación de los impulsos más fuertes y de los afectos más dulces; significa torcer nuestros nervios más vitales. ¿Amáis á vuestra mujer y á vuestros hijos?... ¿Pero no sería más soportable verlos morir, que verlos reducidos al agudo tormento de la miseria, en la que viven las clases más numerosas, en toda

comunidad altamente civilizada? La más fuerte de las pasiones animales es la que nos ata á la vida, pero cada día, en nuestras civilizadas sociedades, los hombres traigan venenos ó empuñan una pistola para suicidarse, por el miedo que tienen á la miseria. Y por cada hombre que se suicida, hay probablemente un centenar de ellos que se privarían de la vida, pero que sólo no lo hacen por el espanto instintivo, por sentimientos religiosos ó por lazos de familia.»

«De este infierno de la pobreza, es natural que los hombres hagan toda clase de esfuerzos para librarse. Con el impulso para la propia preservación y satisfacción, se mezclan sentimientos más nobles, y el amor y el temor empujan con rapidez á la lucha. Muchos descienden á la bajeza, al deshonor, á la caza de cosas injustas en el esfuerzo de colocar á la madre, á la esposa, á los hijos, á cubierto de la miseria ó del miedo á la miseria.»

«Y de esta condición de cosas nace una opinión pública que estimula como una fuerza impulsora en la lucha por tomar y conservar uno de los más fuertes—quizás en muchos verdaderamente predominante—impulsos de las acciones humanas. El deseo de la aprobación y el de conseguir ser gratos; el sentimiento que nos empuja á conseguir el respeto, la admiración y la simpatía de nuestros semejantes, es instintivo y universal. Pervertido muchas veces en las manifestaciones más anormales, puede ser sin embargo percibido por todas partes. Y poderoso en el salvaje más rudo, como en uno de los más cultos de la sociedad más refinada, se muestra con el primer fulgor de inteligencia y persiste hasta el último suspiro; triunfa sobre el amor y sobre el reposo, sobre el sentimiento del dolor, sobre el espanto de la muerte... El sugiere las acciones más vulgares y más elevadas.

»Los hombres admiran lo que ellos desean. ¡Cómo debe parecer dulce al náufrago un puerto seguro; el alimento á un hambriento; la bebida al sediento; el calor al que tiembla de frío; el reposo al transido; la fuerza

al débil; el saber á aquel en cuyo espíritu se elevan las ansias de la inteligencia! Y así, el agudo dolor de la miseria y el miedo de la necesidad obligan á los hombres á admirar, sobre todo, la posesión de las riquezas, porque siendo rico, es respetado, admirado, influyente.» «Haced dinero honestamente si podéis, pero de cualquier modo, haced dinero.»

He aquí la lección que la sociedad susurra día y noche á los oídos de sus miembros. Los hombres admiran instintivamente la virtud y la verdad, pero el aguijón de la miseria y del miedo á la miseria los obliga mucho más á admirar al rico y á simpatizar con el afortunado. Es bello ser honesto y justo: todos lo recomiendan, pero... quien puede, merced al engaño y á la injusticia, conseguir un millón de pesos, cobrará mayor respeto, mayor admiración é influencia y favores, si no de corazón, con los ojos y con los labios, en mayor número que aquel que rehusa ese millón. El honrado podrá recibir en el porvenir su recompensa; podrá reconocer que su nombre será escrito en el Libro de la Vida, y que á él le está reservada la blanca veste y la palma de la victoria contra la tentación; pero el otro, el del millón, recibirá su recompensa en el presente. Su nombre se verá colocado entre la lista de «ciudadanos de alta posición»; lo cortejarán los hombres y adularán las mujeres; para él, los mejores bancos en la iglesia y los personales respetos del elocuente sacerdote que en el nombre de Cristo predica el Evangelio para los viciosos, y hace resonar con estampidos de retórica oriental, privada de sentido común, la metáfora austera del camello y del ojo de la aguja. El puede ser el protector de las artes, el Mecenas de los hombres de letras; puede aprovechar el círculo de los inteligentes, y educarse tratando á las personas cultas. Sus limosnas alimentarán al pobre, al que lucha, mientras llevan el rayo de sol á los rincones afligidos por la miseria y el dolor, y las instituciones públicas conmemorarán su nombre y su fama después de muerto. No es en forma de monstruo deforme, con cola y cuernos, como Satanás tienta á los hijos de los hombres, pero sí como un ángel de luz. Sus promesas

no se limitan solamente al reino terrestre, sino al principado y á los tronos morales é intelectuales. Recurre no solamente al apetito material, sino también á los deseos ardientes que se agitan en el hombre, porque éste no es un simple animal, pero difiere de éste y se eleva mucho más arriba.

Contra tentaciones que azuzan los impulsos más fuertes de nuestra naturaleza, la legislación y la sanción de la ley, los preceptos religiosos producen efectos muy escasos, y es extraño, al contrario, no que los hombres sean egoístas, sino que no lo sean mucho más. Que en las presentes condiciones los hombres no sean más avaros, más desleales, más egoístas de lo que son, prueba la bondad y la fecundidad de la naturaleza humana, el flujo incesante de la fuente perenne de la cual se nutren sus cualidades morales. Todos tenemos madre, la mayor parte tenemos hijos, y así, la fe, la pureza y la abnegación no pueden ser nunca absolutamente desterradas del mundo, por más pésimas que sean las disposiciones sociales.

Pero lo que es poderoso para el mal puede hacerse poderoso para el bien, y «con la sola investigación de leyes naturales podemos darnos cuenta de las causas del mal y de cuál sería su remedio». «La misión de ajustar las instituciones á nuestras necesidades crecientes y á las condiciones crecientes», pesa sobre la espalda de todos. «La prudencia, la simpatía humana, el patriotismo, el sentimiento religioso, nos llevan igualmente á emprender la solución del problema. Hay peligro en un cambio rápido é imprudente, pero *hay peligro mayor en un conservatismo ciego*. Los problemas que se nos presentan son graves, tan graves, que hay temor de que ellos no puedan ser restueltos á tiempo para prevenir graves catástrofes. Pero la gravedad depende de la poca ó ninguna disposición á reconocerlos con franqueza y á combatirlos con seguridad.»

Creo haber agotado todas las causas á las cuales vulgarmente, por los que se tienen por cultos, es atribuída la injusticia de las condiciones actuales, algo no natural reconocido aún por quien no sufre, y creo ha-

ber demostrado que el descontento, la inquietud, no dependen de ninguna forma política, de ninguna creencia religiosa, de ninguna diferencia de raza, y aquellos que superficialmente la atribuyen á falta de riqueza, no ven que «están en nuestras manos las fuerzas que podrían dar abundancia á todos». En efecto, «aunque existe pobreza y necesidad, parece que las fuerzas que producen exceso de riquezas sirvan más bien de molestia. «Dadnos sólo un mercado—dicen los fabricantes—, y nosotros os suministraremos todos los artículos que queráis.» «No queremos otra cosa que trabajo», gritan millares y millares de personas obligadas al ocio forzado.»

¿Entonces? Para encontrar la solución del enigma, no nos queda más campo que el de la economía política. Con esto no quiero decir que el desaliento de V. E. no sea justificado, cuando afirma que es inútil la investigación de las obras que tratan este argumento. En una relación separada mandaré á V. E. el resumen de no menos de cincuenta obras, las más renombradas. En todas verá el mismo caos, la misma incertidumbre en la definición de los términos, en la investigación de las causas, en la aplicación de los remedios. Cito, por ejemplo, á uno de los economistas más conocidos en las escuelas americanas, que trata de la «Cuestión del salario», Francis A. Walker. Dogmático en el tono, árido en la forma, sin entusiasmo y sin indignación, excepto contra los economistas que él cree necesario refutar, deja al lector en el mismo desaliento y la misma ignorancia en que se encontraba antes de leerlo. Es verdad que los cuadros que él presenta sobre el trabajo de los niños en Inglaterra—jovencitos en las fábricas y ejércitos de niños de ambos sexos desde cuatro á diez años—no se leen sin derramar lágrimas, porque semejante degradación no se encuentra ni siquiera entre los salvajes á los cuales los ingleses les envían misioneros. Y tales ejemplos de trabajos tan duros no se encuentran sino allá donde las fuerzas productivas han sido utilizadas y las máquinas inventadas para producir riqueza con una facilidad no soñada. Pero después de todo, ¿cuáles son las explicaciones que nos da Walker?

1.^a, la ley de Malthus; 2.^a, la provisión inadecuada que se recibe de la tierra, es decir, la agricultura recibe, con el esterilizarse del suelo en el transcurso del tiempo, menor compensación: en otros términos, que todas las niñas desde los doce á los trece años producirán prole como los conejos, y lo que se produce en pocas hectáreas de terreno, no basta para una provincia, y por consecuencia, el salario descende y la miseria aumenta; pero—¡admirad al profesor!—no imparcialmente entre todos; no entre los profesores de economía política que, como él, tienen un hermoso sueldo; pero sólo—¡extraña proposición!—entre las clases que producen directamente la riqueza. Los remedios, naturalmente, son aquellos predicados desde los púlpitos, sugeridos por los moralistas, intentados y sancionados inútilmente por los cuerpos legislativos: 1.^o, frugalidad y templanza; 2.^o, difusión de la educación entre los trabajadores; 3.^o, freno á los instintos sexuales; 4.^o, leyes sobre las fábricas; 5.^o, inculcar respeto y simpatía en la sociedad hacia los trabajadores.

«Y cuando todas las opiniones diversas son difundidas por medio de la economía política, es natural que la mayor parte de aquellos que dependen de otros para ahorrarse el fastidio de pensar, deben mirar la economía política como un campo, donde cada cual puede encontrar aquello que le place.» No sólo en las investigaciones hechas por V. E., sino también en mi comunicación, V. E. ha visto y verá «el insuceso de la economía política al dar una respuesta clara y precisa á las cuestiones prácticas más importantes, las crisis industriales, que son las características notables de los tiempos modernos, el aumento de la miseria con el aumento productivo de la riqueza», si para la prosperidad de un pueblo conviene más la protección ó el libre cambio, y entre confusiones de ideas, discusiones larguísimas hechas con enorme derroche de inteligencia, á una ciencia que debería presentarse simple y atrayente, se ha dado un aspecto repugnante, abstruso é incierto.

Y la razón de esto es evidentísima. «En las condiciones actuales del mundo civilizado, la gran lucha entre

los hombres es combate por la posesión de la riqueza. ¿No sería ilógico esperar que la ciencia que trata de la distribución y producción de tal riqueza estuviera exenta de la influencia de tal lucha? Macaulay ha dicho muy bien que si un gran interés pecuniario hubiese sido afectado al discutir la ley de la gravitación, este evidentísimo hecho no hubiera sido aceptado... Las verdades económicas en las condiciones existentes, deben no sólo vencer la inercia de la indolencia ó del hábito, sino que por su naturaleza corren peligro de ser suprimidas ó tergiversadas por la influencia de los intereses más poderosos, que velan y están en guardia.»

Y porque los economistas no concuerdan, porque sus ideas se convierten en un caos, no es difícil adivinarlo. La economía política es la más simple de las ciencias. No es más que la aceptación intelectual, en cuanto se refiere á la vida social, de leyes que en su aspecto moral los hombres aceptan y reconocen instintivamente. Pero aquellos que la profesan y la enseñan, han pertenecido invariablemente, ó han sido dominados por una clase que no *tolera preguntas* sobre las condiciones y disposiciones sociales de aquellos á los cuales no costaron ni cuestan nada los frutos de la dureza del trabajo. Estos economistas han hecho como los médicos empeñados en diagnosticar, á condición de no descubrir una verdad disgustante. Dadas las condiciones sociales como las que hoy, en el mundo civilizado, sacuden el sentimiento moral, la economía política, estudiada sin miedo, ha de llevar á conclusiones que serán como la fiera que se presenta en medio del camino para aquellos que sienten ternura hacia los intereses creados.

Yo no me escondo la objeción que me presentan aquellos que, con todas las buenas intenciones, después de haberse gastado la mente con la lectura de una inmensidad de tratados seudocientíficos, entre aburridas estadísticas que engañan y fatigan el espíritu ansioso de conocer la verdad, quedan en la misma ignorancia ó en un caos peor que aquel en que se encontraban antes de recurrir á la inmensa serie de escritores de economía. Que todos los sabios ó estudiosos, desde Adam Smith á

Bakounine, hayan pretendido encontrar leyes económicas más ó menos exactas; y que si es imposible llegar á la precisión de los principios matemáticos ó físicos, no es culpa de los economistas. La economía política es muy vaga para poder pretender el título de ciencia; porque las acciones humanas son tan caprichosas y variadas, que no se pueden someter á pruebas experimentales como los hechos físicos ó químicos. Si es verdad que en el estudio de la economía política no podemos usar aquel método poderoso de experimentos por medio de condiciones producidas artificialmente, y que son de tanto valor en las ciencias físicas, sin embargo, no solamente podemos encontrar, en la diversidad de la sociedad humana, experimentos ya elaborados por nosotros, sino que tenemos á nuestra disposición métodos análogos al de la química en lo que se puede llamar experimento mental. Podéis separar, combinar ó eliminar condiciones en vuestra imaginación, y probar de tal modo la aplicación de principios conocidos. La economía política no es una serie de dogmas, es la explicación de una serie de hechos. Es la ciencia que, en el transcurso de ciertos fenómenos, indaga las relaciones mutuas y trata de identificar causa y efecto, como hacen las ciencias físicas con otro orden de fenómenos, echando sus cimientos en terreno sólido. Las premisas de las cuales saca sus deducciones, son verdades que reciben la más alta sanción, axiomas que todos reconocemos, sobre los cuales basamos con seguridad el raciocinio y las acciones de la vida cotidiana, y que pueden ser reducidos á la metafísica expresión de la ley física: el movimiento busca la línea de menor resistencia, es decir, *los hombres buscan la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo*. Y es sólo con la economía política con la que podemos descubrir *la ley que une á la pobreza con el progreso, y el aumento de la necesidad con el aumento de la riqueza*. Y si la economía política de las escuelas no consigue dar esta ley, no es por la incapacidad de la ciencia estudiada honradamente y sin preocupaciones, sino debido á algunos pasos falsos dados en sus premisas ó á algún factor importante olvidado.

Y entonces—podría objetarse—el estudio y la resolución del problema queda confiado en manos de aquellos que sólo pueden ocuparse de estudios económicos, jurídicos y sociales. El pueblo, las masas, los que deben imponer á quien los representa un programa de administración, serán siempre extraños á una materia que debe ser dejada á los especialistas, que podrán tratarla con la competencia debida. ¿Qué le importa de la economía política al médico, al ingeniero, al artista, al sacerdote? ¿Y cómo podrá aquélla llegar á ser accesible á las masas?

Al proponer á mis lectores de toda clase—como V. E. me ha ordenado—buscar la solución de un problema tan candente por medio de la economía política, nosotros, secuaces de *una fe nueva y más alta*, no pedimos «que se piense en cosas que ellos jamás han pensado, sino solamente que piensen en ellas de un modo atento y sistemático». Porque no hay ninguno—á excepción del idiota ó del que haya perdido la voluntad, embrutecido por la ignorancia—que en sí no tenga algo de economía política. «Los hombres pueden confesar ingenuamente su ignorancia en astronomía, química, geología ó filología, y sentir realmente su ignorancia. Pero muy pocos confiesan sinceramente su ignorancia en lo que respecta á economía política; porque aunque ellos admiten y declaran su ignorancia, no la sienten realmente. Hay muchos que dicen no conocer nada de economía política, muchos que no saben el significado de las palabras. Y sin embargo, estos mismos sostienen, con la más alta confianza, opiniones sobre argumentos pertinentes á aquella ciencia, tales como las causas que afectan los salarios, los precios y las ganancias, los efectos de la tarifa, la influencia de las máquinas que ahorran esfuerzo humano, la función y la substancia propia del dinero, la causa de las épocas críticas ó prósperas, y así sucesivamente. Porque los hombres, viviendo en sociedad—el cual es su modo natural de vivir—, deben tener alguna especie de teoría política, economías buenas ó malas, justas ó injustas.» Y la economía política no sólo «es una ciencia que no debe ser confiada á especialistas

—la única ciencia útil, de la cual á todos interesa alguna cosa—, pero es también la ciencia que «cada uno puede estudiar con facilidad, pues no tiene necesidad de instrumentos ni de especial condición. Los fenómenos que indaga no deben ser buscados en los laboratorios ó en las bibliotecas; ellos están alrededor nuestro, y constantemente nos penetran. Los principios que le sirven de base son verdades de las cuales todos somos conscientes, y sobre las cuales basamos constantemente nuestros razonamientos y acciones de la vida cotidiana».

Yo no me ilusiono respecto á que ciertas cosas, aun cuando simples, pueden ser aceptadas por todos á ojos cerrados. «El hábito—dice Carlyle—es la ley más profunda de la naturaleza humana; es nuestra suprema fuerza, ó también, en algunas circunstancias, nuestra debilidad más miserable.» Y por tanto, algunos serán siempre rehacios á ciertos principios hasta que el ambiente no esté suficientemente impregnado, y entonces serán arrastrados por la corriente, sin apercibirse de cuán difícil fué comprender las ideas, aun las más simples. Adam Smith dice «que las primeras máquinas inventadas para efectuar un movimiento especial, son siempre las más complicadas, y los artistas que se suceden descubren siempre que con un menor número de ruedas, con un número de principio de movimiento menor que aquel que originalmente se había empleado, pueden más fácilmente producirse los mismos efectos». Así también los primeros sistemas filosóficos son siempre los más complejos, y se cree generalmente que para unir dos formas aparentemente separadas sea necesaria una cadena ó un principio particular que las una; pero generalmente sucede que un gran principio de unión es suficiente para ligar á todos los fenómenos discordes que se presentan en un entero sistema de cosas. Sucedió así cuando se comenzó á demostrar que no es natural que un hombre tenga derechos absolutos sobre otro hombre; y cuando los secuaces de Lister aplicaron el método aséptico y antiséptico en la cirugía, recuerdo yo mismo que algunos cirujanos de fama lo ponían en ridículo.

De nuestro Boulé ó Parlamento forman parte hombres que pertenecen á todas las ramas de los conocimientos humanos. Abogados, ingenieros, médicos, políticos de profesión, demagogos y literatos que asumen con tanta ligereza la grave misión de legisladores y administradores de un país, sin horizontes prácticos, sin preocuparse jamás de problemas económicos, sin otro ideal que el de un patriotismo falso, quijotesco; con la mente llena de glorias salvajes conquistadas con la sangre de los otros; sin ningún conocimiento de las fuentes de las cuales una nación debe sacar sus recuerdos para los gastos del Estado; sin saber si el proteccionismo ó el libre cambio son útiles ó nocivos; sin nociones sobre las reformas que se efectúan en los países más civilizados; sin criterio ninguno sobre la riqueza general y la individual; sin una idea clara del modo y los medios para hacer grande una patria.

Y sin embargo, no es posible dar un paso sin chocar con la ciencia económica. ¿Por qué la ciencia que estudia las leyes de la producción de la riqueza comprende argumentos que ocupan más de los nueve décimos de los esfuerzos humanos y quizás del pensamiento humano? En su dominio está comprendido, todo lo que se refiere á la compensación del trabajo y á las ganancias del capital, todos los reglamentos comerciales, todas las cuestiones de circulación monetaria y finanza, todos los impuestos, los gastos públicos; en resumen, todo lo que puede afectar en cualquier modo la suma de la riqueza que una comunidad puede asegurarse, ó la proporción en que esta riqueza será distribuida entre los individuos. Aun cuando no sea una ciencia de gobierno, es esencial á la ciencia de gobierno. Aunque se preocupe directamente y sólo de lo que se ha dado en llamar instinto egoísta, incluye, sin embargo, este estudio la base de las más altas cualidades. Las leyes que se propone descubrir, son leyes por las cuales las naciones y los Estados progresan en riqueza y prosperidad ó decaen pobres y débiles, las leyes de las cuales dependen el *confort*, la felicidad y las oportunidades de la vida individual. Y como el desarrollo de la parte más noble de

la naturaleza humana es modificado potentemente por las condiciones materiales, ó más bien dicho, depende absolutamente de ellas, las leyes buscadas por la economía política son leyes que en el fondo dominan el estado mental, moral y físico de la humanidad.

El siglo XVIII ha desenvuelto las poderosas fuerzas de la producción del vapor y la electricidad, y se sirvió de las otras leyes físico-químico-mecánicas. A nuestro siglo tócale resolver el problema de la distribución, si no queremos que nuestra civilización, á pesar de su orgullo y las pretensiones de inmortalidad, se haga pedazos como la egipcia, la china, la griega, la romana. Porque no hay necesidad de esperar que vengan de regiones desconocidas los vándalos y los hunos. Ellos crecen á la sombra de los grandes palacios, de las iglesias y de los centros de arte, bajo forma de hambrientos y prostitutas, de toda especie de vicios que nacen de la miseria. Junto con los progresos maravillosos debidos al aumento de la riqueza, la inteligencia ha sabido encontrar é inventar cada día los más formidables medios de destrucción.

Y nótese que, cuando hablamos de distribución de la riqueza, no entendemos decir división de la riqueza. Creo necesario insistir sobre la distinción de estos dos términos, porque la mala fe podría confundirlos. Distribución significa á cada uno lo que le corresponde en justicia. En otros términos: «la necesidad de una consideración de la distribución de la riqueza en economía política, viene del carácter cooperativo de la producción de la riqueza en la civilización. En el estado primitivo de la humanidad, cuando la producción es conducida por unidades aisladas, el producto de cada unidad quedaría, en el acto de ser producida, en posesión de aquella unidad, y no habría distribución de riqueza ni necesidad de tenerla en consideración. Pero en un estado de la humanidad más alto, en el cual, separadas unidades, impelida cada una de ellas á la acción, para satisfacer las propias necesidades individuales, cooperan á la producción, cuando el producto está obtenido, urge necesariamente la cuestión de la distribución del producto», la

cual, los de nuestra escuela, aspiramos á que sea hecha según las leyes naturales, no según las leyes humanas, con todo el respeto debido á los principios de la ética.

IV

Para pedir la resolución del problema á la economía política, éste debe formularse más ó menos del siguiente modo:

¿Por qué á pesar del aumento de la riqueza, que se manifiesta con el enorme aumento de los medios de producción, de la facilidad del cambio, de las relaciones comerciales y de todas las comodidades para satisfacer nuestras necesidades y nuestros deseos, la compensación del trabajo, ó en otros términos económicos, el salario, va disminuyendo hasta proporcionar la mera subsistencia, y por qué se hace siempre más difícil encontrar trabajo, y el número de los ociosos que buscan trabajo aumenta paralelamente al progreso?

Los socialistas, que pretenden haber encontrado la clave del problema, responden: «La concurrencia, el conflicto entre capital (?) y trabajo, la propiedad privada de la tierra y del capital, con la consiguiente acción por parte de los privados de la renta, interés y beneficios (es decir, el *surplus* de valor), el dinero y la sed insaciable de dinero, son los males sociales que causan la pobreza material y mental de las grandes masas del pueblo»: por tanto, «la férrea ley del salario» de Marx y Lassalle, por la cual el salario debe descender hasta el punto de proporcionar á los trabajadores la mera subsistencia. Reservo para la última parte de mi relación el examen de estas aserciones. El trabajo más difícil está en convencer á la gran mayoría respecto á la verdad de todo aquello en que los economistas serios se hallan de acuerdo—á pesar de sus errores—cuando afirman la misma proposición formulada por mí, es de-

cir, que el salario descende al mínimum de la mera subsistencia.

El duque de Argyll, filósofo y escritor renombrado de Inglaterra, en un artículo de crítica bien amarga de los libros de Henry George, sostenía que todas las clases han participado en el aumento de la riqueza general, que el salario ha redoblado, los artículos de consumo se venden mucho más baratos y el *comfort*, en general, ha aumentado. Y como el duque de Argyll hay muchos que pretenden que la situación de todos ha mejorado muchísimo, que comodidades, diversiones, etc., son tan accesibles á nosotros, como nuestros antecesores jamás se lo hubieran imaginado; y por tanto, no es el progreso el que dejó de traernos el *comfort* á cada uno, sino que las pretensiones humanas han crecido hasta la exageración. «Y tan es cierto esto—agregan ellos—, que en las estadísticas de todos los gobiernos se comprueba un aumento de salario casi en cada rama de las industrias.»

Las estadísticas engañan porque los salarios que en ellas figuran son salarios de la jornada ó de la semana. Cuando anualmente son computados, nada valen, y no tienen la precisión de dar el término medio del salario, término medio que debe extenderse, para ser exacto, también á los que están sin trabajo. Pero es evidente, sin necesidad de estadísticas, que la condición de las clases obreras ha decaído, primero porque las categorías más bajas de los trabajadores están peor de lo que estaban, á menos que la caridad pública no los ayude; segundo, porque el costo de la vida de hoy no debe parangonarse con el costo de la vida de los tiempos pasados, basándose solamente en los precios de las mercaderías principales, que es la base del costo de la vida, sobre que se fundan las estadísticas y los innumerables politicastros que piensan como el duque de Argyll. Cuando el vestido y otras cosas de primera necesidad se hacían en casa, no costando nada en dinero—excepto los materiales, que también costaban menos—, una cuota baja de salario daba una condición de vida mejor que aquélla, que un salario más alto de hoy que todas las cosas necesarias deben ser compradas. Y

después, el catálogo de las cosas necesarias para la vida ha aumentado en extensión. En el pasado se podía vivir una vida respetable en cierto modo con una cierta previsión de cosas necesarias á la subsistencia, que en la época nuestra por sí solas indicarían un extremo grado de pobreza.

En los países y en los centros civilizados, el simple detalle de la necesidad del tranvía, causado por la necesidad de vivir á distancia de los centros de trabajo y de los mercados de abasto, aumenta no menos de 100 á 200 francos al año (25 ó 50 pesos) los gastos en la vida de las familias de los trabajadores. Así es que los gastos de la vida han aumentado por la necesidad de comprar algunas cosas que antes se hacían en familia y por otras cosas que antes eran desconocidas.

Pero queda una consideración más importante. Admitamos, cosa que estoy muy lejos de admitir, que el duque de Argyll tenga razón al decir que absolutamente las clases obreras reciben mayor salario. Tiene concedido esto: ¿eran acaso aquellos que sostienen que la subsistencia es relativamente más pobre, es decir, que quien trabaja recibe una proporción más pequeña de lo que produce? En medio siglo, el poder productivo ha aumentado enormemente, y en muchas ocupaciones el hombre puede hacer más trabajo que cuanto podían hacer cien personas una vez. Y sería muy poco decir que el conjunto del trabajo es cinco veces más productivo de lo que era hacia la mitad del siglo. Sin embargo, ¿quién se atrevería á decir que los obreros están como obreros cinco, cuatro, tres veces ó lo menos dos veces mejor que cincuenta años hace? ¿Es el salario aumentado en proporción de la eficacia aumentada del trabajo? (1).

Sin invocar la autoridad de Thorold Roger, que en su libro *Seis siglos de trabajo y de salario* hace la historia de la disminución del salario y del aumento del trabajo, es un hecho indiscutible, del cual en Europa no

(1) Consúltese la estadística de Mr. Holt. (*The Public*, núm. 205, págs. 755-56 y el núm. 184, pág. 421.)

todos se aperciben, en los países nuevos donde se estaba habituado á recibir una compensación en general satisfactoria y lisonjera.

En California, en Australia, en toda la América, el salario que cada clase de obreros recibía permitía hasta ahorrar, lo cual hoy ni soñarlo cabe. Es verdad que hay médicos, abogados, ingenieros, artistas, cuyas ganancias son muchas veces fabulosas; pero éstos están en una proporción mínima con aquellos que ganan, quién más, quién menos, la mera subsistencia, sin hablar del trabajador manual, cuya vida se ha hecho miserable. Las sociedades de trabajo—las *Trades-Unions*—han obtenido alguna cosa en Inglaterra y en los Estados Unidos, pero su prosperidad está bien lejos de realizar la ilusión de los escritores franceses é italianos, que han perdido tanto tiempo y tanto fósforo para estudiarlas. El lector verá, más adelante, cómo ellas han beneficiado tan poco á la clase trabajadora. La verdadera cuestión reside en mostrar como prueba de aumento de salarios, no la *jornada*, con la cual estas sociedades han obligado á empresarios y á patronos á remunerar á los obreros, sino que es á fin de año, como más arriba he dicho, cuando el obrero debe deducir el término medio de sus ganancias. A más la mera subsistencia, subsistencia anhelante entre esperanzas, temores é incertidumbres, son muy pocos los que pueden contar con algún escaso ahorro.

Los economistas, en general, sostienen que el salario depende de la relación entre el número de trabajadores y la cantidad de capital destinado á emplearlos. Es decir, en la sociedad existe como ley natural un fondo de riqueza acumulada que se llama capital, de la cual una parte está destinada para los instrumentos y medios de producción y otra parte destinada á recompensar á los trabajadores. Y como éstos—con el aumento de la población por todas partes—aumentan en número, así la cuota que le toca á cada uno debe disminuir por una ley aritmética natural. Esta idea es común, no sólo en los economistas, sino también entre los socialistas; y los unos y los otros sostienen que, debiendo el salario sus-

traerse al capital, la industria es limitada por el capital; que con un salario bajo se puede emplear mayor número de trabajadores; que la sociedad moderna no es posible sin capital, y que aquel que se lanza en la sociedad sin capital, debe volverse un simple esclavo del capitalista.

Yo preguntaba una vez á un socialista, que opinaba que los gobiernos debían proveer de medios de producción á los trabajadores, qué diferencia hacía él entre capital y medios de producción, ó á lo menos, qué entendía él por capital. Me respondió que él rehuía las definiciones, y que admiraba más al inventor de un sacacorchos que al inventor de una nueva definición. Es la respuesta de todos aquellos que creen que con la agudeza del intelecto se puede hablar de hechos generales sin pensar en ellos sistemáticamente. Sin embargo, «en cada estudio es importante dar un significado definitivo á las palabras que usamos, y esto es especialmente importante en economía política... De otro modo, no podemos pensar con precisión si en nuestra mente no usamos las palabras con precisión». Los términos usados en economía política no son exclusivos á esta ciencia, tal como en química se usan términos exclusivos de la química. «Son palabras usadas diariamente, y que las necesidades de la vida nos obligan á usar y aceptar en un significado diferente del económico.» Si prestamos poca atención á los términos, no se puede dar un paso sin caer en confusión, en la cual cayeron los mismos eminentes escritores de economía. Comúnmente, la palabra *salario* está indicada para significar la compensación que un obrero empleado recibe de quien lo emplea. Pero en economía política significa la compensación general que uno recibe por su trabajo. Todos los economistas convienen que los tres factores de la producción son: *tierra, trabajo y capital*. Como trabajo, pues, se entiende toda forma de esfuerzo humano en la producción de la riqueza. Los que incluyen la inteligencia como factor olvidan que el «trabajo es físico solamente en la forma exterior». El trabajo humano no es como el de un buey ó el de un caballo, por-

que para ser productivo «exige cerebro humano y la mano del hombre, y sería imposible sin el ejercicio de las facultades mentales de parte de quien lo ejercita».

Es sobre la definición del capital donde los economistas no concuerdan. Y la razón de la enorme confusión en definir el capital, está en el hecho de que los economistas no se han puesto de acuerdo jamás sobre el significado de la palabra *riqueza*, hasta el punto de que algunos han creído eliminar de sus tratados toda definición, hablando después ampliamente de la producción, distribución, etc., de la riqueza, sin establecer qué cosa entienden por riqueza.

Tierra, trabajo y capital son los tres factores de la producción. «Por tierra se entiende no solamente la superficie seca del globo, sino todo lo que está arriba y abajo de ella, desde el Zénit al Nadir.» El hombre es animal terrestre y puede vivir solamente por medio de la tierra. La luz, el aire, el agua y toda la materia que es necesaria para la vida no podrían usufructuarse sin la tierra. Sin ella, el hombre no podría fabricar ni un alfiler ni una casa; así es que el término *tierra* en economía política significa el factor natural y pasivo, del cual y por el cual el trabajo produce, y solamente por el cual puede producir. La palabra *tierra*, en resumen, comprende todas las materias, las fuerzas y las oportunidades naturales, y por tanto, nada de lo que suministra la Naturaleza gratuitamente debe ser confundido con el otro término: *capital*.

Un campo fértil, una mina rica, una cascada de agua que suministre fuerza y poder, pueden dar al poseedor ventajas equivalentes á la posesión del capital; pero calificar tales cosas como capital, significaría confundir la distinción económica entre tierra y capital. La palabra *trabajo* encierra todo esfuerzo humano, y por tanto, los poderes humanos conquistados ó naturales, no pueden propiamente clasificarse como capital. En la conversación común hablamos generalmente del saber ó habilidad de un hombre, como si esto constituyese su capital; pero esto es evidentemente un uso metafísico del lenguaje, y que es necesario evitar en razo-

namientos que pretenden ser exactos. La superioridad, en tales cualidades, puede aumentar las entradas de un individuo, como haría el capital, y un aumento en los conocimientos, habilidades y destreza de una comunidad puede tener el mismo efecto en el aumento de la producción, como lo haría el aumento del capital; pero este efecto es debido al poder aumentado del trabajo, y no del capital. La velocidad aumentada puede dar al empuje de una bala de cañón el mismo efecto del aumento de peso; sin embargo, peso es una cosa y velocidad es otra.

Por tanto, el capital debe ser formado por cosas que no sean ni tierra ni trabajo, pero sí por el resultado de estos dos factores combinados en la producción de aquellas cosas necesarias á la satisfacción de los deseos humanos, y que están comprendidas bajo el nombre de *riqueza*. Es este el término que, mal definido, ha llevado las contradicciones y las confusiones más curiosas en la definición del término *capital*.

El lector prudente y razonable que por primera vez piensa en tales temas, tan necesarios á la vida, y sin embargo, tan descuidados por la inmensa mayoría, que habla sin saber lo que dice, me agradecerá, sin duda, las páginas que traduzco fielmente. La economía política, bien aprendida, constituye, como dicen los buenos americanos, el arte de ganarse la subsistencia (*the art of getting á living*); y si cada cual razonase un poco más sistemáticamente sobre los hechos y relaciones de la vida, la sociedad no se asemejaría á una jauría de perros que se despedazan por un hueso que les es piadosamente arrojado, sino á una comitiva de gentilhombres sentados alrededor de una mesa abundante y bien servida.

Cuando decimos que en una comunidad aumenta la riqueza, como diríamos que en Inglaterra aumentó la riqueza después que la reina Victoria ascendió al trono ó que California es ahora un país más rico que cuando era territorio mejicano, nosotros no queremos decir que hay más tierra, que los poderes naturales de la tierra son mayores, ó que hay un número mayor de habitan-

tes, porque en este caso claramente decimos que la población crece; nosotros no queremos decir que las deudas ú obligaciones de algunos hacia otros hayan aumentado, sino que hay un aumento de ciertas cosas tangibles que tienen un valor íntimo, no puramente relativo, como por ejemplo, instrumentos de trabajo, bestias, edificios, máquinas y productos agrícolas y minerales, artículos manufacturados, naves, vehículos, muebles y anexos. El aumento de estas cosas constituye aumento de riqueza; su disminución, una disminución de riqueza, y á la comunidad que, en proporción á su número, tenga mayor abundancia de tales cosas, la llamaremos comunidad más rica. El carácter general de estas cosas está en que ellas consisten en substancias naturales ó productos que han sido, por el trabajo humano, adaptados al uso y satisfacción del hombre, y cuyo valor depende de la suma de trabajo que en término medio habría exigido la producción de cosas de la misma especie.

«Pero comúnmente usada, la palabra *riqueza* se aplica á todo aquello que tiene un valor en cambio.» Mas en realidad, algunas cosas consideradas como riqueza, aunque confieran un estado de prosperidad á los poseedores de ellas, sin embargo, económica y realmente no son riquezas. Por ejemplo, las obligaciones, las hipotecas, las letras, los billetes de Banco y otros contratos para la transferencia de riqueza; los esclavos, cuyo valor sólo representa el poder que tiene una clase de apropiarse de las ganancias de otra clase; los terrenos y otros beneficios naturales, cuyo valor no es más que el reconocimiento de ellos en favor de ciertas personas con el exclusivo derecho de usarlos, y este derecho representa meramente el poder dado á los propietarios, en virtud de dicho reconocimiento, de pedir una porción de la riqueza producida por los que en ellos trabajan.

Aumentando la cantidad de hipotecas, obligaciones, etcétera, no puede aumentar la riqueza de la comunidad, que comprende tanto á acreedores como á deudores. Aumentando el número de los esclavos, no aumenta la riqueza de la sociedad, porque lo que ganan los patronos es perdido por los esclavos. Aumento en el valor de

los terrenos no representa aumento en la riqueza común, porque lo que los propietarios ganan con los precios más altos, es perdido por aquellos que deben trabajar la tierra ó comprarla, y por tanto, desembolsar el aumento del valor, ya sea en el alquiler ó en la compra.

Y toda esta riqueza que en la opinión común, en el común lenguaje, en la legislación y en los códigos, no es distinta de la riqueza real, podría, sin destruir más que pocas gotas de tinta, ser anonadada. Con una ley del poder político soberano, los débitos pueden borrarse, los esclavos emanciparse y la tierra ser tomada como propiedad de la sociedad, sin que nada pierda la riqueza común, porque aquello que algunos perderían sería por otros ganado.

Así es que pueden ser riqueza «solamente aquellas cosas cuya producción ó destrucción aumenta ó disminuye el conjunto de la común riqueza», ó en términos más concretos: *la riqueza, como término de economía política, consiste en aquellos productos naturales que han sido asegurados, removidos, combinados, separados ó de cualquier otro modo modificados para adaptarlos á los deseos humanos.*

Ahora bien; estas cosas tangibles, ó son destinadas á satisfacer directamente los deseos humanos, ó son destinadas á producir alguna cosa más; es decir, aumento de riqueza mediante el cambio ó mediante el ejercicio de un trabajo ya acumulado. Una cantidad de alhajas puede desempeñar, ya sea la función de satisfacer la vanidad de una señora, ó esperar, en la vitrina del joyero, que pase en el intercurso del cambio y producir algún aumento de riqueza para el joyero. Una docena de cigarros puestos en el bolsillo del fumador, están destinados á satisfacer los deseos de éste, mientras que en los depósitos del tabaquero tienen el fin de producir para él alguna cosa más de lo que le costaron con el cambio hecho con otra forma de riqueza. Y así continuamente, con la infinita variedad de las formas de riqueza. Cae por su propio peso, pues que sólo en el segundo caso ella constituye lo que se llama capital, ó como dice Smith, aquella parte que un hombre tiene en reserva,

Stock, y de la cual espera alguna entrada ó ganancia, se llama capital.

Por lo tanto, por capital se entiende la riqueza destinada á producir mayor riqueza, y por tanto nada puede ser capital si no comprende aquellas cosas tangibles que tienen un valor intrínseco impreso por el trabajo. De manera que los verdaderos factores de la producción, no son más que dos: tierra y trabajo; y la primitiva división de la riqueza, es doble, no triple. El capital no es más que una forma de trabajo, y la distinción que hacen en economía política todos los autores, no es más que una subdivisión, tal como se haría entre trabajo más inteligente y hábil y trabajo menos hábil y menos inteligente.

Aquellos que al capital atribuyen la esclavitud del trabajo, olvidando el hecho de que el capital busca inútilmente ocupación y está gradualmente recibiendo un interés menor, parten de un punto de vista demasiado rutinario «y erróneo en los términos. Viviendo y haciendo sus observaciones en un estado social en el que un capitalista generalmente alquila tierra y trabajo, de manera que parece que emprende y da el primer movimiento á la producción, los grandes cultores de la ciencia han sido inducidos por este hecho á mirar el capital como primer factor en la producción, á la tierra como el instrumento y el trabajo como un medio», mientras en el orden natural, la tierra es el primer factor *indispensable* pasivo; el trabajo segundo factor *indispensable* activo, y el capital la ayuda del trabajo en la producción. Es necesario no olvidar que, á pesar de la complejidad de la civilización actual, ésta representa siempre á la sociedad en sus formas más simples. El molino de agua que existe en tantas de nuestras aldehuelas, no es más que la forma más simple del molino á vapor con todos los progresos de la mecánica moderna y con su numeroso cortejo de obreros y empleados, porque ambos molinos muelen grano para hacer pan. Y á través de una red moderna, complicadísima, de la producción y del cambio, el hombre moderno dedicado á los más refinados trabajos no hace en último análisis

más que aquello que hacía el hombre primitivo cuando se encaramaba á un árbol para coger las frutas, «esforzándose en obtener de la Naturaleza, con el ejercicio de sus facultades, la satisfacción de sus deseos».

Es preciso tener presente otro hecho. La tierra no es necesaria solamente para la agricultura. Sin tierra, la vida no sería posible, ni serían posibles las ocupaciones comerciales ó mecánicas, consideradas por algunos como elementos de cambio y no de producción. Esta palabra *producción* se usa por un lado en un sentido muy vasto, aun cuando el trabajo es aplicado directamente á la tierra, porque al fin de cuentas, el hombre no produce ni crea nada. El no podría agregar ni disminuir un átomo á la materia existente y á su disposición. Lo que él hace consiste en imprimir en la materia las huellas de su esfuerzo, cambiandola de forma y de lugar. Y por otra parte, por tanto, «la idea de que la producción se reduce solamente á *hacer* cosas, es muy estrecha. Por producción se entiende, no solamente el *hacer* los productos, sino el llevarlos al consumidor. El mercader, el tendero, es productor tanto como el fabricante y el agricultor, y su depósito de géneros está dedicado á la producción, como el de la fábrica ó el campo». De tal manera queda simplificado el corolario, que llegamos á la conclusión de que la producción no reconoce más que tres socios entre los cuales se reparte. El propietario de la tierra, el trabajador y el capital, que en la civilización moderna es un factor importante del progreso, pero que en la producción no es absolutamente necesario.

El decir, en efecto, que el trabajo no puede ejercitarse sin el capital, es como suponer que es necesario ahorrar trabajo, antes que el trabajo pueda hallar ocupación. Proposición tan ridícula y tan absurda, no merecería ser disentida.

En términos económicos, la parte que corresponde al primer factor, tierra, se llama *renta*; el que corresponde al trabajo, *salario*, y el que al capital, *interés*.

En lenguaje común se llama renta á todas las entradas que resultan no sólo de la tierra, sino también de los edificios y otros mejoramientos de aquélla. Pero econó-

micamente, se llama renta solamente á aquello que se percibe por el uso de la tierra. La parte pagada por los edificios y mejoramientos forma parte del interés del capital. Además de esto, nosotros decimos renta cuando el propietario y quien la usa son personas diferentes. Pero económicamente existe una renta también cuando el propietario usa la tierra, pudiendo distinguirse lo que él recibiría si empleara trabajo y capital, de lo que él debería pagar si la tierra fuese arrendada. Además de esto, «la renta se expresa económicamente también en el precio de venta. Si yo compro una tierra á bajo precio y la mantengo hasta que puedo venderla á un precio elevado, me hago rico, no por compensación de mi trabajo ó interés sobre el capital, sino por aumento de renta». En resumen: como propietario, tomo parte de la riqueza producida por el trabajo y por el capital empleados sobre la tierra por el solo hecho de ser dueño de las oportunidades naturales.

No es solamente salario lo que un patrono paga á sus empleados ó á un sirviente, sino que se entiende por tal toda compensación de trabajo. Si yo gasto un tiempo para ganarme la vida, ya sea en la pesca, ó en la caza, ó en recoger oro en Alaska, el fruto de estos diversos modos de emplear el trabajo constituye mi salario, el cual está determinado por mi *habilidad* y por los *poderes naturales* sobre los cuales aplico mi trabajo. Como al aplicarlo procuro satisfacer mis deseos con el menor esfuerzo, así, al buscar la mayor compensación con la menor fatiga, yo me dedicaré á trabajar en los puntos de mejores oportunidades que me sean accesibles, y por tanto, merced á nuestro instinto innato de independencia, no trabajaré para otros sino mediante una compensación igual á aquello que yo puedo percibir directamente de la tierra ó de la mejor industria que me sea accesible. Por tanto, mi salario no está determinado por mí, ni por mi patrono, sino por la facilidad ó dificultad de acceso en los agentes naturales de mayor productividad y menor trabajo. Aunque esta compensación no pueda ser determinada con cifras exactas, hay siempre cierto equilibrio dictado por la misma ley fundamental

de la economía política: que los hombres tratan de satisfacer sus necesidades con el menor esfuerzo.

Y aun cuando los salarios «de tiempo en tiempo pueden cambiar entre ellos de relación—según cambien las circunstancias que determinen el relativo nivel—, es evidente, sin embargo, que los salarios, en todos los estados de la industria, dependen, en último resultado, de los salarios de la capa más baja y más amplia, ó sea de los que vienen directamente de la tierra, *porque proceden de aquellas ocupaciones que proporcionan riqueza, sacándola directamente de la Naturaleza*».

Respecto al interés, por ejemplo, el socialismo lo cree injusto, y querría abolirlo. Pero esto depende de la confusión entre capital, sinónimo de trabajo honestamente acumulado, y monopolio, que explota y roba al trabajador.

El concepto socialista—como más adelante diré—del capital, es la idea más nebulosa de toda la literatura alemana. El capital no es más que la riqueza destinada á producir mayor riqueza; por tanto, no es ni tierra, ni un privilegio especial para aprovechar el trabajo ajeno. Si yo, obrero de cualquier rama de la producción, ahorro una parte de mis productos para construir una máquina, no es más que una forma de salario. Pero las utilidades de monopolio son generalmente confundidas con el interés, y por asociación se ha dado á éste el nombre de ladrón de la industria. Pero para comprender si el interés es justo ó no, es necesario distinguir bien lo que es capital; y es imposible, por ejemplo, responder inteligiblemente á uno que me preguntara si yo reputaría justo pagar interés á quien presta un millón y no ha hecho nada para ganarlo, ni hace nada desde el momento que yo trabajo para pagarle interés. El pobre agricultor, por ejemplo, piensa en las altas cuotas de interés que paga, parte por los riesgos, parte porque no sabe el *modus operandi* de las casas bancarias, y parte porque las legítimas facilidades de los Bancos son escasas allá donde él vive. El especulador de la Bolsa cree y llama interés á lo que paga en momentos de estreches que lo sofocan de día en día; otros llaman intereses

á los percibidos sobre obligaciones del gobierno y otros dividendos de sociedades con monopolios de más ó menos valor sobre la tierra. Ninguno de estos pagos es propiamente interés, en el verdadero sentido económico.

La división de un valor cuantitativo es susceptible de una fórmula segura; por tanto, dados tres factores para la producción de la riqueza, debe subsistir una fórmula algebraica que nos muestre cómo la distribución de ella se efectúa entre los tres socios, á pesar de la complejidad del mecanismo de nuestra civilización en lo que toca al comercio, al cambio y á las artificialidades que para la exigencia de la lucha por la vida el ingenio humano está obligado á inventar.

En los orígenes de la civilización, un hombre debe emplear su tiempo en las diversas necesidades de la vida, mientras hoy la división del trabajo ha especializado en cada individuo ó clase de individuos las respectivas funciones en la producción de las comodidades. Pero, como más arriba decía, todas estas funciones tienden á un solo fin: satisfacer los deseos humanos. Y siguiendo la serie de los cambios, un hombre que se dedica á una sola rama de una industria cualquiera, toma realmente parte en las demás industrias, cuando menos en las fundamentales. Un sastre que trabaja en un traje, está virtualmente trabajando en un par de zapatos, en la producción de alimentos y otros objetos necesarios á la vida, los cuales son obtenidos por él, en cambio, cuando presente el certificado de su trabajo, comúnmente llamado dinero, que realmente no es más que un medio de cambio.

La fórmula, por tanto, se reduce á lo siguiente:

$$\textit{Tierra} + \textit{Trabajo} + \textit{Capital} = \textit{Producción}$$

Por tanto será:

$$\textit{Producción} = \textit{Renta} + \textit{Salario} + \textit{Interés}$$

O abreviando:

$$T.rra + T.jo + C.l = P.n$$

$$P.n = R.ta + S.rio + I.és$$

Efectuándose la distribución del producto entre los tres factores, debe existir una ley que nos muestre qué parte corresponde fatalmente á cada uno. Producción y distribución, en realidad, no son cosas separadas, sino dos partes mentalmente distinguibles de una cosa: «el esfuerzo del trabajo humano para la satisfacción del deseo humano». Bastará, por tanto, poner en correlación las leyes de la renta, salario é interés, para ver cómo se efectúa la distribución de la riqueza producida. Una parte de ésta es tomada bajo forma de impuesto por los gobiernos; otra parte es tomada por diversos monopolios. Pero provisionalmente podemos tomarla como no separada. Y veremos en qué relación están estas porciones de riqueza—impuestos y monopolios—con las leyes de la distribución.

¿Cuál es, pues, la ley de la renta? Tomemos como ejemplo nuestra Grecia. Si la tierra de Grecia se encontrase en poder de un solo propietario, al resto de los habitantes no les quedaría otro camino—reconociendo el pleno derecho de propiedad privada sobre ella—que ó trabajar y vivir en las condiciones por él impuestas ó emigrar.

Pero como ella se encuentra, como en todos los otros países, más ó menos subdividida, entonces surge de esta división una concurrencia natural fundada sobre aquella ley, que es, como en física, la ley de la gravitación, y que determina el precio que se ha de pagar á cada propietario, para poder tener acceso á los agentes naturales. Con el propósito, pues, de satisfacer las propias necesidades con el menor esfuerzo, cada uno busca el terreno que ofrezca los mejores beneficios, ya sea en fertilidad ó en otras condiciones que hagan el trabajo más eficaz y la producción mayor. Los beneficios ofrecidos por la tierra no son todos iguales, y entonces entre un terreno y otro hay una diferencia esencial que constituye la superioridad en ventajas del uno sobre el otro. El mismo trabajo aplicado sobre dos terrenos diferentes producirá diferentes resultados; por tanto, en uno la producción será mayor, y en el otro menor. El exceso de la producción constituye la renta, que es aquella

parte pagada al propietario por quien usa de la tierra. Este principio se aplica no sólo á la agricultura, sino á todas las demás ocupaciones, como se puede ver en los terrenos de las ciudades, en las cuales cada punto da, como producto neto, al propietario, una parte relativa á las ventajas naturales que éste ofrece, y que son independientes del trabajo sobre él efectuado.

Por ejemplo: la misma *suma* de trabajo se gasta sobre los terrenos A, B y C. Por causas inherentes á la fertilidad ó la posición, que hacen el trabajo más ó menos eficaz, el terreno A produce 10; B produce 8 y C 5. La diferencia entre A y C constituye la renta á favor de A y B, y por tanto, la renta de la tierra, como fué enunciada por el economista Ricardo, «es determinada por el exceso del producto sobre aquélla que la misma aplicación de trabajo puede obtener de la tierra menos productiva en uso». O dadas las condiciones sociales existentes, «la propiedad privada de un agente natural de producción da al propietario la facultad de apropiarse de tanta riqueza producida por el empleo de trabajo y capital, cuanto es el exceso del resultado que la misma aplicación del trabajo y capital puede obtener en una ocupación productiva en la cual entrambos pueden emplearse libremente».

Hablando del salario hemos dicho más arriba que de las artes más bajas á las profesiones más lucrativas hay siempre un nivel común. La habilidad y la inteligencia, ciertos éxitos debidos á la suerte y á la imbecilidad del público, hacen percibir á algunos compensaciones fabulosas, pero esto no es la regla. Esto mismo respecto al interés del capital. Algunas ocupaciones parecen ofrecer mayor interés que otras, pero eliminando los monopolios, es claro que ninguno emplearía el capital en ocupaciones menos productivas de interés. Porque apenas se descubre una ocupación más proficua, todos se dirigen á ella, y un nivel general con las otras se establece inmediatamente.

Cuando el trabajo se ejerce sólo sobre la tierra, sin ayuda del capital, la producción se repartirá entre dos factores, y al trabajo le tocará aquella parte que queda

después de restada la renta. O si el capital ayuda al trabajo, entonces, después de sustraída la renta, de lo que queda, parte corresponde al trabajo, como salario, y parte al capital, como interés. Por tanto, volviendo á la fórmula algebraica:

$$\text{Producción} = \text{Renta} + \text{Salario} + \text{Interés}$$

Y por tanto:

$$\text{Producción} - \text{Renta} = \text{Salario} + \text{Interés}$$

Pero podría objetarse: «No todos queremos tierra; no todos podemos convertirnos en agricultores.» A esto respondemos que *sí*, «todos queremos y necesitamos de la tierra, aun cuando de modos diferentes y en diverso grado. Sin tierra ningún ser humano puede vivir; sin tierra no puede verificar el hombre ninguna ocupación. No es la agricultura el único modo de usar de la tierra. La agricultura es una de las tantas formas de su uso. Y como la planta más alta de los más altos edificios reposa sobre la tierra tanto como la planta baja, así el industrial y el obrero se sirven de la tierra tanto como el agricultor. Como toda la riqueza es, en último análisis, resultado de la tierra y del trabajo, así toda la producción es, en resumen, el ejercicio del trabajo sobre la tierra».

«Tampoco es verdad que todos no podemos convertirnos en agricultores. Es la única cosa en que todos podríamos convertirnos. Si todos los hombres fueran comerciantes, sastres ó mecánicos, muy presto todos nos moriríamos de hambre. Han existido sociedades, y aun existen, en las cuales todos gánanse la vida conquistándola á la Naturaleza directamente. Las ocupaciones que se dirigen inmediatamente á la Naturaleza, son las primitivas ocupaciones, de las cuales, diferenciándose en el curso del progreso, surgen todas las otras. No importa la complejidad de la organización industrial; ellas continúan siendo siempre las ocupaciones fundamentales, sobre las cuales se apoya toda otra ocupación, tal como los pisos superiores de un edificio vienen á apoyarse sobre los cimientos. Hoy, como siempre, *el agricultor ali-*

menta á todos. Y necesariamente la condición del trabajo en estas ocupaciones primitivas y más amplias, determina la condición general del trabajo, tal como el nivel del Océano determina el nivel de todos sus brazos, mares y bahías. Donde haya gran demanda de trabajo en agricultura y el salario sea alto, habrá pronto una gran demanda de trabajo y también salarios altos en todas las ocupaciones.»

Ahora bien; ¿por qué el salario tiende al *mínimum* y el capital encuentra empleo difícil, languidece de inercia y percibe siempre menos interés allá donde abunda? Esto es porque «el salario y el interés no dependen del producto del trabajo y del capital, sino de lo que queda para ellos después de descontada la renta ó del producto que ellos pueden obtener sin pagar renta, es decir, de la tierra más pobre en uso. Y por esto, cualquiera que sea el aumento en poder productivo, si el aumento de la renta marcha paralelo, ni el salario ni el interés pueden aumentar». Y aquellos que atribuyen al capital la opresión del trabajo, no sólo pierden de vista el hecho de que en los países americanos, donde el interés era alto, hoy va descendiendo siempre, sino que también en la confusa idea que tienen del capital, no pueden imaginarse que si éste pudiese emplearse solo—como en el paraíso de Carlyle—sin la ayuda del trabajo, recibiría tanto producto como el que quedaría después de haber sustraído la renta.

Por tanto, el aumento de la renta impide el aumento del salario y del interés, y lo que el terrateniente percibe de más, resulta de menos para el trabajador y el capitalista. Y es esta la razón por que el interés y el salario en los países nuevos son más altos y los capitales andan en busca de las tierras nuevas, no porque en ellas la Naturaleza sea más pródiga, sino porque la tierra es más barata, «y por tanto, tomando la renta una parte más pequeña de lo que la tierra da, el trabajo y el capital reciben una porción mayor. No es el producto total, sino el producto neto, es decir, después de sustraída la renta, el que determina lo que se reparte entre salario é interés. Y así la cuota del salario está es-

tablecida por todas partes, no tanto por la productividad del trabajo como por el valor de la tierra. Por doquiera, el valor de la tierra es relativamente *bajo*; el salario y el interés son relativamente *altos*; por doquiera la tierra es relativamente *cara*; el salario y el interés son relativamente *bajos*... Y el hecho es general, fácil para observarse en todas partes, que como el valor de la tierra aumenta, así aparece el contraste entre la riqueza y la miseria... Para ver seres humanos en la más abyecta condición, desesperados y agobiados, no es necesario ir á las inmensas llanuras aun no rodeadas de setos ó á las cabañas de madera de los más remotos bosques, donde el hombre, con sus más rudas fuerzas, comienza la lucha con la Naturaleza y donde la tierra no vale nada... Hay que ir á las grandes ciudades, donde la propiedad de un pequeño pedazo de tierra representa una fortuna».

V

Las leyes de una economía política sin prejuicios, explican matemáticamente dónde y cómo se distribuye fatalmente la producción; las leyes éticas nos dirán si esta distribución está conforme con lo más fundamental de la moral y de la justicia. Aunque desviadas por el embrutecimiento en que caen las comunidades, debido á la innoble lucha por la existencia, al hábito, á los intereses creados, á la superficialidad de muchos filósofos y literatos, esas leyes permanecen exactas como las leyes de física.

La innoble y ridícula blasfemia proferida por Malthus, de que la Naturaleza trae al mundo un número de seres mayor del que puede sostener, difundió su fatídico eco en todo el siglo pasado, y filósofos y sabios de autoridad reconocida fundaron sobre ella sistemas de una ciencia positiva, en la cual, admitiendo sólo las brutales fuerzas de la Naturaleza, niegan la existencia de los de-

rechos naturales, ó sea derechos que tienen una sanción más alta ó permanente que el reglamento del Estado ó de un municipio (Huxley, por ejemplo, y H. Spencer en *Justice*). A éstos uniéronse los socialistas, los cuales, aun habiendo levantado la voz contra la teoría de Malthus, niegan que el hombre, viviendo en la sociedad, tenga derechos anteriores á la formación de la sociedad, y por tanto, otros derechos que no sean aquellos concedidos por las leyes humanas sancionadas en la sociedad en que vive.

Nosotros, en cambio, creemos que «en todo período de desarrollo social y bajo todas las formas religiosas, la verdad, la justicia, la benevolencia, aunque deformadas por impulsos egoístas y por perversiones intelectuales, han sido siempre estimadas, y todo nuestro progreso intelectual no nos ha dado ideales de moralidad más altos que aquellos imaginados por los pueblos primitivos.

Las mismas adulteraciones del sentido moral, las diferencias aparentes en los tipos morales de épocas y pueblos diferentes, no muestran más que la unidad esencial. Doquiera las percepciones morales difieran ó difieren, la compulsión puede ser referida á causas que, originándose en el egoísmo, perpetuadas después por perversiones intelectuales, han falsificado ó entorpecido la facultad moral... Tan cierto y arraigado está el sentido moral, que donde el egoísmo y la pasión querían ultrajarlo, las facultades intelectuales se han elevado siempre para protestar. En ninguna guerra, por más injusta que fuere, se ha combatido jamás sin alguna pretensión de afirmar un derecho, de corregir un mal ó de hacer algún bien á los conquistados. Ningún ladrón vulgar deja de encontrar para sí una justificación. Y es muy cierto que ninguna injusticia se ha cometido con premeditación ó ninguna acción injusta haya continuado su curso sin haber tratado de inventar alguna teoría para ajustarse al sentido moral y aplacarlo. Pero como la brújula, con la cual el marinero guía su curso en el mar—que en la noche obscurísima no tiene marcada la ruta—, puede ser confundida con otras fuerzas de atrac-

ción, obscurecida y mal interpretada, así sucede con el sentido moral. No es este, evidentemente, el mundo donde los hombres deben ser juiciosos y buenos, pero sí es un mundo en el cual ellos pueden hacer bien ó mal, según las facultades á ellos concedidas.

Algunos hechos son tan evidentes, que no tienen necesidad de argumento, y uno de éstos, percibido por la conciencia universal, es que entre hombre y hombre hay derechos que existían antes de la formación de cualquier gobierno, y que continúan existiendo á pesar de los abusos de gobierno, y que hay una ley más alta que las leyes humanas. Estos derechos naturales, esta ley más alta, forman la única y verdadera base de la organización social. Precisamente, como si quisiéramos construir una máquina que trabaje bien, debemos adaptarnos á las leyes físicas, como por ejemplo, á las de gravitación, de combustión, de expansión, etc. Así como si quisiéramos conservar la salud física, debemos adaptarnos á las leyes de la fisiología, así también si queremos un estado social de paz y de tranquilidad, debemos adaptar nuestras instituciones á la gran ley moral, ley á la que estamos absolutamente sujetos *y la cual está por arriba de nuestro dominio, como las leyes de la materia y del movimiento.* Y como cuando nos hallamos con una máquina que no anda bien deducimos que al construirla se han ignorado ó desafiado ciertas leyes físicas, así cuando nos encontramos con una enfermedad social ó un mal político, podemos deducir que en la organización de la sociedad una ley moral ha sido despreciada y los derechos del hombre desconocidos.»

La Constitución americana consagra como verdades indiscutibles que todos los hombres están dotados de ciertos derechos inalienables, como la vida, la libertad, el derecho de aspirar á la felicidad, etc., y con estos derechos inherentes al hombre y á la sociedad nace un derecho, el de la posesión exclusiva de lo que por justicia le pertenece. Nosotros, secuaces de la doctrina que estoy desenvolviendo, sostenemos que «el camino para el mejoramiento de las masas no puede ser el camino de las restricciones y de la denegación de los derechos de

propiedad, pero puede ser únicamente el de asegurar de un modo pleno el derecho de propiedad; y toda medida que ofende el derecho de propiedad debe, al fin, dañar á las masas». Ahora, yo pido á los que creen que pueda haber un conflicto entre los derechos del hombre y los de la propiedad, que me nombren una sola de las negaciones de los derechos del hombre que no comprenda la negación de los derechos de propiedad, ó viceversa, una sola de las negaciones de los derechos de propiedad que no sea acompañada de una negación de los derechos del hombre. Tomad la esclavitud por ejemplo. ¿De qué modo eran pisoteados los derechos del hombre? ¿No era acaso pisoteando los derechos de propiedad, apropiándose el amo del producto del trabajo del siervo y de lo que al esclavo pertenecía exclusivamente?

«O bien, considerad cualquier sistema de tiranía ú opresión, por el cual las libertades personales hayan sido negadas ó mutiladas. Sustrayendo el elemento que lastima el derecho de propiedad, ¿qué eficacia habría tenido?

»O por otra parte, tomad cualquier cosa que niega ó degrada los derechos de propiedad—robo, bandidaje, piratería, guerras, tarifas aduaneras ó impuestos sobre la riqueza en cualquier forma.—¿No violan éstas la libertad personal directa ó indirectamente?

»La unión de estos dos derechos no es accidental, sino necesaria. El derecho á la vida y á la libertad, es decir, el derecho del hombre á sí mismo, no es realmente un derecho aparte del de propiedad. Son dos aspectos de la misma, porque el derecho de propiedad no es más que otro lado, una expresión diversamente presentada del derecho del individuo á sí mismo. El derecho á la vida y á la libertad, el derecho del individuo á sí mismo, presupone é incluye el derecho de propiedad, que es el exclusivo derecho del individuo á las cosas que su esfuerzo ha producido.»

«Esta es la razón por la cual nosotros, que realmente creemos en la ley de la libertad y que vemos en la libertad la solución de todo mal social, somos aquellos que con la mayor firmeza y sin vacilaciones sostenemos los

derechos de propiedad y los queremos conservar con la misma escrupulosidad, tanto en el caso del rico honesto como en el del jornalero.»

»Pero ¿qué cosa es propiedad? La cuestión no es *aquello que el Estado sanciona*, sino *lo que él puede sancionar con justicia*. Las cosas que constituyen riqueza (*así como ha sido definida anteriormente*) ó capital (*que es riqueza usada en la producción*), son producidas por el esfuerzo humano y á ellas es inherente con justicia el derecho de propiedad. Su substancia es materia que existía antes del hombre, y á la cual el hombre no puede crear ni destruir; pero su esencia—aquella que les da el carácter de riqueza—es trabajo impreso en ellas ó que modifica las condiciones de la materia. Su existencia es debida á las condiciones físicas del hombre, y como su organismo físico, tienden constantemente á volver á los depósitos de la materia ó la fuerza de la Naturaleza. El derecho ético de propiedad es tan perfectamente claro, que queda fuera de toda disputa. El nace del derecho que cada hombre tiene de usar sus propias facultades y usufructúa los resultados. Es un derecho pleno y absoluto: cualquier cosa que el hombre produzca, le pertenece exclusivamente, y el mismo derecho pleno y exclusivo pasa de él á su cesionario, representante ó legatario, no en la cantidad de ochenta, cincuenta ú otro porcentaje, sino en su totalidad.»

Pero el hombre es más que un individuo. El es también un animal social, formado y adaptado para vivir y cooperar con sus semejantes; así, que de la institución ruda de la tribu, la familia ó la sociedad primitiva, nace después la sociedad más vasta, aquel organismo social que se llama Estado. También en el concepto anarquista de la abolición del Estado no sería posible la sociedad sin la asociación y la cooperación de las varias colectividades para el bien común. El individuo y el Estado tienen ambos sus necesidades, cuya satisfacción tiende, en último análisis, á la satisfacción de las necesidades siempre crecientes de los respectivos individuos. Y la Naturaleza misma, digan lo que quieran los que niegan los derechos naturales, ha establecido una

fuelle para entrambos, fijando límites al individuo y al Estado; de manera que pasar aquellos límites para el uno y para el otro es lo mismo que violar los derechos de propiedad. Enuncio este concepto, que el lector verá desenvuelto más adelante, para deducir cuál de los cocientes en que fatalmente se divide la producción debe tocar al individuo y cuál al Estado, para no ofender los derechos de propiedad.

¿Cuáles son las causas que aumentan las rentas? Sin duda, con el progreso material, el cual contribuyen el aumento de la población, el progreso en las artes de la producción y del cambio, los progresos en los conocimientos, en la educación, gobierno, maneras, moral, etcétera, cuando estos elementos aumentan el poder productivo de la riqueza. Siendo necesaria una posesión segura de la tierra para emplear el trabajo, de la concurrencia hacia la tierra de mejor capacidad nace la renta, la cual es un hecho natural, como es natural la concurrencia, merced á la ley de que cada cual busca satisfacer sus necesidades con el menor esfuerzo posible. Supongamos que un inmigrante llegue á una región fértil, donde la Naturaleza le prodiga todo lo que él desea. Después de él llega un tercero, un cuarto, etc., hasta que en cierto número forma una aldea, y luego una ciudad. Cuando el primer llegado está solo, se establece donde quiere con pleno derecho del uso de la tierra. Pero cuando llega el segundo, aunque el derecho del primero continúe, queda, sin embargo, limitado por el derecho semejante del otro, y entonces se convierte en un derecho de usar cualquier parte de la tierra que no moleste los derechos iguales del otro.

Y cuando dos ó más hombres quieren al mismo tiempo usar la misma tierra, los derechos iguales chocan en un conflicto, y entonces es necesario un arreglo de la sociedad. De este conflicto nace la renta, que aumenta cuanto mayor es el número de los pretendientes. Pero aumentando los pretendientes, ó sea la población, aumenta no sólo el pedido de tierra, sino que aumenta también la capacidad productiva de ella. No es verdad, como piensan Malthus y sus secuaces, que si la población au-

menta, dirige el trabajo de una tierra buena á otra de calidad inferior, y la producción es menor si no vienen los progresos del arte productivo á ayudar al trabajo. Al que piense seriamente, le será obvio comprender que «aumento de población implica también aumento de fuerza del trabajo. El trabajo de 100 hombres, en iguales circunstancias, producirá mucho más que el trabajo que un hombre solo podría producir en 100 períodos iguales». Por tanto, la renta aumenta, no sólo por las capacidades productoras superiores inherentes á una dada tierra más que á otra, sino también por el aumento de población, que aumenta la capacidad productiva de riqueza. Los terrenos sobre los cuales se han fundado muchas ciudades populosas, no tienen nada de fértil; sin embargo, la renta que nace del valor que ellos han adquirido, con la población, aglomerada en aquel punto, es enorme en parangón con la que dan terrenos que son, por naturaleza, muchísimas veces más prolíficos.

El modo de cómo el progreso de las artes de la producción y del cambio aumenta la renta, es fácil de comprender. El deseo de riqueza es insaciable, no la sed del oro, como superficialmente expresan nuestros literatos, y con ellos los socialistas, sino el deseo creciente de poseer todas aquellas cosas necesarias para la satisfacción de los deseos materiales, intelectuales y morales. Por tanto, aumentando la eficacia del trabajo por un descubrimiento de la mecánica, de la física, de la química, no nos limitamos solamente á economizar trabajo, contentándonos con lo que con menor esfuerzo podíamos obtener antes que el descubrimiento hubiera tenido lugar, sino que lo dirigimos á un mayor aumento de producción.

Un aumento de producción en cualquier rama de la riqueza, estimula la producción ó facilita la conquista de otras formas de riqueza, y por tanto provoca una mayor demanda de tierra, porque el trabajo no puede ejercitarse sino sobre la tierra. La riqueza tiene una condición de permutabilidad, y á pesar de la división del trabajo, «la posesión ó producción de cualquier forma de riqueza equivale virtualmente á la posesión ó pro-

ducción de cualquier forma de riqueza por la cual ésta puede cambiarse». Y en una forma concisa se puede exponer el teorema siguiente: «*siendo la riqueza en todas sus formas el producto del trabajo aplicado á la tierra ó á los productos de la tierra, todo aumento en la eficacia del trabajo, siendo insaciable el deseo de la riqueza, será utilizado en procurar mayor riqueza, y así aumenta la demanda de tierra*». Y así también, sin el aumento de la población, la renta se eleva en los países de progreso, no por el concurso del propietario de la tierra, sino por el concurso de la sociedad, cuando ésta tiende á elevarse á más altura en la escala de la civilización y del progreso material. Y quien tiene necesidad de tierra (no sé si habrá persona que sin tierra pueda vivir) no puede obtenerla más que á condición de contentarse con la parte menor de la producción, bajo forma de salario é interés. No es la voracidad del propietario ó la necesidad de quien debe usar la tierra lo que establece la renta. Ella aumenta fatalmente por la concurrencia natural, es decir, por la demanda de tierra que nace por el aumento de la población y por los progresos de las artes de la producción.

«En cualquier dirección, la tendencia directa de la civilización que avanza es de aumentar el poder del trabajo humano para satisfacer los deseos de los hombres, extirpar la pobreza, desterrar la miseria y el miedo á la miseria. Todas las cosas que forman el progreso; todas las condiciones por las cuales las comunidades progresivas están agitándose, tienen por resultado natural y directo el mejoramiento de las condiciones materiales (y por consecuencia las intelectuales y morales) de todos, dentro de sus límites. El aumento de la población, el aumento y la extensión del cambio, los descubrimientos de la ciencia, la difusión de la educación, el camino de las invenciones, el mejoramiento de las maneras de la vida consideradas como fuerzas materiales, tienen todas una tendencia directa á *aumentar el poder productivo del trabajo*, no en algunas, sino en todas las formas del trabajo; no en algunas, sino en todas las ramas de la industria, porque la ley de la producción

de la riqueza en la sociedad es la ley de *uno para todos y todos para uno.*»

Pero á pesar de esto, la pobreza persiste y aumenta en medio de la opulencia de la Naturaleza y del ingenio humano, porque con el aumento del poder productivo la renta tiende siempre más á aumentar, convirtiendo al progreso en una maldición de la fatalidad. Y todas las invenciones de la mecánica moderna, en vez de aligerar el trabajo humano, son malditas como la causa más funesta que haya contribuído á quitarle brazos al trabajo.

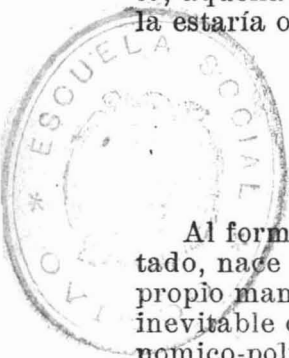
Supongamos, en efecto, una región poseída por diez propietarios, á los cuales se les reconoce como legítimo el derecho de propiedad privada de la tierra, y ochocientos hombres que en ella trabajan para obtener las diversas formas de riqueza. Si el progreso de la mecánica llegase al punto de que con las máquinas puramente se pudiese producir todo lo que es necesario para satisfacer las necesidades de la vida sin recurrir á la mano humana, los ochocientos hombres estarían obligados á emigrar ó á vivir de la limosna debida á la bondad de los diez propietarios de la isla. Y suponiendo que los diez pudieran hacer funcionar sus máquinas con doscientos hombres, ¡hay que figurarse la lucha horrible que se establecería entre los ochocientos para conseguir un poco de trabajo, á fin de no morir de hambre!

Uno de los cocientes de la producción, pues, es creado, ó por las capacidades naturales de la tierra, ó por el concurso de la sociedad, ó por entrambos á la vez. Antes bien; es necesario notar que aun cuando la tierra tenga capacidades naturales superiores, tal superioridad no se demuestra sin el concurso de la sociedad, es decir, aumento de la población y progreso de las artes de la producción y cambio. Las minas carboníferas de Pensilvania han adquirido valor y son explotadas por el aumento de la población y por el contingente de progreso dado por toda la comunidad de los Estados Unidos. Toda la isla de Manhattan, es decir, la verdadera Nueva York, fué comprada por pocos miles de pesos; hoy su valor asciende á tal cantidad de millones, que el sólo

contarlos aturde. ¿Qué ha hecho el propietario, como tal, para aumentar las capacidades naturales de la isla? La pretensión de que él contribuye á la producción, es igual á la de los poseedores de esclavos, que pretendían que sin ellos, sus esclavos no podrían vivir. En el lenguaje común, cuando el propietario de la tierra y quien la trabaja son dos seres distintos, la renta que el segundo paga al primero es evidente; pero pasa inobservada cuando la misma persona es al propio tiempo propietario, capitalista y trabajador. Con un poco de reflexión, empero, se ve fácilmente que una parte de la producción, cuando el trabajo y el capital son ejercitados sobre la tierra que da renta, le corresponde á él como propietario; de modo que en todos los casos, ella puede separarse siempre. Y los economistas que dicen que la renta percibida representa el interés del capital empleado en la compra de la tierra, deberían demostrar cómo y de qué modo la simple posesión de la tierra puede producir alguna cosa. No pudiendo de ninguna manera demostrar esto, deben admitir que aun cuando la misma persona sea trabajador, capitalista y propietario, el dueño de la tierra, como dueño, no es productor. Del modo con que la renta debe ser entendida, ella representa el *producto neto*, un aumento no ganado, una parte quitada á la producción, por el solo hecho de poseer las oportunidades naturales sobre las que trabajo y capital deben emplearse. Que un hombre se traslade, separándose de la civilización, á una región salvaje y remota: él no elevará en un céntimo el valor de esa región. Que pase, en cambio, por ella un ferrocarril; que un telégrafo ó un teléfono la pongan en comunicación con el resto del mundo, ó que otros vayan á edificar, cerca de aquel hombre, sus casas de campaña, y entonces la situación cambiará, y el valor de la tierra saltará de la nada hasta un nivel que el hombre mentado jamás habría soñado. El valor de aquella tierra representa el trabajo más ó menos lento de la sociedad; es decir, no las ganancias de ese hombre, sino las ganancias de la sociedad. Y lo que vemos en este ejemplo, sucede día á día mientras avanza el progreso. Cualquier mejoramiento

que sea el producto de la acción unida de la sociedad, aumenta constantemente el valor de la tierra, y por tanto, aquella parte que cada uno que quiere y debe usar la estaría obligado á pagar.

VI



Al formarse aquel vasto organismo que se llama Estado, nace la necesidad de algunas entradas para su propio mantenimiento, y entonces los impuestos son la inevitable condición, el alimento de aquel cuerpo económico-político. Aun cuando se realizara la idea de Jéfferson, «un gobierno que gobierne lo menos posible», ó el ideal anarquista de la abolición de toda autoridad, ¿la sociedad y la civilización podrían existir sin que cada ciudadano contribuyera según sus propias fuerzas con una parte de la producción ó riqueza general bajo forma de impuestos?

Cuentan de aquella lúgubre figura que en la historia apareció y dominó con el nombre de Felipe II, de España, que se vanagloriaba de haber hallado un espléndido sistema de impuestos, obligando á las provincias de Netherland á pagar el 10 por 100 sobre la venta de cada artículo. Los pobres habitantes hicieron notar que algunos artículos debían ser transferidos diez veces antes de llegar al consumidor, y que el impuesto habría excedido al valor de los artículos. El feroz monarca, que encontraba su plan insuperable, no quiso ceder, porque era el mejor modo de percibir una cantidad ilimitada de entradas. Hoy, el mundo civil y llamado cristiano sigue el mismo sistema. En los Estados Unidos, donde los impuestos son menos numerosos y menos pesados que en los otros Estados del mundo, caen sin embargo, todos sobre la industria y el trabajo.

Bajo pretexto de impuestos indirectos, y por tanto menos sensibles, los habitantes pagan de 70 á 80 y 100 por ciento sobre las comodidades necesarias á la vida.

¡Figurémonos lo que pagará cada habitante en nuestra vieja Europa!

Los impuestos son otros tantos obstáculos á la producción, porque en los procesos de cambio, cuando pasan de una á otra mano, cada artículo está gravado por un tributo, tanto como Felipe II gravaba los artículos de Netherland. Así, en todas las naciones del mundo, el trabajo y el capital están obligados á pagar una parte al Estado y una parte á aquellos que monopolizan los agentes naturales—tierra—para tener el derecho de usarlos. Y la carga entera de los tributos pesa, al fin y al cabo, sobre aquellos que están obligados á consumir las cosas más necesarias, teniendo el pobre que pagar tantas y tantas veces más de cuanto paga el rico en relación á su propia riqueza. Por tanto, la tendencia de tal método, como dice Shearman,

1.º Hace al rico más rico y al pobre más pobre.

2.º Transfiere el peso de los tributos de aquellos que podrían soportarlos á aquellos que pueden *menos* soportarlos.

3.º Hace indiferentes á aquellss que con los impuestos contribuyen al mantenimiento del Estado, tanto, que llegan á despreocuparse completamente de la administración pública, ni se les importa comprobar las locuras de los funcionarios públicos.

4.º Forma la existencia de una clase de hombres ricos cuyas entradas dependen de un robo legalizado.

5.º Complica los negocios y el comercio de un país, manteniendo el enorme peso de los impuestos sobre el pueblo en general, por miedo de que los intereses creados sufran si aquel peso se aligera.

6.º Promueve la corrupción de los empleados públicos, porque el provecho de los negocios depende de la acción política.

7.º Dejando libre ó casi libre de todo tributo el valor de la tierra, se contribuye á aumentar de dos modos la miseria: a), la esperanza de los propietarios de la tierra en conservar los terrenos por pura especulación, esperando una elevación de precios con el aumento del progreso, cierra el acceso á los agentes naturales—tierra—,

al trabajo y al capital, á los cuales no se abren las puertas sin el pago de una renta que hace muy escaso su provecho; b), cuando el progreso aumenta, surgen de tanto en tanto aquellas desastrosas especulaciones sobre el valor de la tierra que arrastran tras de sí las enormes depresiones industriales, que son en el orden económico iguales á aquellos cataclismos que hunden ciudades enteras. Aprovecho esta alusión hecha á las crisis industriales, para discutir su causa, ya que V. E. lamenta que en Grecia ellas sean atribuídas generalmente al gobierno. He dicho ya que ellas siguen á las especulaciones sobre el valor de la tierra, y como el efecto es inmediato, no se le escapa á nadie que ellas siguen á esta verdadera locura que de vez en cuando ataca como una epidemia á diversos países. Pero de qué modo y en virtud de qué mecanismo las crisis se suceden á las especulaciones sobre la tierra, las opiniones son tan numerosas, que se pierde la brújula cuando se quiere examinarlas. Superproducción y superconsumación, circulación monetaria, falta de protección á las industrias del país, etc., son éstas las causas que se dan comúnmente para explicar las crisis industriales.

¿Qué cosa se entiende por depresión industrial? Bajo este nombre comprendemos una disminución, en rapidez y volumen, de los cambios comerciales por los cuales en nuestro sistema industrial, especializado con la división del trabajo, las comodidades pasan á manos de los consumidores. «Esta disminución de cambios, que el comerciante ó el fabricante llama parálisis de negocios, no es debida á ninguna escasez de aquellos artículos que los comerciantes ó fabricantes deben cambiar. Bajo este punto de vista parece que haya plétora de tales cosas. Esta disminución no es debida al hecho de que en los consumidores haya mermado el deseo de poseerlas. Antes bien, las épocas de crisis industriales son períodos de amargas estrecheces por el mayor número, estrecheces tan intensas y expansivas, que se hacen llamadas á la caridad para impedir que la gente se muera de hambre, por la necesidad de cosas que los fabricantes y los comerciantes deben vender» y desean vender.

Puede parecer á primera vista que esta disminución de cambios provenga de algún impedimento en el mecanismo del cambio. Como los impuestos protectores y las tarifas en general tienen por fin detener algunos cambios, hay una plausibilidad superficial en considerarlos como la causa. Mientras, por otra parte, el dinero es la medida común del valor y el medio común del cambio y los cambios se hacen en muchísima parte con los términos monetarios, quizás es también más plausible atribuir dicha causa al sistema monetario. Pero á pesar de la importancia del problema de las tarifas y de la circulación monetaria, ninguna de las dos cuestiones es suficiente para dar cuenta del fenómeno. La protección llevada al extremo podría solamente quitarnos la ventaja de cambiar lo que producimos con lo que otros países producen. Libre cambio llevado al extremo podría solamente darnos aquella libertad de cambio que *nosotros, los griegos, tenemos entre provincia y provincia* y los Estados Unidos entre Estado y Estado, mientras que el dinero, aun cuando sea importante su fundación de medida, no es al fin más que una piedra para contar. Epocas de depresión industrial van y vienen, sin cambio en tarifas y reglamentos monetarios, y existen en diferentes países sistemas monetarios, y de tarifas ampliamente diversos. La causa real debe buscarse más profundamente, y esto es evidente. El disminuir de cambios por los cuales las comodidades pasan á las manos de los consumidores es debida claramente, no tanto á las dificultades aumentadas de transferir estas comodidades, como en cuanto á la *disminuida capacidad ó facultad de comprarlas ó pagarlas*. Cada hombre de negocios ve que la depresión industrial ó comercial proviene de falta de *poder de compra* por parte de los llamados consumidores, ó como en lenguaje común se dice, por falta de dinero. Pero el dinero no es más que un intermediario que en los cambios cumple la función de ciertas fichas en el juego, ó en último análisis, es el certificado del trabajo. La gran masa de los consumidores obtiene dinero dando en cambio trabajo ó los varios procesos de su trabajo, y entonces con ello corroboran comodidades. Así, lo que

ellos pagan por las comodidades, es realmente trabajo, no dinero. No es solamente verdadero en el sentido indicado por Adam Smith que *el trabajo fué el primer valor ó precio, dinero original de compra que fué pagado por todas las cosas*, sino que es el precio final que paga todas las cosas. El disminuir de la demanda efectiva, que es la causa próxima de la crisis, significa por tanto una disminución de la *capacidad de convertir* el trabajo en formas cambiables, significa lo que llamamos escasez de trabajo. Estas dos frases no son de hecho más que nombres diferentes de dos aspectos de una cosa. Lo que de parte del hombre de negocios es *depresión comercial*, del lado del trabajador es *escasez de empleo* y de ocupación. La una acompaña á la otra y desaparece también con ella. Obran la una sobre la otra y luego reobran de nuevo, como cuando el fabricante licencia á sus obreros á causa de la depresión industrial, y así aumenta la escasez de ocupación. Pero en la relación causal primaria la escasez del empleo viene primero. Es decir, la escasez de ocupación no viene de la depresión industrial, como algunas veces se supone: es la crisis, al contrario, que viene de la escasez de ocupación. Porque es la demanda efectiva por el consumo la que determina la extensión y la dirección en las cuales el trabajo será empleado para producir comodidades; no es la oferta de comodidades que determina la demanda.

«¿Qué cosa es empleo ú ocupación? Es el empleo de nuestro esfuerzo en la producción de comodidades, ó sea lo que, en una frase más clara, definimos *trabajo*, siendo la palabra *empleo* por el uso económico un poco confundida por la habitual distinción entre empleados y patronos. Esta distinción nace solamente de la división del trabajo y desaparece cuando consideramos los principios fundamentales. Yo empleo un hombre en lustrar mis botas; él emplea su trabajo para darme la satisfacción de las botas lustradas. ¿Qué son los cinco céntimos que yo le doy como compensación? Es un certificado, una ficha con la cual él puede obtener á voluntad, por el empleo de su trabajo, otra equivalente en las diversas formas en que está dividida: alimento, abrigo,

periódicos, un viaje en tranvía, etc., etc. En último análisis: la transacción es la misma que la que se hubiera efectuado si yo lo hubiera empleado en lustrar mis botas y él me hubiese empleado en prestarle alguno de los mencionados servicios, ó como si yo hubiera lustrado mis botas y él se hubiera procurado por sí mismo cualquiera de aquellos servicios. También, desde un punto de vista más limitado, hay sólo tres modos con los cuales viven los hombres: trabajo, mendicidad y robo, porque el hombre que obtiene trabajo sin dar trabajo es económicamente un mendigo ó un ladrón. Pero bajo un punto de vista más amplio, estas tres formas caen bajo una sola, porque el mendigo y el ladrón sólo pueden vivir á costa del trabajador. Es el trabajo humano que suministra lo necesario á las necesidades de la vida, y es indiscutiblemente hoy, con todas las complejidades de la actual civilización, como al principio, cuando el primer hombre y la primera mujer eran los únicos seres humanos que vivían sobre el globo.»

«Ocupación ó trabajo es el empleo del trabajo en la producción de comodidades ó satisfacciones.» ¿Pero *sobre* qué? Manifiestamente sobre la tierra, porque la tierra es para el hombre todo el universo físico.

Tomad cualquier país, ó también el mundo con todo lo que contiene. ¿Sobre qué y de qué vive toda la población? A despecho de los millones acumulados en los Bancos, á despecho de nuestra compleja civilización y de las invenciones de máquinas, ¿no estamos viviendo como el primer hombre con la aplicación del trabajo á la tierra? Haced como prueba una deducción mental; visitad en la imaginación al agricultor empuñando el arado, el minero en su filón de oro, el tren ferroviario corriendo con su prodigiosa rapidez, el trasatlántico que atraviesa el Océano, la gran fábrica con sus estridentes ruedas y los millones de obreros, arquitectos y albañiles que erigen una casa; vendedores con sus artículos, un contador arreglando su libro, un lustrabotas limpiando zapatos. Representaos un cuadro de esta clase en la imaginación, y luego, por exclusión mental, retirad de él, una cosa tras la otra, todo aquello que perte-

nece á la tierra. ¿Qué nos quedaría? «La tierra es la fuente de toda ocupación, el elemento natural indispensable á todo trabajo. Tierra y trabajo son los dos factores primordiales que, unidos, producen toda clase de riqueza y todas las satisfacciones materiales.» Dado el trabajo, es decir, la habilidad y la voluntad de trabajar, no hay ni puede haber escasez de ocupación siempre que el trabajo pueda obrar sobre la tierra. ¿Tuvieron acaso Adán y Eva alguna dificultad por escasez de ocupaciones? ¿La tuvieron jamás los primeros colonos que se establecieron en los Estados Unidos, ó los que colonizaron las regiones del país donde la tierra podía obtenerse con facilidad? Que el monopolio de la tierra, la exclusión del trabajo de la tierra por el alto precio que por ella se pide, sea la causa de la escasez de empleo y de la depresión industrial, es tan claro como la luz meridiana. Doquiera sintáis escasez de ocupación, sea en la ciudad como en la aldea, sea en un distrito minero ó en uno agricultor, es necesario ir muy lejos para encontrar tierras que el trabajo ansía laborar, porque la tierra no tiene valor hasta que el trabajo ofrece un precio por el privilegio de usarla, y de la cual es despedido por los altos precios que pide por ella alguno que no la usa. En el centro de Nueva York, dos minutos á pie de *Union Square*, había tres lotes de tierra vacantes en 1894. Por el permiso de usar el más pequeño y menos caro de ellos, fué ofrecido un alquiler de 40.000 dollars, que fué rehusado. Esto no es más que un ejemplo de lo que se observa por todas partes, desde el centro de una metrópoli hasta la última aldea. Donde el trabajo es despedido de la tierra, se malgasta. El deseo queda, pero la *demanda efectiva* desaparece.

«¿Hay, pues, algún misterio en las crisis industriales? Que la tierra sea tenida como aquellos tres lotes de tierra, y entonces, ¿cuáles de entre tantos millones de seres humanos, fecundos de fuerza y de poder para el trabajo encontrarán ocupación?»

«...Tierra ociosa significa *brazos ociosos*, y brazos ociosos significan una disminución de poder, de capacidad para comprar por parte de la gran masa de consu-

midores, que deben producir depresión en todos los negocios. No sólo en los Estados Unidos, sino en todos los países, todas las grandes épocas de especulación fueron seguidas por épocas de crisis industriales, y así debe ser y será siempre. Socialistas, anarquistas, y los traficantes de la caridad, gente que quería aplicar pequeños remedios para un gran mal, están ladrando á la luna. El *quid* de nuestra civilización es la cuestión de la tierra. Es este el problema que convierte en una llaga hasta la marcha de la civilización.»

«La caridad, ó el dar trabajo por caridad, puede hacer muy poco por aligerar los sufrimientos, pero no puede curar la depresión industrial, porque no hace más que transferir la capacidad de compra ya existente y no aumentar la suma de la demanda efectiva.» Para las depresiones industriales no hay más que un solo remedio. Veámoslo.

VII

Al infame sistema dominante de impuestos que niegan al trabajo el acceso á los agentes naturales, limitan la producción, promueven la corrupción de los gobiernos y el odio é indiferencia de las masas hacia ellos, nosotros querríamos sustituirlo con un solo impuesto, que

1.^o «Pese lo menos posible sobre la producción.» El valor de la tierra—la renta—es sustraído al trabajo y al capital á beneficio de pocos que son como una banda de ladrones ó flotas de piratas sobre la producción, y que respecto á la riqueza nacional son como las zorras en un gallinero, ó como ratas en una despensa. Lo que á ellos se paga, ó lo que ellos llegan á percibir bajo forma de renta, aumenta con el progreso de la sociedad, y podría servir, sin poner límites á la producción, para formar aquel fondo general que mantendría al Estado ó la comunidad.

2.º «Sea exacto, con pocos gastos y de una manera honrada, y que caiga directamente sobre quien en realidad paga, ó sea el último contribuyente.»

El valor de la tierra no se puede ocultar. La *voz del mercado* dice cuánto percibe de renta un terreno, prescindiendo de sus mejoramientos. Resolveremos más adelante la duda de aquellos que creen sea posible hacer resbalar este impuesto sobre quien usa la tierra.

3.º «Que ese impuesto sea seguro y fijo.» No debe dar motivo á quien lo establece, de poder imponer más ó menos de lo justo. Hemos ya dicho que la renta es establecida por el común concenso de aquellos que concurren á usarla; por tanto, no es posible, repito, esconderla.

4.º «Que pese con igualdad», es decir, que no debe dar á ningún ciudadano ventajas sobre otro. La renta surge con el progreso de la sociedad, y es relativa á los privilegios y beneficios que cada individuo quiere obtener. Si yo prefiero un terreno en la 5.^a Avenida de Nueva York, es porque en ella encuentro más beneficios y conveniencias; por tanto, yo debo pagar en relación á los beneficios de que gozo, y con justa relación, respecto á otro que por sus capacidades individuales ó por otros motivos prefiere emplear su trabajo y capital en un punto menos céntrico de la ciudad. Cada uno paga con justicia, según las ventajas que se proponen obtener.

La objeción presentada por algunos de que el valor de la tierra sea inseparable de los mejoramientos, no tiene ningún valor aunque haya sido presentada por eruditos y economistas de fama. El valor de la tierra es siempre y distintamente separable de los mejoramientos hechos por quien la usa. En los países de progreso rápido, el valor de la tierra alimenta extraordinariamente, y aquellos que la usan no son generalmente los propietarios. Una gran parte de los edificios de Nueva York surge sobre terrenos alquilados, y el que ha edificado en Broadway ó en la 5.^a Avenida hace cincuenta años, sabe que no es el edificio, sino la tierra lo que ha aumentado en valor. Es verdad que con el tiempo algunos mejoramientos no pueden separarse, pero esto no quiere

decir que ellos pertenezcan al propietario del terreno. «El tentar separar todo lo que ha hecho la raza humana de lo que la Naturaleza ha proveído originalmente, sería absurdo é impracticable. Un lago desecado ó una colina allanada por los romanos, constituye hoy tanta parte de las ventajas naturales de las islas Británicas, cuanto podría constituirla una limpieza realizada por un terremoto ó un ventisquero. El hecho de que después de un período de tiempo el valor de tales mejoras sería considerado como anexo ó pasado á formar parte del valor de la tierra, y por tanto, gravado con el impuesto relativo, no causaría sobre tal mejoramiento un efecto espantoso, porque tales obras son generalmente emprendidas con la condición de un alquiler por años.» En la 6.^a Avenida de Nueva York, en una área de terreno entre las calles 18 y 19, la compañía Siegel and Cooper ha elevado un gran edificio de diversos pisos. Después de varios años, pagando anualmente una enorme suma por el alquiler del terreno, el edificio pasará á manos del propietario, y la compañía deberá luego pagar el alquiler sobre el valor aumentado del terreno y sobre el edificio que ella misma ha construido. ¿Representa acaso ese edificio un producto del trabajo del propietario? ¿Sería injusto acaso anexionar el valor del edificio al valor de la tierra?

«El hecho es que cada generación edifica para sí misma, no para un futuro remoto. Y el otro hecho es que cada generación es la heredera, no sólo de los poderes naturales de la tierra, sino de toda obra que queda hecha por las generaciones extinguidas.»

La otra objeción es que los impuestos recogidos sobre el valor de la tierra no serían suficientes para cubrir los gastos del Estado. Thomas G. Shearman, uno de los grandes abogados de Nueva York, ha calculado que el 65 por 100 de la renta que la tierra de los Estados Unidos en realidad y en potencialidad rinde á sus propietarios, sería suficiente para satisfacer hasta el derroche que de las entradas públicas actualmente se hace. Prescindiendo de esto, considérese que, dejando libre el trabajo de las dos cadenas que lo amarran: la renta,

por una parte, con la cual el propietario chupa la sangre del trabajador, y el capitalista (renta que, percibida por el Estado, vendría á parar al fin en beneficio de los individuos), y los oprobiosos impuestos por otra con que los politicastos de todas partes oprimen la producción, ésta deberá aumentar extraordinariamente, dejando, con tal modo, abierta á todos la vía de los agentes naturales. Y cuando el trabajo encontrará fácil empleo sobre la tierra, entonces tantos gastos inútiles en ejércitos permanentes, en empleados, en leguleyos, en falsos ministros de la religión, serán reducidos. Porque estas instituciones no son más que las válvulas de escape por donde la sociedad hoy sustrae una parte de aquella renta que de otro modo iría á caer á manos de terratenientes, sin aliviar la miseria general. Más bien dicho, al suprimirlas de golpe—suponiendo que fuera posible—significaría lanzar á la calle á millares y millares de individuos que viven del ejército, de la Iglesia, de la burocracia, de la estúpida y sofisticada magistratura, etc., etc.

Aquellos que por primera vez comienzan á darse cuenta de cuanto es monstruoso en realidad, que la vía á los agentes naturales le sea vedada á la mayor parte de los hombres, y que, generosamente, desearían ver abolida, de un solo golpe, la propiedad privada de la tierra, vacilan ante el sistema de un impuesto que confisque, poco á poco, la renta á favor del Estado, porque piensan que tal impuesto podrían los propietarios cargarlos á los que aniquilan la tierra, empeorando, por tanto, las condiciones del trabajador. Una simple reflexión, sin embargo, traeremos para quitar toda duda. El impuesto sobre lo que es producto humano, hace la producción más difícil, y así la oferta se hace más escasa y el precio de las cosas producidas debe caer, al fin, sobre el consumidor. Pero la tierra no puede ser hecha más pequeña de lo que es, y cuando un impuesto cae bien en proporción al valor, la oferta de la tierra debe aumentar. Por ejemplo, yo tengo una fábrica de sombreros, y fabrico 3.000 sombreros por año. Si un impuesto viene á gravar los sombreros, yo puedo hacer

pagar ese impuesto á quien los consume, disminuyendo la producción, haciendo 2.000 en vez de 3.000, es decir, disminuyendo la oferta para elevar los precios. Pero si yo poseo 2.000 acres de terreno y el Estado me grava su valor, yo no puedo limitar su extensión y estoy obligado á buscar quien me lo cultive, y por tanto, aumentando la oferta, disminuye el precio que yo pido por mi terreno. En otros términos: «El modo con que los impuestos aumentan los precios, es aumentando el costo de la producción, disminuyendo la oferta. Pero la tierra no es un producto del hombre, y los impuestos no podrían disminuir la oferta. Por tanto, aunque un impuesto sobre la renta obligue al propietario á pagar más, no le da el poder de obtener aquel *de más* sobre su tierra, pues el impuesto no tiende de ninguna manera á reducir la oferta de la tierra. Al contrario, obligando á aquellos que especulan sobre la tierra á venderla ó á alquilarla por lo que ellos pueden obtener, un impuesto sobre el valor de la tierra tiende á aumentar la concurrencia entre los propietarios y á reducir así el precio de la tierra.»

La objeción muy vulgar de que el propietario, no teniendo, en tal caso, ningún afecto á la tierra, la dejaría abandonada, y por tanto, quedaría inculta, no merecería ni siquiera ser tomada en consideración. El impuesto debe ser tomado del valor y aplicado á beneficio de la comunidad, aboliendo todos los otros. Los impuestos aplicados por el gobierno italiano, por el inglés en las Indias y por el sultán en Turquía, caen sobre la tierra indistintamente, no sobre la renta, y luego son derrochados por una manada de bandidos que empuñan las riendas del gobierno ó gastados, como en la India, para mantener un ejército de funcionarios ociosos, mientras con otros inicuos impuestos se saquea al pobre contribuyente. Por tanto, éstos no son ejemplos para citarse como aplicación del impuesto sobre el valor de la tierra. Es necesario, en cambio, observar el hecho muy común de que quien mejora la tierra no es generalmente el propietario. En Inglaterra, en los Estados Unidos, y aun en los países menos avanzados, los mejoramientos son efectuados por quien alquila la tierra, y no

por los propietarios. Estos cobran la renta y la gastan en el juego ó en orgías. Algunos de ellos, como el duque de Argyll, que se glorian de haber llevado mejoramientos á sus grandes posesiones, no piensan que esos mejoramientos los han hecho con dinero cobrado como renta á quien ha debido pagar para tener acceso á sus tierras. No les darían á ellos sus tierras sin el trabajo de los otros, ni siquiera un centésimo, porque jamás han puesto en ellas la más pequeña parte de su propio esfuerzo. Lo que es necesario asegurarle á quien produce es la inviolabilidad del producto de su propio trabajo. Y la ventaja en pagar la renta al Estado, que es el representante de la comunidad, en vez de al propietario, está en el hecho de que éste es un simple parásito, que recoge y roba todo lo que le queda al trabajo, dejándole apenas la vida, mientras el Estado emplearía tal renta en beneficio del individuo, en mejoramientos que harían la vida siempre más fácil cuando capital y trabajo fueran aliviados de los impuestos que oprimen y sofocan la producción.

A quien jamás no ha reflexionado sobre estas cosas, le parecerá ridícula la proposición de una simple medida fiscal como una de las más grandes y trascendentales reformas. Pero el que se ha dado cuenta de las leyes de la renta, salario é interés, comprenderá que un remedio tan fácil implica una de las más grandes revoluciones sociales. La abolición de la esclavitud y la gran Revolución francesa, de que tanto y tan erróneamente se habla, no tienen ninguna importancia parangonada con ésta, que restituiría á todos los hombres el dominio de los agentes naturales en armonía con las leyes de la justicia y de lo moral.

Basta un poco de reflexión para prever los efectos que esta reforma aportaría á la sociedad. Thomas G. Shaerman, en su libro *Impuesto natural*, los resume así, después de haberlos deducido lógicamente:

«La adopción de un impuesto natural aliviaría, evidentemente, á la gran masa del pueblo, de todas las tasas, excepto la renta, que la masa está pagando ahora en adición á las tasas.

»Pondría un fin á la artificial concentración de las riquezas en manos de unos pocos, concentración que progresa con el progresar de la sociedad.

»Mientras dejaría que la desigualdad en la inteligencia, habilidad y capacidad de poder productivo mostrase sus efectos sólo con una moderada desigualdad de riquezas, removería gradualmente aquellas desigualdades monstruosas y antinaturales que ahora existen, sin beneficio para ninguno y lesionando, á la larga, los intereses de la sociedad toda.

»El mejoramiento y la aptitud al trabajo, serían premiados con aligerarlos del doble impuesto (las tasas y el pago de las rentas), dejando tales pesos sobre los «perros del hortelano», porque los obligarían á hacer un trabajo más productivo.

»Aseguraría al patrón de cada producto de su destreza y habilidad un título absoluto é irrefutable de tal propiedad.

»Aumentaría la demanda de trabajo humano en la producción de las cosas útiles á la vida humana, produciendo un aumento enorme en los salarios.

»El salario sería así aligerado de toda forma de tasas, aumentando de esta manera las entradas y ahorros de los trabajadores.

»Impulsaría al capital á invertirse libremente, librándolo del castigo de todas las empresas, que son los impuestos.

»Facilitaría la circulación del dinero, abriéndose Bancos en todas partes, ya que ellos estarían libres de impuestos, dando así á cada agricultor la misma facilidad de cambio que usufructúan hoy solamente los ricos comerciantes ó fabricantes, haciendo superfluo un vasto suministro de moneda y papel-moneda.

»Disminuiría muchísimo la parte de impuestos pagados por los agricultores, porque su parte de la renta del terreno es más pequeña que la que toca á los propietarios de la tierra, mientras que no aumentarían los pesos que gravitan ahora sobre las espaldas de los residentes en las ciudades, los cuales no pagarían más que la renta al Estado, renta que hoy pagan además de las tasas.

»Removería todo obstáculo del comercio—manufactura, agricultura é industrias de toda especie—, dándoles un estímulo desconocido hasta ahora.

»Daría libre acceso á la tierra á todos, y sobre ésta podrían ganarse la vida sin pedirles que invirtieran ningún capital para la compra y con una renta razonable: la que ellos podrían pagar.

»Aumentaría la producción y la riqueza de las naciones, asegurando una más justa distribución de tal riqueza.

»Reformaría los gobiernos, elevando á las masas de las degradantes condiciones que las hacen fáciles presas de influencias corrompidas y corruptoras, impidiendo toda tentación á los robos burocráticos en materia de impuestos y destruyendo las más fáciles conveniencias que arrastran á la corrupción de las legislaturas y de las autoridades gubernativas.»

Mientras hoy, de un momento á otro, un hombre, por un juego de fortuna, se convierte en *industrioso*, *inteligente* y *moral*, mañana, con nuestra reforma, esto sería sumamente difícil, porque ella no daría á nadie un peso que no hubiera sido ganado con el propio esfuerzo; y los *caminos reales* que van hacia la riqueza, serían cerrados, porque los *caminos reales* son caminos para el ocio.

Muchos, á primera vista, no se dan cuenta de que la esclavitud de la tierra sea peor que la esclavitud humana. Si el esclavo de Robinsón Crusóe hubiera reconocido en su amo el derecho de propiedad privada de la isla, en la cual desembarcaron después del naufragio, en vez del derecho de disponer de su persona, sus condiciones no hubieran sido mejoradas. ¡Antes bien!... El látigo hubiera sido sustituido por el hambre, y el día que ese esclavo libre de su persona, pero reconociendo en Crusóe el derecho de propiedad de la isla, se hubiera negado á obedecer, no contento de su persona, al dueño de la isla, no le hubiera quedado otro medio que emigrar ó morir de hambre.

Con la simple reforma fiscal ya delineada, la esclavitud del hambre quedaría abolida, porque la tierra vol-

vería á la sociedad y el monstruoso monopolio de los beneficios naturales desaparecería, dando á todos libre acceso á los medios naturales, á los dones del Universo, que no deben ser propiedad de pocos, sino de todos, y con idéntico derecho á ellos.

La propiedad privada de la tierra es la que le roba al trabajo todo lo que le queda después que varios ladrones lo han despojado de lo que han podido. «El trabajo puede compararse á un hombre que mientras lleva á su casa sus ahorros, es despojado por el camino por una serie de ladrones, de los cuales uno pide una parte, otro otra, y así sucesivamente, siendo por último detenido por otro que le pide todo lo que le ha quedado, salvo aquello que sostendrá á la víctima hasta el próximo día, en que volverá para ser nuevamente robado.»

En todos los países, además, la propiedad privada de la tierra tiende á disminuir la prosperidad nacional y desviar la riqueza de las manos del trabajador, que es el que la gana, hasta las manos de aquellos que no producen nada. Esta es la tendencia del monopolio de la maquinaria y de los procedimientos de producción y de cambio; las tendencias de las tarifas protectoras, de los malos sistemas monetarios y financieros, de los gobiernos corrompidos, de las deudas públicas, de los ejércitos permanentes, de las guerras y de los preparativos de guerras. «Pero estas cosas, de las cuales algunas son más notorias en un país que en otro, no explican satisfactoriamente el empobrecimiento de los trabajadores. Todos estos ladrones, son ladrones de menor importancia, y al suprimirlos, no se hace más que dejar mayor cantidad para el último ladrón: la propiedad privada de la tierra.

Vuencencia ha dicho muy bien que el desbande de dos regimientos no ha hecho otra cosa que arrojar á la calle un mayor número de familias. Y en Europa, con generoso entusiasmo, digno de mejor causa, se proclama y se grita por la abolición de los ejércitos permanentes, como una medida para librar á los contribuyentes de la terrible sanguijuela del militarismo. Y naturalmente, al mirar los balances europeos despierta compasión el ver tantos millones derrochados en una ocupación, no sola-

mente improductiva, sino depravante, como la profesión militar. En efecto, como dice Tolstoi, la vida militar «coloca á los hombres en condiciones de completo ocio, es decir, ausencia de trabajo útil; los libra de los comunes deberes de humanidad, sustituyéndolos con otros meramente convencionales, como el honor del regimiento, del uniforme, de la bandera, y mientras les confiere un poder casi absoluto sobre otros hombres, los coloca, por otra parte, en condiciones de servil respeto hacia los de grado superior». Y no es esto todo. El sentimiento nacional se uniforma en este convencionalismo del honor y en la conciencia de cada ciudadano se justifica y se elogia el *masacre*, la conquista y la opresión de otros pueblos, á condición de ser llevados á término con la ingeniosidad de la balística, con la astucia de los planes estratégicos, con la habilidad y sangre fría de los generales.

¿Quién se atrevería á negar que el ejército permanente es un mal? Sería lo mismo que negar que sea un mal la fiebre de la tuberculosis. Y no hay analogía más exacta que la que hay entre la miseria que corroe la civilización y la tuberculosis que consume á los individuos. ¡Pero desgraciado el médico que se afanase en perseguir la fiebre de un tísico creyéndola causa y no efecto de otra causa más profunda! Así estos generosos que con tanta superficialidad derrochan su tiempo declamando contra el ejército, hacen como el médico que, sin criterio científico, agota todo su arsenal terapéutico contra la fiebre de la tuberculosis. La disolución de los ejércitos aumentaría, en el campo del trabajo, la concurrencia entre los que piden ocupación, entre los mendigos, por tanto. «Hoy—se dice—somos muchos de cada profesión, de cada oficio; ¿cuántos no serían mañana, pues, si en la demanda de ocupación se unieran á nosotros los de la burocracia y los del ejército? Y la sociedad, ¿qué ventaja obtendría? El último ladrón, la propiedad privada de la tierra, recogería lo que hoy se roba al trabajo para darlo al ejército.» Y así, en las anomalías de la actual civilización, el ejército, que es un elemento que devora la producción, se convierte en un vehículo que

distribuye parte de la riqueza á algunos que no sabiendo dónde dirigirse, van á vestirse el uniforme de defensores de la paz y de la patria, y en la inquietud producida por la miseria, se convierten en elementos necesarios á la paz, la cual, aunque paz armada, es siempre menos ruínosa que una guerra. De aquí la paradoja de la civilización moderna: un devorador de riqueza, al mantener la paz y cierta tranquilidad, se convierte en un factor de riqueza.

El ejército, la burocracia, las iglesias y otras instituciones semejantes, son los expedientes que la sociedad moderna ha encontrado como puerta de escape para la miseria producida por la propiedad privada de la tierra. En los Estados Unidos el buen americano siente horror por el ejército permanente y deplora las veleidades liberticidas de aquellos que tienen la estúpida ambición de mezclarse en el llamado concierto de las naciones, porque él prevé que el último *paladium* de la libertad sería derrocado, y desaparecería del mundo un país que á pesar de sus tropiezos se encamina hacia el ideal de la libertad. Sin embargo, un ejército permanente sería bendecido como un maná celeste por los innumerables desheredados condenados al ocio involuntario, producto del monopolio de los agentes naturales.

En conclusión, toda reforma resulta absolutamente inútil hasta que no comencemos por la reforma fundamental del reconocimiento de la igualdad de derechos sobre los elementos naturales. En todos los casos el progreso material no tendería más que á diferenciar los pueblos entre los que son monstruosamente ricos y los que son espantosamente pobres. Cualquiera que sea el aumento de riqueza, las masas se hallarán siempre más aplastadas y acorraladas, hasta vivir con lo estrictamente necesario; tendremos siempre nuestras grandes clases criminales, nuestros pobres y nuestros vagabundos; hombres y mujeres empujados á la degradación por la imposibilidad de ganarse honestamente la vida.

VIII

Vuécencia lamenta que ni siquiera aquellos que dicen haber encontrado la fórmula científica de la causa del malestar social, hayan podido ponerse de acuerdo sobre el modo de iniciar sus reformas: quiero hablar de los socialistas y anarquistas, cuyas teorías están invadiendo en las naciones europeas los cerebros del pueblo, y cuyos maestros critican nuestra doctrina como insuficiente para remediar los males sociales. Yo no quiero cerrar esta relación sin echar á ambas una mirada, y haré un servicio á aquellos que aceptan ó desechan la una y la otra sin jamás haber sabido en qué consisten. Comencemos por el socialismo.

El socialismo da una plausible respuesta á las preguntas de la humanidad descontenta, ofreciendo un *remedio para los males sociales* fácil de comprenderse. La simplicidad armoniosa, aunque superficial—quizás porque es muy superficial atrae á los de cultura y educación limitadas—, los sentimientos de paternidad por él proclamados, emborrachan á aquellos que sienten la injusticia de las condiciones existentes, mientras las pretensiones científicas de su teoría han atraído á sus filas hombres de notable inteligencia, desesperados de encontrar un método cualquiera para combatir los males sociales é industriales.

En las innumerables obras de la literatura socialista las palabras capital y capitalistas abundan extraordinariamente y se presentan como el blanco hacia el cual se dirigen todos los golpes, porque ellas monopolizan la riqueza social en perjuicio de los trabajadores. En resumen, por tanto, á pesar de la diversidad de las escuelas socialistas, la doctrina se reduciría á lo siguiente:

En el sentido económico, el capital se acumularía con el salario que se debe á los trabajadores, pero que por

la concurrencia entre éstos, es retenido por el capitalista, el cual estruja al trabajador, dejándole sólo lo suficiente para vivir. Por tanto, «la concurrencia—dice Grondlund—es el arma tremenda en manos del capitalista. Ella merece el nombre de concurrencia homicida cuando los trabajadores están obligados á luchar para ver quién *vivirá y quién se morirá de hambre*. Pero no son solamente éstos los que sufren. Los pequeños patronos, los pequeños comerciantes, son víctimas de esta cruel concurrencia tanto como aquellos que trabajan por el salario». Además, los capitalistas tendrían otra arma terrible, que es la combinación, mediante la cual, dueños de la tierra y de los medios de producción, aplastan siempre más al trabajador.

En el sentido ético, según el mismo Grondlund, «el Estado concebido como organismo, junto con la doctrina moderna de la evolución aplicada á todos los organismos, da un golpe mortal á la «teoría de los derechos naturales del hombre» y la teoría del inalienable derecho á la vida, libertad, propiedad, felicidad, etc. Estos llamados derechos naturales y leyes igualmente ficticias de la *Naturaleza*, fueron inventados por Juan Jacobo Rousseau. Los socialistas filosóficos repudian las teorías de derecho natural. Es la sociedad, la sociedad organizada, el Estado, el que nos da todos los derechos que tenemos... «Puestos de frente á este organismo—el Estado—, ni siquiera el trabajo nos da derecho á una partícula de lo que nuestras manos y nuestro derecho producen.»

Además de esto, los socialistas sostienen que el amor al dinero—el cual es la quinta esencia del capitalismo—es la raíz de todos los males, y por tanto el dinero debe ser abolido, como debe ser abolido el interés que perciben aquellos que prestan dinero.

Y finalmente, el trabajo en sí no es más que una maldición, y por tanto, yo no sabría decir si quieren eliminarlo ó simplemente reducirlo.

Por consecuencia, los remedios propuestos por el socialismo consisten en abolir gradualmente la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y

sustituir el sistema del capital privado con el sistema del capital colectivo. Es decir, el Estado organizaría la producción, colocando bajo la dirección oficial las diversas ramas de la industria, proveyendo la distribución de las cosas producidas *según la cantidad de utilidad social del trabajo productivo de cada uno*. La administración de toda la producción y comercio comprende un número extraordinario de oficinistas, para dirigir, nombrar personal y determinar qué artículos son de necesidad producir. También esa administración estaría á cargo de la producción científica, literaria, periodística, artística, y con el relativo derecho de escoger las personas que deberían emplearse en esta producción. En la constitución de la familia comprende estas modificaciones: independencia económica de la mujer; abandono del hogar doméstico; separación de los hijos en la edad tierna para confiarlos al cuidado del Estado.

Capital y capitalismo son los términos más frecuentemente empleados por el evangelio socialista: esto haría suponer que después de un estudio profundo, el socialismo nos daría un concepto claro de lo que esos términos significan, tanto más cuanto que él pretende ser científico. Recorriendo la enorme masa de la literatura socialista, desde Karl Marx hasta el pequeño resumen sobre socialismo moderno publicado por el reverendo Ch. H. Vail, V. E. buscaría en vano una definición ó una idea exacta del capital, de qué cosa se compone y de cuáles son sus funciones económicas. La brevedad del espacio y la popularidad que V. E. quiere dar á este trabajo, no me permiten transcribir aquí el nebuloso procedimiento de la superválfa, con el cual Marx llega á una original definición, inconsistente en los conceptos fundamentales que en la producción y en la distribución de la riqueza forman el significado del capital. Sin embargo, como de la palabra capitalismo se hace tanto derroche por parte de los socialistas y aun por aquellos que son adversarios é indiferentes al socialismo, vale la pena de transcribir una alusión de Marx al capital, á fin de examinarla en lo que vale.

«Nosotros conocemos—dice (*Capital*(1), edic. inglesa, pág. 792)—que mientras los medios de producción y subsistencia queden en propiedad del productor inmediato, no son capital. Se convierten en capital solamente bajo circunstancias en las cuales ellos sirven al mismo tiempo como medios de explotación y de esclavitud del trabajador.» De esto resultaría que una máquina ú otro instrumento de producción usado directamente por el productor, supongamos por un agricultor ó un carpintero, no sería *capital*; si, viceversa, empleamos á un obrero para mover la máquina, se convierte inmediatamente en capital. Una fábrica de hilados de algodón, por ejemplo, puesta en movimiento por una cooperativa, no sería capital; pero si fuera poseída y movida por un particular, se convertiría en capital. Pero al mismo tiempo debería ser capital solamente cuando diese provecho al patrono, no cuando la fábrica trabajase perdiendo, porque en este caso los medios de producción no son usados como medio de explotación y esclavitud del trabajador.

Prescindiendo del hecho de que el lector debe haberse formado una idea de la substancia y función del capital, de lo cual hemos hablado en páginas anteriores, conviene aquí recordar que las leyes de la producción son leyes fijas. La Naturaleza no reconoce diferencia entre un santo y un pirata, y la tierra, con sus oportunidades naturales, recompensa solamente á quien la trabaja. Por tanto, los dos factores primordiales, indispensables aún en una civilización avanzadísima, son: tierra y trabajo; el capital viene en segundo término, porque no es más que trabajo acumulado, riqueza ó cosas tangibles destinadas á la producción de otras cosas tangibles ó riqueza. Que éstas se encuentren en las manos de un ángel ó de un usurero, en el sentido económico, desempeñan siempre la misma misión. ¡Sería en verdad original si se afirmara, con la misma analogía socialista, que un fusil, cuando se usa para la caza de anima-

(1) Publicado por esta Casa Editorial.

les, no es un arma de fuego, pero sí lo es si se emplea en matar hombres!

La cuestión está en ver cómo la producción debe distribuirse entre estos factores que á ella concurren; cuáles cocientes, en justicia, pertenecen al individuo, y cuáles á la sociedad; cuáles son, por la pésima legislación humana, robados por un individuo á otro, y cuáles, injustamente, son tomados por la sociedad en perjuicio de los trabajadores ó productores.

Viviendo en una sociedad donde el capital es un factor que acelera el progreso material, y donde un solo individuo ó más, combinados, pueden poseer la tierra y el capital y alquilar el trabajo, no ven los socialistas toda la importancia de la tierra, porque confunden al capital verdadero con los monopolios, con el capital espúreo y con el monopolio de la tierra, y atribuyen la pobreza de las masas á la voracidad del rico que posee el capital, que, según los más notables socialistas, toma la forma de dinero. Pero el dinero—aun cuando acuñado en monedas de oro—no es más que una forma de cambio. Lo que le da importancia y valor, es la facilidad de cambiarlo con otras formas de riqueza, pues, en realidad, no representa más que un certificado de trabajo. El hecho de que muchos disponen de dinero que no representa certificado de un trabajo hecho por ellos, no modifica el carácter del dinero, porque en substancia, el monopolizador de la tierra ó de otros privilegios se apropia del trabajo de otros convertido ya en dinero.

Aun el más inculto, valiéndose de sus propios conocimientos, puede convencerse de esta verdad con un procedimiento muy simple. Supongamos que uno de los lectores está empleado en el municipio, y que éste, en compensación de su trabajo, le da tres pesos diarios. Teniendo necesidad de un par de zapatos, va á casa del zapatero y los compra por tres pesos; el zapatero, con la misma suma, compra al sastre un pantalón; el sastre necesita una silla y le da esa cantidad al carpintero en cambio de una silla que éste está terminando.

El lector ve muy bien que el municipio compró los servicios al empleado, éste compró los zapatos al zapa-

tero, y así sucesivamente; es decir, cuatro compras con la misma cantidad de dinero: los tres pesos recibidos del municipio. Si las cosas se compran con dinero, ¿cómo es que cuatro cosas, cada una del valor de tres pesos—doce pesos todo—se han comprado solamente con tres pesos?

Como se ve, las compras y las ventas no son más que una serie de cambios. El dinero no hace más que facilitarlos; por tanto, es necesario, no la abundancia de dinero, sino la oportunidad de trabajar para producir lo que el cambio pide. Como no puede producirse nada sin la tierra, basta romper esta barrera del monopolio de la tierra para que el trabajo pueda emplearse libremente, ya que sólo el trabajo es el que produce lo que nosotros deseamos cambiar, es decir, comprar y vender.

Cerrada la puerta á los agentes naturales, nace aquella concurrencia degradante, por la cual el trabajo encuentra en el mercado de la producción tan escasa recompensa. La concurrencia en sí misma no sería un mal, porque asegura á la comunidad los mejores servicios para la satisfacción de sus necesidades con el menor sacrificio: aseguraría á todo trabajo la relativa compensación que establece la comunidad y dirigiría á los menos hábiles hacia ocupaciones más productivas en cualquier rama de la industria. Pero hoy es un flagelo de la humanidad; reduce las masas á la degradación más abyecta, porque no pudiendo por su propia ignorancia romper el círculo de hierro que tiene cerrado el acceso á los agentes naturales, están obligadas á la competencia, reduciendo más y más el precio de su trabajo, pues de otro modo no podrían vivir, obligando así al obrero á pedir la limosna y la protección de alguno que pueda emplearlo. Por lo tanto, el pretender abolir la concurrencia, en vez de abolir sus causas, es tan absurdo como si en una enfermedad se quisiera destruir la fiebre sin darse cuenta, como ya he dicho en otro caso igual, de la causa que la produce, ó como si viendo que se quema una casa, se quisiera prohibir el uso del fuego.

«El aire que respiramos ejercita sobre cada pulgada cuadrada de nuestro organismo una presión de quince

libras. Si esta presión se ejercitara sobre un solo lado, nos clavaría en el suelo y nos aplastaría como una pasta. Pero repartida por todos lados, nos movemos bajo ella con perfecta libertad. No solamente no nos incomoda, sino que obedece á propósitos tan indispensables, que si nos libráramos de su presión moriríamos.»

«Así sucede con la concurrencia. Donde existe una clase á la cual se niega el derecho de los elementos necesarios á la vida y al trabajo, la competencia ejerce su presión por un solo lado, y como la población crece, debe impulsar á la clase más baja á una esclavitud virtual y hasta á la muerte por hambre. Pero donde á todos se les aseguran los derechos naturales, entonces la concurrencia, actuando por todas partes—entre patronos y empleados, vendedores y compradores—, no ofende á ninguno. Al contrario, se convierte en el sistema más simple, más extendido, más refinado y elástico de cooperación, sobre el cual, en la presente época de desarrollo social y en el dominio donde obraría con libertad, podríamos confiar para la coordinación de la industria y la economía de las fuerzas sociales.»

Sobre la negación de los derechos naturales, tengo que agregar muy poco á lo que he dicho. Cada individuo debe concurrir, según sus propias fuerzas, á aquel fondo común destinado al mantenimiento de la sociedad ó Estado. Pero el negar la existencia de los derechos naturales, es «como asegurar que no hay norma ninguna por medio de la cual la justicia ó injusticia de las leyes ó de las instituciones pueden asegurarse; es como asegurar que no hay acciones justas ó injustas en sí mismas, ó asegurar que un edicto que ordenase á las madres el matar á sus hijos, debería ser recibido con el mismo respeto que una ley que prohíbe el infanticidio». Y luego, si realmente no existen derechos naturales, ¿con qué razón los socialistas reclaman el derecho á la vida, el derecho á una vida menos degradante, más acomodada de las masas, y en fin, á una distribución más equitativa de la riqueza?

«Podría decirse que es cierto que el hombre, en una condición aislada, tiene derecho á todo lo que produce,

y es un robo tomar una parte, aun la más pequeña, de su trabajo. Pero en las épocas civilizadas, no es sólo el esfuerzo del individuo el que contribuye á su producción. Sobre lo que el productor recibe de otros productores, por aquello que él en recompensa les da en las diversas formas en que las pretensiones entre hombre y hombre están establecidas en una sociedad ordenada, es ayudado de un modo indefinido, pero tangible, por toda la sociedad.» Por lo tanto, ¿no debe él á la sociedad una recompensa, ó no tiene el Estado el derecho de reclamarle ó tomarle parte de aquello que su condición aislada sería en justicia propiedad de él?

Nosotros respondemos que tal débito existe, «pero que ningún productor puede escapar á él, aun cuando se le deje plenamente lo que es suyo por derecho de propiedad. En cualquier producción en que el hombre se beneficie á sí mismo, beneficia también á los otros, y cuanto mayor es su actividad, más aumenta á favor de la sociedad aquel fondo que nosotros queremos destinar al mantenimiento del Estado». Cuando yo elevo un edificio con cualquier objeto, si es cierto que yo debo á la sociedad el concurso de tantos factores, ¿no produzco á la larga beneficios también para la sociedad? Y sobre todo, ¿no aumento el valor de la tierra que rodea mi edificio, y cuyo valor puede ser tomado sin ofender mis derechos de propiedad? Las entradas de que el Estado tiene necesidad, pueden ser tomadas de esta fuente natural, que aumenta con el progreso de la sociedad, sin necesidad de quitar al individuo lo que le pertenece.

«Pero ¿qué haría—me decía un socialista, y esto lo repiten todos los demás—un hombre al que se diese fácil acceso á la tierra, si no posee *medios* de producción? En el Brasil, en Cuba, en las provincias argentinas, en muchas comarcas de los Estados Unidos, es fácil conseguir tierra con el pago de una leve renta. Sin embargo, ninguno aprovecha, porque á la fácil concesión de la tierra falta la provisión de los medios de producción, de los cuales debería adueñarse el Estado, expropiándolos gradualmente á los capitalistas.»

Si un hombre pudiese ser lanzado á la tierra privado

del derecho de comerciar, podría esto ser cierto, aun en una sociedad como la nuestra. Pero quien hace estas objeciones se olvida que colocaría al individuo, no en una sociedad donde con nuestra reforma sería abolido el monopolio de la tierra, sino en una sociedad donde éste existe en toda su fuerza, y que quita al trabajo la libertad de emplearse libremente. Por tanto, la objeción, aunque tenga apariencia de verdad, es sumamente superficial. En un estado social en que el hombre tenga fácil acceso á la tierra, el capital afluye sin necesidad de ser pedido, porque el capital sin trabajo moriría. Hoy que la tierra, que ofrece mejores beneficios, está monopolizada, ¿qué haría un individuo en una tierra donde la eficacia de su trabajo social sería nula? ¿O con qué confianza puede él osar pedir capital, el capital verdadero en el sentido económico, no aquel designado por los socialistas, si no puede recibir su recompensa, porque está castigado con los impuestos y sofocado por las crisis industriales y por el poco producto que recibe?

Tierra libre significa acceso á todos los materiales y fuerzas naturales, y comercio libre significa relaciones industriales, no obstaculizadas entre trabajador y trabajador.

Estas son las condiciones esenciales de toda producción, aun la más civilizada. El fondo del error socialista es el de todos los economistas; es decir, que el salario es sustraído del capital, y que por tanto hay necesidad de acumular capital para emplear el trabajo y que toda la vida social depende del capital acumulado. Aquí está el error.

El salario, en vez de ser extraído del capital, es, en realidad, extraído del producto del trabajo, y además la vida social no depende del capital acumulado, sino de todas las ramas del conocimiento humano hechas efectivas por el intercambio del trabajo. Sea en un Estado solitario, como en un Estado social avanzado, tierra y trabajo son los únicos productores de riqueza. No es el capital, sino la tierra, quien suministra los materiales al trabajo para su subsistencia y para los medios de producción de que necesita para aumentar su eficacia.

No es el capitalista quien suministra al trabajador la subsistencia y las máquinas, sino los trabajadores que continuamente producen subsistencia y máquinas con los materiales que la tierra suministra. Es sólo en virtud de los monopolios, sobre todo el de la tierra, como algunos individuos llamados capitalistas pagan á los trabajadores. Pero, en el fondo, el capitalista ni emplea ni paga á los trabajadores, sino que son éstos que se emplean y se pagan los unos á los otros.

Es por demás pueril la objeción de aquellos que no ven en la tierra más que el producto de la agricultura, y dicen que, por tanto, nuestra reforma no se extendería más que sobre los terrenos agrícolas, sin reportar beneficios al agricultor, el cual sería, por el contrario, gravado por un peso mayor, pues el propietario traspasaría sobre él el impuesto que el Estado le aumentaría sobre el valor de la tierra.

La segunda parte de esta objeción ha sido ya refutada, y la primera parte es muy infantil para que no se pueda refutarla en seguida. Por tierra se entiende, como hemos dicho, todo lo que ofrece fuerzas y materiales al trabajo. Sin tierra no es posible concebir la vida, porque el aire y la luz pueden ser usufructuados sólo por medio de la tierra. Por tanto, absurdo sería creer que nuestra reforma sólo tocaría á los terrenos de agricultura. Un área de terreno en el centro de Londres, Nueva York ó París, vale tantas y tantas veces lo que un área situada á cien leguas de distancia. Antes bien, cambiada la situación, es precisamente el agricultor quien tendría ventajas más directas cuando él fuese verdaderamente agricultor, de hecho, no de nombre. Si él es propietario de la tierra, es poseedor de productos de trabajo, de instrumentos, de mejoramientos, y así sucesivamente; y es del producto de su trabajo más que del valor del terreno, del cual se saca lo necesario para su existencia. Por tanto, el interés principal es el de productor, no el de propietario de la tierra. Y él no se preocuparía al ver absorbido por la sociedad el valor de su tierra ó la renta económica, porque como trabajador y capitalista sería dueño de todo el producto de su trabajo y del interés

aumentado de su capital, menos de aquella parte llamada renta, que no es fruto de su trabajo.

Rothchild, Vanderbilt, Gould, etc., son mucho más ricos—podría objetarse—que algunos que tienen inmensas extensiones de tierra. He ahí el engaño. Si se pudiera arrojar una mirada en las cajas de hierro de Rothchild, no se encontrarían más que créditos fundados sobre la propiedad de la tierra, ó títulos por los cuales se grava de débitos á generaciones y más generaciones, desangrando siempre al trabajo y al capital. Las riquezas de Vanderbilt, Gould y compañía, están fundadas sobre monopolios y privilegios que deberían ser reconquistados por el Estado, que con una simple ley y un rasgo de pluma restituiría todo á la sociedad. Pero la vuelta de los monopolios privados á manos del Estado no daría ningún resultado si no se aboliera el más grande y más absorbente, es decir, el monopolio de la tierra. Cierto es que en manos de los millonarios quedaría mucha riqueza sacada al pueblo con todas las formas legales, pero la misión de las reformas es el de evitar en el porvenir la perpetuación de los males. Remediar los males del pasado está fuera del poder humano, y es inútil remover la historia para vengarse de las injusticias cometidas por nuestros antecesores.



Una idea que se proclama como opuesta al socialismo, es la anarquía, la cual también encuentra varias escuelas y partidos. Una de esas ideas es sencillamente lo que expresa su nombre: individualismo extremo, es decir, creencia en que el gobierno es un mal porque limita la igualdad de la libertad. El carácter que distingue esta escuela es la confianza absoluta en la eficacia de la ley natural de la concurrencia, la cual basta por sí sola á mantener el orden y la justa disposición de las relaciones sociales. Otra escuela es la anárquico-comunista, y todas las otras, á excepción de la mencionada anteriormente, podrían clasificarse como subgrupos de ésta, porque la clasificación depende, no tanto de la di-

ferencia de los principios, cuanto de la dificultad de ponerse de acuerdo sobre los métodos prácticos. Los anárquico-comunistas se asemejan á los socialistas en la proposición de abolir la ley de concurrencia, pero son adversos al socialismo por su ingerencia gubernamental. Ellos querrian gobierno, pero no coercitivo, y su sistema sería un individualismo modificado por el comunismo. El príncipe Kropotkine es el apóstol famoso de esta anarquía comunista.

Que haya adherentes en todas las escuelas anarquistas, partidarios de la fuerza física y de la violencia, es cierto: pero el sospechar á todos los anarquistas cómplices en los asesinatos, porque algunos de ellos cometieron delitos, es como sospechar que cada cristiano cree en la *transubstanciación* porque en ella creen los católicos, ó creer á todos los republicanos regicidas porque alguno de ellos dió muerte á algún monarca. Con los escritos y con la palabra, los anarquistas, en general, confían en la educación y el desarrollo de las ideas populares.

En el Central Music Hall de Chicago, asistí á una conferencia de Kropotkine, que se presentó ante público americano y ante algunos rusos como el jefe del comunismo anárquico. En la primera parte de su programa político social, él propugna por la independencia de las comunas contra una centralización territorial y contra la «concentración de muchas funciones de la vida social en manos de pocos y aun de todos». Y en defensa de este ideal, él se vuelve á la historia y dice: «A través de toda la historia de nuestra civilización, dos corrientes opuestas han estado siempre en conflicto: la tradición romana y la tradición popular; la imperial y la federal; la autoritaria y la libertaria. En la vigilia de la gran revolución social, estas dos tendencias se hallan una frente á otra.»

Y luego Kropotkine hace un cuadro de la sociedad anárquico comunista, que sería compuesta, no sólo de comunidades políticas, sino también económicas, en una federación completa, con el apoyo del consentimiento individual. Para indicar las ventajas de esta sociedad,

cita un ejemplo: él querría poseer un telescopio, pero en las presentes condiciones sociales, no tiene esperanza de obtenerlo. Viviendo en una sociedad anárquico-comunista, trabajaría cinco horas diarias—por decirlo así—en su repartición gremial, para ganarse la vida, y en las otras horas de libertad se uniría á un fabricante de telescopios, donde trabajando podría hacerse por sí mismo el deseado telescopio. En este ejemplo está encerrada la idea de que cada cual debería contribuir con un poco de trabajo manual, pero esto sólo debería servir como fin político-económico.

Esto, en breve resumen, nos decía Kropotkine. No vale la pena citar otras obras, sobre todo aquella en que desarrolla difusamente esta doctrina económica: *Fábrica, campos y talleres*.

Como se ve, la anarquía comunista expresa la idea del *individuo y de la comunidad*. Y como precisamente la primera parte de ese término significa que los asuntos individuales deberán ser independientes del gobierno, así la segunda significa que hay necesidad, para gobernarse, de un consentimiento común. Las dos ideas, una correlativa de la otra, representan una verdad.

Aplicada á los asuntos individuales, la anarquía es absolutamente profunda y recta. Ni una persona sola, ni una minoría ó mayoría, por grandes que sean, tienen derecho á gobernar á un hombre maduro y sano en las cosas que le pertenecen individualmente. Y en cuanto á gobiernos, Jéfferson dijo que el mejor es el que gobierna menos; y los viejos demócratas de los Estados Unidos luchaban contra la centralización del poder, por la independencia de cada Estado, comuna y ciudad, unidas después en confederación.

Pero hay asuntos que por su naturaleza pertenecen á la comunidad. La conservación de la paz, el prevenir la invasión de los derechos ajenos, las leyes sobre el modo de tener la tierra, la construcción y el mantenimiento de la viabilidad, y así sucesivamente, son cosas que pertenecen á la comunidad, y ésta debe regularlas. Debiéndose proveer á ellas, no hay otra alternativa que el *consensus* común, el cual sólo puede ser asegurado

por la mayoría ó con el voto. La unanimidad puede significar tiranía, hasta tanto el hombre no esté lleno de virtudes angelicales. Y además de los asuntos de la comunidad y de los Estados, hay otros que se refieren á las relaciones internacionales, y por tanto, será imprescindible una sociedad, una cierta jurisdicción de la comuna á la provincia, de ésta al Estado, y entre los diversos Estados también.

El que cada uno debería tomar parte en un trabajo manual, implica una superficialidad de nociones económicas que no le es perdonable ni siquiera á un poeta. Si Kropotkine pudiese emplear una parte del día como mejor le pareciese, no tendría necesidad de ir hasta una fábrica de telescopios. El podría emplear su tiempo en la misma ocupación que le proporciona la subsistencia y podría llevar lo que le queda al mercado—después de haber separado lo necesario para la vida—, para cambiarlo por el telescopio.

Para entender esto, basta considerar los cambios comerciales y la división del trabajo. Es en las sociedades primitivas más rudas donde un individuo está obligado á ser zapatero, sastre, panadero, etc., de sí mismo. Si Kropotkine no tiene facilidad de conseguir un telescopio, no es porque hoy no exista una sociedad anárquico-comunista, con sus métodos arbitrarios para satisfacer las necesidades humanas y los planes complejos de asociaciones y comunidades federadas. Es porque las clases de gobiernos que tenemos—gobiernos que son el producto de la ignorancia de las masas—colocan tales obstáculos entre él y el comerciante de telescopios, que no es posible cambiar libremente ó acumular una parte del producto por el cambio. Así es que lo que se necesita no es lo que quiere Kropotkine, sino la libertad de producir y de cambiar en toda su extensión.

El error fundamental de las proposiciones socialista y anárquica reside en la ignorancia profunda de las causas del malestar. Ambas las atribuyen al capital, al capitalista y á las clases ricas; y si por una parte socialistas y anarquistas tienen el mérito de haber demostrado que el descontento es debido, no á formas políticas y

religiosas, sino á la injusta distribución de la riqueza, y si con el fanatismo que inspira la idea de fraternidad y de ayuda mutua han producido un despertar en las clases obreras, sin embargo, la confusión que ellos han agregado al caos económico ya existente, hace retardar el mejoramiento de las clases, porque gasta las fuerzas y las desvía del verdadero camino, aconsejando remedios dañosos é inútiles.

Hoy la Europa continental está transportada por la corriente de estas ideas generosas, pero superficiales, que en vez de producir el mejoramiento de las masas, promoverá las ruinas del sentimiento democrático en el caso de que cualquiera de los dos sistemas llegara á imperar. Un momento de furor democrático de las plebes mal preparadas, demolería lo viejo, pero caería bajo nuevas tiranías, como la Revolución francesa, que decapitó á los fisiócratas, los únicos que en la noche del despotismo preveían las glorias de épocas mejores y cuyas doctrinas habrían producido una revolución pacífica y benéfica, y las monarquías, las aristocracias y otros parásitos del trabajo serían en el mundo latino ó en todo el mundo civilizado nada más que un funesto recuerdo cubierto con las cenizas de un pasado que no habría jamás resurgido. Las ideas socialistas y anarquistas tienden con la absorción y el fanatismo del odio de clases á producir una revolución ciega como la del 89. Esta destruyó la aristocracia de la sangre, sustituyéndola con la de los mercaderes, cuyo fruto se puede observar en aquella poca cosa que es la República francesa y sus hijas las seudorrepúblicas sudamericanas. Y mientras destruía la servidumbre de la gleba, no supo prevenir la esclavitud industrial, menos salvaje en la forma, pero de efectos más terribles. La revolución del socialismo y de la anarquía nos daría por poco tiempo una orgía de libertad, que sería suprimida por la tiranía del Estado ó por la de los demagogos.

Para realizar una reforma benéfica no hay necesidad de fomentar ó predicar el odio de clases. Si el dedo del capitalismo tiene tanta fuerza como para apretar y encorvar la robusta espalda del trabajador, no es culpa

de los ricos solamente. El deseo de la riqueza es legítimo, porque bajo el nombre de riqueza está incluida la facilidad de satisfacer los deseos humanos, los cuales aumentan con el progreso. Y dadas las condiciones sociales, en que el sentimiento de justicia no es más que una aspiración jamás satisfecha, sin esperanza de conseguirla, es más natural para cada uno el procurar ponerse á cubierto de la miseria y del miedo de la miseria. La culpa del malestar es de todos, porque se apoya en la ignorancia de las leyes fundamentales de la economía política. Y cualquier innovación que tentar quisiera una clase de la sociedad, no haría más que dejarse sustituir por otra no menos prepotente y egoísta, porque en una sociedad donde la distribución de la riqueza está hecha contra las leyes naturales, no habrá, con el progreso, más que enorme riqueza por una parte y horrible miseria por la otra. «De cómo esté lejano cualquier acuerdo sobre reformas prácticas, puede verse aún entre aquellos que más que nadie sienten las injusticias de las actuales condiciones y se organizan en sociedades. Aunque comienzan á notar la inutilidad de las huelgas, y por tanto, á sentir la necesidad de actuar por medio de la acción legislativa, cuando llegan á formular pedidos políticos, no saben ni pueden ponerse de acuerdo sobre medidas capaces de resultados prácticos.» Es esta la razón por la cual socialistas y anarquistas, divididos unos y otros en varias escuelas, no han sabido otra cosa que organizar asociaciones de trabajadores que combaten su malestar con las huelgas, de ningún resultado benéfico—salvo raras excepciones—para ellos y de enorme perjuicio para la producción de la riqueza. Entre los huelguistas y los patronos se emprende una lucha igual á la que quería emprender un rico californiano llamado «el rey del dinero». Ofendido por otro hombre que le había llamado avaro, lo desafió para que fuera con él á la orilla del mar para arrojar al agua alternativamente uno y otro una moneda de veinte pesos, para ver cuál de los dos cediese el primero.

Vuecencia pidió á los socialistas y anarquistas del

Parlamento un programa práctico. Reunidos todos ellos, pueden parangonarse á un grupo de piadosos ciudadanos que corren en ayuda de un pobre viajero, al cual los ladrones han robado todo, y que después de haberlo golpeado, dejándole heridas y contusiones por todo el cuerpo, lo dejan en el suelo atado, amordazado y con los ojos vendados. Entre aquellos hombres piadosos se empeña una lucha más piadosa aún. Algunos quieren demostrar que sería oportuno llevarlo á casa en coche, otros en bicicleta, otros quieren aplicar colodión en las heridas ó árnica en las contusiones. Ninguno se acuerda de desatarlo primero y de librarlo de la mordaza y la venda. Dueño de sus movimientos, él mismo elegiría lo que le conviene, á pesar de sus contusiones y heridas. Así sucede con las reformas propuestas. Querer desarrollar el individualismo ó anularlo, es tan vano como el querer hacer depender la respiración de la voluntad consciente, ó reducir, viceversa, la conciencia á un acto vegetativo; porque en realidad, individualismo y socialismo no son antagónicos, sino que donde termina el uno empieza el otro. El primer paso de una reforma útil, es el de volver á dar al hombre—ó sea á todos los hombres—la igualdad en el goce de los beneficios naturales por medio del fácil acceso á la tierra. Entonces no habría «escasez de ocupación ni *exceso de producción*, no habría tendencia del salario al *mínimum* ni monstruosas fortunas por un lado y por otro ejércitos de desheredados. No es necesario que el Estado asuma la posesión de los medios de producción ó se convierta en el productor general y el abastecedor universal; sólo es necesario asegurar la igualdad de derechos á todos en aquel medio primitivo de producción. Y esto, lejos de implicar una extensión de funciones en el mecanismo de gobierno, lo simplificaría. Tendería así á purificar el gobierno de dos modos: 1.º, con el mejoramiento de las condiciones sociales, DE LAS CUALES DEPENDE LA PUREZA DE LOS GOBIERNOS, y 2.º, con simplificar la administración».

«Que todos los hombres deban ser buenos, es el más grande *desideratum*. Y sin embargo, esto se puede ase-

gurar con la abolición de condiciones que tientan á algunos y empujan á otros á hacer mal. Que cada uno deba producir según su capacidad y recibir según sus necesidades, es ciertamente el más alto estado social que podamos concebir.» Pero ¿cómo podríamos esperar llegar á tal perfección hasta que no podamos antes encontrar algún modo de asegurar á cada hombre la oportunidad de trabajar y la ganancia neta de su trabajo? ¿Podríamos demostrar que somos generosos si antes no hemos aprendido á ser justos?

IX

En este punto, creo poder terminar mi exposición, de la cual me auguro pueda satisfacer los deseos de V. E. y las necesidades del lector común. La he completado agregándole la respuesta que en forma de carta abierta dió Henry George á la Encíclica *Rerum Novarum*, publicada por León XIII en 1891, respuesta que puede bien llamarse la condensación filosófica de su doctrina. He tratado de seguir un método fácil y comprensible para hacerla accesible á las masas, á fin de que sepan formular lo que anhelan ante los legisladores que ellas mandan á administrar á nuestro país, sin tener ninguna idea clara, antes bien, inconscientemente, y con la indiferencia y la apatía con que son mirados todos los gobiernos. Para aquellos que son eruditos y que creen por su edad y sus estudios haber consolidado sus convicciones, este trabajo es insuficiente, por la poderosa razón ya enumerada de que cuesta mucho librarse del bagaje de ideas altisonantes y vacías de sentido práctico que confunden su inteligencia haciéndoles desesperar de llegar á un resultado útil. A éstos les indico en la bibliografía las obras de las cuales he traducido tantos párrafos que forman el mosaico de este trabajo, y que á ellos les darán un concepto exacto de la vida del hombre y sus necesidades materiales y morales, mostrándoles á un mismo

tiempo la posibilidad de una regeneración de los seres humanos, á cualquier raza que pertenezcan.

Un libro famoso, traducido á todas las lenguas y reproducido por millares y millares de ejemplares, fué publicado por Henry George, su autor, en 1879. En él éste echa las bases de la verdadera economía política, despojándola de todos los sofismas. Estableciendo las relaciones exactas entre las leyes verdaderas de la distribución de la riqueza, dió la clave del gran problema del siglo:

Cuáles son las causas de las crisis industriales y por qué la miseria aumenta con el aumento de la riqueza. A las tantas ediciones que se editaron en los Estados Unidos, Inglaterra, Australia, Nueva Zelandia, etcétera, el autor no agregó ninguna modificación. Un libro tan radical no podía escapar á las críticas, pero las objeciones habían sido ya previstas y refutadas con anticipación en el mismo libro. He leído varias de estas críticas, que proceden de autores renombrados, pero aun estoy esperando una objeción seria. El librar gradualmente la producción y el trabajo de todos los impuestos, concentrándolos sobre el valor de la tierra, es el único camino que existe para devolver á los hombres el acceso á los agentes naturales, es decir, á la tierra. Y aunque todas las reformas produzcan disturbios en el orden existente, el impuesto único aporta cambios racionales que templan la aspereza de las revoluciones bruscas cuando esa reforma fuera aplicada gradualmente. En Nueva Zelandia ya está dando sus frutos, pues la miseria extrema é involuntaria parece ya abolida, á pesar de la aplicación solamente parcial del impuesto sobre los valores de la tierra. Pero tengo necesidad de referir un episodio.

Hasta el año 1886, los secuaces de la doctrina de Henry George eran pocos, y aunque libres en un país libre, se reunían en una sala privada de Nueva York, como los cristianos en las catacumbas. Entre ellos, un millonario, Tom L. Johnson, y un ilustre sacerdote católico, doctor Edward Mac Glinn, indujeron á George á presentarse como candidato al puesto de Mayor de Nueva

York, no tanto por la importancia del puesto, como para dar un impulso al movimiento de la doctrina. La célebre Tammany Hall vió en George un temible adversario, y por medio del arzobispo católico Carrigan, al cual había hecho promesas, hizo presión sobre el doctor Mac Glinn, que había asumido la responsabilidad de la lucha, y con una fe verdaderamente cristiana, era el más temible propagandista. Dotado de un físico imponente, de una figura simpática, de una inteligencia y cultura poco común y de una elocuencia fascinadora, el reverendo Mac Glinn era el obstáculo más serio para el triunfo del candidato de la corrompida Tammany Hall. Amonestado por el obispo, respondió que sus deberes de cristiano, sacerdote y ciudadano americano, lo obligaban á la lucha, de la cual no pensaba retirarse hasta el fin, porque la doctrina de George, no solamente no era contraria á los sanos preceptos, sino que era la única vía para llevar á la práctica la doctrina cristiana. Ante esta negativa, el obispo pidió y obtuvo de Roma la excomunión de Mac Glinn. La popularidad del valiente sacerdote creció, y á los católicos se unieron los prosélitos de otras iglesias protestantes, para escuchar la palabra elocuente y sincera. Llamado á Roma para disculparse, respondió que una enfermedad del corazón—de la cual murió—le impedía emprender tal viaje. Desde el año 1887, privado de su iglesia, pero no de sus fieles, quedó bajo la excomunión hasta el año 1892. Durante ese período, las principales autoridades eclesiásticas de los Estados Unidos se preocuparon de la injusticia cometida contra un hombre de gran mente y de gran corazón, y finalmente, á pesar de Carrigan, algunos sacerdotes más prudentes pensaron que la excomunión debía ser reconsiderada.

En 1891—15 de Mayo—el Papa publicó una Encíclica condenando las doctrinas socialistas, y especialmente la del impuesto único, afirmando la inviolabilidad de la propiedad privada de la tierra. Escrita para discutir y buscar un remedio para la condición del trabajo, ella confunde al socialismo y la anarquía con la doctrina de George, y condena en un sólo haz todas estas teorías.

El cardenal Maning, en Londres, dijo á uno de los hijos de Gerge (Henry) que la Encíclica era dirigida especialmente contra las enseñanzas de George, porque ella se funda, ante todo, sobre la *justicia* de la propiedad privada de la tierra. Aconsejado é impulsado por algunos amigos, George se creyó en el deber de escribir algo sobre la Encíclica, «y aunque los argumentos del Papa no tuvieran valor, porque ya anticipadamente habían sido refutados en *Progress and Poverty*», pensó, sin embargo, que con responder á aquélla podía dar una oportunidad de explicar en una forma más concisa y popular los principios de una doctrina que muchos no conocían y que aun no conocen.

El Papa obró sabiamente, dando instrucciones á propósito á su delegado de América, monseñor Satolli, que invitó al doctor Mac Glinn á presentarle una exposición completa de la doctrina de George sobre la cuestión de la tierra. El escrito fué examinado por los profesores de la Universidad católica de Washington, los cuales declararon que no contenía nada contra la enseñanza de la Iglesia católica, y monseñor Satolli levantó la excomunión. El doctor Mac Glinn aceptó, pero estipulando por escrito que él debía estar enteramente libre de continuar exponiendo la doctrina, á la cual dedicaría el resto de su vida.

He querido llamar la atención sobre este episodio, por la siguiente razón: nuestra reforma es puramente económica, y del modo práctico como nosotros la presentamos, no ofende ningún credo, ninguna institución en particular, ninguna clase, porque el restablecer la justicia devolviendo á cada cual lo que le corresponde ofrece la oportunidad de un mejoramiento social que no puede disgustar á nadie. Sólo se resentirán aquellos que son los parásitos de la sociedad, las ratas de granero, los ladrones que roban el sudor de quien trabaja, los deshonestos que se enriquecen sobre la miseria y el hambre de sus semejantes, los pocos grandes propietarios que, á fin de cuentas, no perderían nada, porque, como decía un millonario americano, es mejor dejar á los hijos en una sociedad donde ellos puedan encontrar fácil

oportunidad de trabajo con su justa recompensa, que dejarlos millonarios en una sociedad donde los millones, dependientes de los privilegios que el pueblo se deja robar por ignorancia, están expuestos á desaparecer ó á caer en manos de otros.

Pero en nuestros países latinos hay una repugnante intolerancia recíproca entre los que se titulan creyentes y los que se profesan ateos. Después que Darwin enunció la doctrina de la evolución, la moda tiende al ateísmo, como si el naturalista inglés hubiese explicado ya los fenómenos de la vida y Herbert Spencer hubiera roto el velo de lo ignoto. George debe responder al Papa, y en las cuestiones de justicia, de derechos naturales y de ley moral él refuta las objeciones del Papa en el mismo terreno de los creyentes. Por lo demás, en todos sus escritos George demuestra creer en un Omnipotente, el cual ha establecido leyes armónicas en el orden social, como en el orden físico, leyes que los hombres, por ignorancia, están violando. Varios de aquellos que, con la vacía fórmula de «nada más nada no puede ser más que nada», lamentan, al comenzar la lectura de las obras de George, que éste caiga en la *vulgaridad*, á la luz (!) de la escuela positiva, de servirse del nombre de Dios tan frecuentemente, en vez de invocar el de la Naturaleza.

No es este el lugar adaptado para la discusión filosófica sobre la antiquísima lucha entre la ciencia y la fe. Pero lícito es preguntar si estos intolerantes han encontrado la incógnita con servirse de las palabras fuerza y materia. ¿Qué cosa es fuerza, sino la *causa ignota* de un efecto conocido? ¿Qué respuesta da la teoría de la evolución? En la escala de la vida, el ser más simple es de suponerse que haya precedido al más complicado; pero el problema comprende dos puntos: *la aparición de la existencia de la materia y la aparición de la existencia de sus formas*. La doctrina de la evolución se refiere solamente al segundo punto: el desarrollo de las formas. Y admitido también que el proceso de la evolución se pueda seguir paso á paso, sin lagunas de ninguna especie, desde el protoplasma al hombre, queda siempre la

otra pregunta: ¿qué es la vida? Los espíritus latinos y algunos anglo germanos, se apasionan aún mucho sobre la cuestión de si las especies se transforman ó si son inmutables. Si las especies se transforman, provienen de un germen primitivo que se ha ido desarrollando y modificando de especie en especie. Si son inmutables, habían tenido su origen en distintos gérmenes, y quedarían inmutables. ¿Qué conclusión útil puede sacarse de esto? «La vida no proviene más de la diversidad de la especie que de la selección natural y de la lucha por la existencia. Son los esporos, los óvulos, las células que dan nacimiento á todos los organismos, y de las fuerzas que obran en estos elementos primitivos y brutos de la vida, nosotros no sabemos nada absolutamente.» Además de esto, en la hipótesis nebular de la formación de los cuerpos celestes, y en el concepto de la evolución, que sería, según Spencer, «una integración de la materia y la disipación concomitante de movimiento, durante la cual la materia pasa de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una heterogeneidad definida, coherente, y durante la cual el movimiento retenido sufre una transformación paralela», ¿dónde está la explicación de qué ó quién ha impreso sobre la materia una fuerza que se mueve con leyes tan maravillosas? Los llamados positivistas responden: «lo incognoscible». George dice: «Dios.» ¿Qué diferencia hay entre las dos respuestas?

Por otra parte, la inmensa mayoría de católicos y de secuaces de otras iglesias continúan predicando que la pobreza y la injusticia de las condiciones sociales son debidas á los impenetrables decretos de la Providencia y al corazón humano que, corrompido, es necesario modificar. ¡Qué insulto á la infinitad de un Dios! ¿Cómo hacen para conciliar la idea de un creador inteligente y benéfico, con la creencia de que la miseria y la degradación, que son la suerte de tan gran parte del género humano, resultan de leyes establecidas por El?

Por lo tanto, nosotros, secuaces de una doctrina en la cual vemos la posibilidad y la vía práctica de la regeneración humana, tenemos necesidad de todos los ho-

nestos y generosos, á cualquier credo que pertenezcan. Nuestro Evangelio, como el lector se convencerá mejor al final del libro, es de paz y de amor, no de odio, y por tanto, la lucha religiosa no tiene razón de ser para nosotros. En los Estados Unidos están ligados en una sola fe ministros de todas las religiones, desde el judío al cristiano, y por tanto nuestro ideal no necesita, como el anarquista y el socialista, destituir la idea religiosa para traducirse á la práctica. Se conforma con la ley moral y con la justicia, que son invariables en cualquier fe, cuando sus ministros no se sirven de su religión como instrumento de tiranía, como cuando predicaban que la esclavitud era una institución divina, y hoy predicán que las monarquías son mandadas por Dios para gobernar á los hombres. Cuando la satisfacción de las necesidades materiales de la vida está asegurada, las facultades morales é intelectuales deben mejorar y el tiempo disipará prejuicios y supersticiones. Es inútil pretender educación moral donde el ambiente económico no lo permite. Aquellos que predicán que á las masas es necesario educarlas para mejorar sus condiciones económicas, dicen sólo una pequeña parte de la verdad. La difusión de la instrucción beneficia sólo en el sentido de que ella tiende á hacer á los hombres descontentos con una vida pobre y la disminución de algunos vicios los adapta mejor á rebelarse contra su destino. Y de este modo las escuelas públicas se convierten en medios que anticipan las revoluciones. «Pero ellas no podrán jamás abolir la pobreza, hasta que la tierra continúe en ser tratada como propiedad privada. Las personas generosas que se imaginan que la educación obligatoria ó la prohibición del comercio del alcohol pueden abolir la pobreza, cometen el mismo error que los reformadores de la ley contra la importación de cereales en Inglaterra, los cuales imagináronse que la abolición de la protección habría hecho imposible el hambre. Tales reformas son en sí mismas buenas y benéficas, pero en un mundo como éste, habitado por seres como nosotros que tratan á algunos como exclusiva propiedad de una parte de ellos, debe haber, bajo cualquier condición imagina-

ble, una clase sobre la margen de la tumba donde se entierra á los muertos por hambre.»

Para Grecia yo no tengo ninguna consideración especial que exponer. Espero que el lector se haya convencido y afirme en seguida su convicción de que el mal es general y que todos reconocen que el mundo se agita por la solución del problema económico. Hasta la retrógrada América española, presa de convulsiones gravísimas, empieza á reconocer toda la gravedad de sus males. No sabe por dónde empezar para establecer un poco de paz y de tranquilidad, á pesar de los abundantes recursos que le brinda una prolífica Naturaleza, pero no faltan pensadores, por escasos que sean, que la despierten de su letargo.

He tomado como punto de partida dos países á los cuales nadie niega su primacía sobre las demás naciones: Inglaterra y los Estados Unidos. Pero la verdadera naturaleza del inevitable conflicto que doquiera agita la civilización moderna, puede ser vista mejor que en ninguna parte en los Estados Unidos y en los países nuevos más claramente que en los antiguos. Prescindiendo de los vanos ó inútiles remedios propuestos por los estadistas de diversos países, hasta por los de Inglaterra, V. E. encontrará que ingleses inteligentes se imaginan que la solución de las dificultades que ellos afrontan pueda hallarse en la democratización de las instituciones políticas, en hacer más libre el comercio de la tierra, en crear pequeños propietarios, subdividiendo la tierra. Y esto es porque ellos no ven lo que puede ver en los Estados Unidos todo el que quiere mirar. Inteligentes americanos se imaginan también que su paz no podrá ser turbada por problemas que tan amenazantes se presentan en Europa. Pero esto depende de que ellos cierran los ojos sobre lo que alrededor de ellos sucede y porque atribuyen á sí mismos y á sus instituciones lo que en realidad es debido á condiciones que van desapareciendo rápidamente: población esparcida y baratura de la tierra. Sin embargo, es aquí, en esta república americana, donde más claramente puede verse la naturaleza verdadera de este inevitable conflicto que, avan-

zando rápidamente, debe determinar el destino de la moderna civilización.

Los americanos «han abolido todos los privilegios hereditarios y las distinciones legales de clase; han arrojado lejos de sí los privilegios eclesiásticos, la monarquía, la aristocracia. Han llevado el concepto democrático hasta el último significado de la palabra. Cada niño nacido en los Estados Unidos puede aspirar á ser presidente. Cada hombre, ya sea un *tramp* (vagabundo) ó un pobre, tiene derecho al voto, y todos los votos valen lo mismo. Ante la ley todos los ciudadanos son absolutamente iguales. Todas las leyes tienen curso en nombre del pueblo. Ellas son la fuente de todo poder, de todo honor. Cada gobierno funciona á nombre del pueblo y por su voluntad, y los más altos funcionarios del Estado no son más que sus sirvientes. La primogenitura y el mayorazgo fueron abolidos donde existían.»

Los norteamericanos tienen y han tenido libre comercio en la tierra, y comenzaron con alguna cosa infinitamente mejor que cualquier proyecto de propiedad que en la Gran Bretaña hubiera sido posible llevar á efecto para formar pequeños propietarios. Han tenido el dominio de la mejor parte de un inmenso continente.

Han tenido la ley de *preëmption* y la de *homestead*. Ha sido su orgullo el que cada uno que quisiera una granja pudiera tenerla. La libertad de palabra y de prensa es completa. Ellos tienen, no sólo escuelas comunes, sino altas escuelas y universidades abiertas á todo el que quiera frecuentarlas. Sin embargo, las mismas dificultades sociales que en Europa comenzaron á aparecer desde hace veinticinco ó treinta años, y es ya bien claro que su democracia es una vana pretensión y la pretendida creencia en la igualdad un engaño.

Ya el pueblo soberano se está convirtiendo en un *roi faineant* como los reyes merovingios de Francia ó como los mikados del Japón. La sombra del poder es suya, pero el provecho es la presa de los cabecillas bandidos de la Bolsa, de los ladrones *condottieri* que organizan la política en máquinas. En cualquier aconte-

cimiento ó determinación que interese al pueblo, el pequeño dedo de los grandes sindicatos es más robusto que la espalda del pueblo. ¿Son los Estados soberanos ó son los sindicatos ferrocarrileros los que están realmente representados en el Senado electivo, que los americanos han sustituido ya á la Cámara hereditaria de los Lores? ¿Qué conde, duque ó marqués domina en Europa con tanto poder como los simples ciudadanos Stanford, Gould, Vanderbilt? ¿De qué sirve la igualdad legal, cuando la fortuna de algunos ciudadanos puede estimarse en centenares de millones, mientras otros ciudadanos nada poseen? ¿De qué sirve el sufragio, cuando bajo la amenaza de ser despedidos del empleo, los ciudadanos pueden ser forzados á votar como les dictan sus patronos, cuando los votos pueden comprarse el día de las elecciones con pocos pesos por cada uno? Si hay ciudadanos tan humildes que votan como quieren los patronos, tan pobres que, para ellos, los pocos centésimos de los días de las elecciones tienen más valor que la más alta consideración, dando á ellos el voto no se hace más que aumentar el poder político de la riqueza, y el sufragio universal se hace la base más segura para la fundación de la tiranía. ¡TIRANÍA! ¡He aquí una lección en una simple palabra! ¿Qué son todos los patronos-bosseo-americanos, sino los exactos prototipos de los tiranos griegos, de los cuales se ha originado la palabra? Los que dieron á la palabra tiranía su significado verdadero, no pretendieron gobernar con el derecho divino. Ellos eran simplemente los grandes Sachems de los Tammany griegos, los organizadores de las poderosas máquinas helénicas.

«Aun cuando la historia universal no enseña la elocuente lección, en los Estados Unidos comienza ya á ser cosa evidente que la igualdad política puede continuar sólo sobre la base de la igualdad social; y donde aumenta la diferencia en la distribución de la riqueza, la democracia política hace sólo más fácil la concentración del poder, y conduce inevitablemente á la tiranía y á la anarquía. Y es ya evidente que no hay nada en la democracia política, nada en la educación popular, nada

en ninguna de las instituciones americanas que impida la enorme diferencia en la distribución de la riqueza.»

Los pequeños capitales de uno á diez millones, no pueden competir con los de centenares de millones. Y «no hay nada en esto que no sea natural; es, al contrario, naturalísimo. El desarrollo social está de acuerdo con ciertas leyes inmutables, y la ley del desarrollo, ya sea el del sistema solar, del organismo más sutil ó de la sociedad humana, es la ley de la integración. Y es obedeciendo á esta ley, ley de impulso tan fuerte como el de la gravitación, como estos nuevos elementos, que estimulan tan poderosamente el desarrollo social, tienden á especializar las industrias y á hacerlas dependientes una de la otra. Obedeciendo á esta ley, es como la fábrica se sobrepone al mecánico independiente; como la gran granja se traga á la pequeña; como la gran casa comercial hace cerrar á la chica; como sindicatos empequeñecen al Estado y como la población tiende cada vez más á concentrarse en las ciudades». La cuestión está en ver por qué á medida que se progresa, los hombres van perdiendo poco á poco su independencia industrial, y en vez de conservar las relaciones de cambiadores de comodidades, caen en la condición de patronos de una parte y de trabajadores de la otra, condenados á la competencia más degradante.

Esto es porque «en las presentes condiciones, con la tierra de propiedad privada, el progreso material desarrolla dos tendencias diversas, dos opuestas corrientes. De una parte, la tendencia de la población creciente; de múltiples mejoramientos en las artes de la producción; de construir enormes fortunas, barrer las clases intermedias y empujar á las masas hasta el nivel del más bajo salario y de la mayor esclavitud. De la otra parte, llevando á los hombres á más íntimos contactos, estimulando el pensamiento, creando nuevas necesidades, despertando nuevas ambiciones, la tendencia del progreso moderno es de sembrar entre las masas el descontento por su triste condición y hacer sentir la injusticia más amargamente».

Vuecencia, que tiene el mérito de darse cuenta, al

contrario de casi todos los estadistas, de las verdaderas condiciones hacia las cuales corre nuestra Grecia, se dará cuenta en seguida, con las lecturas de las obras que yo indico, que ningún problema, sin el de la tierra, puede ser resuelto. El verdadero conservador no es el que se deja enneguecer por un provisorio estado de bienestar personal y no siente los lamentos de los que gritan de hambre, de falta de lo más necesario á la higiene, á la decencia, á la moral. Es conservador, en cambio, el que tiende á evitar de un modo simple los desastres que han sepultado tantas civilizaciones. Con nuestra reforma hacemos un llamamiento á la inteligencia y al corazón, no á los prejuicios y á las pasiones, y por tanto, si deseamos que el pueblo en general ó las masas puedan alcanzar á tener una idea de la parte filosófica y ética de la reforma que proponemos, nos dirigimos también á los inteligentes y á los cultos, leales y sinceros, para que mediten el problema con seriedad, no apasionadamente, aferrados á los intereses creados, á una falsa educación, á un amor propio ciego, que debe caer ante la verdad.

Piensen éstos que «el vapor y la electricidad no transportan solamente mensajes y mercaderías; cambian también por doquiera la organización social é industrial, estimulando las ideas, despertando nuevas esperanzas, temores, deseos y pasiones; rompiendo las barreras que han separado á los hombres é integrado naciones en un vasto organismo, á través del cual palpita el mismo corazón y vibran los mismos nervios».

Pocos años antes de la Revolución francesa, ¿quién habría previsto que se iba á desarrollar en Francia el espantoso drama de sangre del 89?

La civilización se asegura recordándonos que á todos es necesario dar los mismos derechos. Y aquellos hombres que deben ser más considerados por los demás, es decir, aquellos por los cuales hay que luchar, si se quiere dar plena libertad al trabajo y establecer la justicia social, son los *menos hábiles en ayudarse ó en combatir por sí mismos*; son aquellos que no gozan de las ventajas de la propiedad, de la habilidad, de la inteligencia:

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES QUE ESTÁN EN EL FONDO DE LA ESCALA SOCIAL.

Por doquiera, en nombre de la injusticia de las condiciones sociales, surgen fanáticos que dan muerte á jefes de naciones; los estadistas, como los curanderos, buscan remedios á estas violencias con las represiones, con leyes especiales que hasta en los Estados Unidos tienden á reprimir la libertad de la palabra y de la prensa. ¡Estúpidos medios, si ellos piensan aterrorizar á quien ya va dispuesto á ofrecer su propia vida en holocausto á una idea desviada por las amarguras de la vida!

No es solamente la vida de algunos hombres públicos la que es necesario proteger y defender, sino la vida humana en general, que debe ser considerada sacratísima. Y esta inviolabilidad se asegura cultivando en la sociedad el sentimiento de respeto, no sólo hacia las casas reales y hacia los palacios presidenciales, sino también hacia las minas, hacia los talleres, hacia las tristes casas de los barrios pobres. Hasta que se mire con desprecio la vida de estas pobres víctimas de la miseria, mientras unos pocos se embriagan en las orgías ó en el lujo de una riqueza que no producen, las víctimas de esta injusticia deben alimentar con el asesinato su insano anhelo de venganza. En una atmósfera moral donde la guerra está considerada como un medio de disciplina para desarrollar el carácter nacional; en una atmósfera perfumada por el olor de la sangre é infestada por los miasmas de la muerte, las mentes desequilibradas de locos valerosos alimentan la pasión por la sangre de los gobernantes.

Resumiendo: el problema á resolverse en nuestra Grecia, no es una cuestión local, porque comprende el gran problema de la distribución de la riqueza, el cual llama por todas partes vivamente la atención.

Este no puede ser resuelto con términos medios, sino con el reconocimiento de iguales derechos á la tierra, y sólo sobre esta base puede ser fácil y permanentemente resuelto.

Con dar publicidad á esta mi relación, V. E. no podrá evitar la tacha de demagogo y de agitador de las

mentes populares. Ese será el grito de los que no piensan en el mañana y que ni sus mismos intereses comprenden. Porque mejor sería asegurar un estado de bienestar para todos—como nosotros demostramos ser posible—, que vivir en la inquietud sobre la incertidumbre del mañana para sí ó para sus propios hijos. Muchas fortunas caen, dejando á aquellos que las poseían y á sus hijos en la más negra miseria, y yo he visto ex millonarios americanos reducidos á la vida desgraciada de los *tramps* (vagabundos). Y así por nuestro interés y por los deberes que nos impone la familia y la sociedad, debemos de cooperar todos al bienestar social. En cuanto á la Verdad, nosotros no nos ilusionamos: sabemos que ella no se abre camino muy fácilmente, pero que en resumen, si ella pierde algunas batallas, vencerá con seguridad la guerra final.

FIN DE «POBREZA Y DESCONTENTO»

LA CONDICION DEL TRABAJO

HENRY GEORGE

LA CONDICIÓN DEL TRABAJO

Carta abierta al Papa León XIII
en contestación
á la Encíclica RERUM NOVARUM

TRADUCCIÓN DEL DR. BIOS



LA CONDICION DEL TRABAJO

Al Papa León XIII

SANTIDAD:

He leído atentamente vuestra Encíclica sobre las condiciones del trabajo, dirigida, por medio de los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de vuestra fe, al mundo Cristiano.

Desde que las condenaciones proferidas en vuestra Encíclica son más especialmente dirigidas contra una doctrina que nosotros defendemos, y creemos que no puede menos que merecer vuestro apoyo, yo imploro el permiso de desplegar ante Vuestra Santidad el campo de nuestro Credo, y exponeros algunas consideraciones que infortunadamente habéis omitido.

La solemne importancia de los hechos á los cuales os referís, los sufrimientos, la pobreza, el descontento que fermenta—y que invade el mundo Cristiano—, el peligro de que la pasión arrastre á la ignorancia á una lucha ciega contra las condiciones sociales que se hacen rápidamente y cada día más insoportables, me justifican.

Nuestros postulados están todos expuestos y comprendidos en vuestra Encíclica. Ellos son las primeras percepciones de la razón humana, las enseñanzas fundamentales de la fe cristiana.

Nosotros sostenemos que este mundo es la creación de Dios.

Los hombres venidos á este mundo por el breve período de la vida terrenal, son criaturas de su propia bondad, iguales entre sí é igualmente sujetas á su próxima tutela.

Por su estructura, el hombre está rodeado de necesidades físicas, de cuya satisfacción depende, no solamente la conservación de su vida física, sino también el desarrollo de su vida intelectual y espiritual.

Dios ha hecho que la satisfacción de estas necesidades dependa del esfuerzo del hombre, á quien ha impuesto el mandato y dado el poder de trabajar, poder que, de suyo, eleva al hombre sobre el bruto, en tal grado, que podemos con respeto decir que el hombre es un auxiliar en la obra de la Creación.

Dios no ha impuesto al hombre la obligación de hacer ladrillos sin barro. Con la necesidad del trabajo y el poder del trabajo, le ha dado al hombre el *material* para el trabajo. Este material es la tierra, desde que el hombre físicamente es un animal terrestre que sólo puede vivir sobre la tierra y de la tierra, y que puede usar otros elementos, como el aire, el agua y la luz solar, *sólomente* con el uso de la tierra.

Como criaturas iguales de un solo Creador, con el mismo derecho, bajo su providencia, á vivir la misma vida y satisfacer las mismas necesidades, los hombres tienen igualmente derecho al uso de la tierra, y cualquier acto que contrarie la igualdad de este uso es moralmente injusto.

Respecto al derecho de propiedad, nosotros sostenemos:

Que creados como individuos, con necesidades y facultades individuales, los hombres tienen individualmente derecho (sometiéndose, naturalmente, á las obligaciones morales que nacen de relaciones, tales como las de familia) al uso de sus propias facultades y al usufructo y goce del producto ó resultado de estas mismas facultades.

De ahí que—anterior á la ley humana y que trae su

validez de la ley de Dios—emane un derecho de propiedad privada sobre las cosas producidas por el trabajo, derecho que quien lo posee puede voluntariamente transferir, pero del que no puede despojársele—porque sería un robo—sin su voluntad. Este derecho, que tiene su origen en el derecho que el individuo tiene á sí mismo, es el único pleno y completo derecho de propiedad: es inherente á las cosas producidas por el trabajo, mas no á las cosas creadas por Dios.

Así, pues, si el hombre saca un pescado del Océano, adquiere un derecho de propiedad sobre ese pescado, cuyo exclusivo derecho puede transferir en venta ó donativo. Mas no puede tener igual derecho de propiedad sobre el Océano, de manera que pueda vender, dar ó prohibir á otros el uso del Océano.

O también, si instala un molino de viento, adquiere un derecho de propiedad sobre aquellas cosas que el uso del viento le permite producir, pero no puede alegar derecho de propiedad sobre el viento, de manera que pueda venderlo ó impedir á otros el uso del viento.

Si cultiva grano, adquiere un derecho de propiedad sobre el grano que su trabajo le produce, pero no puede alegar igual derecho sobre el sol que lo hace madurar ó el suelo donde crece, porque estas cosas pertenecen á aquellos dones de que Dios provee constantemente á todas las generaciones de hombres, y que todos pueden usar, sin que nadie pueda reclamar para sí solo.

El adherir á los elementos naturales que Dios ha creado los mismos derechos de propiedad inherentes á las cosas producidas por el trabajo, significa desnaturalizar y negar el derecho de propiedad. Porque un hombre que con el producto de su trabajo está obligado á pagar á otro hombre el uso del Océano, del aire, de la luz solar ó del suelo, cosas todas comprendidas en una sola palabra, tierra, resulta por esto mismo despojado de su legítima propiedad, y por lo tanto, robado.

Respecto al uso de la tierra, nosotros sostenemos: que mientras el derecho de propiedad inherente á las cosas producidas por el trabajo no puede ser inherente á la tierra, se puede dar un derecho de posesión á la

tierra. Como Vuestra Santidad lo dice: «*Dios no ha concedido la tierra á la humanidad en general en el sentido de que todos puedan servirse de ella á su gusto*», y algunas reglas necesarias para el mejor uso de ella pueden ser establecidas por las leyes humanas. Pero tales reglas deben adaptarse á la ley moral, deben asegurar á todos igual participación en los favores de la pródiga bondad de Dios.

El principio es el mismo que cuando un padre humano deja igual propiedad á un número de hijos. Algunas de las cosas dejadas, no es posible usarlas en común, ó no admiten una división específica. Tales cosas pueden entonces ser convenientemente asignadas á *alguno* de los hijos, pero solamente bajo condición de que entre ellos se conserve igualdad de beneficios.

En los albores de la vida social, cuando la industria consiste en cazar, pescar ó recoger los frutos espontáneos de la tierra, la posesión privada de la tierra no es necesaria. Pero cuando los hombres empiezan á cultivar la tierra y á aplicar el trabajo á obras permanentes, la posesión privada de la tierra en que el trabajo es ejercido, es necesaria para asegurar el derecho de propiedad en el producto del trabajo. Porque ¿quién querría sembrar sin estar seguro de la exclusiva presión, necesaria para poder más tarde recoger? ¿Quién emplearía en el suelo costosos trabajos, sin una cierta posesión del suelo mediante la cual pudiera asegurarse los beneficios correspondientes.

Sin embargo, este derecho de posesión privada en las cosas de la Naturaleza es muy diferente del derecho de propiedad privada en las cosas producidas por el trabajo. Uno tiene sus límites, el otro es ilimitado, salvo los casos en que su limitación es impuesta por razones de conservación ó defensa personal. El propósito del primero—la exclusiva posesión de la tierra—es puramente para asegurar el otro—la exclusiva posesión del producto del trabajo—y no puede llevarse más allá de lo justo de manera que pueda menoscabar ó negar el segundo. Mientras es posible á cada uno tener la exclusiva propiedad de la tierra, sin perjudicar iguales dere-

chos de los demás, no hay inconveniente en que la mantenga.

Así, si Caín y Abel fueron los dos únicos hombres que existieron sobre la tierra, podrían, poniéndose ambos de acuerdo, dividirse la tierra entre ellos, y por tal acuerdo uno contra otro podrían alegar exclusivo derecho á su parte. Pero tal alegación no podría legítimamente oponerse contra el hombre nacido inmediatamente después. Desde que ninguno viene al mundo sin permiso de Dios, la presencia de otro ser humano le da iguales derechos al disfrute de la bondad de Dios. Si ambos—Caín y Abel—le negaran el uso de la tierra que se han dividido entre ellos, cometerían un asesinato. Y si le negaran el uso de la tierra y obligaran á ese hombre, ó bien á que trabajara para ellos dándoles una parte del producto de su trabajo, ó bien á que se la compraran, cometerían, ni más ni menos, un robo.

Las leyes de Dios no cambian. Aunque la aplicación de esas leyes pueda modificarse con el cambio de las condiciones, sin embargo, los mismos principios de razón ó justicia que rigen cuando los hombres son pocos y la industria es rudimentaria, prevalecen y perduran entre poblaciones fecundas é industrias complejas. En nuestros Estados populosos, en nuestras ciudades de millones de habitantes, en una civilización en que la división del trabajo se ha llevado tan lejos que grandes colectividades apenas advierten que se sirven de la tierra, sigue siendo aún verdad que somos todos animales terrenos, que solamente podemos vivir de la tierra, que la tierra es un don de Dios para todos, del cual nadie puede ser privado, sin ser asesinado, y por el cual nadie puede ser obligado á pagar á otro, sin ser robado. Pero aun en un estado semejante de la sociedad, en que los procedimientos de la industria, el aumento de mejoras estables, han hecho general la posesión particular de la tierra, no hay dificultad en poner de acuerdo la posesión individual con el derecho igual de todos á la tierra. Porque apenas un pedazo de tierra produce á quien la posee una compensación mayor de la que igual trabajo puede producir sobre otro pedazo de tierra, nace un va-

BIBLIOTECA ESCUELA SOCIAL
OVIUNO

lor que se pone en evidencia cuando ella es vendida ó arrendada.

Así el valor de la tierra *en sí misma*, independiente del valor de toda mejora hecha en ella, indica siempre el preciso valor del beneficio al cual todos tienen derecho cuando la usan distinguiéndose del valor, que como á productor, pertenece á quien la usa, como derecho individual.

Para poner de acuerdo las ventajas de la posesión privada con la justicia de la propiedad común, no hay más que tomar para el uso común el valor que adquiere la tierra independientemente de cualquier empleo ó aplicación del trabajo en ella. El principio es el mismo que en el ejemplo antes citado de un padre que deja á sus hijos cosas no susceptibles de uso común ó de división especial. En tal caso dichas cosas serían vendidas ó dadas en arriendo, y el valor de ellas distribuído por partes iguales.

Es este principio de sentido común el que nosotros, que nos llamamos partidarios del impuesto único (*single tax men*), quisiéramos ver aplicado en la sociedad.

Nosotros no nos proponemos establecer iguales derechos á la tierra haciéndola de uso común, dejando á cada uno la facultad de servirse de una porción cualquiera de ella, cuando le parezca ó le convenga. No nos proponemos la tarea, imposible en el presente estado de la sociedad, de dividir la tierra en partes iguales. Y menos la tarea, más imposible aún, de mantenerla así dividida.

Nosotros simplemente proponemos — respetando la posesión privada de los individuos y dejándoles en libertad de dar, vender ó donar la tierra—sacar de ella para usos públicos un tributo que iguale el valor de la tierra misma, ó sea *su valor intrínseco* independiente del uso, de los mejoramientos ó de las aplicaciones del trabajo en ella. Y desde que este impuesto proveería ampliamente á las necesidades públicas, nosotros proponemos acompañar esa contribución única sobre el valor de la tierra con la abolición y supresión de todos los impuestos que hoy pesan sobre los productos de la industria, y

que, por ser sacados de las ganancias del trabajo, sostenemos que son una violación del derecho de propiedad.

Esto proponemos, no como un hábil expediente del ingenio humano, sino para buscar un acuerdo de las leyes humanas con la voluntad de Dios.

Dios no puede contradecirse ni imponer á sus criaturas leyes que están en desacuerdo entre sí.

Si es un precepto divino que los hombres no deben robar, es decir, que deben respetar el derecho que cada uno tiene al producto de su trabajo, y si El es también el Padre común de las criaturas y ha dispuesto que ellas tengan iguales oportunidades de participación, entonces en cualquier período de la Civilización, por más complicada que sea, debe necesariamente haber un medio por el cual el exclusivo derecho á los productos del trabajo pueda conciliarse con el derecho de todos á la tierra. Si el Todopoderoso es consecuente consigo mismo, entonces no debemos—como dicen aquellos socialistas á quienes Vuestra Santidad alude—, para asegurar á los hombres igual participación en las oportunidades de la vida y del trabajo, desconocer los derechos de la propiedad particular. Ni tampoco debemos, para asegurar el derecho de propiedad privado, olvidar, como Vuestra Santidad lo olvida, que ante todo hay que asegurar la igualdad de derechos á las oportunidades de la vida y del trabajo. Ambos enunciados son igualmente falsos, y aceptarlos es lo mismo que negar la armonía de las leyes de Dios.

Pero la posesión privada de la tierra, sujeta á pagar á la comunidad el valor de cualquier ventaja especial acordada al individuo, satisface y armoniza ambos principios, asegurando á todos igual participación en la bondad del Creador y á cada uno la plena posesión del producto del propio trabajo.

Ni vacilamos en decir que este medio de conciliar la igualdad de derechos á la bondad del Creador con el exclusivo derecho al producto del trabajo es el medio indicado por Dios mismo para obtener lo que se llaman entradas públicas. Porque nosotros no somos ateos que negamos á Dios ni semiateos que negamos su interven-

ción en la obra de la organización social y política en que el hombre realiza su destino.

Es verdad que Vos decís—saludable verdad, muy á menudo olvidada—que «el hombre es más antiguo que el Estado y que tiene el derecho de proveer á la vida de su cuerpo antes que á la formación del Estado». Sin embargo, como Vos también observáis, es también verdadero que el Estado está establecido por orden divino. Porque El que previó y proveyó todas las cosas, previó y proveyó que la organización de la sociedad humana en Estados y gobiernos sería ventajosa y necesaria.

Apenas el Estado surge necesita, como todos sabemos, recursos. Esa necesidad es pequeña al principio, mientras la población es escasa y esparcida, la industria rudimentaria y las funciones del Estado pocas y simples.

Pero el aumento de la población y el avance de la civilización, que aparejan funciones del Estado más numerosas y complejas, exige recursos mayores.

Ahora bien; Aquel que hizo el mundo y puso en él al hombre, Aquel que preordenó la civilización y dió al hombre los medios de aumentar indefinidamente sus potencias y tomarse más y más, consciente de su obra, debe haber previsto este aumento creciente de las necesidades públicas y haberlas proveído. Esto sentado, y siendo el creciente aumento de las entradas públicas que implica el progreso social una necesidad ineludible ajustada al orden natural instituido por Dios, debe existir un medio justo para obtenerlas, algún medio que podamos sinceramente decir ser la vía indicada por Dios. Pero este justo medio de recoger las entradas públicas, debe estar de acuerdo con la ley moral.

De ahí que:

Tal medio no debe despojar á los individuos de lo que legítimamente les pertenece.

No debe acordar á unos ventajas con perjuicios de otros, como aumentar el precio de aquello que unos deben vender y otros tienen que comprar.

No debe inspirar á los hombres tentaciones, exigiéndoles juramentos triviales, haciéndoles mirar como pro-

vechosos la mentira, los falsos juramentos, el peculado y la corrupción.

No debe confundir lo justo con lo injusto, debilitar los decretos de la Religión y del Estado, creando delitos que en sí mismos no son faltas y castigando á los hombres porque hacen lo que tienen indiscutible derecho á hacer.

No debe reprimir la industria, no debe obstaculizar el comercio, no debe castigar el ahorro, no debe poner impedimentos á la producción, por más grande que sea, y á la más recta distribución de la riqueza.

Séame permitido pedir á Vuestra Santidad que considere los impuestos sobre los productos y procedimientos de la industria, con los cuales en el mundo civilizado hoy se recogen las entradas públicas. Los impuestos municipales que circundan con barreras las ciudades italianas; los monstruosos impuestos de Aduanas, que estorban el cambio entre los Estados que se llaman Cristianos; los impuestos sobre las profesiones, sobre las ganancias, sobre el empleo del dinero, sobre los edificios y habitaciones, sobre el cultivo de los campos, sobre la industria y el ahorro en todas sus formas, ¿pueden ser los medios que Dios ha indicado, para que los Estados recojan los recursos que necesitan? ¿Tiene uno sólo de estos arbitrios los caracteres indispensables para que podamos de algún modo considerarlos justos?

Todos estos impuestos violan la ley moral.

Porque toman con la fuerza al individuo lo que pertenece al individuo; dan ventajas al individuo sin escrúpulos sobre el hombre escrupuloso; tienen por resultado y son hechos como para aumentar el precio de lo que unos tienen que vender y otros tienen que comprar; corrompen Gobiernos, hacen de los juramentos una burla, encadenan el comercio, castigan la industria y el ahorro, disminuyen la riqueza que los hombres podrían gozar y enriquecen á unos empobreciendo á otros. Sin embargo, lo que más evidentemente demuestra cómo semejante sistema se opone á nuestra organización cristiana, es la influencia que ejerce sobre la opinión.

El Cristianismo nos enseña que todos los hombres son

hermanos y que sus verdaderos intereses están en armonía y no en antagonismo. El nos da una regla—que es como la ley de oro de la vida—que «no debemos hacer á otros lo que no quisiéramos que se nos hiciera á nosotros». Pero el sistema de imponer contribuciones á los productos y procesos del trabajo que aumenta el precio de lo que unos tienen que vender y otros comprar, ha engendrado la teoría del proteccionismo, que niega aquel precepto evangélico, que se mofa de Jesús proclamándolo ignorante en economía política, y que erige y preconiza, como principios de bienestar y prosperidad nacional, doctrinas opuestas á las enseñanzas de Aquél. Tal teoría santifica los odios entre las naciones, engendra una guerra implacable de tarifas hostiles, enseña á los pueblos que su prosperidad descansa en imponer restricciones á las producciones de otros pueblos que ellos no quisieran que se impusiera á sus propios productos y por encima de las enseñanzas del Cristianismo y del dogma de la fraternidad humana, erige el odio al extranjero en virtud cívica.

«Por sus frutos los conoceréis.»

¿Habrà una prueba más clara de que los impuestos sobre los productos y adelantos de la industria no pueden ser la vía indicada por Dios para recoger las entradas públicas?

Pero si se considera lo que nosotros proponemos—el recoger esas entradas por medio del impuesto único, sobre el valor de la tierra, independientemente de las mejoras—, se ve que, bajo todo punto de vista, este impuesto armoniza con la ley moral.

Séame permitido recomendar á Vuestra Santidad tener bien presente que el valor que nosotros proponemos imponer—el valor de la tierra, abstracción hecha de los mejoramientos—no proviene de ningún empleo de trabajo ó de capital sobre ella, pues los valores producidos por este último—el capital—son valores de fomento que nosotros queremos exonerar de impuesto.

El valor de la tierra, independientemente de todo mejoramiento, es el valor que ha dado á la tierra el aumento de la población y el progreso de la sociedad.

Este es valor que embolsa siempre el propietario como propietario, nunca va ni puede ir á quien la usa; porque si quien la usa fuese una persona distinta del propietario, tendría que pagarla siempre á éste en forma de renta ó en precio de compra; mientras que si quien la usa es también propietario, es como tal, y no por el uso, como recibe el valor, y si vende ó arrienda la tierra, puede como propietario continuar recibiendo ese mismo valor, aun después que ha dejado de usarla.

Así los impuestos sobre la tierra independientemente de los mejoramientos no pueden disminuir la compensación á la industria, elevar los precios, ni en algún modo tomar del individuo lo que le pertenece. Ellos pueden tomar solamente el valor incorporado á la tierra por el desarrollo de la comunidad, y que por esto pertenece en todo á la comunidad.

El tomar los valores de la tierra para el Estado aboliendo todos los impuestos sobre los productos del trabajo, dejaría al trabajador el pleno producto de su trabajo y al individuo todo lo que legítimamente pertenece al individuo.

No impondría gravamen á la industria, ni trabas al comercio, ni castigo al ahorro; antes bien, aseguraría la más grande producción y la más justa distribución de la riqueza, dejando á los hombres en libertad de producir y cambiar á voluntad sin ningún encarecimiento artificial de precios, y tomando por razones de interés público un valor que no puede llevarse, que no puede esconderse, que de todos los valores es el más fácilmente apreciable, más segura y económicamente recogido disminuiría enormemente el número de empleados, haría innecesarios los juramentos, alejaría la tentación al peculado y á las extorsiones y aboliría aquellos delitos creados por el hombre, y que en realidad no lo son.

Y además, que esta es la vía indicada por la Providencia, es tan palpable y evidente como que ella ha proveído que la leche de la madre sirva de alimento al niño.

Ved cuán grande es la analogía. En las condiciones primitivas, antes que surja la necesidad del Estado, no

hay valores de la tierra. Los productos del trabajo tienen valor, mas con la poca densidad de la población, la tierra no tiene ningún valor intrínseco. Pero apenas la densidad de la población y la elaboración de la industria, crecientes, hacen necesaria la organización del Estado, con la necesidad de las entradas, nace un valor de la tierra, y con el aumento de la población y el progreso de la industria, aumenta la necesidad de entradas públicas, y al mismo tiempo y por la misma causa el valor de la tierra aumenta.

El enlace es invariable. El valor de las cosas producidas por el trabajo, tiende á disminuir con el crecimiento social, desde que la escala más vasta de la producción y el progreso de sus procedimientos propenden gradualmente á disminuir su coste. Pero el valor de la tierra sobre la cual la población se concentra, aumenta más y más. Ved Roma, París, Londres, Nueva York ó Melbourne. Considerad el valor enorme de la tierra en esas ciudades comparado con el valor que la misma tiene en los puntos menos habitados de los mismos países. ¿A qué es debido? ¿No es debido al aumento creciente de densidad y desarrollo de la población de esas ciudades, que reclaman grandes gastos públicos para vías, reconstrucciones, desagües, obras de saneamiento, paseos, edificios públicos y tantas otras cosas requeridas por la salud, conveniencia y seguridad de esas grandes ciudades? Observad cómo con el desarrollo constante de esos centros, la única cosa que permanentemente aumenta en valor es la tierra, y cómo la apertura de comunicaciones, vías férreas y cualquier otro mejoramiento público, aumenta el valor de la tierra. ¿No es evidente que hay en esto una ley natural, esto es, una tendencia establecida por el Creador? ¿Significa esto otra cosa sino que El, que ha ordenado el Estado con sus necesidades, ha provisto, con el valor que adquiere la tierra, los medios con que deben satisfacerse aquellas necesidades?

Que esto no significa otra cosa, se confirma mirando más profundamente todavía é investigando no solamente el intento, sino el propósito del intento, y podemos ver

entonces en esta ley natural por la cual el valor de la tierra aumenta con el aumento de la sociedad, no solamente una provisión perfectamente adaptada á las necesidades de la sociedad que satisface nuestra inteligencia al mostrarnos la sabiduría del Creador, sino un propósito respecto al individuo que satisface sus percepciones morales descubriéndole un lampo de la beneficencia divina.

Considerad: aquí tenéis una ley natural por la cual á medida que la sociedad aumenta, lo único que aumenta en valor es la tierra, ley natural en virtud de la cual cada aumento de la población, cada avance en las artes, cada progreso, cada mejora de cualquier especie, contribuyen á formar un fondo que los dictados de la justicia y de la conveniencia nos indican tomar para los usos comunes de la sociedad. Ahora, desde que aumento en el fondo útil para los usos comunes de la sociedad es aumento en la ganancia de que participa igualmente cada miembro de la sociedad, ¿no es claro que la ley por la cual el valor de la tierra aumenta con el progreso social, mientras que el valor de las cosas producidas por el trabajo no aumenta, tiende con el avance de la civilización á hacer más y más importante la parte que toca igualmente á cada miembro de la sociedad comparada con la que cada uno recibe de sus ganancias individuales y á hacer así que el progreso de la sociedad disminuya relativamente la diferencia que en un estado social más rudimentario existe entre el fuerte y el débil, entre el afortunado y el infeliz?

¿No muestra eso que el propósito del Creador es que el avance del hombre en la civilización debe implicar un progreso, no solamente para conseguir fuerzas más poderosas, sino también una igualdad siempre más grande, en vez de lo que nosotros, contrariando los designios de El, estamos haciendo, convirtiendo ese adelanto en un progreso hacia una desigualdad más y más monstruosa?

Que el valor inherente á la tierra con el aumento de la sociedad está naturalmente afectado á las necesidades de esta misma sociedad, se demuestra con la prueba

de los hechos. Dios es ciertamente un Dios celoso, en el sentido de que no hay que esperar otra cosa sino daños y desastres cuando los hombres se desvían del camino que El ha trazado, sucediendo entonces que los dones con que nos ha agraciado, cuando son negados ó mal empleados, degeneran en males que nos flagelan. Y como para la madre negar al hijo el alimento que lleva en sus senos es atentar á su salud física, así para la sociedad el negarse á tomar para sus necesidades lo que le ha sido dado para satisfacerlas, es engendrar una enfermedad social. Porque rehusarse á tomar por razones de interés público el creciente valor que adquiere la tierra con el aumento de la sociedad y tener necesidad de procurar las entradas públicas con impuestos que disminuyen la producción, desvían la distribución y corrompen la sociedad, es dejar que algunos tomen lo que justamente pertenece á todos y renunciar á los únicos medios con los cuales es posible en una civilización avanzada combinar la seguridad de la posesión —necesaria al mejoramiento— con la igualdad á las oportunidades naturales, que es el más importante de todos los derechos naturales. Así, sobre la base de la vida social, se establece una injusta desigualdad entre hombre y hombre, obligando á algunos á pagar á otros el privilegio de la vida, de la oportunidad para trabajar, de las ventajas de la civilización y de los dones de Dios. Pero hay algo más que esto. El verdadero despojo que la mayoría de los hombres sufre, da origen en las comunidades que progresan á otros despojos, porque permitiendo que el valor que con el aumento de la población y el avance social adquiere la tierra vaya á los propietarios de la tierra, se estimula el monopolio y la especulación del suelo, dondequiera haya la perspectiva de un aumento de población ó de un mejoramiento futuro, produciendo así una escasez artificial de los elementos naturales de la vida y del trabajo, y una parálisis de la producción que se muestra en los espasmos intermitentes de depresión industrial, tan desastrosos á la humanidad como las guerras sangrientas y destructoras. Es esto lo que arroja á los hombres de los viejos

países á los nuevos, solamente para encontrar en éstos las mismas desgracias. Es esta la causa por la cual nuestro progreso material, no sólo empeora la condición del simple trabajador, sino que hace positivamente peor la condición de las clases más numerosas. Es esto lo que nos está dando en los países cristianos más ricos una gran población; cuyas vidas son más duras, más desesperadas y más degradantes que las del más rudo salvaje. Es esto lo que induce á tantos hombres á creer en la torpeza de un Dios que está trayendo constantemente á este mundo un número de seres mayor que las provisiones que les ha dado; que no hay semejante Dios, ó que el creer en El es una superstición que los hechos de la vida y el progreso de la ciencia van disipando.

La obscuridad en la luz, la debilidad en la fuerza, la pobreza en medio de la riqueza, el descontento que hierve y que anuncia al mundo luchas terribles, todas estas cosas, que caracterizan la civilización moderna, son los resultados naturales é inevitables de un estado en el que desconocemos los designios de la Providencia y rechazamos sus beneficios. Si en vez de esto siguiésemos sus leyes sencillas de justicia, dejando escrupulosamente al individuo todo que el trabajo individual produce y tomando para la comunidad el valor que va tomando la tierra con el aumento de la misma comunidad, no solamente podrían evitarse las formas perjudiciales de recoger las entradas públicas, sino que todos los hombres serían colocados en igual nivel de oportunidad respecto á la bondad de su Creador y en igual nivel de oportunidad para el empleo de su trabajo y para el goce de los frutos de su trabajo. Y entonces, sin violentas y restrictivas medidas, el monopolio de la tierra cesaría, porque de este modo la posesión de la tierra significaría únicamente seguridad para la continuación de su uso y no habría objeto para ninguno en procurar ó conservar tierra sino para uso propio, ni la posesión que un hombre tiene de tierra mejor que la de otros, le conferiría ninguna ventaja injusta, ni á los otros pérdida, desde que la equivalencia de las ventajas sería tomada por el Estado en beneficio de todos.

El reverendísimo doctor Tomás Nulty, obispo de Meath (Irlanda), que ve, como nosotros, todo esto claramente, al mostrar al clero y á los fieles de su diócesis los designios de la divina Providencia, que la renta de la tierra debiera ser tomada en beneficio de la comunidad, dice:

«Yo creo, por lo tanto, poder deducir por la fuerza de la autoridad y de la razón que los pueblos son y debieran ser siempre los verdaderos dueños de la tierra de sus países. Este gran hecho social me parece de una importancia incalculable, y es una verdadera fortuna que en los más estrictos principios de la justicia no es turbado ni siquiera por la sombra de una confusión ó de una duda. Hay además un encanto y una belleza especial en la claridad con que este hecho revela la sabiduría y la bondad de los designios de la Providencia en la provisión admirable que Ella ha hecho para las necesidades de ese Estado, de cuya existencia sólo Dios es causante y en el cual nuestros mismos instintos naturales nos dicen que tenemos que vivir. Una propiedad pública y un gran fondo nacional ha sido colocado bajo el dominio y á disposición de la nación, para proveer ampliamente con los recursos necesarios á los gastos de su gobierno, á la administración de sus leyes, á la educación de su juventud y al conveniente sostenimiento de los delincuentes y de la población pobre. Una de las más interesantes peculiaridades de esta propiedad, es que su valor nunca permanece estacionario, siendo constantemente progresivo y aumentando en razón directa del aumento de la población, y las verdaderas causas que aumentan y multiplican las necesidades públicas, aumentan proporcionalmente la posibilidad de hacer frente á esas mismas necesidades.»

Hay sin duda, como el obispo Nutly dice, una belleza especial en la claridad con que la sabiduría de la Providencia revela en este gran hecho social la provisión que Ella ha establecido para las necesidades comunes de la sociedad, en lo que los economistas llaman ley de la renta. De toda la evidencia que la religión natural suministra, es esta la que muestra claramente la exis-

tencia de un Dios benéfico, y decisivamente impone silencio á las dudas que en nuestros días llevan tanto al materialismo.

Porque en esta hermosa provisión hecha por ley natural para las necesidades sociales de la civilización, vemos que Dios ha comprendido lo que se llama civilización; que todos nuestros descubrimientos é invenciones no exceden ni pueden exceder sus provisiones, y que el vapor, la electricidad y la aplicación de la economía del trabajo, no hacen más que demostrar la claridad y la importancia de la gran ley moral. En el aumento de este gran fondo, que aumenta con el progreso de la sociedad, fondo que procede del incremento de la sociedad y que á ella pertenece, nosotros vemos que no solamente no hay necesidad de impuestos que disminuyen la riqueza, que engendran corrupciones, que promueven la desigualdad y enseñan á los hombres á negar el Evangelio, sino que el tomar este fondo para los propósitos para que fué evidentemente creado, aseguraría á todos, en la más alta civilización, igual participación á la bondad de Dios, daría frecuente oportunidad de satisfacer las propias necesidades y proveería ampliamente todas las necesidades legítimas del Estado. Nosotros vemos que Dios no ha sido torpe ni avaro con los hombres, que no ha puesto demasiadas criaturas en el mundo, que no ha olvidado de proveerlas abundantemente, que no ha querido esa cruel competencia de las masas por la mera subsistencia animal y esa monstruosa acumulación de riqueza que caracteriza nuestra civilización, sino, al contrario, que estos males y calamidades que inducen á tantos á negar la existencia de Dios, y aun más, á suponer impiamente que han sido ordenados por El, son debidos á nuestro desconocimiento de la ley moral. Nosotros vemos que la ley de justicia, la ley de oro, no es puramente un dictamen de perfección, sino también la ley de la vida social. Nosotros vemos que si la observáramos habría trabajo para todos, descanso para todos, abundancia para todos, y que la civilización tendería á dar al más pobre, no solamente lo necesario, sino todas las comodidades y abundancia razonables.

Nosotros vemos que Jesús no era un soñador cuando dijo á los hombres que si buscaban el reino de Dios y de su justicia, «no deberían preocuparse de las cosas materiales más de lo que se preocupa el lirio del campo de vestirse»; El expresaba lo mismo que la economía política, á la luz de los modernos descubrimientos, muestra ser una verdad exacta y evidente. Para Vuestra Santidad, ver esto debe ser un goce profundo é inextinguible. Porque esto es ver por sí mismo que hay un Dios que vive y reina, que hay un Dios de justicia y de amor, «nuestro Padre que está en los cielos.» Es como si se abriera una espiral de luz en la niebla de nuestros más oscuros problemas, haciendo que la fe espere allí donde no ve nada que aliente.

II

Vuestra Santidad verá, por la explicación que he dado, que la reforma que nosotros proponemos, como todas las verdaderas reformas, tiene una faz ética y otra económica. Prescindiendo del lado ético y considerando nuestra reforma meramente como reforma de la tributación, podemos evitar las objeciones que surgen de confundir la propiedad con la posesión y de atribuir á la propiedad privada de la tierra una seguridad que se puede tener aún mejor sin dicha apropiación. Todo lo que nosotros prácticamente pedimos es la abolición legal, y lo más pronto posible, de los impuestos sobre los productos y los procesos del trabajo, y la consiguiente concentración de los impuestos sobre el valor de la tierra, con independencia de las mejoras. Exponer así nuestra proposición, es fundarla en razones de interés público.

Hay ciertamente muchos partidarios del impuesto único que encaran de ese modo la reforma y que considerando su belleza desde el punto de vista fiscal, no se pre-

ocupan de ir más allá. Pero para los que piensan como yo, su faz moral es la más importante. No solamente nosotros no queremos eludir la cuestión de la propiedad privada de la tierra, sino que nos parece que la benéfica y trascendental revolución á la cual tendemos, es demasiado grande para ser cumplida por un *inteligente egoísmo*, y que no puede ser llevada á término sino por la conciencia religiosa.

De ahí que busquemos el juicio y el apoyo serio de la religión. Este es el tribunal del cual Vuestra Santidad, á la cabeza de la más grande agrupación cristiana, es el más Augusto Representante.

Es necesario, por lo tanto, examinar las razones que que aduce Vuestra Santidad para sostener la propiedad privada de la tierra, para aceptarlas si ellas son profundas, pero para indicar respetuosamente dónde está el error, si ellas no lo son.

Adheriríamos con entusiasmo á vuestra proposición de que «nuestro primer y fundamental principio al intentar el alivio de la condición de las masas debe consistir en la inviolabilidad de la propiedad privada», si pudiéramos solamente comprender que os referís al elemento moral y que queréis significar por ello que es justa la propiedad privada, del mismo modo que cuando habláis del matrimonio instituido por Dios, nosotros podemos entender una exclusión tácita del matrimonio ilegítimo. Infortunadamente, otras expresiones de vuestra Encíclica muestran que os referís á la propiedad privada en general y que tenéis precisamente fija en vuestra mente la propiedad privada de la tierra.

Esta confusión de ideas, esta falta de precisión en los términos corre á través de todos vuestros razonamientos, llevándoos á conclusiones tan injustificadas con vuestras premisas, que pugnan abiertamente entre sí, como cuando habláis de la legitimidad y sanción moral de la propiedad privada en las cosas producidas por el trabajo, y de ello inferís, como un derecho similar, una cosa enteramente distinta y opuesta, como es el derecho de propiedad privada en la tierra creada por Dios.

La propiedad privada no es de una sola especie, y la sanción moral no puede ser inherente á ésta, en todos los casos, más de lo que puede serlo al matrimonio en general. Que el verdadero matrimonio esté conforme á la ley de Dios, no justifica la poligamia, la poliandria ó los matrimonios incestuosos, que son permitidos en algunas partes por la ley civil.

Y como puede haber matrimonios ilegítimos é inmorales, así también puede existir propiedad ilegítima é inmoral. Propiedad privada es la que puede ser mantenida por un individuo ó la que puede ser mantenida por un individuo con la sanción del Estado.

El simple abogado, el simple siervo del Estado puede detenerse aquí rehusando distinguir lo que el Estado sostiene ser igualmente legal. Vuestra Santidad, sin embargo, no es un siervo del Estado, sino un siervo de Dios y un guardián de la moral. Vuestra Santidad no ignora que, como dice Santo Tomás de Aquino, «la ley humana es ley solamente en virtud de su acuerdo con la razón y el derecho, y es claro que ella fluye de este modo de la ley eterna. Y cuando ella se desvía del derecho y la razón se llama ley injusta. *En tal caso no es una ley, sino más bien una especie de violencia.*»

Así, el hecho de que todas las especies de propiedad sean permitidas por el Estado, eso no les presta de suyo sanción moral. El Estado ha hecho á menudo propiedad de cosas que justamente no lo son, sino que aparejan en sí violencia y robo. Por ejemplo, las cosas de la religión, la dignidad y la autoridad de los oficios eclesiásticos, el poder de disponer de sus beneficios y de administrar sus sacramentos, fueron á menudo dados por príncipes corrompidos, como propiedad vendible, á cortesanos y á concubinas. En nuestros propios días, un ateo ó un pagano en Inglaterra puede comprar en público mercado y mantener como propiedad LEGAL, vendible ó donable á voluntad, la facultad de decretar la cura de las almas, y el valor de estos derechos *legales* se dice que no asciende á menos de 17 millones de libras esterlinas.

Y además, los esclavos eran universalmente tratados

como propiedad por las leyes y costumbres de las naciones civilizadas, y fueron en ese carácter reconocidos en Europa muchos siglos después de la institución del Cristianismo.

Al comienzo del siglo no había nación cristiana que no reconociera, al menos en sus colonias, la propiedad de los esclavos, y buques cargados de mercancía humana surcaban los mares con la bandera cristiana. En los Estados Unidos, ha poco más de treinta años, la compra de un hombre daba la misma legalidad de propiedad que la compra de un caballo, y en los países mahometanos la ley y la costumbre hacen del esclavo la propiedad de quien lo toma prisionero ó lo compra.

Sin embargo, Vuestra Santidad, de cuyo pontificado una de las glorias más grandes es haber intentado romper las cadenas de la esclavitud en sus últimos y más fuertes eslabones, no querrá sostener que la sanción moral inherente á las cosas producidas por el trabajo pueda, ó jamás podría, ser inherente á la propiedad del esclavo.

El uso indistinto que en tantos pasajes de la Encíclica hace Vuestra Santidad de los términos *propiedad* ó *propiedad privada*, de los que en sí mismos nada se puede afirmar ni negar, hacen vuestras expresiones, si las tomamos separadamente, ambiguas en muchos puntos. Pero leyéndola en conjunto no hay duda que vuestra intención es entender la propiedad privada de la tierra cuando habláis de *propiedad privada*. Interpretando así, yo encuentro que las razones que Vuestra Santidad aduce, como justificación de la propiedad privada de la tierra, son ocho. Considerémoslas separadamente. Vuestra Santidad sostiene:

1.º *Que lo que se compra como propiedad legal, es propiedad legítima.*

Ciertamente: compra y venta no pueden dar propiedad, sólo transferir la propiedad. La propiedad que en sí misma no tiene sanción moral, no la obtiene pasando del vendedor al comprador.

Si la justa razón no hace el esclavo propiedad del cazador de esclavos, no lo hace propiedad del comprador de esclavos. Sin embargo, vuestros razonamientos sobre la propiedad privada de la tierra justificarían muy bien la propiedad del esclavo, y para mostrar esto basta sólo cambiar en nuestros argumentos la palabra tierra por la palabra esclavo.

Entonces se diría:

«Es seguramente innegable que cuando un hombre se empeña en un trabajo remunerativo, la verdadera razón y el motivo de su obra es obtener la propiedad y mantenerla como cosa suya.

»Si un hombre da en arriendo á otro su fuerza y su industria, lo hace con el propósito de recibir lo que es necesario para el alimento y la vida; con esto se propone claramente adquirir pleno y legal derecho, no solamente en la compensación, sino en la disponibilidad de esta como le parezca y le plazca.

»Así, si él vive con economía, ahorra dinero é invierte sus ahorros para mayor seguridad en UN ESCLAVO, el esclavo en tal caso representa su salario en otra forma, y por consecuencia, el *esclavo* de un trabajador así adquirido debe estar completamente á su disposición como el salario que él recibe por su trabajo.»

Ni cambiando vuestro argumento en defensa de la propiedad privada de la tierra en argumento en defensa de la propiedad privada del hombre, yo estoy haciendo una cosa nueva. En mi propio país y en nuestro tiempo, el mismo argumento *que la venta confería propiedad* era la defensa general de la esclavitud: defensa hecha por los estadistas, por los juristas, por el clero, por los obispos, y aceptada en todo el país por la gran masa del pueblo. Con ella se justificaba que las mujeres se separaran de los maridos, los hijos de los padres, la obligación al trabajo, la apropiación del fruto de este trabajo, la compra y venta de cristianos por cristianos.

En un lenguaje casi idéntico al vuestro se exclamaba: «He ahí un pobre hombre que ha trabajado duramente, viviendo con economía, empleando sus ahorros en la compra de pocos esclavos. ¿Queréis vosotros robar

le sus ganancias al libertar estos esclavos?» O también se decía: «Ahí tenéis una pobre viuda: todo lo que el marido ha podido dejarle son algunos negros, que representan la ganancia de su ardua labor. ¿Queréis defraudar á esa viuda y sus huérfanos dando la libertad á esos negros? Y por esta perversión de la razón, por esta confusión de los derechos de una propiedad injusta con los derechos de una propiedad justa, al aceptar una ley humana como si fuera una ley divina, cayó sobre nuestra tierra el juicio de la sangre y del fuego.»

El error de nuestro pueblo en creer que lo que en sí mismo no es propiedad legítima puede serlo por el hecho de la compra y la venta, es el mismo error en el cual cae Vuestra Santidad. No solamente es el mismo en la forma, es el mismo en la esencia. La propiedad privada de la tierra, no menos que la propiedad privada de los esclavos, es una violación de los verdaderos derechos de propiedad. Ellos son formas distintas del mismo robo; medios gemelos con que la ingeniosidad pervertida del hombre ha buscado habilitar al fuerte y al astuto, para eludir los preceptos de Dios sobre el trabajo, obligando á otros á ejercerlo por él.

¿Qué diferencia hay entre poseer solamente la tierra sobre la cual otro hombre tiene que vivir, ó poseer el hombre mismo? ¿No soy yo en un caso como en otro su amo? ¿No puedo yo obligarlo á trabajar por mí? ¿No puedo tomar para mí mismo del fruto de su trabajo tanto cuanto puedo gobernar sobre sus acciones? ¿No tengo yo sobre él poder de vida y muerte? Porque privar á un hombre de la tierra, es como matarlo, es como sacarle la sangre abriéndole las venas, ó del aire, atándole una cuerda al cuello.

La esencia de la esclavitud consiste precisamente en dar á un hombre la fuerza y el poder de obtener el trabajo de otro sin recompensa. La propiedad privada de la tierra realiza el mismo resultado que la esclavitud. El dueño del esclavo debe dejarle una parte suficiente de su trabajo para que no se muera. ¿No hay en los países llamados libres multitud de trabajadores que no reciben más que el salario de un esclavo? Los trabajadores

de los campos en Italia ó Inglaterra, ¿cuánto perciben del fruto de su trabajo más de lo que percibían los esclavos de nuestros Estados del Sur? ¿No era la propiedad del suelo la que permitía al señor de ella, en las épocas más rudas, exigir el *jus primæ noctis*? ¿No existe aún en forma difundida este mismo ultraje en la inmoralidad nacida de la monstruosa riqueza de un lado y de la escuálida miseria del otro?

¿En qué consistía la esclavitud en Rusia, sino en dar al amo la tierra en que el siervo era obligado á vivir? Cuando Iván ó Catalina enriquecían á sus favoritos con el trabajo de los otros, ellos no regalaban hombres, daban tierra. Y cuando la apropiación de la tierra ha llegado á un punto en que ya no queda tierra libre á la cual el hombre pobre pueda dirigirse, entonces una forma más insidiosa del robo del trabajo, envuelta en la propiedad privada de la tierra, toma el lugar de la esclavitud del hombre, porque es más económica y más ventajosa desde que bajo esta forma el esclavo no debe ser tomado, mantenido y alimentado cuando ya no se le necesita. El viene espontáneamente á pedir el privilegio de servir, y cuando no sirve más puede ser despedido. El látigo no es necesario, el hambre igualmente es eficaz. Por esto fué por lo que los normandos conquistadores de Inglaterra y los ingleses conquistadores de Irlanda, no se dividieron el pueblo, se dividieron la tierra. Por esto es por lo que los buques europeos, cargados de mercancía humana, llevaron su carga al Nuevo Mundo, no á la Europa.

La esclavitud no está todavía abolida. Aunque en todos los países cristianos haya desaparecido en su forma más ruda, ella existe—en el centro de nuestra civilización en una forma más insidiosa—y va aumentando. Es una obra que hay que cumplir por la gloria de Dios y la libertad de los hombres por otros soldados de la cruz, á más de esos monjes guerreros que, con la bendición de Vuestra Santidad, el cardenal Lavigerie está mandando al interior del Sahara. Y, sin embargo, Vuestra Santidad emplea en defensa de una forma de esclavitud los mismos sofismas que los defensores

de la esclavitud humana empleaban en defensa de ésta!...

Los árabes no carecen de penetración, y vuestra Encíclica podrá llegar hasta ellos. ¿Qué contestarán vuestros monjes guerreros, si en el momento de exigir con la boca de sus fusiles á los árabes traficantes de esclavos la entrega de su miserable caravana, éstos les contestan *que la han comprado con sus economías*, y exhibiendo una copia de vuestra Encíclica, prueban con vuestros propios razonamientos que sus esclavos son *una forma de su salario*, y preguntan si aquellos que llevan vuestras bendiciones y poseen vuestra autoridad pueden proponer *privarlos de la libertad de disponer de sus salarios, y con ellos de la esperanza y posibilidad de aumentar sus riquezas y mejorar su condición en la vida?*

2.º *Que la propiedad privada de la tierra emana de los dones de la razón humana.*

Vuestra Santidad arguye en segundo lugar que el hombre, poseyendo razón y previsión, puede no sólo adquirir la propiedad de los frutos de la tierra, sino también la tierra misma, de manera que de los frutos de ella pueda hacer una provisión para el futuro.

La razón, con la previsión que la acompaña, es un atributo que distingue al hombre, el que lo eleva sobre el bruto y muestra, como dicen las Sagradas Escrituras, que él ha sido creado á semejanza de Dios. Y este don de la razón, como Vuestra Santidad demuestra, implica la necesidad y el derecho de la propiedad privada en cualquier cosa producida por el empleo de la razón y la previsión, así como en lo que es producto del trabajo físico. En verdad que estos elementos de la producción del hombre son inseparables y que el trabajo comprende el uso de la razón, siendo esta facultad la que diferencia al hombre de los animales y lo hace productor y hacedor en este sentido. En sí mismos estos poderes físicos del hombre son poco considerables, siendo los intermedios ó instrumentos de que se sirve el pensamiento

para apropiarse de las cosas materiales, de manera á utilizar á su voluntad la materia y las fuerzas de la Naturaleza. Es la mente, la razón inteligente, el primer motor del trabajo, el agente esencial de la producción.

El derecho de propiedad privada es entonces indiscutiblemente inherente á cosas provistas por la razón y la previsión del hombre. Pero no puede ser inherente á cosas provistas por la razón y la previsión de Dios.

Para ilustrar esto, supongamos una multitud viajando á través del desierto, como un día lo hicieron los Israelitas de Egipto. Algunos de los viajeros han tenido la previsión de proveerse de barriles de agua, y como sobre ella han adquirido un justo derecho de propiedad, los que olvidaron proveerse de ella, cuando acosa la sed del árido desierto, podrían pedirla por caridad, pero no podrían exigirla alegando ningún derecho, porque aunque el agua es una provisión de Dios, la presencia de ella en aquellos lugares y en aquellos recipientes es el resultado de la previsión de los hombres que la transportaron; de suerte que ellos tienen sobre esa agua un exclusivo derecho.

Pero supongamos que algunos de los viajeros, antes de partir, empleen su previsión en anticiparse á los demás y apropiarse de la fuente de donde el agua debe extraerse, negando á sus compañeros cuando se presentan el permiso de sacarla, á no ser que se la compren. ¿Daría esta previsión algún derecho?

No es la previsión del transporte del agua adonde se necesite, sino la previsión de apoderarse de la fuente, lo que Vuestra Santidad intenta defender al defender la propiedad privada de la tierra!...

Dejadme demostrar esto acabadamente, ya que vale la pena de salir al encuentro de aquellos que arguyen que si la propiedad privada de la tierra no es justa, tampoco lo es la propiedad privada de las cosas producidas por el trabajo, porque el material de estos productos es sacado de la tierra. Se verá, examinándolo bien, que toda la producción del hombre es análoga al transporte del agua que hemos imaginado. Al hacer crecer el grano, al fundir metales, al construir casas, tejer paños, al

hacer cualquier cosa que constituye producción, todo lo que el hombre hace es cambiar de lugar ó forma la materia preexistente. Como productor, el hombre no hace más que cambiar, no crea; sólo Dios crea. Y desde que los cambios en que consiste la producción del hombre son inseparables de la materia, en tanto que ellos persisten, el derecho de propiedad privada liga lo accidental á lo esencial y confiere el derecho de propiedad en los materiales naturales en que está incorporado el trabajo de la producción. Así, el agua, que en la forma y lugar en que se encuentra en la Naturaleza es un don común de Dios á todos los hombres, cuando es sacada de su fuente natural y llevada al desierto, pasa legítimamente á ser propiedad del individuo que, cambiándola de lugar, puede decirse que la ha producido en otro sitio.

Pero este derecho de propiedad es en realidad un mero derecho de posesión temporal ó accidental. Porque si bien el hombre puede tomar el material del depósito de la Naturaleza y cambiarlo de lugar ó forma, según convenga á sus deseos, no es menos cierto que desde el momento en que él lo toma vuelve de nuevo al depósito común, á la Naturaleza. La leña se consume, el hierro se enmohece, la piedra se disgrega, algunos productos sólo duran algunos meses, otros pocos días y algunos desaparecen inmediatamente con el uso. Por todo lo que podemos ver, aunque la materia sea eterna y la fuerza persiste siempre, aunque no podamos generar ni crear el más sutil átomo que flota en el rayo solar ó el más débil impulso que mueva una hoja, sin embargo, en el constante flujo de la Naturaleza la obra del hombre en el combinar ó mover pasa incesantemente. Así, el reconocimiento de la propiedad de aquel material natural incorporado á los productos del hombre, no constituye nunca más que una posesión temporaria, no intercepta jamás el depósito provisto para todos. Como el tomar agua de un punto y transportarla á otro de ningún modo disminuye el depósito del agua, desde que bebida, derramada ó evaporada debe volver de nuevo al depósito natural, y así sucede con todas las cosas en que el

hombre con su producción puede dejar la impresión de su trabajo.

De aquí que cuando Vos decís que la razón del hombre le da derecho á tener una estable y permanente posesión, no sólo de cosas que se alteran ó desaparecen con el uso, sino de cosas servibles en el porvenir, tenéis, sin duda, razón al incluir entre ellas los edificios que, restaurados, durarán generaciones, tanto como otras que, como el alimento ó el combustible, se destruyen con el uso. Pero cuando Vos afirmáis un derecho semejante á las cosas permanentes de la Naturaleza, que son los depósitos en que todos debemos proveernos, estáis en un error. El hombre puede ciertamente mantener en propiedad privada los frutos de la tierra producidos con su trabajo, desde que ellos pierden con el tiempo la impresión de ese trabajo y tornan de nuevo á los depósitos naturales de que fueron tomados, en forma que la propiedad privada en ellos no afecta á los demás. Pero él no puede apoderarse de la tierra misma, porque ella es el depósito de que todos debemos extraer constantemente, no sólo el material, sin el cual el hombre no puede producir, sino también su propio organismo.

La verdadera razón por la cual el hombre no puede reclamar la propiedad de la tierra misma, como puede reclamarla en los frutos que su trabajo produce, está en el hecho expuesto por Vuestra Santidad en el párrafo siguiente, cuando decís:

«Las necesidades del hombre no mueren, sólo vuelven; satisfechas hoy, demandan mañana nuevas provisiones. La Naturaleza, por lo tanto, debe al hombre un depósito que no se gasta nunca, la provisión jornalera de sus necesidades cotidianas, y esto él lo encuentra solamente en la inagotable fertilidad de la tierra.»

Por hombre, Vos entendéis todos los hombres. ¿Puede ser hecho propiedad privada de algunos hombres esto que la Naturaleza debe á todos los hombres y del cual ellos puedan echar á todos los demás hombres?

Dejadme insistir sobre las palabras de Vuestra Santidad: «La Naturaleza, pues, debe al hombre un depósito que no debe nunca faltar.» Por Naturaleza, Vos en-

tendéis Dios. Así, la idea vuestra de que, al crearnos, Dios mismo ha contraído la obligación de proveernos con un depósito que no debe nunca faltar, es igual á la expresada y demostrada de una manera irrefutable por el obispo de Meath:

«Dios era perfectamente libre en el acto de la Creación; pero habiéndonos creado, El se obligó por este sólo hecho á proveernos de los medios necesarios para nuestra subsistencia. La tierra es la única fuente de provisión que conocemos. La tierra, entonces, de cada país es propiedad común del pueblo, porque el Creador que la hizo la ha cedido á él como un don voluntario. *Terram autem dedit filiis hominum*. Ahora bien; como cada individuo de cada país es una criatura y un hijo de Dios, y como todas las criaturas son iguales ante El, cualquier arreglo que tenga por objeto excluir al hombre más humilde de ese país de su parte en el patrimonio común, es no solamente una injusticia hecha á aquel hombre, sino además una *impía resistencia á las intenciones benévolas del Creador*.»

3.º *Que la propiedad privada de la tierra á ninguno priva de su uso.*

El haber establecido Vuestra Santidad que la tierra es el inagotable depósito que Dios debe al hombre, debe haber hecho despertar en vuestra mente una cuestión enojosa sobre la apropiación de ella como propiedad privada, pues al mismo tiempo afirmáis que la propiedad de algunos hombres no perjudica á los demás. Vos decís, en definitiva, que aunque dividida entre particulares, la tierra no cesa de satisfacer las necesidades de todos, desde que los que no poseen tierra pueden, vendiendo su trabajo, obtener en pago el producto de la tierra.

Suponed que á Vuestra Santidad, como juez de moral, uno le presentase el siguiente caso de conciencia:

«Yo soy uno de los diversos hijos á los cuales nuestro padre dejó un campo abundante para nuestra manutención. Pero como él no asignó parte de él á ninguno de

nosotros en particular, dejando que los límites de nuestras respectivas posesiones sean fijados por nosotros mismos, yo, como hijo mayor, tomé todo el campo en exclusiva propiedad, pero al hacer esto yo no he privado á mis hermanos de su sostenimiento en el campo, porque yo los dejo trabajar en él para mí, dejándoles del producto el salario que yo debería pagar á extraños. ¿Hay alguna razón para que mi conciencia pueda estar tranquila?»

¿Cuál sería vuestra respuesta? ¿No diríais al hombre que así os habla que está en pecado mortal y que su excusa aumenta su falta? ¿No lo obligaríais á la restitución y á hacer penitencia?

O supongamos que como príncipe temporal Vuestra Santidad fuese el regulador de una tierra donde no llueve, como en Egipto, y donde, como allí, no hubiese más que un río generoso para regarla. Suponiendo que hubierais mandado á un número de vuestros súbditos á hacer fructífera esa tierra, ordenándoles ser justos y hacerla prosperar, si os dijese que algunos de ellos han establecido un derecho de propiedad sobre el río, negando á los otros el agua y obligándolos á comprarla, merced á lo cual ellos se han hecho ricos sin trabajar, mientras otros trabajando duramente fueran reducidos á tanta pobreza por pagar el agua, que apenas pueden vivir, ¿no se excitaría mayormente vuestra indignación cuando os refiriesen esto?

Suponed después que los dueños del río mandasen á excusarse ante Vos de su conducta, de la siguiente manera:

«El río, aunque dividido entre algunos propietarios, no cesa por esto de suministrar agua para las necesidades de todos, puesto que no hay ninguno que no beba agua del río. Los que no poseen agua del río contribuyen con su trabajo á procurársela; así que se puede sinceramente asegurar que toda el agua es provista, ó por el río á quien lo posee, ó por algunas industrias laboriosas, las cuales son recompensadas y pagadas con agua ó con lo que se cambia por agua.»

¿Disminuiría la reprobación de Vuestra Santidad?

¿No aumentarían vuestra indignación y vuestra cólera tales excusas?

Yo no tengo necesidad de demostrar mayormente á Vuestra Santidad que entre el privar absolutamente á un hombre de los dones de Dios y obligarle á que los compre, es puramente la diferencia entre el ladrón que deja morir á la víctima y el ladrón que pone su vida en rescate. Mas quisiera mostraros que vuestro aserto de que «la tierra, aunque dividida entre propietarios particulares, no deja por esto de suplir las necesidades de todos», olvida los hechos más importantes.

Desde vuestro palacio del Vaticano extended vuestra mirada sobre la dilatada campiña donde el piadoso trabajo de las congregaciones religiosas y los esfuerzos del Estado, recién ahora comienzan á hacerla habitable para el hombre. En otra época esa extensión era cultivada por prósperos agricultores y sembrada de rientes villorrios. ¿Qué es lo que por tantos siglos la ha condenado al abandono? Nos lo dice la historia. Ha sido la propiedad privada de la tierra, el aumento de los grandes *latifundios*, en los cuales veía Plinio la ruina y la muerte de la antigua Italia, la causa que produciendo «escasa cosecha de hombres», según la enérgica frase del profesor Seeley, hizo abandonar la tierra al trabajo esclavo de los godos y vándalos y entregar la Britania romana al culto de Odín y Thor. Y del suelo donde otrora florecieran ricas y populosas provincias, brotó con el andar del tiempo una raza degenerada de hombres que se hicieron pedazos contra las cimitarras de las hordas musulmanas y dejaron que fuera pisoteado el Sepulcro de Nuestro Señor y se abatiera de Santa Sofía el emblema de Constantino para ser sustituido por la media luna.

Si vais á la Escocia podréis ver grandes extensiones de tierra, que cuando estaba en vigor la enfiteusis galense que reconocía á todos el derecho de usar de ella, generaba una raza de hombres vigorosos, pero que ahora, con el reconocimiento de la propiedad privada de la tierra, ha sido abandonada á los animales salvajes. Si vais á Irlanda, vuestros Obispos os mostrarán, en las

tierras donde ahora pacen las bestias, las huellas de villorrios que cuando ellos eran jóvenes sacerdotes estaban poblados de buenos, honestos y religiosos habitantes.

Si venís á los Estados Unidos, veréis que en una tierra amplia y rica, bastante para contener toda la población de Europa, una preocupación va creciendo, un sentimiento que mira con ojos de odio la inmigración, porque la escasez artificial que resulta de la propiedad privada de la tierra hace parecer como si no hubiese espacio bastante para aquellos que ya lo habitan.

O id á los antípodas y veréis que en Australia, como en Inglaterra, la propiedad particular de la tierra hace que la tierra permanezca infecunda y que la masa de las poblaciones se aglomere en las grandes ciudades. Id donde os plazca, dondequiera que las fuerzas de la invención moderna, dejadas libres, comienzan á hacerse sentir, y veréis que la propiedad privada de la tierra es la maldición denunciada por el profeta que estimula los hombres á la adquisición de posesiones territoriales cada vez mayores, hasta «ser sólo ellos los dueños de la tierra».

Si aun para los materialistas (1) esto es pecado y bochorno, ¿osaríamos defenderlo nosotros que creemos que este mundo es la obra de Dios y que el hombre ha sido llamado á esta vida solamente como preparación de una vida superior?

4.º *Que la industria ejercida en la tierra constituye y da propiedad á la tierra misma.*

En seguida Vuestra Santidad sostiene que la industria ejercida en la tierra da derecho á la propiedad de la tierra y que el mejoramiento de ella crea beneficios que no se pueden separar ó distinguir de la tierra misma.

Este argumento, si fuera válido, solamente podría justificar la propiedad de tierra para aquellos que real-

(1) Materialistas vale decir socialistas, porque el socialismo tiende al materialismo, y es un hecho que los más caracterizados socialistas son materialistas.

mente ejercen en ella su industria, pero no justificaría la propiedad de la tierra tal cual ella existe. Al contrario, él importaría una declaración trascendental y gigantesca en favor de la abolición de la renta y la transferencia de la tierra de los que la poseen—los propietarios—á los que la trabajan y la arriendan. Y si verdaderamente los mejoramientos no pueden distinguirse y separarse de la tierra misma, ¿cómo podrían los propietarios reclamar ningún derecho, aun sobre los mejoramientos hechos por otros?

Pero Vuestra Santidad no puede querer decir lo que las palabras parecen significar. Lo que Vuestra Santidad realmente entiende, yo creo es que la justificación original y el título de propiedad, está en la aplicación del trabajo á la tierra. Pero esto menos puede justificar la propiedad privada de la tierra tal cual existe. ¿No es acaso un hecho universal y verdadero que los títulos actuales de la tierra no emanan del uso, sino de la fuerza y del fraude?

Tomad la Italia. ¿No es verdad que la mayor parte de la tierra en Italia es tenuta por aquellos que muy lejos de haber ejercido en ella su industria, se han apropiado simplemente de la industria de los que la han ejercido? ¿No ocurre lo mismo en la Gran Bretaña y otros países? Aun en los Estados Unidos, donde las fuerzas de la concentración no han tenido aún bastante tiempo de extenderse, y donde se ha procurado dar la tierra á quien la usa, es un hecho que casi toda la tierra es detentada por los que no la usan ni se proponen usarla, sino que la tienen puramente para obligar á otros á que les paguen por el permiso de usarla.

Y si la industria confiere la propiedad de la tierra, ¿cuáles son los límites de esta propiedad? Si un hombre adquiere la propiedad de algunas millas cuadradas de tierra para una industria determinada, para la cría de ganados, por ejemplo, ¿le confiere esto derecho á la propiedad de la tierra misma á él y á sus sucesores, cuando se descubra que ella contiene riquezas minerales, ó cuando por el aumento de la población, ella sea reclamada para la agricultura, para parques y

jardines ó para las necesidades de una gran ciudad inmediata?

¿Es solamente en el derecho dado á aquellos que primitivamente adquirieron tierra para pastoreo ó siembra en lo que Vos fundaríais el título á la propiedad de esa misma tierra hoy cubierta por la ciudad de Nueva York, y que tiene un valor de millares de millones de dollars?

Pero vuestro argumento no tiene valor. La industria ejercida en la tierra da derecho á los frutos de esa industria, pero no á la tierra misma, precisamente como la industria ejercida en el Océano da derecho de propiedad á la pesca, no el derecho de propiedad al Océano. Ni es verdad que la propiedad privada de la tierra sea necesaria para asegurar los frutos del trabajo sobre ella, ni el mejoramiento de la tierra crea beneficios que no se puedan distinguir y separar de la tierra misma. Yo ya he aceptado que una posesión segura de la tierra sea necesaria para su uso y mejoramiento; pero que no es necesaria su propiedad se demuestra por el hecho de que en todos los países civilizados la tierra poseída por una persona es cultivada y mejorada por otras. La mayor parte de la tierra de la Gran Bretaña, Italia y otros países, es cultivada, no por los dueños, sino por los arrendatarios, y costosísimos edificios son erigidos por los que no son los dueños del suelo, sino por los que reciben del propietario un derecho de uso ú ocupación temporal mediante ciertas condiciones de pago. Casi toda Londres ha sido edificada así, y en Nueva York, Chicago, Denver, San Francisco, Sidney, Melbourne, así como en todas las ciudades europeas, se encontrará que los propietarios de muchos de los más grandes edificios son personas distintas de los propietarios de la tierra.

Lejos de ser el valor de los mejoramientos inseparable del valor de la tierra, éste resulta constantemente separado en las transacciones individuales. Por ejemplo, una mitad del suelo en que está edificado el inmenso hotel *Grand Pacific*, en Chicago, fué hace poco vendido separadamente, y en Ceilán no es difícil encontrar

una persona que posee un árbol de fruta y otra que posee la tierra sobre que está plantado.

No hay mejoramiento alguno del suelo, ya consista en arar, sembrar, cultivar, limpiar, desecar, profundizar ó construir edificios, que siendo útil, no tenga un valor claramente distinto del valor de la tierra. Porque la tierra que tiene tales mejoras, se venderá ó se arrendará siempre á un precio mayor que una tierra igual sin esas mejoras.

Por esto, si el Estado impusiera un impuesto sobre la tierra equivalente á la renta que produce, independientemente de sus mejoramientos, él tomaría los beneficios que emanan de la sola propiedad, pero dejaría los completos beneficios que emanan de su uso y mejoramiento, al contrario de lo que hace el sistema prevalente. Y desde que el terrateniente ó propietario—que en la forma continuaría siéndolo—podría en cualquier momento ceder ó vender sus derechos de tal y los mejoramientos, sujetándose siempre á la evaluación futura del Estado únicamente sobre el valor de la tierra, él sería perfectamente libre de retener ó disponer íntegramente del aumento de la propiedad obtenido por la aplicación de su trabajo y capital que en ella hay invertido, acumulado ó hecho inherente á la tierra.

Así, esto que nosotros proponemos aseguraría—como no podría hacerse por ningún otro medio—lo que Vuestra Santidad expresa ser justo y *de derecho*: «que los resultados del trabajo debieran pertenecer al que ha trabajado». Pero la propiedad privada de la tierra, mientras permite al terrateniente, sin una compensación adecuada al Estado, apropiarse para sí los beneficios del valor que adquiere la tierra con el aumento de la sociedad y los mejoramientos—arrebata los resultados del trabajo á quien ha trabajado, y despoja á un hombre de los frutos de su trabajo para que otro los disfrute. Porque el trabajo, como factor activo, es el productor de toda riqueza: la sola propiedad no produce nada. Un hombre podría poseer un mundo, pero es tan imperioso é ineludible el mandato «que con el sudor de tu frente ganarás tu pan», que sin trabajo ese hombre

no podría procurarse el más insignificante alimento ni vestido.

Por lo tanto, cuando los dueños de la tierra, por el sólo hecho de su propiedad, obtienen en abundancia los productos del trabajo sin que ellos trabajen, estos productos disfrutados por ellos sin derecho tienen que venir y son tomados de los sudores de los que á ellos tienen derecho.

La sola utilidad de la propiedad particular de la tierra, distinta de su posesión, es la utilidad perjudicial de dar al propietario los productos del trabajo que él no gana. Porque hasta que la tierra no rinde al propietario otra compensación más que la del trabajo y del capital que él emplea en ella, es decir, hasta que por la venta ó la cuenta de sus entradas él pueda sin empleo de trabajo obtener por ella productos de trabajo, la propiedad no significa más que la seguridad de su posesión y no tiene valor. La importancia y el valor de la tierra empiezan solamente cuando ya en el presente, ó bien en el porvenir, ella dará una entrada, es decir, habilitará al propietario, como tal, á obtener los productos del trabajo, sin ejercerlo él personalmente, y así disfrutar los resultados del trabajo de otro.

Lo que impide al hombre ver claramente el robo envuelto en la propiedad privada de la tierra, es que en los casos más evidentes el robo no es contra los individuos, sino contra la comunidad. Porque como antes lo decía, es imposible que la renta en el sentido económico, esto es, el valor que adquiere la tierra por el aumento de la sociedad y mejoramientos, vaya á manos de quien la usa.

Esa renta solamente puede ir á manos del propietario ó de la colectividad. Así, aquellos que pagan enormes rentas en centros como Londres ó Nueva York, no lo sienten personalmente. Individualmente ellos obtienen la compensación por lo que pagan, y deben sentir que ellos no tienen mayor derecho al uso de localidades tan especialmente ventajosas sin pagar, más del que puedan tenerlo millares y millares de otros individuos, por lo que resulta que no pensando ni preocupándose de los

intereses de la Comunidad, ellos no hacen objeciones al sistema.

No hace mucho tiempo ocurrió en Nueva York que un hombre, sin títulos de ninguna clase, había estado cobrando durante años rentas por un terreno cuyo valor había aumentado considerablemente con el crecimiento de la ciudad. Los que pagaban tales rentas no se habían preocupado en lo más mínimo de averiguar si aquel hombre tenía derecho á ellas, y si bien ellos sentían no tener derecho al terreno (que tantos hubieran querido tener) sin pagar, no pensaban ó no se preocupaban de los derechos de todos los demás.

5.º *Que la propiedad privada de la tierra es apoyada por la opinión común del género humano; que ha traído la paz y la tranquilidad, y que tiene la sanción de la ley divina.*

Aun cuando fuese verdad que la opinión común de los hombres hubiera sancionado la propiedad privada de la tierra, eso probaría no ser más justa que la opinión, un día universal, que legitimaba la esclavitud.

Pero esto no es verdad. Un examen nos demostrará que doquiera podemos encontrar huellas de las primeras percepciones de la humanidad, éstas siempre han reconocido la igualdad de derechos á la tierra, y cuando la posesión individual de ésta vino á ser necesaria para asegurar los derechos de propiedad en las cosas producidas por el trabajo, se adoptó cierto procedimiento para asegurar la igualdad, suficiente en semejantes condiciones del desarrollo social. Así, entre ciertos pueblos, la tierra adaptada al cultivo era dividida periódicamente, mientras la tierra destinada al pastoreo y á los bosques era tenida en común. En las otras cosas, se permitía á cada familia tener la tierra que necesitaba para habitarla y cultivarla, pero apenas cesaba el cultivo, cualquiera podía entrar en ella y tenerla en enfiteusis. De la misma naturaleza eran las leyes sobre la tierra del Código de Moisés. La tierra, que primitivamente se había dividido entre el pueblo con igualdad, era inalie-

nable por la ley del Jubileo, la cual disponía que aun en el caso de venderse, debía ser devuelta cada cincuenta años á los hijos de los primitivos poseedores.

La propiedad privada de la tierra, tal como hoy existe, con derecho igual á la tierra que á los productos del trabajo, sólo ha podido surgir con la usurpación ó la fuerza. Como la esclavitud, es el resultado de la guerra y el legado que nos han transmitido nuestros antepasados los romanos, cuya civilización pervirtió y cuyo imperio destruyó.

Ella engendró el sistema feudal como concesión hecha al espíritu más libre de los pueblos del Norte, en el cual, si bien la subordinación sustituyó á la igualdad, se reconocía, empero, aunque en forma ruda, el principio de los derechos comunes á la tierra. Un feudo era una Concesión de tenencia y usufructo á la que se adherían ciertas obligaciones. El Soberano, el representante de la comunidad ó pueblo, era el único dueño de la tierra. De él inmediata ó mediatamente dependían los feudatarios obligados al pago de tributos, que aunque rudimentarios é imperfectos, implicaban la idea—que nosotros queremos traducir en el impuesto único—de tomar los valores de la tierra para uso público. Las tierras de la Corona mantenían al Soberano y á la lista civil: las tierras de la Iglesia proveían los gastos del culto, la instrucción pública, la curación de los enfermos, el sostén de los pobres, de los desvalidos y de los viajeros cansados, mientras los feudos militares proveían á la pública defensa y soportaban los gastos de la guerra. Una parte considerable de la tierra—la cuarta parte—permanecía en común, y el pueblo podía libremente usufructuarla para pastoreo, cortar leña ó usarla para otras necesidades de la comunidad.

En este reconocimiento parcial, aunque substancial, de los derechos comunes á la tierra, es donde debe buscarse la razón por la cual, en tiempos en que la industria era primitiva y sus procedimientos toscos y rudimentarios, las guerras frecuentes, y en que ni se concebían las grandes invenciones y descubrimientos de nuestra época, la condición del trabajador era exenta de esta

espantosa pobreza que existe á despecho de nuestros maravillosos progresos. Hablando de Inglaterra, el Profesor Thorold Rogers—la autoridad más alta en tales cuestiones—declara que en el siglo XIII no había una clase tan pobre, tan indigente, tan oprimida y degradada como millones de ingleses en nuestro siglo jactancioso, y que, excepción hecha de tiempos de gran carestía, no había trabajador, por pobre que fuera, que temiera que su mujer y sus hijos sufrieran miseria, aun estando lejos de él. Oscuros y rudos eran bajo muchos aspectos los tiempos en que se erigían catedrales, iglesias, casas religiosas, cuyas ruinas despiertan todavía nuestro asombro. Pero en ellos no tenía Inglaterra deudas nacionales, ni leyes para los pobres, ni ejército permanente, ni pobres por herencia, ni millones y millones de seres humanos que se levantan por la mañana sin saber dónde por la noche reclinarán su cabeza.

Con la decadencia del sistema feudal, se extendió el sistema de la propiedad privada, que produjo la caída de Roma. En Inglaterra, puede decirse en pocas palabras que las tierras de la Corona fueron en grandísima parte dadas á los favoritos; que las tierras de la Iglesia fueron divididas entre los cortesanos de Enrique VIII y en la Escocia tomadas por los nobles; que los tributos militares fueron abandonados en el siglo XVII y sustituidos por el impuesto sobre el consumo, y que por un procedimiento que empezó con los Tudors y ha continuado hasta nuestro tiempo, todas las tierras comunales, menos una fracción nominal, han venido cerrándose y cercándose por los grandes propietarios, en tanto que la misma propiedad privada se extendió é impuso en Irlanda y la Alta Escocia parte con la espada y parte con la corrupción de sus jefes. Aun los tributos militares serían hoy más que suficientes para pagar los gastos públicos, sin un centésimo de otros impuestos, si hubiesen sido permutados en vez de abandonados.

En el Nuevo Mundo, cuyas instituciones han sido trasplantadas de la Europa, es apenas necesario recordar que los grandes repartos de tierras proceden de la turbulenta y retrógrada América Española; que á las

grandes plantaciones en los Estados del Sur de la Union fué debida la persistencia de la esclavitud, y que los arreglos territoriales en los Estados septentrionales se amoldaron más á los primitivos sentimientos de los ingleses, porque la tierra era convenientemente dividida y las tentativas de establecer tenencias señoriales fracasaron casi por completo. En esto se encierra el secreto del mayor progreso y del desarrollo más vigoroso de los Estados del Norte. Pero la idea de considerar y emplear la tierra como propiedad privada surgió en la mente de los ingleses antes de terminarse el período colonial, y vino así á implantarse en los Estados Unidos. Y aunque al principio la tierra era vendida á bajo precio y después dada á quien se establecía y la ocupaba, ella fué, sin embargo, vendida después en grandísimas extensiones á especuladores, dada á empresas de ferrocarriles y para otros objetos, hasta que el dominio público de los Estados Unidos, que en las generaciones pasadas parecía ilimitado, hoy prácticamente ha desaparecido. Y esto, como la experiencia de otros países lo demuestra, es el resultado natural, en una comunidad en desarrollo, de hacer la tierra propiedad privada. Cuando la posesión de la tierra significa la adquisición de una riqueza no ganada, los fuertes y poco escrupulosos la aseguran para ellos. Pero cuando, como nosotros proponemos, la renta económica, esto es, «el aumento no ganado de la riqueza», sea tomado por el Estado para uso de la comunidad, entonces la tierra pasará á las manos y será retenida por quien la usa, ya que cualquiera que sea su valor, su posesión será de provecho solamente á quien la usa.

En cuanto á la paz y tranquilidad de la vida del hombre, que según Vuestra Santidad, da la propiedad privada de la tierra, basta solamente mencionar el hecho palpable y conocidísimo de las guerras y litigios que engendra la lucha por la tierra, mientras es la pobreza, producida por la propiedad privada de la tierra, la que hace de las cárceles y asilos los inseparables atributos de lo que llamamos civilización cristiana. Vuestra Santidad afirma que la ley divina sanciona la propiedad

privada de la tierra, citando la sentencia del *Deuteronomio*: «Tú no desearás la mujer de tu prójimo, su casa, su campo, su siervo, su sierva, su buey, su asno ó cualquier otra cosa que sea suya.»

Si Vuestra Santidad deduce de las palabras *ni su campo* que esto deba traducirse como una sanción de la propiedad privada de la tierra tal cual hoy existe, entonces con mayor razón las palabras *su siervo, su sierva*, deben ser tomadas como una sanción de la esclavitud humana, porque es evidente, por otras disposiciones del mismo Código, que estas palabras se refieren al siervo legado durante años y á los esclavos perpetuos. Pero la palabra *campo* encierra la idea del uso y mejoramiento que apareja el derecho de posesión y de tenencia, sin reconocimiento de la propiedad sobre la misma tierra. Y que la referencia al campo no es una sanción de la propiedad privada de la tierra, tal cual hoy existe, lo prueba el hecho de que el Código Mosaico niega expresamente tal propiedad sin restitución con la declaración de que «la tierra tampoco será vendida para siempre, porque ella es mía y vosotros sois extranjeros y pasajeros conmigo», la cual proveía á la restitución de ella cada cincuenta años, y así aseguraba, en un modo adaptado á las primitivas condiciones industriales de la época, un pie en la tierra á todo el pueblo elegido.

En toda la Escritura no se podrá encontrar la más ligera justificación del derecho de propiedad que comprende la tierra, como justamente comprende las cosas producidas por el trabajo. En toda ella es mirada como la libre bondad de Dios. «La tierra que el Señor tu Dios te da.»

6.º *Que los padres deben proveer á las necesidades y sustento de sus hijos y que la propiedad de la tierra les permite hacerlo.*

Con todo lo que Vuestra Santidad pueda decir respecto de la santidad de las relaciones de familia, nosotros estamos plenamente de acuerdo. Alegáis que la propiedad privada de la tierra es necesaria para que el

padre pueda cumplir con sus deberes, y de aquí que ella es indispensable y justa, porque «es la ley más sagrada de la Naturaleza que el padre deba proveer de alimento y todo lo necesario á los que ha engendrado; y análogamente, la Naturaleza manda que los hijos del hombre que tendrán después que educarse para dirigir su vida y desarrollar su personalidad, deben ser provistos por él de todo lo que necesiten para que puedan honorablementè luchar y no ser oprimidos por la necesidad y la miseria en los vaivenes é incertidumbres de esta vida mortal. De ningún modo puede un padre conseguir esto sino con la adquisición de una propiedad que él pueda transmitir á sus hijos en herencia.»

Gracias á Aquel que ha legado á las generaciones de los hombres una provisión que engendra el más puro de los afectos para saludar nuestra venida al mundo, y que ha hecho después endulzar nuestra partida de él con el amor filial, es un deber y un goce para el padre ocuparse del hijo hasta que sus fuerzas decaídas invierten en el orden natural este grato deber y privilegio, haciendo que el hijo deba procurar el sustento al padre. Esta es la razón y fundamento natural de las relaciones del matrimonio, fuente de las más dulces, más tiernas y más puras de las alegrías humanas que la Iglesia Católica ha conservado con celosa y vigilante protección.

Necesitamos, sí, la providencia de nuestros padres durante unos pocos años de nuestra vida. ¡Pero cuán pequeña, pasajera y limitada es esta necesidad comparada con la de Aquel por el cual aquí estamos, nos movemos y existimos! «¡Padre Nuestro que estás en los Cielos!» Es á El, al dispensador de todo don perfecto y bueno, y no á nuestros padres terrenales, á quien Cristo nos enseñó dirigirle esta plegaria: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy.» ¡Y cómo es verdad que sólo por El las generaciones de los hombres existen! Que la medida de la temperatura de la tierra suba ó baje unos pocos grados solamente, cantidad insignificante comparada con las diferencias producidas en nuestros laboratorios, y la humanidad desaparecerá como el hielo bajo el sol del trópico, ó caerá como las hojas al aparecer la helada. O

que por dos ó tres generaciones la tierra nos niegue sus productos, y entonces, ¿cuántos de nuestros millones sobrevivirían?

¡El deber de los padres de transmitir á los hijos *una propiedad provechosa*, de que sacarán el sustento y los preservará de la miseria y las necesidades en las incertidumbres de esta vida mortal! Lo que no es posible no puede ser un deber. ¿Y cómo es posible á los padres cumplir con este deber? Vuestra Santidad no ha considerado cómo la humanidad realmente vive de las manos á la boca, procurándose incesantemente y día á día el sustento indispensable y lo poco que una generación deja y puede dejar á la otra. Es muy dudoso si la riqueza del mundo civilizado, abarcada totalmente, asciende al equivalente de un año de trabajo, pero lo que es indudable es que si el trabajo cesara de golpe y los hombres confiaran en la acumulación existente, el hambre y la peste pasearían en pocos días su espectro en los países más ricos antes que en otros.

La *propiedad provechosa* á que Vuestra Santidad se refiere es la propiedad privada de la tierra. Ahora bien; según todos los economistas lo entienden, tierra provechosa es la superior á la que la generalidad de los hombres pueden obtener. Es la tierra que dará al propietario, por el solo hecho de tal, una renta, y que por consecuencia le permitirá apropiarse sin trabajo de los productos del trabajo, es el provecho obtenido por un individuo mediante el robo hecho á otros individuos. Por lo tanto, es posible solamente á algunos padres dejar á los hijos tierra provechosa. De suerte que lo que Vuestra Santidad prácticamente declara es que es deber de todos los padres luchar para dejar á los hijos lo que solamente unos pocos, especialmente fuertes, afortunados, ó tal vez poco escrupulosos, pueden dejar; es al fin algo que, llámese robo ú otra cosa, significa un despojo de los dones materiales de Dios.

Esta doctrina anticristiana ha sido implantada, desde nace largo tiempo, en el mundo civilizado. ¿Cuáles son sus resultados? ¿No son todos los males establecidos en vuestra Encíclica? ¿No son ellos los que lejos de poner á

los hombres en condiciones de preservarse de las necesidades y la miseria, en las vicisitudes de esta vida mortal, condenan á la inmensa mayoría de los hombres á sufrir esas mismas necesidades y miserias, á las cuales las condiciones naturales de la vida no nos encadenan, á una necesidad y miseria más profunda y más difundida que la que existe entre los salvajes de más baja escala? Bajo el régimen de la propiedad privada de la tierra, y en los países más ricos, ni un cinco por ciento de los padres pueden dejar á su muerte nada tangible á sus hijos, y probablemente la gran mayoría no dejan ni lo suficiente para su propia sepultura. Algunos hijos reciben de sus padres más fortuna de la que necesitarían y merecerían, pero la inmensa mayoría de los padres no dejan nada; mas por el sistema que hace la tierra propiedad privada, son despojados de la bondad de su Padre Celeste; están obligados á implorar á los otros que se les permita vivir y trabajar, y emplean sus vidas por un mísero mendrugo que no basta á preservarlos de la muerte por hambre y del pauperismo.

Lo que Vuestra Santidad actualmente pide—aunque sin darse cuenta—es que los padres de la tierra hagan las veces del Padre Celeste. No es á una generación á la que atañe proveer á las generaciones siguientes de «todo lo que es necesario á preservarla de la necesidad y la miseria». Esto incumbe á Dios. Nosotros no creamos á nuestros hijos más de lo que creamos á nuestros padres. Es Dios el Creador de las generaciones que vendrán, como lo es de todas las que nos han precedido. Y para emplear vuestras propias palabras, «la Naturaleza (Dios) debe, pues, al hombre un depósito que no faltará nunca, la provisión diaria de nuestras necesidades cotidianas, lo que él sólo puede encontrar en la inagotable fertilidad de la tierra. Lo que ahora pretendéis es que es deber de los padres proveer á las necesidades de sus hijos, apropiándose de este depósito y privando á los hijos de otros hombres de la incesante provisión que Dios ha puesto á disposición de todos.

El deber del padre para con sus hijos, el deber de todos los padres, ¿no debiera ser el educar y enseñar á

sus hijos que al hacer su entrada á la vida, sanos de cuerpo y espíritu, con hábitos de virtud, piedad é industria, es para ejercerlos en un estado social que les dará á ellos y á todos los demás el libre acceso á la bondad del Creador, á la provisión del Padre de todos?

Al hacer esto, el padre aseguraría á sus hijos contra el peligro de la necesidad y de la miseria, más que lo que ahora es posible al más rico de los padres, porque la providencia de Dios supera á la del hombre. Porque la justicia de Dios se burla de los esfuerzos de los hombres para engañarla, y porque la falaz ley que hoy impera en la humanidad envenena la riqueza del rico con el sufrimiento del pobre. Aun los pocos que pueden en la lucha por la vida dejar á sus hijos una riqueza que ellos creen suficiente para preservarlos de la necesidad y la miseria, ¿lo consiguen acaso? ¿Muestra por ventura la experiencia que es un beneficio para el hijo colocarlo sobre sus semejantes y hacerle creer que la Divina ley del trabajo no ha sido hecha para él? ¿No es tal riqueza un don funesto más bien que una bendición, y el esperarla no destruye el amor filial, trae discordias, enemistades y rencores en las familias? ¿Y hasta qué punto son los más ricos y más fuertes capaces de eximir á sus hijos de la suerte común? Nada es más cierto que la sangre de los amos del mundo corre hoy por las venas de los *lazzaroni* y que los descendientes de reyes y príncipes se albergan en buhardillas y pululan en barrios miserables.

Pero en el estado social que nosotros nos esforzamos en alcanzar, donde el monopolio y el despilfarro de lo que Dios ha dado á todos los hombres cesaría, y los frutos del trabajo irían al trabajador, todos podrían ganarse la vida, con un trabajo razonable; y los inválidos, los desgraciados, los incapaces, los que carecen de sus protectores naturales, podrían recibir de la sociedad el socorro que suministraría ampliamente ese gran fondo social del valor siempre creciente de la tierra, y cuyo socorro recibirían, no como una limosna mezquina y degradante, sino como un derecho de protección y seguridad que en un Estado cristiano la sociedad debe á todos sus miembros.

Así es que lejos de proporcionar un argumento las relaciones de familia en favor de la propiedad privada de la tierra, la condenan resueltamente, y nos impulsan con poderosas razones á abolirla de inmediato por el arbitrio sencillo y eficaz del impuesto único (*single tax*).

Este deber del padre, esta obligación para con los hijos no se circunscribe solamente á los que tienen hijos propios, mas también incumbe á todos nosotros, que debemos asumir los poderes y las responsabilidades del género humano.

¡Pues qué! ¿No puso Jesús un niño en medio de sus discípulos, diciéndoles que estos ángeles contemplaban el rostro de Dios Padre, y que sería mejor para un hombre colgarse al cuello una rueda de molino y sumergirse en lo más profundo del mar, que hacerle el más pequeño mal á aquel niño?

¿Y cuál es hoy el resultado de la propiedad privada de la tierra en los países más ricos, llamados cristianos? ¿No es verdad que los jóvenes temen contraer matrimonio, los matrimonios miedo de tener hijos, los hijos arrebatados de la vida por falta de alimento ú obligados á trabajar, cuando debían estar en la escuela ó en los goces y entretenimientos de su edad, y que gran número de los que llegan á la edad madura entran á ella gastados, con el cuerpo mal nutrido, con los nervios en tensión, la mente poco desarrollada, en condiciones que los condena anticipadamente no sólo al sufrimiento, sino al crimen, á la cárcel y al prostíbulo?

Si Vuestra Santidad reflexiona sobre estas cosas, seguros estamos de que su defensa de la propiedad privada ha de trocarse en severo anatema.

7.º *Que la propiedad privada de la tierra estimula la industria, aumenta la riqueza y liga al hombre al suelo y á su país.*

El pensamiento de Arturo Young «que la magia de la propiedad hace cambiar la arena en oro», nace de la confusión de la propiedad con la posesión, de que antes he hablado, que atribuye á la propiedad privada de la

tierra lo que es debido á la seguridad de los productos del trabajo. Me parece inoficioso entrar á demostrar de nuevo que el cambio que nosotros proponemos, el impuesto sobre el valor de la tierra para uso público, ó la renta económica y la abolición de todos los demás impuestos, daría á quien usa la tierra mucha más seguridad á los frutos del trabajo que el presente sistema, y por consiguiente, mucha más estabilidad de posesión. Ni es necesario demostrar que esto daría casa y hogar á quien no lo tiene y vincularía los hombres á su país. Porque por tal reforma, el que quisiera un pedazo de tierra para su hogar ó para un empleo productivo, podría obtenerle sin precio de compra y mantenerlo también sin impuesto, desde que el impuesto que nosotros proponemos no gravaría todas las parcelas de tierra, ni toda la tierra en uso, pues que en realidad no sería de ningún modo un impuesto, sino simplemente una compensación al Estado por el uso de un privilegio de más ó menos valor. Y aun aquellos que por sus circunstancias ú ocupaciones no quisiesen hacer uso permanente de la tierra, tendrían un interés igual á todos los demás en la tierra de su país y en la prosperidad general.

Mas yo desearía que Vuestra Santidad considerase cuán antinatural es la condición de las masas en nuestros países cristianos más ricos y florecientes; cómo gran parte de ellas viven en habitaciones en que un hombre rico no consentiría que durmiese un perro; cómo la gran mayoría no tiene un albergue de que no corra peligro de ser arrojado al primero y más leve infortunio, y guarecerse, como única esperanza, en los asilos que le ofrece la compasión y la caridad pública. Yo rogaría á Vuestra Santidad que reflexionase cómo la gran mayoría de los hombres de tales países no tienen interés que les induzca á llamar *su tierra* á la tierra nativa, por la cual, sin embargo, se les dice que en ciertos casos deben luchar y morir. ¿Qué derecho, por ejemplo, tienen la mayoría de vuestros connacionales á la tierra en que han nacido? ¿Pueden ellos vivir en Italia, fuera de una prisión ó en hospicios, sin comprar el privilegio á algunos de los exclusivos amos de Italia? ¿Puede hacer

más de esto un inglés, un americano, un árabe ó un japonés? ¿No se puede, pues, repetir lo que Tiberio Gracco dijo hace siglos: «¡Hombres de Roma, vosotros sois llamados los señores del mundo, pero no tenéis derecho á un pie cuadrado de vuestra tierra! ¡Las bestias salvajes tienen sus guaridas, pero los soldados de Italia tienen solamente aire y agua!...»?

Lo que es verdad en Italia lo está siendo paulatinamente en todo el mundo civilizado. Es el efecto inevitable de la propiedad privada de la tierra á medida que avanza la civilización.

8.º *Que el derecho que consagra la propiedad particular de la tierra viene de la Naturaleza, no del hombre; que el Estado no tiene el derecho de abolirla, y que el tomar el valor de la tierra con un impuesto, sería injusto y cruel para el propietario.*

Esto, como muchas otras cosas que Vuestra Santidad dice, está disfrazado en el uso de las palabras mal definidas *propiedad privada* y *posesión privada*, falta de precisión que sin duda ha contribuido á confundir las ideas expuestas en Vuestra Encíclica. Pero el contexto de ésta no deja lugar á dudas, que por propiedad particular Vos entendéis propiedad privada de la tierra, y por poseedor privado el poseedor privado de la tierra.

El sostener así que la propiedad privada de la tierra viene de la Naturaleza, no del hombre, no tiene más fundamento que la confusión de la propiedad con la posesión y el atribuir á la propiedad privada de la tierra lo que únicamente pertenece á la propiedad de los frutos del trabajo. Vos no intentáis demostrar ésta y dar alguna base á vuestro aserto, como nadie jamás lo ha intentado. Que la propiedad privada en los productos del trabajo viene de la Naturaleza, es claro, porque es la Naturaleza la que suministra esos productos al trabajo, y sólo al trabajo. Nosotros sabemos que cada artículo de tal género surge á la existencia como respuesta de la Naturaleza al trabajo del hombre ó de los hombres indi-

vidualmente, y que ella da directamente á él ó á ellos, adhiriéndose así á tales cosas un derecho de propiedad privada que nace y vuelve á la fuente de la propiedad que las ha creado. Este derecho es anterior al Estado y superior á sus leyes, por lo cual, como nosotros sostenemos, es una violación del derecho natural, una injusticia y un despojo contra el propietario particular, establecer impuestos sobre los procedimientos y productos del trabajo. Estos no pertenecen al César. Son cosas que Dios—del cual la Naturaleza es sólo una expresión—ha dado á los que se las piden por el único medio que El ha establecido, por el trabajo.

¿Pero quién sería capaz de encontrar huellas de la propiedad privada de la tierra en ninguna concesión hecha por el Hacedor de la tierra? ¿En qué la Naturaleza ha caracterizado tal propiedad ó qué le ha dado de especial? ¿Cómo y por qué medio podría reconocerse? ¿Pretenderá alguno demostrar por la diferencia de formas, de líneas, de estatura ó por el color de la piel, por la anatomía de su cuerpo ó por el análisis de sus facultades y necesidades, que un hombre ha sido hecho por la Naturaleza para ser propietario de la tierra y otro para habitarla como arrendatario de él? Que lo que surge á la vida por obra del hombre y muere con él, lo que no es más que la expresión efímera de su trabajo, el hombre puede mantenerlo y transferirlo como exclusiva propiedad individual, es natural y comprensible; pero ¿cómo puede tal propiedad individual ser inherente á la tierra, que existía antes que el hombre, que continuará existiendo mientras las generaciones van y vienen, ese inagotable depósito que el Creador da al hombre como *provisión inextinguible de sus necesidades cotidianas?*

Evidentemente, la propiedad particular de la tierra emana del Estado, no de la Naturaleza. De modo que no sólo no se puede hacer objeción con pretexto de moralidad cuando se propone su abolición total por el Estado, sino que desde que ella es una violación del derecho natural supuesto, que su existencia envuelve una gran injusticia de parte del Estado ó *una impía rebe-*

lión á las intenciones benévolas del Creador, es un deber moral del Estado suprimirla.

Así, pues, lejos de haber nada de injusto en tomar el valor entero—ó renta económica—de la propiedad privada de la tierra, para sufragar los gastos de la comunidad, la verdadera injusticia, rayana en el robo y asesinato, está en dejarla en manos de los particulares.

Y cuando Vuestra Santidad se persuada de esto, yo no temo que preste oídos, ni por un momento, al indebido reclamo de los que pretenden que antes que la comunidad tome lo que Dios ha querido que se tome, antes que los despojados de sus derechos naturales puedan recuperarlos, los actuales propietarios de la tierra deben ser previamente indemnizados.

Porque no solamente veréis que el impuesto único beneficiará directa y ampliamente á los pequeños propietarios, cuyos intereses, como trabajadores y capitalistas, son mucho mayores que sus intereses como dueños de la tierra, sino que hasta los mismos grandes propietarios, que perderían en apariencia por la disminución de sus rentas é hipotecas, ganarían en absoluto con el aumento de la prosperidad general y el mejoramiento moral de una manera tan rápida, intensa y duradera, que á su lado desaparecen todos los cálculos de ganancias ó pérdidas con que sus reclamos de hoy se esforzarían en hacer vacilar vuestra fe de cristiano y faltar á vuestros deberes de hombre.

Allí donde el Estado expropia cierta área de tierra para uso público, es sencillamente justo que los expropiados sean compensados, porque unos propietarios serían tratados más duramente que otros. Pero allí donde por una medida general, que alcanza á todos igualmente, la renta sea apropiada en beneficio de todos, no puede haber base para semejante reclamo. La compensación en tal caso sería la continuación de la misma injusticia bajo otra forma, sería dar á los propietarios en forma de intereses lo que antes obtuvieron en forma de renta. Vuestra Santidad sabe que justicia é injusticia no son cosas que se cambian como en un juego de prestidigitación, y cuando os penetréis acabadamente de que la tierra

es realmente el depósito que Dios debe á todos sus hijos, acogeréis tales reclamos de compensación como Moisés hubiera escuchado una demanda de los Faraones de ser compensados antes de dejar partir á los hijos de Israel.

¿Recompensados por qué cosa? ¿Por restituir lo que injustamente ha sido detentado? Pero la demanda de los propietarios no es esta. Nosotros no pretendemos despojar á los egipcios; no pedimos que lo que injustamente ha sido tomado á los trabajadores sea restituído. Nosotros pedimos que lo pasado sea pasado, y que los males ya extinguidos entierren á los que están muertos. Nosotros proponemos dejar á aquellos que, por la pasada apropiación del valor de la tierra, han tomado los frutos del trabajo, que retengan lo que han tomado. Nosotros sólo pedimos que cese en el porvenir tal robo del trabajo, y que los propietarios paguen en lo sucesivo á la comunidad la renta que justamente es debida á la comunidad.

III

Lo dicho es suficiente para demostrar á Vuestra Santidad el error en que incurris al confundir á los que, con la abolición de la propiedad particular de la tierra, buscamos asegurar más plenamente los verdaderos derechos de propiedad, con los que llamáis socialistas, y que quieren hacerlo todo propiedad común. Pero es que Vos cometéis una injusticia aun con los socialistas.

Entre éstos, es verdad, hay muchos que sintiendo con amargura la monstruosa injusticia de la presente distribución de la riqueza, están animados solamente por un odio ciego á los ricos y por el deseo de destruir las condiciones sociales existentes. Esta clase es menos peligrosa que los que dicen que ningún mejoramiento social es necesario ó posible. Pero no es exacto confundir con ellos los que, aunque erróneamente, proponen planes definidos de remedios sociales.

Bajo la denominación de socialistas, según yo lo entiendo, ha venido á comprenderse, aunque de una manera impropia y vaga, á todos los que deseando un mejoramiento social, no lo buscan, como Vos afirmáis, en la abolición de toda propiedad, pues los que así piensan se llaman propiamente comunistas. Lo que los socialistas piden es que el Estado se adueñe del capital (en el que ellos incluyen erróneamente la tierra), ó mejor dicho, de los grandes capitales, y que el Estado sea el que tome la dirección y manejo, al menos de las más grandes operaciones de la industria. Por tal medio, ellos esperan abolir el interés, que consideran una injusticia y un mal; abolir las ganancias de los negociantes, especuladores, constructores y prestamistas; abolir el sistema actual del salario: asegurar una cooperación general é impedir la concurrencia, que consideran la causa fundamental del empobrecimiento del trabajo. Los más moderados de entre ellos, sin ir tan lejos, siguen la misma dirección, y buscan ciertos remedios ó paliativos para la peor forma de la pobreza en la reforma de la legislación. El carácter esencial del socialismo es el de buscar en la ampliación de las funciones del Estado el remedio para los males sociales, y de sustituir á la libre concurrencia y libre juego del esfuerzo y libertad individual la tutela y dirección del Estado.

Aunque no clasificados usualmente como socialistas, los *trade-unionistas* y los proteccionistas tienen su mismo carácter esencial. Los *trade-unionistas* buscan el aumento del salario, la reducción de las horas de trabajo, el mejoramiento general de las condiciones del obrero, organizándose en corporaciones y asociaciones que fijan los precios de la venta del trabajo, tratan con los patronos como un solo cuerpo en caso de disputa; emplean como arma necesaria, en ciertos casos, la huelga, y acumulan fondos para este objeto y para sostener durante ella á los obreros, lo mismo que cuando éstos se hallen sin trabajo. Los proteccionistas, por su parte, buscan por medio de prohibiciones é impuestos sobre la importación, regular la industria y dominar los cambios de cada país de manera á diversificar, según ellos ima-

ginan, sus industrias propias y prevenir la concurrencia de otros países.

En el extremo opuesto están los anarquistas, palabra que aunque frecuentemente aplicada á los solos destructores violentos, comprende también á los que, viendo los muchos males del *demasiado gobierno*, consideran el gobierno en sí mismo como un mal, y creen que en la ausencia del poder coercitivo, los intereses mutuos de los hombres asegurarían espontáneamente lo que la cooperación necesita.

De todos ellos difieren aquellos en cuyo nombre me dirijo á Vuestra Santidad. Creyendo que los derechos de la verdadera propiedad son sagrados, nosotros consideramos la imposición del comunismo como un robo que traería la destrucción; aunque no dejamos de reconocer que el comunismo voluntario podría ser el estado más alto posible que el hombre pueda concebir, como tampoco afirmamos que sería imposible á la humanidad llegar á ese estado, desde que entre los primeros cristianos y las órdenes religiosas de la Iglesia católica, encontramos ejemplos de sociedades comunistas en pequeña escala. San Pedro y San Pablo, Santo Tomás de Aquino y Fray Angélico, las órdenes ilustres de los carmelitas, franciscanos y jesuitas, cuyo heroísmo llevó la cruz entre las tribus más salvajes de las florestas americanas, las comunidades, que dondequiera que vuestra religión es conocida, no encontraron jamás la obra de la clemencia impracticable ó demasiado peligrosa, eran y son comunistas. Conociendo esto, no podemos decir que sea irrealizable una condición social en la cual los lazos fuertes de un amor que uniera á todos podría sustituir todos los otros móviles. Pero tal estado, estamos convencidos, sería solamente posible allí donde existiera una general é intensa fe religiosa, al cual sólo puede llegarse á través de un estado de justicia. Porque el hombre, antes que poder ser un santo, debe ser un hombre honesto.

De entrambos, socialistas y anarquistas, nosotros, que á falta de mejor nombre nos llamamos *hombres del impuesto único* (*single tax men*), diferimos fundamen-

talmente. Nosotros creemos que unos y otros yerran, aunque en opuesto sentido, los unos ignorando la naturaleza social del hombre, los otros ignorando su naturaleza individual. Porque mientras nosotros vemos que el hombre es ante todo un individuo, y nada más que perjuicio y daño le causa, ó puede causarle, la intromisión del Estado en cosas que sólo atañen á la acción individual, vemos, por otro lado, que él es un ser social, ó como lo llama Aristóteles, un animal político, y que el Estado es un elemento necesario del progreso social desde que tiene un lugar indispensable en el orden natural. Considerando nuestro organismo como análogo al organismo social, y las funciones propias del Estado análogas á las que en el organismo humano desempeña la inteligencia consciente, en tanto que el juego de los impulsos é intereses individuales realizan funciones similares á los instintos inconscientes y movimientos involuntarios, los anarquistas nos parecen iguales á los que intentaran dirigir sus cuerpos sin cabeza, y los socialistas á los que pretendieran regular las maravillosas, complejas y delicadas funciones internas del organismo por medio de una voluntad consciente.

Los anarquistas á que me refiero, son pocos y de poca importancia práctica. Es con el socialismo en sus variadas fases con el que nosotros debemos luchar. Con los socialistas tenemos algunos puntos en que convenimos, porque nosotros reconocemos plenamente la naturaleza social del hombre, y creemos que todos los monopolios debieran ser ejercidos y dirigidos por el Estado. En éstos, y en las instituciones en que la higiene pública, la instrucción, los medios de comunicación y otras cosas de interés general podrían ser mejorados, nosotros también queremos extender las funciones del Estado.

Pero nos parece que el defecto esencial del socialismo en todos sus grados es que no va á la raíz de los males sociales. El toma sus teorías de los que han pretendido justificar la pobreza de las masas, y sus fautores generalmente enseñan la absurda y degradante doctrina de que la esclavitud ha sido la primera condición del trabajo. El supone que la tendencia del salario al mínimo

es la ley natural, y quiere abolir el salario; supone que el resultado natural de la concurrencia es aniquilar á los trabajadores, y quiere abolir la concurrencia con restricciones, prohibiciones y extensiones del poder gubernativo. Así, tomando erróneamente el efecto por la causa, maldiciendo puerilmente de la piedra que lo hiere, malgasta esa escuela sus fuerzas en buscar remedios que si no son peores, son fútiles. Aunque asociado en muchos puntos á aspiraciones democráticas, su esencia lleva á la misma desilusión en que cayeron los hijos de Israel cuando, contra las protestas de su profeta, insistieron en tener un rey, desilusión que ha corrompido en todas partes las democracias y entronizado los tiranos, alegándose que el poder que da el pueblo debe ser ejercido en beneficio del pueblo, y que merced á cierto mecanismo y disposición de las fuerzas humanas, puede asegurarse á la labor individual mayor eficiencia y más virtud que la que los pueblos mismos poseen.

Esta superficialidad y tendencia puede verse en todas las fases del socialismo.

Tomad, por ejemplo, el proteccionismo. El apoyo que éste encuentra, y merced al cual se sostiene, no es sólo el deseo egoísta de los vendedores de obligar á los que compran á pagar más caros sus productos; nace además de ideas superficiales, tales como que la producción, no el consumo, es el fin del trabajo; que el dinero vale más de lo que realmente vale; que vender es de mayor provecho que comprar, y sobre todo del deseo de limitar la concurrencia, que engendra la falta de análisis de los fenómenos que necesariamente se originan cuando los hombres que tienen necesidad de trabajar se ven privados por el monopolio del acceso al natural é indispensable agente de todo trabajo. Sus métodos implican la idea de que los gobiernos pueden dirigir el empleo del trabajo y la inversión de los capitales más sabiamente que los trabajadores y los capitalistas, y que los hombres que forman los gobiernos ejercerían el poder por el bien general y no en el de su propio interés. Estos métodos tienden á multiplicar los oficios y empleos públicos, á restringir la libertad, inventar delitos, promo-

ver el perjurio, el fraude y la corrupción; y si la teoría que los engendra hubiera de llevarse á la práctica hasta sus últimas consecuencias, destruiría la civilización y reduciría la humanidad al estado salvaje.

Tomad el *trade-unionismo*.

Mientras su objeto directo es promover y fomentar la idea de la mutualidad de intereses, y frecuentemente ayuda la educación política y levanta la moral del obrero, mejorando y haciendo más desahogada la condición de los limitados gremios, no atiende tal sistema á las causas generales que determinan las condiciones del trabajo, y lucha sólo para levantar una pequeña parte del gran cuerpo de trabajadores con medios que no pueden ayudar á los demás. Tendiendo á restringir la competencia—esto es, limitar el derecho al trabajo—, sus procedimientos son como los de un ejército que, aun en una causa justa, son subversivos de la libertad y fáciles al abuso, mientras que su arma—la huelga—es destructora por su misma naturaleza, porque para combatientes y no combatientes es una forma de guerra pasiva. Aplicar el principio de las *Trades-Unions* á cada industria, como algunos sueñan, sería establecer entre los hombres un sistema de castas.

O tomad aquellas medidas moderadas, como el limitar las horas de trabajo y limitar el trabajo de las mujeres y niños. Ellas son superficiales, al no considerar otra cosa que el anhelo de los hombres, mujeres y niños por un trabajo más moderado, y al querer por la fuerza destruir el *surmenage*, ignorando absolutamente que es el doloroso aguijón de la miseria lo que empuja á los seres humanos al *surmenage*. Y los procedimientos á que recurren tales prohibiciones, multiplican los empleados, coartan la libertad personal, tienden á la corrupción y se prestan al abuso.

Hay un socialismo más profundo que merece el máximo honor, porque tiene el coraje de sus convicciones, que quisiera llevar aquellas medidas á su plena expresión. Pero saltando sin esfuerzo á las conclusiones para descubrir la causa, él no llega á ver que la opresión social no viene de la naturaleza del capital, sino del mal

que roba á este mismo, desviándolo de sus funciones naturales y divorciándolo de la tierra; que crea un capital ficticio, que en realidad es monopolio capitalizado; que sería imposible que el capital oprimiera al trabajo, si éste tuviese libre acceso al material natural de la producción; que el sistema del salario surge, de suyo, de la mutua conveniencia, siendo una forma de cooperación en que una de las partes prefiere algo cierto, á un resultado eventual; que lo que el socialismo llama *férrea ley del salario*, no es la ley natural del salario, sino la ley en las actuales condiciones antinaturales, en las que los hombres están reducidos á la impotencia por estar privados de los materiales para la vida y para el trabajo; que lo que él erróneamente toma por males de la competencia, son realmente males de una competencia restringida, porque son debidos á la competencia unilateral, á la cual son forzados los hombres cuando están privados de la tierra, y que sus métodos, la organización de los hombres en ejércitos industriales y la dirección y vigilancia de toda producción y cambio por medio de *bureaux* gubernativos ó mixtos, darían por resultado, si se les llevara á la práctica, un despotismo faraónico.

Nosotros diferimos de los socialistas en nuestro diagnóstico del mal y diferimos en los remedios. Nosotros no tememos al capital, considerándolo como servidor natural del trabajo; nosotros consideramos el interés en sí mismo como natural y justo; nosotros no queremos poner límites á la acumulación, ni imponer al rico ninguna carga que no gravite también sobre el pobre; nosotros no sólo no vemos ningún daño en la competencia, sino que consideramos que la competencia ilimitada es necesaria á la salud del organismo social é industrial, como la libre circulación de la sangre lo es á la salud del organismo animal, y que ella es el medio por el cual la cooperación más plena puede ser asegurada. Nosotros tomaríamos para la comunidad solamente lo que pertenece á la comunidad, el valor que adquiere la tierra con el aumento de la comunidad, dejando como cosa sagrada lo que pertenece al individuo, y considerando los

monopolios que son necesarios como funciones del Estado, proponemos abolir todas las restricciones y prohibiciones, salvo las que sean requeridas por la seguridad, la moral, la higiene y la conveniencia pública.

Pero la diferencia fundamental, sobre la que encarezco especialmente la atención de Vuestra Santidad, es la siguiente:

El socialismo en todas sus formas considera que los males de nuestra civilización son engendrados por la insuficiencia y la falta de armonía en las relaciones de la Naturaleza, que deben organizarse y mejorarse por medios artificiales.

Con este propósito confía al Estado la organización inteligente de las relaciones industriales entre los hombres, como si se tratara de la construcción de una gran máquina cuyo complicado engranaje debe ajustarse de cierta manera bajo la dirección de la inteligencia humana. Esta es precisamente la razón por la cual el socialismo tiende al ateísmo. No alcanzando á ver el orden y armonía de la ley natural, no llega á reconocer á Dios.

Por otra parte, nosotros, que nos llamamos *partidarios del impuesto único* (*single tax men*), nombre que únicamente expresa nuestro propósito práctico, vemos en las relaciones sociales é industriales, no una máquina que es necesario construir, sino un organismo que sólo es necesario dejar crecer. Nosotros vemos en las leyes naturales, sociales é industriales, la misma armonía que la que vemos en el organismo humano, que está fuera del poder de la inteligencia humana ordenar y dirigir, como lo está ordenar y dirigir los movimientos de su estructura orgánica. Nosotros vemos en estas leyes sociales é industriales una relación tan íntima con la ley moral, como debieron surgir en el Autor mismo de la Naturaleza, y que prueba que la ley moral es la guía segura del hombre, allí donde la inteligencia quisiera divagar ó extraviarse. Así, para nosotros, todo lo que es necesario para remediar los males de nuestra época, es hacer justicia y dar libertad. Esta es la razón por que nuestras creencias tienden hacia un credo que está de

acuerdo con una fe firme y reverente en Dios y con el reconocimiento de su Ley, como ley suprema, que los hombres deben seguir, si quieren asegurar la prosperidad y evitar la destrucción. Esta es la razón por que para nosotros la ciencia económica sólo sirve para demostrar la profundidad de la sabiduría, en la sencilla verdad que el pueblo oyó de los labios de Aquel de quien se decía con maravilla: «¿No es éste el carpintero de Nazareth?»

Y es por esto por lo que en lo que nosotros proponemos—asegurar á los hombres igualdad en las oportunidades naturales para el ejercicio de sus poderes y abolición de todas las restricciones legales en el ejercicio legítimo de estos poderes—nosotros vemos la conformidad de la ley humana con la ley moral, y por lo que sostenemos con confianza que este no es sólo el remedio suficiente para todos los males que Vos pintáis con tanta elocuencia, sino el único remedio posible.

No hay ningún otro. La organización del hombre es tal, sus relaciones con el mundo en que ha sido colocado son de tal naturaleza, que está fuera del alcance del ingenio humano imaginar ningún medio por el cual los males nacidos de la injusticia que roba á los hombres sus derechos de nacimiento puedan ser abolidos de otro modo que no sea por la justicia, abriendo á todos la bondad de que Dios ha hecho don á todos.

Ya que el hombre sólo puede vivir en la tierra y de la tierra; ya que la tierra es el depósito de materia y fuerza del que toma estos elementos el mismo organismo humano, y al cual es forzoso que recurra para todo lo que puede producir, ¿no se sigue irresistiblemente que dar la tierra en propiedad á algunos hombres y negar á otros todo derecho es lo mismo que dividir la humanidad en ricos y pobres, privilegiados y desheredados? ¿No se sigue que los que no tienen derecho al uso de la tierra solamente pueden vivir vendiendo su trabajo á los que tienen la tierra? ¿No se sigue que lo que los socialistas llaman *la férrea ley del salario* ó lo que la economía política llama *tendencia del salario al mínimo* debe sustraer á las masas pobres privadas de tierra—á

los verdaderos trabajadores, que por sí mismos no tienen la posibilidad de emplear su trabajo—todos los beneficios de cualquier adelanto ó mejoramiento posible que no cambie esta injusta distribución de la tierra? Porque no teniendo el poder de trabajar para sí solos, ellos deben, ó como vendedores ó como arrendadores de su trabajo, competir entre sí por el permiso de trabajar. Esta competencia forzosa de unos con otros, fuera del inagotable depósito de Dios, no tiene otros límites que la muerte por hambre, y debe finalmente forzar el salario al punto más bajo, punto en que la vida apenas puede sostenerse y la reproducción continuar.

Esto no quiere decir que todos los salarios deben descender á este punto, sino que el salario de esa capa necesariamente grandísima de trabajadores de un nivel común de inteligencia, conocimiento y habilidad, debe caer á este punto bajísimo. Los salarios de clases especiales que están al abrigo de la encarnizada competencia del mayor número, por conocimientos especiales, habilidad y otras causas, pueden permanecer sobre el nivel ordinario. Así, allí donde la habilidad de saber leer y escribir es poco común, la posesión de estas cualidades hace al hombre capaz de obtener salarios más altos que el trabajador común. Pero apenas la difusión de la educación hace general la habilidad de leer y escribir, estas ventajas desaparecen. De la misma manera, cuando un oficio requiere especial preparación ó aptitudes ó restricciones especiales lo hacen de difícil acceso, el refrenar la competencia tiende á mantener el salario de ese oficio á un nivel más alto. Pero apenas el progreso de las invenciones no hace necesarias habilidades especiales, ó las restricciones desaparecen, estos salarios más altos descienden al nivel ordinario. Y así, el salario es especial solamente hasta que ciertas cualidades, como la prudencia, la industria, el ahorro, pueden hacer al trabajador común capaz de mantener una condición superior á la de la mera subsistencia. Cuando estas cualidades se hacen generales, la ley de la competencia debe reducir sus ganancias y sus ahorros al nivel general, el cual, siendo la tierra monopolizada y el tra-

bajo desamparado, solamente puede ser el punto más próximo á la cesación de la vida.

O para decir lo mismo en otras palabras: siendo necesaria la tierra á la vida y al trabajo, los propietarios de ella podrán, en retribución del permiso de usarla, obtener de los trabajadores, cuando los necesitan, todo lo que el trabajo puede producir, salvo lo que les es indispensable para mantener la vida.

Así, allí donde la propiedad privada de la tierra ha dividido la sociedad en una clase de propietarios de la tierra y en otra de hombres privados de ella, allí no hay invención posible, ni mejoramiento social, industrial ó moral que pueda evitar la pobreza y el alivio de las condiciones generales de los simples trabajadores, si esas invenciones ó mejoramientos no afectan la propiedad particular de la tierra. Porque ya sea que el efecto de cada invención ó mejoramiento se traduzca en aumento de lo que el trabajo produce, ó la disminución de lo que es necesario para sostener al trabajador, tales factores apenas se hacen generales producen como resultado final el aumento de la renta de los dueños de la tierra, sin beneficiar en ningún sentido al mero trabajador. En ningún evento pueden, los que no tienen más que el poder del trabajo, poder que es absolutamente inútil sin los medios necesarios para el trabajo, conservar de sus ganancias más de lo que es suficiente para conservarles la vida.

Como esto es cierto, podemos verlo en lo que ocurre á nuestro alrededor. En nuestro tiempo, las invenciones y descubrimientos han aumentado enormemente el poder productivo del trabajo y reducido á la vez considerablemente el coste de muchas cosas necesarias para el mantenimiento del trabajador. ¿Han estos mejoramientos elevado en cualquier lugar las ganancias del simple trabajador? ¿No han ido los beneficios de aquéllos á parar *especialmente* á los propietarios de la tierra y aumentado enormemente el valor de la tierra?

Y digo *especialmente*, porque parte de los beneficios se ha ido en el coste y sostenimiento de los monstruosos ejércitos permanentes y preparativos de guerra; en el

pago de los intereses de las grandes deudas públicas, y largamente disfrazados como intereses de capitales ficticios, á los propietarios de otros monopolios además del monopolio de la tierra. Pero los mejoramientos que abolieran estos derroches, no beneficiarían el trabajo, sino que aumentarían simplemente los provechos de los propietarios. Y si también fuesen abolidos los ejércitos permanentes con todo lo que los acompaña y desaparecieran todos los demás monopolios con excepción del de la tierra; si los gobiernos llegaran á ser modelos de economía; si se evitaran los lucros de los especuladores, banqueros, agiotistas, de todos los que tienen provechos inmoderados; si cada uno viniera á ser tan estrictamente honesto, moral y probo, que fueran innecesarias las instituciones que garantizan la seguridad y la justicia, las cárceles y todos los medios represivos, el resultado no diferiría del que ha seguido al aumento del poder productivo.

Al contrario, ¿no se trocarían todas estas verdaderas bendiciones en hambre y necesidad para muchos de los que hoy encuentran difícil la mera subsistencia? ¿No es verdad que si se propusiese hoy el desarme de todos los ejércitos de Europa, como debieran desearlo todos los verdaderos cristianos, esto haría nacer el ansia y el miedo más grande por el hecho de arrojar al mercado del trabajo tantos trabajadores sin empleo?

La explicación de esta y de otras paradojas que á todos dejan atónitos, puede verse fácilmente. El efecto de todas las invenciones y mejoramientos que aumentan el poder productivo, que evitan el desperdicio y economizan el esfuerzo, es disminuir el trabajo necesario para obtener un resultado determinado y así ahorrar trabajo, por lo que nosotros llamamos á tales invenciones *labor-saving*, economizadoras del trabajo. Ahora bien; en un estado natural de la sociedad donde el derecho de todos á usar la tierra es reconocido, los progresos que economizan el trabajo pueden llegar al más alto grado imaginable, sin disminuir la demanda de trabajo, desde que en tales condiciones naturales esa demanda descansa en las aspiraciones del hombre á los goces de la vida y en

un instinto poderoso que el Creador ha colocado en el corazón humano. Pero en un estado antinatural de la sociedad, donde la inmensa mayoría de los hombres es desheredada de todo menos del poder del trabajo, donde la oportunidad del trabajo sólo puede serles dada por otros hombres, tal demanda se convierte simplemente en un pedido de servicios en favor de los que son dueños de las oportunidades naturales, y el hombre mismo viene á ser una mera comodidad. De aquí, pues, que aunque el efecto natural del progreso que economiza el trabajo sea el de aumentar el salario, sin embargo, en la condición antinatural producida por la propiedad privada de la tierra, ese efecto y el de otros progresos morales, como el desarme de los ejércitos y la economía del trabajo que esta medida traería, serían tan sólo, al disminuir la demanda comercial, rebajar el salario y reducir á los simples trabajadores á la muerte por hambre y al pauperismo. Si las invenciones y mejoramientos que economizan el trabajo pudieran llevarse hasta la supresión completa de la necesidad del trabajo mismo, ¿cuál sería el resultado? ¿No sucedería entonces que los propietarios obtendrían toda la riqueza que la tierra pudiera producir y que no teniendo ya necesidad de los trabajadores, se verían éstos reducidos á morir de hambre ó vivir de la caridad de los propietarios de la tierra?

Así, mientras subsista la propiedad privada de la tierra, mientras que unos hombres sean reconocidos como propietarios y otros sólo puedan vivir sobre ella con el permiso de los primeros, no hay expediente ninguno del ingenio humano que pueda evitar los males de nuestra condición presente.

No lo podría ni la misma sabiduría de Dios. A la luz de esa recta razón de que nos habla Santo Tomás, podemos ver que El mismo, el Todopoderoso, nada podría hacer para impedir la pobreza y el hambre mientras los hombres continúen violando sus leyes, mientras subsista la propiedad privada de la tierra. ¿Cómo lo podría El? Si infundiese nuevo vigor á la luz del sol, nueva virtud al aire, nueva fertilidad al suelo, ¿no sería en beneficio exclusivo de los propietarios de la tierra, y por

consiguiente en perjuicio de los trabajadores? O si diera El á la inteligencia humana la posibilidad de adueñarse de nuevas fuerzas, de otros poderes, de nuevas condiciones, ¿podría esto aliviar la pobreza más de lo que lo han podido el vapor, la electricidad y los innumerables descubrimientos é invenciones de nuestra época? O si El quisiera derramar sobre la tierra ó hacer brotar de su seno alimentos, vestidos y todas las cosas que satisfacen los deseos materiales del hombre, ¿á quién, según nuestras leyes, pertenecería todo esto? Lejos de beneficiar al común de los hombres este aumento y extensión de la bondad del Creador, sería más bien un don funesto, cubriendo á la clase privilegiada de una riqueza más ostentosa, y haciendo más intensa y difundida el hambre y la miseria de la clase desheredada.

IV

Creyendo que la cuestión social es en el fondo una cuestión religiosa, nosotros consideramos de feliz augurio para el mundo que en vuestra Encíclica, Vuestra Santidad—cuya palabra es la más influyente en la materia—haya dirigido y reclamado la atención sobre las condiciones del trabajo.

Pero si apreciamos todas las sanas verdades que pronunciáis, y sentimos, como todos debemos sentir, que estáis animado del deseo de ayudar á los oprimidos y á los que sufren, y destruir la idea de que la Iglesia está divorciada de las aspiraciones por la libertad y el progreso, sin embargo, es dolorosamente evidente para nosotros que un punto de partida, una premisa fatal oculta á vuestros ojos la causa de los males que veis, y hace imposible que podáis proponer cualquier remedio adecuado. Esta premisa es que la propiedad privada de la tierra es de la misma naturaleza y tiene las mismas sanciones que la propiedad privada en las cosas producidas por el trabajo. A pesar de algunas verdades

innegables y del espíritu benevolente que la informa, vuestra Encíclica muestra que estáis envuelto en tales dificultades como las que encontraría un médico que, llamado á examinar un enfermo del estómago, empezara por no querer examinarle el estómago.

Es así que impedido por tal premisa de ver la verdadera causa, las únicas que habéis encontrado para explicar el aumento de la miseria y la infelicidad son: la destrucción de las corporaciones de los trabajadores en el último siglo, el haberse repudiado en las instituciones y en las leyes la antigua religión, en la usura rapaz, en el régimen del trabajo por contrato y en la concentración del comercio y de la industria.

Ese diagnóstico es manifiestamente incapaz de dar la explicación de males que se sienten lo mismo en las naciones católicas que en las naciones protestantes, en las que profesan la comunión griega como en las que no tienen religión oficial, que se sienten en los países antiguos como en los nuevos, allí donde la industria es primitiva y allí donde es complicada, bajo todas las condiciones, en todas las variedades de formas, hábitos y relaciones industriales.

Pero en cambio la causa se os presentará claramente, si consideráis que hasta que el trabajo no encuentre otro medio de ejercerse que en su fuente natural—la tierra—, la cuestión del trabajo no es más que sinónima de la cuestión de la tierra, y volváis á examinar vuestro aserto de que la propiedad privada de la tierra es necesaria y justa.

Ved cómo la verdadera causa es la que yo he demostrado. La más importante de todas las relaciones materiales del hombre, es la relación con el planeta que habita, y entonces «la impía rebelión contra los propósitos benévolos del Creador», que, como dice el obispo Nulty, está envuelta en la propiedad privada de la tierra, debe producir males doquiera ella exista. Pero en virtud de la ley, *á quien mucho se ha dado, mucho le será exigido*; el progreso real de la civilización hace los males producidos por la propiedad privada de la tierra más difundidos é intensos.

Lo que está produciendo en el mundo civilizado ese estado de cosas que Vos consideráis justamente como intolerable, no es este ó aquel error local ú otros errores de menor importancia. Es nada menos que el progreso de la misma civilización, nada menos que el progreso intelectual y el desenvolvimiento material en que nuestro siglo ha descollado tanto, actuando en un estado de sociedad basado sobre la propiedad privada de la tierra; nada menos que los nuevos dones que en nuestra época Dios ha hecho llover sobre el hombre, pero que se han convertido en flajelos por la *impia rebelión del hombre contra los propósitos benévolos del Creador*.

Los descubrimientos de la ciencia, las ventajas de las invenciones, han dado en este siglo maravilloso más de cuanto ha sido dado á los hombres en ninguna época, y en un grado de progresión geométrica están poniendo en nuestras manos nuevos poderes materiales. Pero con los beneficios nace la obligación. En una civilización que comienza á hacer prodigios con la electricidad y el vapor, donde el sol pinta los cuadros y el fonógrafo almacena la palabra, no debemos ser menos justos que nuestros padres. El progreso intelectual y material requiere un progreso moral correlativo. Los conocimientos y las facultades no constituye en sí mismas ni un bien ni un mal. Ellas no son el fin, sino el medio de desenvolver fuerzas, que si no se dominan en ordenadas relaciones, deben tomar formas destructivas y desordenadas. El dolor que va siendo más profundo, la ansiedad que aumenta, el descontento que crece, para los cuales es necesario, como Vos decís, «encontrar un remedio, y un pronto remedio», significan nada menos que esas fuerzas de destrucción más rápidas y terribles que las que redujeron á escombros todas las civilizaciones preexistentes están amenazando la nuestra; que si no se eleva pronto á un nivel moral más alto, que si no se transforma en los hechos en una civilización cristiana, bien pronto fulgurará en los muros de su esplendor la sentencia de Babilonia: «Has sido pesada en la balanza y encontrado ligera.»

Una falsa premisa os impide ver la causa real y el

verdadero significado de los hechos que han motivado vuestra Encíclica, y esa falsa premisa encadena fatalmente vuestros razonamientos cuando buscáis el remedio.

Vos decís que abordáis el asunto en la confianza de desarrollarlo con acierto, y sin embargo, en la mayor parte de la Encíclica (19-67) dedicada al remedio, si bien hay abundancia de reflexiones y de preceptos morales excelentes en sí mismos, pero muertos y sin significado por el modo con que Vos los aplicáis, los únicos medios prácticos que proponéis para el mejoramiento de las condiciones del trabajo, son:

Primero. Que el Estado debe tomar medidas para prevenir el exceso del trabajo, tales como disminuir la labor de las mujeres y niños, asegurar en los talleres condiciones más favorables á la salud y á la moral, y allí donde las huelgas son provocadas por la insuficiencia del salario, regular el salario (39-40).

Segundo. Que el Estado debe estimular á los obreros á que se hagan propietarios de la tierra.

Tercero. Que los obreros debieran reunirse en asociaciones (52-67).

Estos remedios, tal como ellos se proponen, son socialistas, y aunque en la Encíclica no se desconoce el carácter individual del hombre y la prioridad del individuo y de la familia sobre el Estado, sin embargo, la tendencia y el espíritu todo de las prescripciones propuestas, se apoyan sin duda en el socialismo, socialismo en extremo moderado, es verdad, socialismo disfrazado bajo un supremo respeto por la propiedad individual, pero socialismo al fin. Pero aunque con frecuencia usáis la expresión ambigua «propiedad privada», como otras partes de vuestra Encíclica demuestran que al hablar así entendéis la propiedad privada de la tierra, es preciso inferir que la sola cosa clara que está en la superficie y aparece más clara al examen, es que Vos insistís en que cualquier cosa que se haga, es necesario dejar intacta la propiedad privada de la tierra.

Ya me he ocupado en general de los defectos inherentes á todas las soluciones socialistas para las malas

condiciones del trabajo, pero el respeto por Vuestra Santidad me induce á hablar especialmente, aunque sea con brevedad, de los remedios que proponéis.

De éstos, los más amplios y eficaces son: que el Estado limite las horas de trabajo, la ocupación de las mujeres y niños, y mejore las condiciones higiénicas de los talleres. ¡Qué poco, sin embargo, puede conseguirse con tales medidas!

Un legislador fuerte, absoluto, podría esperar aliviar las condiciones de los esclavos. Pero la tendencia de nuestros tiempos es hacia la democracia, y los Estados democráticos son necesariamente más débiles en *paternalisme*, mientras que en la esclavitud industrial que se desarrolla con la propiedad privada de la tierra y que subsiste hoy en la cristiandad, no es el patrón que fuerza al esclavo al trabajo, sino el esclavo que ruega al patrón le deje trabajar. Así, la gran dificultad de hacer eficaces tales reglamentos, viene precisamente de aquellos que deben recibir su beneficio. No son, por ejemplo, los patronos los que dificultan la fuerza y eficacia de las leyes que limitan y reglamentan el trabajo del niño empleado en las fábricas, sino las madres que, forzadas por la pobreza, ocultan la edad de los hijos aun á los patronos, y enseñan á los hijos á ocultarla.

Pero si en las minas y en las grandes fábricas, los reglamentos que limitan las horas de trabajo, aunque sujetos á evasivas y extorsiones frecuentes, pueden hasta cierto punto ser eficaces, ¿cómo pueden serlo en aquellos ramos más numerosos de la industria donde el obrero trabaja para sí ó para pequeños patronos de menor cuantía?

Estas reglamentaciones son, por su naturaleza, análogas á las que se imponen para evitar la aglomeración limitando el número de personas que deben ocupar una habitación, bajo penalidades severas, y prescriben la demolición de los edificios antihigiénicos.

Desde que estas medidas no tienden á aumentar las comodidades ni proporcionan los medios de procurarles su efecto, es hacer cesar la aglomeración en un punto para reproducirla en otro en peores condiciones.

Estos remedios parten todos de una base errónea. Son como intentar poner una barrera entre las ruedas y el freno para sujetar los caballos fustigados frenéticamente; como pretender sofrenar una locomotora parando las ruedas, en vez de cerrar el vapor, ó como querer curar la viruela impidiendo la salida de las pústulas. Los hombres no trabajan en demasía por puro gusto, ni está en la naturaleza del corazón materno obligar á los hijos al trabajo, en vez de enviarlos á la escuela ó dejar que se entreguen á los juegos de su edad; no son los trabajadores los que prefieren trabajar en condiciones peligrosas ó malsanas. Todos estos males, como la aglomeración, son producidos por el agudo aguijón de la pobreza. Y mientras subsista la pobreza, de que ellos son una simple manifestación, las medidas que Vos reclamáis no producirán más que resultados efímeros y parciales. Subsistiendo la causa, desaparecerán los efectos en un punto para reproducirse en otros, y la tarea que asignáis al Estado es tan inútil y desesperada como si se quisiese bajar el nivel del Océano con dejar en libertad al mar.

Ni el Estado puede suprimir la pobreza reglamentando el salario. Está fuera del alcance del poder del Estado reglamentar el salario, como lo está el regular la tasa del interés. Repetidas veces han sido ensayadas leyes sobre la usura, pero su único resultado ha sido el de aumentar lo que el más pobre necesitado de un préstamo debe pagar, precisamente como las tentativas de reglamentar el precio de los artículos ha sido el de encarecerlos. La tasa general del salario depende de la facilidad ó dificultad del acceso del trabajo á la tierra, fluctuando entre la plena ganancia del trabajo donde la tierra es libre, y el minimum en que los trabajadores pueden vivir y reproducirse donde la tierra está totalmente monopolizada. Así, donde es relativamente fácil á los trabajadores obtener tierra, como en los Estados Unidos ó en Australia, el salario se ha mantenido más alto que en Europa; y es allí imposible obtener de los trabajadores europeos trabajo por un salario que hubieran sido felices en ganar en sus países, mientras que á medida que avanza en éstos el monopolio de la propie-

dad privada de la tierra, el salario tiende á disminuir y van apareciendo las condiciones sociales de Europa. Así que, bajo el incompleto aunque fundamental reconocimiento de los derechos comunes á la tierra—de que he hablado más atrás—, las numerosas tentativas del Parlamento inglés de reducir el salario con reglamentos, resultaron enteramente inútiles. Y á la inversa, cuando tomó cuerpo en Inglaterra la institución de la propiedad privada de la tierra, las mismas tentativas para aumentar el salario resultaron igualmente inútiles. Al comienzo de este siglo, se intentó aumentar las ganancias de los trabajadores con concesiones en ayuda del salario. Pero su único resultado fué rebajar proporcionalmente lo que los patronos pagaban á los obreros.

El Estado podría mantener el salario á un tipo más alto que la tendencia del mercado (porque, como ya he demostrado, el trabajo despojado de la tierra degenera en comodidad) tan sólo con ofrecer empleo ú ocupación á quien lo quiere, ó con prestar apoyo y sostener las huelgas con sus fondos. Así, que el socialismo radical el que quiere dar al Estado la dirección y manejo de todas las industrias, es más lógico que el tímido socialismo que quiere que el Estado reglamente la industria privada parcialmente.

De la misma ineficacia es el otro árbitro que indicáis: de estimular al trabajador á hacerse propietario de la tierra. Es claro que lo que Vos indicáis es que, á semejanza de lo que ahora se propone hacer en Irlanda, el Estado adquiera grandes propiedades y forme después lo que se llaman paisanos propietarios. Suponiendo que esto pueda hacerse en una gran escala, ¿qué se conseguirá sino sustituir con una clase privilegiada más numerosa á otra que lo es menos? ¿Qué deberá hacerse con la clase mucho más grande que queda, los trabajadores de los distritos agrícolas, los trabajadores de las ciudades, los proletarios de las ciudades? ¿No es verdad, como dice el profesor de Laveleye, que en ciertos países como en Bélgica, donde existe la clase de propietarios paisanos, los arrendatarios—porque todavía existen arrendatarios—son despojados sin piedad en una forma des-

conocida aún en Irlanda? ¿No es verdad que en tales países, como en Bélgica, la condición del simple trabajador es todavía peor que en la Gran Bretaña, donde existe la gran propiedad?

Y si el Estado intentara adquirir la tierra para el paisano propietario, ¿su efecto no sería el que se ve hoy en Irlanda, aumentar el valor de la tierra y hacerla más inaccesible para los que no son favorecidos ó para los que después querrán obtener tierra? ¿Cómo además, sobre el principio que proclamáis (36) que *para el Estado son iguales los intereses de todos, sean éstos grandes ó pequeños*, queréis justificar que el Estado ayude á uno á comprar un pedazo de tierra, sin aceptar que el Estado también ayude á otro á comprar un asno, á aquél una tienda, al de más allá los instrumentos y herramientas de su oficio; en una palabra, á todos los que hacen un buen uso ó que él cree harían un buen uso de sus socorros?

¿Y no llega así Vuestra Santidad al comunismo, no el de los primitivos cristianos y el de las órdenes religiosas, sino al comunismo que emplea el poder coercitivo del Estado para arrancar por la fuerza una propiedad justa de los que la tienen para dársela á los que no tienen?

Porque el Estado no tiene la bolsa de *Fortunatus*; el Estado no puede repetir el milagro de los panes y de los peces; todo lo que el Estado puede dar debe obtenerlo por medio de alguna de las formas del impuesto. Y ya sea que dé ó preste dinero, ó que dé ó preste crédito, no puede dar á los que no tienen sin despojar á los que tienen.

Pero además de todo esto, todo plan de división de tierra que deje subsistente su actual forma de propiedad privada es completamente inútil. Las pequeñas propiedades no pueden subsistir, en tanto se considere la tierra como propiedad privada, allí donde el progreso material avanza y la riqueza aumenta. Podemos verlo en las tendencias económicas que en los tiempos antiguos determinaron la transformación de las pequeñas chacras de la Italia conquistadora en grandes posesiones territoria-

les. Podemos verlo en el hecho de que hace dos siglos la mayor parte de los agricultores ingleses eran dueños de la tierra que cultivaban, y que era casi desconocida la forma actual del arrendamiento. Y ahora, los poderosos agentes modernos, el vapor y la electricidad, han venido á precipitar la concentración. Es en los Estados Unidos donde podemos ver en vasta escala cómo el poder de esos agentes está transformando una nación de propietarios en una nación de arrendatarios. El principio es claro é incontrastable. El progreso material aumenta el valor de la tierra, pero cuando este aumento de valor ha quedado en manos de los pequeños propietarios, la tierra debe pasar de los pobres á los ricos, como pasa á ellos un diamante cuando un pobre lo encuentra.

¡Lo que el gobierno inglés se propone hacer en Irlanda, es lo mismo que edificar casas de nieve en Arabia ó plantar bananas en el Labrador!

Hay un medio, un sólo medio para que el trabajador de nuestra civilización pueda tener asegurada su participación en la tierra de su país—el medio que nosotros proponemos—: tomar los beneficios de la propiedad de la tierra para la comunidad.

Respecto á las asociaciones de obreros, lo que Vuestra Santidad parece desear es la formación de sociedades semejantes á las hermandades católicas y á las sociedades de beneficencia y amistad al estilo de los *Old-Fellows* (viejos amigos), que tanto se han generalizado en los países de habla inglesa. Tales asociaciones pueden promover la fraternidad, extender las relaciones sociales y proveer á la seguridad de los asociados en caso de enfermedad ó muerte, pero si no van más allá, ninguna influencia tienen sobre el salario, ni aun entre sus miembros. Respecto á las *Trades-Unions*, es difícil precisar vuestro pensamiento, aunque parece no ir más allá de aprobarlas con entusiasmo. Porque mientras os manifestáis enemigo de las huelgas y recrimináis á las sociedades que hacen todo lo posible por tener en sus manos todo el campo del trabajo y fuerzan á los obreros á unirse á ellas ó sufrir el hambre; mientras reprobáis que se emplee la violencia con los patronos y opináis

que las huelgas deben sustituirse por el arbitraje, sin embargo, expresáis y formuláis principios que son los que los trade-unionistas proclaman, no solamente para justificar las huelgas y el *boycoittage*, sino hasta el empleo de la violencia cuando es indispensable. Porque Vos afirmáis que el salario insuficiente de los trabajadores es debido á la voracidad de los patronos ricos; reconocéis el derecho moral del trabajador para obtener empleo de otros por mayor salario que el que aquéllos están dispuestos á darle libremente, y negáis el derecho que cada uno tiene de trabajar por el salario que mejor le plazca, al punto que esto ha llevado á Mr. Stead á proclamar en la renombrada *Review of Reviews* (*Revista de las Revistas*) que Vos condenáis como una estafa y un crimen el trabajar por menos salario del fijado por las *Trades-Unions*.

Para los hombres conscientes de la amarga injusticia, para los que debatiéndose en la miseria se ven todavía burlados por la riqueza jactanciosa, tales palabras en vuestra boca tienen un alcance que creo va más allá de lo que Vos mismo habéis podido pensar.

Cuando el fuego sea hielo y el hielo fuego, cuando los ejércitos arrojen el plomo y el hierro para deleitarse con el perfume de las rosas, serán posibles las asociaciones del trabajo como Vos las imagináis, pero no antes. Porque las asociaciones del trabajo nada pueden hacer por elevar el salario sino empleando la fuerza. Podrá ser una fuerza empleada pasivamente, una fuerza empleada activamente ó una fuerza en reserva, pero debe ser una fuerza.

Ellas *deben* ejercer coerción ó tener el poder de ejercerla sobre los patronos; *deben* ejercerla sobre aquellos de sus miembros dispuestos á abandonar sus filas; *deben* emplear todos los medios posibles para adueñarse del campo todo del trabajo para sí y para obligar á los otros á unirse á ellos ó sufrir hambre. Los que os hablan de las *Trades-Unions* como medio de aumentar el salario con la persuasión moral, son como los que os hablaran de tigres que viven de naranjas.

La condición actual de las masas puede compararse

á una multitud apiñada en una sala por cuya puerta abierta va entrando constantemente gente, pero que no pueden salir porque la puerta de salida ha sido cerrada. Para aliviar la opresión de unos contra otros sería necesario echar abajo las puertas, cuyas barras y cerrojos no son otra cosa que la propiedad particular de la tierra, pero como ello está prohibido, no hay otro medio para aliviar la opresión de los unos que empujar hacia atrás á los otros y aplastar contra la pared á los más débiles. Este es el procedimiento de las sociedades de trabajo y de las corporaciones de artes y oficios. Pueden por su esfuerzo encontrar ocupación para sus miembros, pero es ineludible que desalojen á los demás.

Porque aun la filantropía, que reconoce el mal que causa cuando ayuda á los hombres con limosnas y en vez de ellas trata de procurarles trabajo, se torna perjudicial y agresiva en la lucha ciega é implacable que acompaña al régimen de la propiedad de la tierra, y ayudando á un número de hombres necesariamente daña á otro. Así, para acallar el lamento de los que ven disminuidos su trabajo y su salario para darlos á los que ellas socorren con trabajo y salario, las sociedades de beneficencia se ven obligadas á emplear medios parecidos á los de abrir fosas para llenarlas de nuevo. Nuestras sociedades americanas luchan con esa dificultad que el general Booth halla también en Inglaterra, y es seguro que lo mismo pasará con las sociedades católicas que Vuestra Santidad recomienda.

Vuestra Santidad ha de conocer, y seguro que honrará, la principesca generosidad del barón Hirsch hacia sus hermanos que sufren.

Y bien; mientras yo escribo, los diarios de Nueva York dan cuenta del resultado habido en una poderosa Asamblea en Cooper-Unión de esa ciudad el viernes 4 de Septiembre por la noche, en la cual un número de *Trades-Unions* judías protestaron contra el modo con que se les despoja de trabajo y se les reduce el salario, debido á traer á este país la generosidad del barón Hirsch y proporcionar trabajo á multitud de sus hermanos en religión. La resolución unánimemente adoptada

en esta gran reunión, concluye así: «Nosotros rogamos al barón Hirsch nos libre de su *caridad* y vuelva á tomarse sus millones, que en vez de bendiciones, nos resultan una maldición y una fuente de miseria.»

Y esto no prueba que los miembros de las sociedades judías, que son los mismos inmigrantes de la misma clase de los que el barón Hirsch se afana en ayudar, desde que á la primera generación desaparece toda diferencia con nosotros, son un punto menos generosos que otros hombres.

Las sociedades de trabajo de la naturaleza de las *Trades-Unions* ú otras corporaciones, son necesariamente egoístas; por su misma razón de ser y por sus reglamentos, ellas deben luchar y atacar sin mirar á quién; ellas ignoran y deben ignorar el precepto de Cristo «que no debemos hacer á otros lo que no quisiéramos que se hiciese con nosotros», precepto que la verdadera economía política nos muestra ser la única vía para la emancipación de las masas. Ellas deben emplear todos los medios para reducir al hambre á los trabajadores que no se unan con ellos; ellas deben derribar y aplastar en su camino al más desgraciado (*blackleg*), como el soldado en la batalla debe disparar contra su propio hermano si está en las filas enemigas. ¿Y qué es el *blackleg*? Una criatura que busca trabajo, una criatura probablemente más menesterosa y empobrecida que los que la denuncian despiadadamente, que lleva en su rostro las huellas del hambre de la esposa y de los hijos dejados tras de sí.

Y aun cuando consiguen su objeto, ¿qué hacen las *Trades-Unions* y las corporaciones sino imponer mayores restricciones á los derechos naturales, crear *trusts* en el campo del trabajo, agregar á las clases privilegiadas otras clases privilegiadas y aplastar á los más débiles contra la pared?

Hablo sin prevención contra las *Trades-Unions*, á las cuales yo mismo he pertenecido durante años. Y al demostrar á Vuestra Santidad que su principio es egoísta é incapaz de beneficios grandes y permanentes, y que sus procederes lesionan derechos naturales y originan violencias é injusticias, yo no hago más que repetir

lo que sobre ellas he dicho oralmente y en mis libros. Y es tan manifiesta la verdad de lo que digo, que esto lo reconocen los más inteligentes trade-unionistas, y lo sienten vagamente los menos inteligentes. Y hasta los trade-unionistas de la clase holgada y rica, que para exponer sus demandas en favor de los derechos naturales predicán el trade-uníonismo entre las clases trabajadoras, tienen que admitirlo.

Vuestra Santidad recordará la gran huelga del *dock* de Londres, que hace dos años obtuvo, entre otros hombres influyentes, el apoyo moral de ese príncipe de la Iglesia, al cual nosotros, que hablamos inglés, tenemos en un concepto y en una estima que no nos ha inspirado ningún prelado desde que la sangre de Tomás Becket salpicó el altar de Canterbury.

En un volumen titulado *La historia de la huelga de los trabajadores del dock*, escrito por H. Lewellyn Smith y Vaughan Nash, con un prefacio de Sidney Buxton, M. P. (diputado), en el cual se preconiza el trade-uníonismo como solución de las cuestiones del trabajo, y de cuya obra se enviaron á Australia un gran número de ejemplares, en homenaje de agradecimiento á la ayuda generosa que de allí recibieron los huelguistas, yo encuentro los párrafos siguientes (págs. 164 y 165): «Si el convenio se mantiene, el trabajo en los embarcaderos será más regular, mejor pagado y continuado en mejores condiciones que antes. Todo esto será una ganancia inmensa para los que son llamados á recoger sus beneficios. Pero el otro resultado será el de *reducir el campo de las ocupaciones y disminuir el número de los que pueden encontrar trabajo*. La clase más baja, en fin, se encontrará en una situación mucho más precaria que antes, en la misma proporción que aumentarán las condiciones favorables de la clase «más holgada» de trabajadores. El efecto de la organización del trabajo en el *dock*, como de cualquier especie de trabajo, será el de *echar afuera los residuos, los aplastados*. El pequeño negociante, el regatón, el mercachifle, los infortunados en la lucha industrial, los miembros de la *clase B*, según la clasificación de las clases sociales de Carlos

Booth, nada ganarán con tal cambio; más bien *se les cerrará otra puerta, que frecuentemente es la última para el trabajo.*»

Estoy muy lejos de querer que Vuestra Santidad se una á los que farisaicamente están prontos á demostrar la injusticia de las *Trades-Unions*, que niegan á otros iguales derechos al trabajo, y que sin embargo, son los primeros sostenedores de esa primordial injusticia que niega ese mismo derecho á una ocupación cualquiera y al material necesario para el trabajo. Lo que yo quiero hacer sentir es que el trade-unionismo, si puede ser un paliativo parcial, no es un remedio; que no tiene ese carácter moral, que sólo justificaría que quien está en la posición de Vuestra Santidad lo proclamase y aconsejase como bueno en sí mismo.

Sin embargo, si insistís tanto en la propiedad privada de la tierra, ¿qué podéis hacer mejor?

V

Al principio de vuestra Encíclica, Vos declararéis «que la responsabilidad del oficio apostólico impone á Vuestra Santidad tratar la cuestión de la condición del trabajo expresa y largamente, á fin de que no pueda haber error respecto á los principios que la verdad y la justicia dictan para establecerlos permanentemente». Pero ofuscado por una falsa premisa, no veis siquiera los principios fundamentales.

Vos creéis que el problema del trabajo es una mera cuestión entre patronos y empleados. Pero trabajar para los patronos no es la primera y exclusiva ocupación del trabajo. Primariamente los hombres trabajan para sí mismos, sin intervención de patronos. Y el primer origen del salario está en la ganancia del trabajo, desde que el hombre que trabaja para sí y consume sus mismos productos recibe en salario los frutos de su propio trabajo. ¿No son los pescadores, los vendedores ambulantes, los

boteros y cocheros dueños de su bote ó coche, los cultivadores de tierra, en resumen, todos los trabajadores —¡y son tantos!— que obtienen su salario directamente de la venta de sus servicios ó productos sin mediación de patrono; no son éstos, digo, igualmente trabajadores como los que trabajan por un salario fijado por un patrono? Al indicar la solución, parece que no lo hubierais siquiera pensado. Sin embargo, en realidad merecen ser tenidos en cuenta en primer término los trabajadores que trabajan para sí mismos, desde que lo que los hombres aceptan voluntariamente de los patronos depende manifiestamente de lo que ellos pueden obtener trabajando para sí mismos.

Vos dais por sentado que todos los patronos son ricos y que si no pagan salarios más elevados es debido á su codicia. ¿Pero no es verdad que la gran mayoría de los patronos están en realidad tan oprimidos por la competencia como sus mismos obreros, y que frecuentemente vemos á muchos de ellos al borde de la bancarrota? Tales patronos no podrían elevar el salario que pagan, aunque quisiesen, á no ser que todos los otros fueran obligados á hacerlo.

Vos suponéis que el orden natural ha dividido á los hombres en ricos y pobres y que los trabajadores, naturalmente, pertenecen á la última clase. Es verdad, como Vos decís, que hay diferencias naturales de capacidad, actividad, salud y fuerza, que pueden originar diferencias de fortuna. Estas cualidades, sin embargo, no son las que originan las diferencias que dividen á los hombres en ricos y pobres. Las diferencias en las facultades y aptitudes no son, ciertamente, mayores que las diferencias en estatura. Pero mientras sólo en una selección de gigantes y enanos podríamos encontrar hombres de doble estatura que otros, sin embargo, en la diferencia que existe hoy entre ricos y pobres, nosotros encontramos algunos hombres mil veces ó millones de veces más ricos que otros.

De ninguna manera estas diferencias entre la riqueza y la pobreza coinciden con las diferencias en las aptitudes y capacidades individuales. La diferencia que en

realidad hay entre ricos y pobres, es la que existe entre los que guardan las puertas, para pasar por las cuales hay que pagar un impuesto, y los que pagan el impuesto; entre los que reciben el tributo y los que lo pagan.

¿De qué modo la Naturaleza justifica tales diferencias? En las innumerables variedades del reino animal encontramos algunas especies que son evidentemente destinadas á vivir á expensas de otras. Pero las relaciones entre ellas están siempre marcadas por diferencias inequívocas de tamaño, de forma ó de órganos. Al hombre le ha sido dado el dominio sobre todas las otras cosas animadas que existen en la tierra. ¿Pero no está indicada esta superioridad, hasta exteriormente, de modo que ninguno se equivoque en distinguir á simple vista un hombre de uno de los animales inferiores? Nuestros americanos apologistas de la esclavitud solían pretender que la piel negra y el cabello lanoso del negro indicaban ya el fin de la Naturaleza, y que, por consiguiente, el negro debía servir al blanco. Pero la diferencia que Vos suponéis natural, existe entre hombres de la misma raza.

¿Qué diferencia la Naturaleza nuestra para indicar su designio de que uno viva ocioso, y sin embargo, deba ser rico, y otro trabaje penosamente y todavía deba ser pobre? Si yo os llevara de los Estados Unidos un hombre que tiene 200 millones de dollars y otro que se considera feliz trabajando por unos pocos dollars á la semana, y los pusiera uno al lado de otro en vuestra presencia, ¿podríais Vos distinguirlos, aunque llamarais al más hábil anatómico? ¿No es claro que de ningún modo Dios *autoriza ni puede autorizar* las divisiones, tal cual hoy existen y han sido originadas, y que no son las que El ha permitido al dotar á los hombres de libre voluntad para elegir entre el bien y el mal y evitar el Cielo, si prefieren el infierno? ¿No es claro que la actual división de ricos y pobres trae invariablemente su origen de la fuerza ó del fraude, implica invariablemente violación de las leyes naturales, y es en realidad una división entre los que obtienen las ventajas del robo y los que son robados; entre los que usurpan, como pro-

piedad exclusiva suya, lo que Dios ha hecho para todos y los que son despojados de su Bondad? ¿En todas sus enseñanzas y parábolas no mostró Cristo que la gran diferencia entre ricos y pobres es opuesta á la ley de Dios? ¿Habría El fulminado á los ricos tan severamente como lo hizo si la diferencia entre las clases ricas y pobres no implicase injusticia y no fuese contraria á los designios divinos?

Parece que Vuestra Santidad pierde el significado verdadero de la idea, al decir que al hacerse Cristo hijo de un carpintero, y al trabajar El mismo en este oficio, solamente quiso mostrar «que nadie debe avergonzarse de ganar su propio pan con el trabajo». Decir esto es casi como decir que con no haber defraudado á los otros, quiso mostrar que no debe uno avergonzarse de la honestidad. Si en cambio queréis reflexionar cuán verdadera es la clasificación de los hombres en trabajadores, mendigos y ladrones, veréis que era moralmente imposible que Cristo durante su tránsito por la tierra fuera otra cosa que un trabajador. Porque Aquel que vino á cumplir la Ley debía, con el ejemplo y con la palabra, obedecer á la divina ley del trabajo.

Ved cuán amplia y hermosamente la vida de Jesús sobre la tierra ilustra esta ley. Entrando en nuestra vida terrena en la debilidad y desamparo de la infancia, como está establecido para todos, El toma lo que el orden natural amorosamente ofrece para el sustento en esa edad, y que procede del trabajo con que una generación asegura á la que sigue inmediatamente. Llegado á la edad viril, provee á su propia subsistencia con el trabajo común con que la mayoría de los hombres debe ganarla y la gana. Pasando después á una más alta—verdaderamente altísima esfera de trabajo—, El ganaba la subsistencia con la enseñanza de las verdades morales y espirituales, recibiendo su recompensa ó salario material en los espontáneos donativos de los que le seguían agradecidos, sin rehusarle el costoso ungüento con que la Magdalena ungía sus pies. Así, cuando El eligió sus discípulos, no los fué á buscar entre los propietarios de tierra y otros que viven del trabajo de los

demás, sino que recurrió á humildes y comunes trabajadores. Y cuando El los llamó á una esfera más alta de trabajo y les mandó enseñar las verdades morales y espirituales, El les dijo que tomaran sin humillación y sin temor la grata compensación de esa labor, agregando que *el trabajador merece su recompensa*, mostrando así lo que nosotros sostenemos, que no sólo es trabajo lo que se llama trabajo manual, sino que cualquiera que ayude y contribuya á una manifestación material, intelectual, moral y espiritual de la vida, es también un trabajador (1).

Al aseverar que los trabajadores son naturalmente pobres, Vos ignoráis que el trabajo es el productor de la riqueza, y atribuíis á las leyes naturales del Creador una injusticia que viene de la impía violación del hombre á sus benévoloos designios. En la época más ruda de las artes es posible, allí donde impera la justicia, que todos los hombres se ganen la vida. Con la aplicación

(1) Es preciso no olvidar que el investigador, el filósofo, el profesor, el artista, el poeta, el sacerdote, etc., aunque no están empleados directamente en la producción de la riqueza, están consagrados á producir para los otros un cierto número de cosas útiles, de procurarles satisfacciones intelectuales, para cuyo conseguimiento la producción de la riqueza no es más que un simple medio: además, todos los hombres que yo acabo de enumerar tienen el poder de aumentar considerablemente el poder productor de sus semejantes en lo que concierne á esta misma riqueza, adquiriendo y difundiendo la ciencia, estimulando las fuerzas intelectuales de los que siguen sus lecciones y elevando su sentido moral. El hombre, en efecto, no vive sólo de pan. No es una máquina en la cual una cantidad dada de combustible engendra una cantidad igual de fuerza. El que por un efecto cualquiera de su espíritu ó de su cuerpo aumenta la suma de riqueza que puede gozar la humanidad; el que ensancha el fondo de los conocimientos humanos, ó da á la vida mayor amplitud, más elevación, ese es en el más amplio sentido de la palabra un productor, un obrero, un trabajador, y gana honradamente un salario bien merecido. Pero el hombre que sin hacer nada para hacer á la humanidad más rica, más sabia, más feliz, mejor—en una palabra—vive del trabajo de los otros, ese hombre es inútil que se le prodigan títulos honoríficos; los sacerdotes de Mammón pueden agitar cuanto quieran sus incensarios en su presencia: no es en último análisis más que un mendigo ó un ladrón.

(Protección ó libre cambio, de Henry George, capítulo VII.)

en nuestro tiempo de las máquinas que ahorran trabajo, sería posible para todos ganar mucho más. Y así al decir que la pobreza no es una desgracia, Vos deducís una conclusión irracional. Porque la pobreza debiera ser una desgracia, ya que en una condición de justicia social implicaría, cuando no fuera buscada por motivos religiosos ó impuesta por una inevitable desgracia, ocio ó negligencia.

La simpatía de Vuestra Santidad parece únicamente dirigida al pobre y al trabajador. ¿Debe ser así? ¿No merecen los ricos y ociosos también vuestra piedad? Por las palabras del Evangelio, es el rico, más bien que el pobre, quien demanda compasión, ya que del primero dijo Jesús «que era más fácil á un camello pasar por el agujero de una aguja que á un rico entrar en el reino de los Cielos». Y para el que crea en una vida futura, la condición del que se despierta y encuentra que ha dejado tras de sí sus acariciados millones, debe parecer digna de lástima. Pero aun en esta vida, ¿cómo merece piedad el rico!

El mal no está en la riqueza misma, en su poder sobre las cosas materiales; el mal está en la tenencia de la riqueza mientras otros se arrastran en la miseria, en verse elevado arriba y fuera del contacto de la vida de la humanidad, de sus trabajos y de sus luchas, de sus esperanzas y sus temores, y sobre todo, del amor que endulza la vida, de la amable simpatía y los actos generosos que refuerzan la fe en el hombre y la confianza en Dios. Considerad cómo los ricos sólo conocen el lado más bajo de la naturaleza humana que les muestran los aduladores y parásitos de que se ven rodeados; cómo ellos encuentran fáciles instrumentos, no solamente para saciar sus pasiones y vicios, sino aun para incitarlos y estimularlos; cómo deben estar constantemente en guardia para no ser estafados; cómo á menudo deben ellos sospechar un recóndito motivo tras un acto generoso ó una palabra amistosa; cómo apenas intentan ser generosos son asediados por una nube de hombres sin escrúpulos ó hábiles explotadores; cómo á menudo los afectos de la familia son para ellos fríos, y su muerte deseada

con la mal escondida alegría de una posesión que se espera.

El mayor mal de la pobreza no está en la privación de las cosas materiales, sino en que paraliza y deprime las más altas cualidades. Así también, aunque por otra vía, la posesión de la riqueza no ganada pervierte y tuerce lo que hay de más noble en el hombre.

Los decretos de Dios no pueden eludirse impunemente. Si es un mandato divino que los hombres ganen el pan con el trabajo, los ricos ociosos deben sufrir. Y sufren. Ved cuán vacía y árida es la vida de los que viven solamente para el placer; ved los vicios repugnantes que hacen presa de la clase, que rodeada de la pobreza, está hartada por la riqueza. Ved el terrible castigo del fastidio, que el pobre conoce tan poco, que apenas puede comprenderlo; ved el pesimismo que domina las clases ricas; unos repudian á Dios, otros desprecian al hombre, aquél cree la existencia en sí misma un daño, y á pesar del temor á la muerte, ansía á cada instante el aniquilamiento.

Cuando Cristo dijo al joven que lo buscaba que vendiera todo lo que tenía y lo diera á los pobres, El no pensaba en los pobres, sino en el joven. Y yo no dudo que entre los ricos, especialmente los que se han formado por sí mismos, hay muchos que, de tiempo en tiempo al menos, sienten el pesar de su riqueza y el miedo de los peligros y tentaciones á que con ella exponen á sus hijos. Pero la fuerza de un hábito inveterado, el estímulo del orgullo, la excitación de hacer y mantener lo que ha llegado á ser para ellos como piezas en un tablero de ajedrez, las esperanzas de la familia que han tomado el carácter de derechos, y la dificultad real que ellos encuentran para hacer un buen uso de su riqueza, los liga á su carga, como un asno al fardo, hasta que tropiezan con la valla que limita esta vida.

Los hombres que están seguros de obtener el alimento cuando lo necesitarán, comen solamente cuando el apetito se presenta. Pero los demás seres que viven en este mundo están condenados á fluctuar entre los dos extremos, el hambre y la orgía, porque sufriendo el

hambre durante días, el temor de ella los excita á devorar con glotonería cuando tienen la rara fortuna de encontrar con que saciar su apetito. Y así, lo que hace de la riqueza un tormento, es lo que impulsa á los hombres á buscarla, y lo que la hace tan envidiada y admirada, es el miedo de la necesidad. Así como la riqueza mal adquirida es el resultado de la pobreza injusta, así también la cualidad de pervertir el alma que suele causar la riqueza, es como el reflejo de la miseria que degrada y embrutece. El mal real estriba en la injusticia que hace posible una posesión antinatural y una expoliación antinatural.

Pero esta injusticia puede apenas imputarse á los individuos ó á las clases. La existencia de la propiedad privada de la tierra es el gran mal social por el cual ricos y pobres sufren igualmente, aunque en opuesto sentido. Viendo esto, nos parece ir contra la Caridad Cristiana hablar de los ricos, como si ellos individualmente fueran los responsables del sufrimiento del pobre. Sin embargo, mientras habláis de esta manera, insistís en que la causa que produce monstruosas fortunas mal adquiridas y la miseria degradante, no debe ser tocada. He aquí un hombre con una excrecencia maligna que lo desfigura. Un médico quisiera con bondad y gentileza, aunque con firmeza, extraerla. Otro insiste en que no hay que tocarla, pero al mismo tiempo expone la víctima al odio y al ridículo. ¿Quién tiene razón?

Al buscar dar á todos los hombres iguales y naturales derechos, nosotros no buscamos el beneficio de ninguna clase en particular, sino el de todas. Porque ambos conocemos por la fe, y sabemos por la experiencia, que la injusticia no aprovecha á nadie, y que la justicia debe beneficiar á todos.

Ni tampoco buscamos ninguna *fútil y ridícula igualdad*. Nosotros reconocemos con Vos que debe haber siempre diferencias y desigualdades. Mientras se conformen éstas á la ley moral, mientras no violen el precepto «no robarás», estamos contentos. Nosotros no pretendemos mejorar la obra de Dios; sólo pretendemos que se haga su voluntad. La igualdad que nosotros queremos

realizar no es la igualdad de fortuna, es la igualdad en las oportunidades naturales; la igualdad que la razón y la religión de consuno proclaman; la igualdad en el usufructo de lo que ha dado á todos sus hijos la bondad del «Padre nuestro, que está en los cielos».

Y al tomar para las necesidades de la sociedad lo que nosotros vemos claramente ser el gran fondo preconstituido para este fin en el orden natural, nosotros no queremos imponer el más ligero impuesto á la posesión de la riqueza, sea cual fuere su cuantía. Porque no solamente creemos que tales impuestos constituyen una violación del derecho de propiedad, sino que nosotros vemos que en virtud de la propia ordenación y armonía de las leyes económicas, nadie puede adquirir honestamente riqueza sin aumentar al mismo tiempo la riqueza de la sociedad.

Insistir en un error y negarse á repararlo, es causa siempre de verse envuelto en otros errores. Los que defienden la propiedad privada de la tierra y niegan en consecuencia el más importante de todos los derechos humanos, la igualdad de derecho al elemento ó agente materialé indispensable de la vida, están obligados á seguir uno de estos dos métodos: O deben, como los que tienen por credo que «el diablo toma lo que queda para el último», negar igual derecho á la vida, y apoyándose en una teoría como aquella á la que el sacerdote inglés Malthus dió su nombre, tienen que afirmar que la Naturaleza (ellos no se atreven á decir Dios) trae al mundo un número mayor de seres que el que puede alimentar; ó deben, como los socialistas, sostener como justo lo que en sí mismo es una injusticia.

Vuestra Santidad, en su Encíclica, nos ofrece un ejemplo de esto. Niega la igualdad de derechos á la base material de la vida, y sin embargo, reconociendo el derecho á la vida, sostiene el derecho del trabajador al empleo, y su derecho á recibir de los patronos un cierto indefinido salario. Pero estos derechos no existen. Nadie tiene derecho á exigir empleo de otro, ó exigir un salario mayor del que el otro quiera dar, ni ejercer presión sobre otro para obligarlo á elevar el salario contra su

voluntad. No puede moralmente justificarse mejor tal exigencia á los patronos de parte de los trabajadores, que lo que podría justificarse la exigencia de los patronos á los trabajadores para obligarlos á trabajar contra su voluntad ó hacerles aceptar un salario más bajo del que quieren ó les conviene. Toda aparente justificación emana de un injusto precedente: la negación á los trabajadores de sus derechos naturales, y en último resultado, solamente puede justificarse por aquel supremo dictamen del instinto de conservación que en circunstancias excepcionales hace excusable lo que en si mismo es un robo, una violencia ó un sacrilegio.

Un esclavo fugitivo que siente en sus talones el diente de los fieros mastines de su perseguidor, no podría, en la verdadera moral cristiana, ser condenado si tomara el primer caballo que se le presentara, aunque para tomarlo debiera derribar al que lo montara. Pero esto no justifica que como medio ordinario de viajar se roben caballos.

Cuando sus discípulos tenían hambre, Cristo les autorizó á arrancar maiz el día de sábado. Pero no negó la santidad de este día al designar, en circunstancias ordinarias, éste como más oportuno para recoger el maiz.

Dios autorizó á David, cuando acosado por el hambre cometió lo que en circunstancias ordinarias sería un sacrilegio, á tomar del templo los panes sagrados.

Pero El estaba lejos de significar por esto que robar en los templos fuera un medio honesto de procurarse la vida. Sin embargo, es esto lo que hacéis al recomendar en vuestra Encíclica en las ordinarias relaciones de la vida, en condiciones normales, la aplicación de principios que en moral sólo se justifican en condiciones extraordinarias. Y á afirmar estos falsos principios, os obliga vuestra negación de los verdaderos derechos. El derecho natural de cada hombre, no es el de exigir de otro ocupación ó salario, sino el de emplearse por sí mismo, el derecho de aplicar su propio trabajo al inagotable depósito que con la tierra ha proveído el Creador para todos los hombres. Si este depósito fuera abierto, como nosotros lo abriríamos con el impuesto único (*single-tax*),

la demanda natural por el trabajo marcharía paralela con esa provisión; el hombre que ha vendido su trabajo y el que lo compra, no harían más que un libre cambio de mutuos servicios, y cualquier causa de conflicto entre el trabajador y el patrono desaparecería. Porque entonces, siendo todos libres de emplearse por sí mismos, la mera oportunidad al trabajo dejaría de ser un favor, y ya que ninguno trabajaría para otro por menos de lo que él podría ganar trabajando para sí mismo, el salario subiría necesariamente á su pleno y justo valor, y las relaciones entre trabajadores y patronos serían reguladas por el interés y la conveniencia mutua.

Este es el único medio en que ellos pueden regularse satisfactoriamente.

Vuestra Santidad parece imaginar que hay alguna tasa fija de salario que los patronos debieran voluntariamente pagar y los trabajadores contentarse con recibir, y supone que si fuera establecida cesaría la lucha. Vos creéis que de esa manera podría hacer el obrero una vida frugal, y que á fuerza de trabajo y economía, podría el obrero hacer algunos ahorros.

¿Pero cómo puede fijarse tal medida del salario, independientemente del mercado, más de lo que podría fijarse el precio del maíz, de los cerdos, de los buques, de los cuadros y de otras cosas semejantes? ¿No veis que un arreglo arbitrario sólo conseguiría trabar los movimientos del cambio, que son los que eficazmente promueven la adaptación económica de las fuerzas productoras? ¿Por qué obligar á los compradores de trabajo, más que á los compradores de comodidades, á pagar precios más altos que los que estarían obligados á pagar en un mercado libre? ¿Por qué los trabajadores deberían contentarse con un salario frugal cuando el mundo es tan rico? ¿Por qué no deberían ellos también satisfacer los anhelos más altos y los instintos más nobles? ¿Por qué deberían contentarse con viajar en proa cuando otros encuentran más cómodo el camarote?

Y no son ellos, por cierto, quienes lo quieren. El mal de nuestro tiempo no consiste puramente en que los trabajadores encuentren más penoso el vivir en el mismo ní-

vel de estrechez. Es debido también, y mucho más, al aumento de sus deseos en medio de una elevación de comodidades ascendente. Este aumento de deseos debe continuar porque los trabajadores son hombres, y el hombre es un animal insaciable.

El hombre no es un buey á quien puede darse tanto de hierba, tanto de grano, tanto de agua, un poco de sol y estar contento. Al contrario, cuanto más obtiene más pide y más desea. Cuando él tiene alimento suficiente, quiere mejor alimento. Cuando tiene una vivienda, quiere otra más cómoda y de mejor gusto. Cuando sus necesidades animales están satisfechas, nacen en él anhelos intelectuales y espirituales.

Este descontento sin tregua está en la naturaleza del hombre, de esa naturaleza nobilísima que lo eleva por encima de los animales y abre entre él y éstos una distancia tan enorme, que muestra, sin duda, que su personalidad es un reflejo de la del Creador. Ni hay que deplorarlo, porque ese es el motor de todo progreso, que ha hecho levantar la basílica de San Pedro y sobre un muerto lienzo ha hecho brillar el angélico rostro de la Virgen; que ha pesado el sol y analizado las estrellas; que ha abierto página por página la obra admirable de la inteligencia creadora; que ha suprimido las distancias y abierto caminos en el Océano; que ha enseñado al rayo á llevar su pensamiento hasta los confines del planeta y hace entrever la posibilidad de cosas á cuyo lado parecen insignificantes todos los progresos que ha venido realizando nuestra civilización. Y esa fuerza no puede ser reprimida sin degradar al hombre y hundir al mundo en la barbarie.

Hasta no alcanzar, pues, el justo salario á que el trabajador tiene derecho, y que obtendrá cuando todas las restricciones sobre el trabajo sean removidas y se reconozca la igualdad de derecho á las oportunidades naturales, es imposible prefijar una cuota determinada de salario que se considere justa, é impedir que los trabajadores luchen por obtener más salario. Lejos de satisfacer tal cuota á los trabajadores y mejorar sus condiciones, los hará más descontentos.

Ni es justicia lo que Vos demandáis al pedir que los patronos paguen á los trabajadores más de lo que están obligados y más de lo que éstos obtendrían si trabajasen para otros. Lo que Vos pedís es Caridad. Porque el exceso que los patronos ricos dieran de este modo, no sería en realidad salario, sino limosna.

Hablando de las medidas prácticas para el mejoramiento de la condición del trabajo, que Vuestra Santidad indica, yo no he mencionado una á la cual Vos dais mucha importancia: la Caridad. Pero no hay nada práctico en esta exhortación como remedio de la pobreza, y ninguno puede considerarla como tal. Si fuese posible abolir la pobreza haciendo limosna, no habría pobreza en el mundo cristiano.

La Caridad es ciertamente una virtud noble y bella, grata al hombre, y aun más agradable á Dios. Pero la Caridad debe cimentarse sobre la justicia, no puede reemplazar á la justicia.

Lo que constituye la injusticia de la condición actual del trabajo en el mundo cristiano, es que el trabajo es explotado, robado. Y en tanto que Vos justifiquéis la continuación de ese robo, es ocioso pedir caridad. Hacer esto, recomendar la Caridad en sustitución de la justicia es, sin duda, algo semejante á aquellas herejías condenadas por vuestros antecesores, que enseñaban que el Evangelio había reemplazado la Ley y que el amor á Dios eximía á los hombres de las obligaciones morales.

Todo lo que la Caridad puede hacer cuando reina la injusticia, es apenas suavizar aquí y allá los efectos de la injusticia, pero no puede curarlos. Los mismos efectos de la injusticia no puede suavizarlos sin causar daño. Porque este es el efecto de las virtudes secundarias, cuando están ausentes las virtudes principales. Así, la sobriedad es una virtud, al par de la diligencia. Pero un ladrón sobrio y diligente es lo que hay de más peligroso. La paciencia es también una virtud, pero la paciencia que tolera el mal es la absolución del mal. Es una virtud procurar instruirse y cultivar las facultades mentales. Pero el malvado se hace más capaz de hacer

mal en razón de su inteligencia. Siempre pensamos que los demonios son inteligentes.

Y así aquella seudocaridad que elimina y niega la justicia, hace mal. Por una parte envilece al que la recibe, ofendiendo la dignidad humana que, como Vos mismo decís, «Dios mismo trata con reverencia», y convierte en mendigos á infelices hombres que para sostenerse por sí mismos y conservar el aprecio propio, solamente necesitan que se les restituya lo que Dios les ha dado. En segundo lugar, ella obra á la manera de un calmante sobre la conciencia de los que están viviendo del robo de sus semejantes y fomenta ese engaño moral y orgullo á que sin duda Cristo se refería cuando dijo «que más fácil le era á un camello pasar por el ojo de una aguja que al rico entrar en el reino de los cielos». Porque ella induce á los hombres que viven de la injusticia y usan de su dinero y de su influencia para sostenerla, á pensar que haciendo limosna hacen más de su deber para con sus semejantes; que merecen el buen concepto de Dios y hasta atribuyen á su bondad lo que es realmente el fruto de la bondad de Dios. Y reflexionado. ¿Quién es el que provee á todo? ¿Quién es el que, como Vos decís, «debe al hombre un depósito que no faltará jamás», y que él, el hombre, «encuentra solamente en la inagotable fertilidad de la tierra»? ¿No es Dios? Luego cuando éstos hombres privados de la bondad de su Dios tienen que estar á merced de la bondad de sus semejantes, ¿no se coloca á éstos en el lugar de Dios de manera á arrogarse ellos obligaciones, que según Vos mismo decís, incumben sólo á Dios?

Pero peor quizás que cualquiera otra cosa, es que esta sustitución de preceptos vagos para ejercer la caridad, en vez de una demanda bien definida de justicia, pone en manos del clero, en todas sus ramificaciones y comunidades, el medio fácil de aplacar á Mammón (1), en tanto se persuaden á sí mismos de que están sirviendo á Dios. Si el clero inglés no hubiese subordinado la prédica de la justicia á la de la caridad (para no ir más

(1) El dios de la riqueza.

lejos al ilustrar un principio que atestigua la historia toda del Cristianismo desde Constantino hasta nuestros días), la tiranía de los Tudors no habría surgido nunca y la desmembración de la Iglesia se hubiera evitado; si el clero francés no hubiera sustituido la Caridad á la justicia, la monstruosa iniquidad del antiguo régimen no hubiera nunca generado los horrores de la gran Revolución, y en mi misma patria, si aquellos que hubieron debido predicar justicia no se hubiesen satisfecho con predicar la bondad, la esclavitud no hubiera exigido el holocausto de nuestra guerra civil.

¡No, Santidad! Así como la fe sin la acción es cosa muerta, y así como los hombres no pueden dar á Dios lo que le es debido mientras nieguen á sus semejantes los derechos que El les ha dado, así también la Caridad que no es sostenida por la justicia, no puede hacer nada para resolver el problema actual de las condiciones del trabajo. Aunque los ricos estuvieran dispuestos «á dar todos sus bienes para alimentar al pobre y ofrecieran sus cuerpos para ser quemados», la pobreza persistirá mientras exista la propiedad de la tierra.

Tomad el caso de un rico de hoy que desee honestamente dedicar su riqueza al mejoramiento de la condición del trabajo: ¿qué puede hacer?

¿Repartir su riqueza entre los que la necesitan? Ayudará á algunos que lo merecen, pero no mejorará las condiciones generales. Y contra el bien que él podrá hacer, existirá el peligro de hacer mal.

¿Edificar iglesias? A la sombra de la Iglesia la pobreza se ostenta y se encona el vicio que nace de la miseria.

¿Construir escuelas? A menos que ellas no lleven á los hombres á ver la iniquidad de la propiedad privada de la tierra, el aumento de la educación nada puede hacer para el trabajador, porque á medida que la educación se difunde, el salario de la educación baja.

¿Erigir hospitales? ¿Para qué, si ya á los trabajadores les parece que hay demasiados, y que salvar y prolongar la vida es aumentar la aglomeración de gente que pide trabajo?

¿Construir casas modelos? A menos que no abarate las viviendas de los obreros, él no hace más que desalojar la clase que quiere beneficiar, y apenas abarata los alquileres, trae más gente á buscar empleos y hace rebajar el salario, y disminuir la parte del salario que destinan para este objeto, es incitar á aquellos de quienes dependen á rebajar el salario y á beneficiar, por consiguiente, á los que viven á costa de los trabajadores.

¿Instituir talleres, escuelas científicas, bibliotecas y laboratorios? Pero con ello no se llegará á otra cosa que á estimular las invenciones y descubrimientos, cuyas fuerzas, basadas en la propiedad privada de la tierra, están aplastando el trabajo como entre dos piedras de molino.

¿Fomentar la emigración de los puntos donde el salario es bajo á los países donde es un poco más alto? Si esto hace, los mismos á quienes al principio ayudó á emigrar, volverán de nuevo á él á suplicarle que suspenda la emigración, que reduce el salario de los que emigraron primero.

¿Regalar toda la tierra que pueda tener, no cobrar arrendamiento, ó arrendarla á precios inferiores á los del mercado? El hará sencillamente nuevos ó parciales propietarios ó hará á algunos individuos más ricos, pero no hará nada para mejorar las condiciones generales del trabajo.

O bien, á ejemplo de aquellos ciudadanos de los tiempos clásicos que empleaban inmensas sumas en mejorar su ciudad natal, ¿intentará embellecer la ciudad de su nacimiento ó adopción, construyendo amplias y lujosas avenidas, suntuosos parques, palacios, fuentes, ferrocarriles y tranvías eléctricos, dotándola, en fin, de cuanto recurso proporciona la civilización más avanzada? ¿Cuál será su resultado? ¿No será que aquellos que se apropian de la bondad de Dios tomarán todavía estos beneficios de él? ¿No sucederá que el valor de la tierra subirá y que el resultado final de los beneficios que pretendió hacer, se traducirá en un aumento de renta para los propietarios de la tierra, y por consiguiente en pro-

vecho exclusivo de éstos? No cabe duda; aun el simple anuncio de que tales obras se emprenderían, bastaría para promover la especulación y haría subir á saltos el valor de la tierra.

¿Qué puede hacer, pues, el rico para mejorar la condición del trabajo? Nada puede hacer, excepto usar el poder que da la riqueza para la abolición del gran mal fundamental que despoja á los hombres de sus derechos naturales. La justicia de Dios desbarata todas las tentativas de los hombres, para sustituirla con cualquier otra cosa. Si hablando de las soluciones prácticas que Vuestra Santidad propone, yo no he tomado en cuenta las exhortaciones morales que la Encíclica contiene, no es porque nosotros creamos que la moralidad no sea práctica.

Al contrario, nos parece que en los preceptos de la moral hay que buscar las soluciones más prácticas y levantadas, y que la cuestión «¿qué cosa es la más prudente?», debe siempre subordinarse á la cuestión «¿cuál es lo justo?» Mas Vuestra Santidad, en su Encíclica, quita á las verdades morales que expone toda aplicación á las relaciones que nacen de la condición del trabajo, de la misma manera que el pueblo americano, al legitimar la esclavitud, quitaba todo sentido y significación práctica á la declaración estampada en su Carta fundamental, que estaban, sin embargo, acostumbrados á leer solemnemente en todo aniversario nacional. Esta declaración dice: «Nosotros sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres nacen iguales; que ellos han sido investidos por su Creador de ciertos derechos inalienables, y que entre éstos están la vida, la libertad y la persecución de la felicidad.» ¿Pero qué significaban estas verdades en boca de hombres que afirmaban que un hombre era la justa propiedad de otro hombre que lo había comprado; que el esclavo que huía robaba á su amo, y que el hombre ó mujer que ayudaban al fugitivo á escaparse, ó le daban un vaso de agua en el nombre de Cristo, eran cómplices del robo, y que sobre ellos debían caer las penalidades del Estado?

Considerad las enseñanzas morales de vuestra Enciclica:

Vos nos decís que Dios debe al hombre un depósito inagotable, que éste sólo puede encontrar en la tierra. Y sin embargo, Vos defendéis un sistema que niega á la mayoría de los hombres todo derecho á recurrir á ese depósito.

Vos nos decís que la necesidad del trabajo es una consecuencia del pecado original. Y sin embargo, Vos defendéis un sistema que exime á una clase privilegiada de la necesidad del trabajo, y á descargar su parte, y más que su parte de trabajo, sobre los demás.

Vos decís que Dios no nos ha creado para las cosas mortales y transitorias de esta vida, sino que nos ha dado este mundo como lugar de destierro, y no como nuestra verdadera patria. Y sin embargo, Vos justificáis que algunos de los desterrados tengan el exclusivo derecho de propiedad á esta mansión de destierro común, de manera á obligar á sus compañeros á pagarles el sitio que en ella ocupan, y que esta exclusiva propiedad pueden ellos transmitirla á otros que tendrán que venir para que éstos, á su vez, tengan el mismo derecho de excluir á otros compañeros.

Vos decís que la virtud es patrimonio de todos los hombres; que todos son hijos de Dios, Padre común; que todos tienen el mismo destino y fin; que todos son redimidos por Jesucristo; que las bendiciones de la Naturaleza y los dones de la gracia pertenecen á todos, y que á todos, excepto al indigno, está prometida la herencia del reino de los Cielos. Pero en todo esto, y á través de todo esto, Vos insistís en que es un deber moral el mantenimiento de un sistema que hace del depósito de todas las bondades materiales de Dios y de las bendiciones al hombre, la exclusiva propiedad de pocos. Vos nos dais iguales derechos en el Cielo, pero nos negáis iguales derechos sobre la tierra.

De una famosa decisión pronunciada por la Corte Suprema de los Estados Unidos, antes de la guerra civil, se dijo, en el caso de la fuga de un esclavo, que «ella daba la ley al Norte y el negro al Sur». Y es así

que vuestra Encíclica da el Evangelio á los trabajadores y la tierra á los propietarios. ¿Hay que maravillarse de que haya quien diga «que los sacerdotes están siempre dispuestos á dar á los pobres una parte igual en todo lo que está fuera de la vista, pero que ellos tienen escrupuloso cuidado de asegurar á los ricos su presa en todo lo que está á la vista»?

Es esa la verdadera razón por que las masas, en todo el mundo, vuelven la espalda á las religiones organizadas.

¡Y por qué admirarnos de que lo hagan así!

¿Cuál es la misión de la religión, sino la de demostrar los principios que deben gobernar la conducta de los hombres entre sí y formular una regla clara y decisiva de lo que es justo para guiar á los hombres en todas las relaciones de la vida, así en el taller como en el mercado, en la vida pública como en la misma Iglesia; proveer, por así decirlo, de una brújula, mediante la cual, entre las borrascas de la pasión, las aberraciones de la ambición y la codicia y los engaños del interés ciego, puedan los hombres dirigirse con seguridad? ¿Cuál es la misión de una religión que permanece paralizada é inerte en presencia de los problemas más solemnes? ¿Cuál es la misión de una religión que cualquier cosa que prometa para el otro mundo, no puede hacer nada para prevenir la injusticia en éste? No es este, no, el Cristianismo de los primeros tiempos, pues de otro modo no habría él afrontado las persecuciones paganas ni habría nunca barrido el mundo romano. Los escépticos amos de Roma, que toleraban todos los dioses, desprecupados de lo que ellos creían supersticiones vulgares, fueron sensibles á una religión que predicaba la igualdad de derechos; ellos tenían instintivamente una doctrina que infundía al esclavo y al proletario una nueva esperanza; que tomaba como símbolo de redención un carpintero crucificado; que enseñaba la igualdad ante Dios y la fraternidad de los hombres; que buscaba un reinado pronto de justicia, y que imploraba en sus preces «Venga tu reino sobre la tierra».

Hoy las mismas percepciones, las mismas aspiracio-

nes existen entre las masas. El hombre es, como se le ha llamado, un animal religioso, y no podrá jamás librarse del sentimiento de que hay algún gobierno moral del mundo, algunas eternas distinciones entre lo justo y lo injusto, y no podrá nunca abandonar el intenso deseo por un reino de justicia. Y hoy, hasta hombres que han desechado toda creencia religiosa, os dirán—aun sin saber en qué consiste—que *hay algo injusto* en las condiciones del trabajo. Y si la teología fuese, como quería Santo Tomás de Aquino, la suma y el foco de la ciencia, ¿no es á la religión á la que correspondería decir con claridad y sin miedo dónde está la injusticia? En la antigüedad era un impulso irresistible, cuando un desastre amenazaba á los hombres, preguntar á los oráculos: «¿En qué habremos nosotros ofendido á los dioses?» Hoy, amenazados por el avance de los males que minan la existencia de la sociedad, los hombres que sienten que *hay algo injusto* presentan la misma cuestión á los ministros de la religión. ¿Y cuál es la respuesta que de ellos obtienen?

¡Ay! ¡Ella, con pocas excepciones, es evasiva, como las respuestas que solían dar los oráculos paganos! ¿Y debemos asombrarnos de que las multitudes estén perdiendo la fe?

Permitidme exponer de nuevo el problema que vuestra Encíclica plantea.

¿Cuál es la condición del trabajo que, como Vos sinceramente decís, «es la cuestión de actualidad que llena los espíritus de penosa aprensión»? Reducida á términos sencillos: es la pobreza de los hombres que demandan trabajo. ¿Y cuál es la más sencilla expresión de esta frase? Que á esos hombres les falta el pan, ya que con esta frase expresamos del modo más conciso y enérgico todas las satisfacciones materiales de la humanidad, cuya privación constituye la pobreza.

Ahora bien; ¿cuál es la plegaria del cristianismo, la universal plegaria, la que se eleva cada día y cada hora, doquiera se pronuncia el nombre de Cristo, la que murmuran los labios de Vuestra Santidad desde el altar de San Pedro y es repetida por el tierno hijo á quien la

más pobre de las madres cristianas ha enseñado á balbucear en humilde súplica al Padre que está en los cielos? Es la que dice: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.»

Sin embargo, aunque esta plegaria se exhala cada día y cada hora, á los hombres les falta el pan. ¿No es el deber de la religión decir por qué? Si ella no lo puede, ¿no autorizará á los que afectan por ella menosprecio á burlarse de sus ministros, como se burlaba Elías de los profetas de Baal, cuando les decía: «Gritad cuanto os dan vuestras voces, porque vuestro dios está entretenido conversando, ó quizás esté en algún albergue, ó de viaje, ó quién sabe si está durmiendo y es preciso despertarlo»? ¿Qué respuesta podrán dar estos ministros? O que no hay Dios, ó que es sordo, ó si no que El da á los hombres el pan cotidiano y que éste es de algún modo interceptado.

Es esa la respuesta, la única respuesta que cabe. Si á los hombres les falta el pan, no es porque Dios falte á su deber no dándoles pan. Si los hombres que buscan trabajo son maldecidos por la pobreza, no es porque el depósito que Dios debe á los hombres se haya agotado, que la provisión cotidiana que El ha prometido para las necesidades de sus criaturas no sea abundante. Es que impíamente, violando los benévolos propósitos del Creador, los hombres han hecho de la tierra propiedad privada, y así han hecho la exclusiva propiedad de pocos de la provisión que el Padre de bondad ha hecho para todos.

Toda respuesta distinta de ésta, á pesar de que se la revista de formas religiosas, es prácticamente una respuesta de ateo.

Yo he escrito esta carta, no para Vuestra Santidad solamente, sino para ser leída por todos aquellos á cuyas manos debo confiar que llegue. Pero dirigiéndola á Vos particularmente, y antes de publicarla, yo confío que ella pueda ser por Vos personalmente leída y meditada. Al exhibiros el campo de nuestro credo y al exponeros las consideraciones que nos parece habéis infelizmente perdido de vista, yo he expresado mi opinión, como era de mi deber, sobre un asunto de tan solemne

importancia, con la misma franqueza con que Vos os habríais dirigido á mí. Pero confío haberlo hecho sin ofensa. Por vuestro augusto ministerio, yo tengo el más profundo respeto por Vos; personalmente, tengo la más alta estimación. Que yo combata ideas que me parecen erróneas y hasta peligrosas, no quiero que se crea que ponemos ni por un instante en duda ni la sinceridad de vuestras opiniones ni vuestra inteligencia en adoptarlas, desde que son ideas sostenidas por las autoridades del Cristianismo y que han recibido además la aprobación de los que son considerados como sabios é instruídos. En el ambiente que os circunda y bajo la presión de tan altos deberes y responsabilidades que se acumulan á los que son propios de vuestra encumbrada situación presente, no era posible esperar que meditarais y pensarais dichas ideas. Pero confío en que las consideraciones que he expuesto aquí puedan induciros á hacerlo, y aun cuando las obligaciones y las preocupaciones que os asedian hacen imposible el atento examen que debe preceder á toda exposición de ideas de parte de quien ocupa una posición de tanta responsabilidad como la Vuestra, confío, empero, que lo que he escrito pueda no ser inútil á otros.

Y como ya he dicho, os estamos profundamente agradecidos á vuestra Encíclica. Ya es mucho que una autoridad como Vos haya llamado la atención sobre las condiciones del trabajo y recuerde el hecho—por tantos olvidado—de que los males sociales y los problemas de nuestros tiempos conciernen directa y hondamente á la Iglesia.

Ya es mucho que habéis impreso el sello de vuestra reprobación á esa doctrina impía que ha sido largamente predicada en nombre del Cristianismo: que los sufrimientos humanos son debidos á decretos inexorables de la Providencia, que los hombres pueden deplorar, pero no modificar. Vuestra Encíclica, analizada atentamente, será considerada como no dirigida contra el socialismo—á quien Vos favorecéis en una forma moderada—, sino contra lo que nosotros en los Estados Unidos llamamos *single-tax* (el impuesto único).

Sin embargo, nosotros no tenemos más apuro por la verdad sino que se lleve á la discusión, y encontramos que vuestra Encíclica es el medio mejor de promover la discusión por la faz á que nosotros damos la más grande importancia: la de la moral y de la religión. En estos hacéis acreedor á la gratitud de todos los que aman la verdad, porque está en la naturaleza misma de la verdad prevalecer sobre el error cuando nace y se mantiene la discusión.

Y la verdad que nosotros proclamamos ha hecho ya tales progresos en la mente de los hombres, que es preciso que sea conocida, ya que no podrá desaparecer jamás en su avance conquistador, como lo prueba el camino que ha hecho hasta en la lejana Australia, que ha dado ya los primeros pasos hacia el *single-tax*. En la Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en el Canadá, el problema ha invadido los dominios de la política práctica y pronto será el problema más ardiente de la época. La Europa Continental no tardará en seguir el ejemplo. El mundo marcha más veloz que nunca.

Cuarenta años hace, la esclavitud parecía en los Estados Unidos más fuerte que nunca, y el precio de los esclavos en el mercado en que se cotizaban los esclavos trabajadores y los esclavos de raza, era más alto que antes, porque parecía haber conquistado más seguridad el título del poseedor. En la sombra de aquella misma sala donde había resonado la proclamación de los derechos iguales del hombre, el esclavo fugitivo era devuelto maniatado á sus amos, y en aquel propio lugar donde la tradición americana había sido saludada como el Maratón de nuestra libertad, había quien se jactaba de poder leer en voz alta la lista de sus esclavos.

Sin embargo, hace cuarenta años, aunque no estaba formado el partido que debía llevar á Abraham Lincoln á la presidencia y debía transcurrir casi una década antes que tronara el primer cañón de la guerra, la esclavitud estaba ya condenada.

Hoy una más grande, más profunda y más benéfica revolución se está elaborando, no en un solo país, sino en el mundo entero. El espíritu de Dios la impulsa, y

fuerzas más potentes de las que él haya jamás dado al hombre, la operan. No está en el poder de una injusticia reconocida resistir á la verdad, como no está en el poder del hombre sostener sus pupilas contra la luz del sol. Las estrellas, en su curso, combaten contra Sísero, y en la agitación de hoy es sordo y ciego quien no escucha y quien no ve el derrumbe de la esclavitud industrial.

¿Dónde estarán los dignatarios de la Iglesia en la lucha que va á empeñarse, ó mejor dicho, que ya se ha empeñado? ¿Del lado de la justicia y de la libertad, ó del lado del error y de la esclavitud?

Respecto á las masas no hay que dudar dónde estarán. Ya, entre las filas de los que con fervor religioso sostienen el *single-tax* (impuesto único) se cuentan gran número de católicos, muchos sacerdotes del clero secular y regular y algunos obispos, en tanto que no hay comunión ó denominación de las varias en que están divididos los cristianos de habla inglesa, donde no tenga defensores.

En la noche del último domingo, en la Iglesia de Nueva York, que es la más opulenta de todas las iglesias del mundo, oí á un ministro de una de las comuniones de la Iglesia que hace tres siglos se separó de vuestra obediencia, declarar ante una multitud que el problema del trabajo era en el fondo un problema religioso que podrá solamente resolverse bajo la base del reconocimiento de los derechos morales, de los cuales el primero y más claro es la igualdad de derechos al uso del agente físico indispensable para la vida, y que ningún título humano puede oponerse á lo que Dios ha hecho don de todos los hombres.

Mientras el ministro predicaba, desfilaba una procesión que, elevando á los aires la cruz sacrosanta, exhalaba este canto: «¡Alzad el grito de la guerra cristiana, la cruz de Cristo Nuestro Señor!...» Y del pecho de aquellos hombres, para los cuales era nueva la idea, acostumbrados á contemplar la Iglesia como la voluntaria sierva de la opresión, se escapó el grito poderoso

de «Dios lo quiere», de la más grande y pujante de las Cruzadas.

¡Siervo de los siervos de Dios, os llamo con el más fuerte y más dulce de vuestros títulos! En vuestras manos, más que en las de hombre alguno viviente, descansa el poder de pronunciar la palabra y dar la señal que pondrá término á un divorcio antinatural y unirá de nuevo á la religión todo lo que es puro y elevado en las aspiraciones sociales.

Augurando á Vuestra Santidad la más grande de todas las bendiciones, que es poder conocer la verdad y ser libre por ella, y anhelando para Vos los días y la fuerza necesaria para prestar á la humanidad el gran servicio que haría de vuestro pontificado el más glorioso de todos los tiempos futuros, y con el profundo respeto debido á vuestras correctas virtudes personales y á vuestro altísimo ministerio,

Yo soy sinceramente vuestro,

HENRY GEORGE.

FIN

F. Sempere y C.^a, Editores

OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

	TOMOS
A. HAMON.— <i>Determinismo y responsabilidad.</i>	1
» — <i>Psicología del militar profesional.</i>	1
» — <i>Psicología del socialista-anarquista.</i>	1
» — <i>Socialismo y anarquismo.</i>	1
ALCALÁ GALIANO.— <i>Las diez y una noches.</i>	1
ALEXIS, BONAFOUX, BLASCO IBÁÑEZ.— <i>Emilio Zola. (Su vida y sus obras).</i>	1
ALEXIS.— <i>Las chicas del amigo Lefèvre.</i>	1
ALERAMO (SIBILA).— <i>Una mujer.</i>	1
ALTAMIRA.— <i>Cosas del día.</i>	1
ÁNGEL GUERRA.— <i>Literatos extranjeros.</i>	1
BAKOUNINE.— <i>Dios y el Estado.</i>	1
» — <i>Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.</i>	1
BARÓN D'HOLBACH.— <i>Moisés, Jesús y Mahoma.</i>	1
BAUDELAIRE.— <i>Los paraísos artificiales.</i>	1
BJÆRNSON.— <i>El Rey.</i>	1
» — <i>El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.</i>	1
BLASCO IBÁÑEZ.— <i>Arroz y tartana.</i>	1
» — <i>Flor de Mayo.</i>	1
» — <i>Cuentos valencianos.</i>	1
» — <i>La condenada.</i>	1
BRACCO.— <i>Muecas humanas.</i>	1
BÜCHNER.— <i>Fuerza y materia.</i>	1
» — <i>Luz y vida.</i>	1
» — <i>Ciencia y Naturaleza.</i>	1
BUENO.— <i>A ras de tierra.</i>	1
BUNGE.— <i>La novela de la sangre.</i>	1
COMANDANTE ***.— <i>Así hablaba Zorrapastro.</i>	1
CONDE FABRAQUER.— <i>La expulsión de los jesuitas.</i>	1
CHAMFORT.— <i>Cuadros históricos de la Revolución francesa.</i>	1
DARWIN.— <i>El origen del hombre.</i>	1
» — <i>Mi viaje alrededor del mundo.</i>	2
» — <i>El origen de las especies.</i>	3
» — <i>La expresión de las emociones en el hombre y en los animales.</i>	2

D'ANNUNZIO.— <i>Episcopo y Compañía.</i>	1
DAUDET.— <i>Cuentos amorosos y patrióticos.</i>	1
DELFINO.— <i>Atomos y astros.</i>	1
DE LA TORRE.— <i>Cuentos del Júcar.</i>	1
DEUTSCH.— <i>Diez y seis años en Siberia.</i>	2
DIDEROT.— <i>Obras filosóficas.</i>	1
DRAPER.— <i>Conflictos entre la Religión y la Ciencia.</i>	1
ENGELS.— <i>Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.</i>	2
E. DEL CASTILLO (BENJAMÍN).— <i>Dos Américas.</i>	1
E. PRAYCOURT.— <i>La moral del cura.</i>	1
FAURE.— <i>El dolor universal.</i>	2
FINOT.— <i>El prejuicio de las razas.</i>	2
FLAUBERT.— <i>Por los campos y las playas.</i>	1
» — <i>La tentación de San Antonio.</i>	1
FRANCE (ANATOLIO).— <i>La cortesana de Alejandría (Tais).</i>	1
GARCÍA CALDERÓN.— <i>Hombres é ideas de nuestro tiempo.</i>	1
GARCHINE.— <i>La guerra.</i>	1
GAUTIER (JUDITH).— <i>Las crueldades del amor.</i>	1
GAUTIER (TEÓFILO).— <i>Un viaje por España.</i>	1
GEORGE.— <i>Progreso y miseria.</i>	2
» — <i>Problemas sociales.</i>	1
GÓMEZ CARRILLO.— <i>Desfile de visiones.</i>	1
» — <i>Por tierras lejanas.</i>	1
GONCOURT (EDMUNDO DE).— <i>La ramera Elisa.</i>	1
GORKI.— <i>Los ex hombres.</i>	1
» — <i>En la prisión.</i>	1
GUTIÉRREZ-GAMERO.— <i>La derrota de Mañara.</i>	1
GUY DE MAUPASSANT.— <i>El Horla.</i>	1
» — <i>La mancebía.</i>	1
GRAVE.— <i>La sociedad futura.</i>	2
» — <i>La sociedad moribunda y la Anarquía.</i>	1
HAECKEL.— <i>Los enigmas del Universo.</i>	2
HAGGARD.— <i>El hijo de los boers.</i>	1
HEINE.— <i>De la Alemania.</i>	2
» — <i>Los dioses en el destierro.</i>	1
HUGO.— <i>El sueño del Papa.</i>	1
H. TAINE.— <i>La pintura en Italia.</i>	1
» — <i>Viaje por Italia.</i>	3
» — <i>Filosofía del Arte.</i>	2
» — <i>Los filósofos del siglo XIX.</i>	1
IBSEN.— <i>La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.</i>	1
» — <i>Emperador y Galileo.—Juliano Emperador.</i>	2
» — <i>Los espectros.—Hedda Gabler.</i>	1
» — <i>Cuando resucitemos.—Juan-Gabriel Borkman.</i>	1

INCHOFER (Jesuíta).— <i>La monarquía jesuítica.</i>	1
INGEGNIEROS.— <i>La simulación en la lucha por la vida.</i>	1
» — <i>Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.</i>	1
JACQUINET (CLEMENCIA).— <i>Ibsen y su obra.</i>	1
KROPOTKINE.— <i>La conquista del pan.</i>	1
» — <i>Palabras de un rebelde.</i>	1
» — <i>Campos, fábricas y talleres.</i>	1
» — <i>Las prisiones.</i>	1
» — <i>El apoyo mutuo. Un factor de la evolución.</i>	2
LABRIOLA (ARTURO).— <i>Reforma y revolución social. (La crisis práctica del partido socialista).</i>	1
LABRIOLA (ANTONIO).— <i>Del materialismo histórico.</i>	1
LAUGEL.— <i>Los problemas de la Naturaleza.</i>	1
» — <i>Los problemas del alma.</i>	1
» — <i>Los problemas de la vida.</i>	1
LÓPEZ BALLESTEROS.— <i>Junto á las máquinas.</i>	1
LUBBOCK.— <i>La dicha de la vida.</i>	1
MACKAY.— <i>Los anarquistas. (Costumbres de fines del siglo XIX).</i>	1
MÆTERLINCK.— <i>El tesoro de los humildes.</i>	1
MALATO.— <i>Filosofía del anarquismo.</i>	1
» — <i>La gran huelga. (Horrores del capitalismo).</i>	2
MARX.— <i>El capital.</i>	1
MATTO DE TURNER (CLORINDA).— <i>Aves sin nido.</i>	1
MAX HALBE.— <i>Juventud (Drama en tres actos).</i>	1
MAX NORDAU.— <i>El mal del siglo.</i>	2
» — <i>Las mentiras convencionales de la civilización.</i>	2
» — <i>Matrimonios morganáticos.</i>	2
» — <i>La comedia del sentimiento.</i>	1
MAX STIRNER.— <i>El único y su propiedad.</i>	2
MAZZINI.— <i>Deberes del hombre.</i>	1
MEREJKOWSKY.— <i>La muerte de los dioses.</i>	2
» — <i>La resurrección de los dioses.</i>	2
» — <i>El Anticristo. (Pedro y Alejo).</i>	2
MÉRIMÉE.— <i>Los hugonotes.</i>	1
» — <i>Cosas de España.</i>	1
MERLINO.— <i>¿Socialismo ó Monopolismo?</i>	1
MICHEL (LUISA).— <i>El mundo nuevo.</i>	1
MIRBEAU.— <i>Sebastián Roch. (La educación jesuítica).</i>	1
» — <i>El abate Julio.</i>	1
MITJANA.— <i>Discantes y contrapuntos.</i>	1
» — <i>En el Magreb-el-Aksa. (Viaje á Marruecos).</i>	1
MOEBIUS.— <i>La inferioridad mental de la mujer.</i>	1

MOROTE.— <i>Pasados por agua</i>	1
» — <i>Rebaño de almas</i>	1
» — <i>La Duma</i> . (Segunda parte de «Rebaño de almas»).. . . .	1
» — <i>De la Dictadura á la República</i> . (La vida política en Portugal).. . . .	1
NÁKENS.— <i>Los horrores del absolutismo</i>	1
NAQUET.— <i>La Anarquía y el colectivismo</i>	1
NIETZSCHE.— <i>Así hablaba Zaratustra</i>	1
» — <i>La genealogía de la moral</i>	1
» — <i>La gaja ciencia</i>	1
» — <i>El Anticristo</i>	1
» — <i>Aurora</i>	1
» — <i>El caso Wágner</i>	1
» — <i>El crepúsculo de los ídolos</i>	1
» — <i>Más allá del bien y del mal</i>	1
» — <i>El origen de la tragedia</i>	1
» — <i>El viajero y su sombra</i>	1
» — <i>Humano, demasiado humano</i>	1
NIN FRÍAS.— <i>Ensayos de crítica é historia</i>	1
OCTAVIO PICÓN.— <i>Drama de familia</i>	1
PALOMERO.— <i>Su Majestad el hombre</i>	1
PEDRELL.— <i>Musicalerías</i>	1
PÉREZ ARROYO.— <i>Cuentos é historias</i>	1
PETRONIO.— <i>El Satiricón</i>	1
PÍO BAROJA.— <i>El tablado de Arlequín</i>	1
POE (EDGARDO).— <i>Eureka</i> (Estudio del Universo material y espiritual).. . . .	1
PRAT (JOSÉ).— <i>Crónicas demoledoras</i>	1
PROUDHON.— <i>¿Qué es la propiedad?</i>	1
RECLÚS.— <i>Evolución y revolución</i>	1
» — <i>La montaña</i>	1
» — <i>Mis exploraciones en América</i>	1
» — <i>El arroyo</i>	1
RENÁN.— <i>Estudios religiosos</i>	1
» — <i>El porvenir de la Ciencia</i>	2
» — <i>El Anticristo</i>	2
» — <i>La Iglesia cristiana</i>	1
» — <i>Los evangelios y la segunda generación cristiana</i>	2
» — <i>Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo</i>	2
» — <i>Averroes y el Averroísmo</i>	2
RIZAL.— <i>Noli me tângere</i> . (El país de los frailes).. . . .	1
ROBERT.— <i>Los cachivaches de antaño</i>	1
ROCHEFORT.— <i>La aurora boreal</i>	1
RODRÍGUEZ MENDOZA.— <i>Vida nueva</i>	1

RYDBERG.— <i>Singoala.</i>	1
SALINAS.— <i>Los satíricos latinos.</i>	2
SCHOPENHAUER.— <i>La libertad.</i>	1
» — <i>El amor, las mujeres y la muerte.</i>	1
» — <i>Fundamento de la moral.</i>	1
SERAO (MATILDE).— <i>¡Centinela... alerta!</i>	1
SÉVERINE.— <i>Páginas rojas.</i>	1
» — <i>En marcha...</i>	1
SOREL.— <i>El porvenir de los Sindicatos Obreros.</i>	1
» — <i>La ruina del mundo antiguo.</i>	1
SPENCER.— <i>Origen de las profesiones.</i>	1
» — <i>El individuo contra el Estado.</i>	1
» — <i>Creación y evolución.</i>	1
» — <i>Educación intelectual, moral y física.</i>	1
» — <i>Estudios políticos y sociales.</i>	1
» — <i>La religión: su pasado y su porvenir.</i>	1
STRAUSS.— <i>Estudios literarios y religiosos.</i>	1
» — <i>La antigua y la nueva fe.</i>	1
SUDERMANN.— <i>El camino de los gatos.</i>	1
» — <i>El deseo.</i>	1
» — <i>Las bodas de Yolanda.</i>	1
» — <i>El molino silencioso.</i>	1
» — <i>La mujer gris.</i>	1
TCHEKHOV.— <i>Vanka.</i>	1
TENIENTE O. BILSE.— <i>Pequeña guarnición.</i>	1
TOLSTOI.— <i>La verdadera vida.</i>	1
» — <i>La guerra ruso-japonesa.</i>	1
» — <i>La escuela de Yasnaïa-Poliana.</i>	1
UGARTE.— <i>Visiones de España.</i>	1
» — <i>El Arte y la Democracia.</i>	1
URQUIJO.— <i>De mi cartera.</i>	1
VANDERVELDE.— <i>El colectivismo.</i>	1
VOLTAIRE.— <i>Diccionario filosófico.</i>	6
WÁGNER.— <i>Novelas y pensamientos.</i>	1
ZOLA.— <i>El mandato de la muerta.</i>	1
» — <i>Cómo se muere.</i>	1
ZOZAYA.— <i>El huerto de Epicteto.</i>	1

